

The University of Chicago
Libraries



JULIO PEREZ LLAMAZARES

ABAD-PRIOR DE SAN ISIDORO

**VIDA Y MILAGROS DEL GLORIOSO
SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA
Y PATRONO DEL REINO DE LEÓN**





VIDA Y MILAGROS
DEL GLORIOSO SAN ISIDORO
ARZOBISPO DE SEVILLA
Y PATRONO DEL REINO DE LEÓN

~~Quedan reservados los~~
derechos de propiedad.

JULIO PÉREZ LAMAZARES

ABAD-PRIOR DE SAN ISIDORO

LIBRARY OF THE
BISHOP OF LEON

VIDA Y MILAGROS

DEL GLORIOSO SAN ISIDORO

ARZOBISPO DE SEVILLA

Y PATRONO DEL REINO DE LEÓN



1924

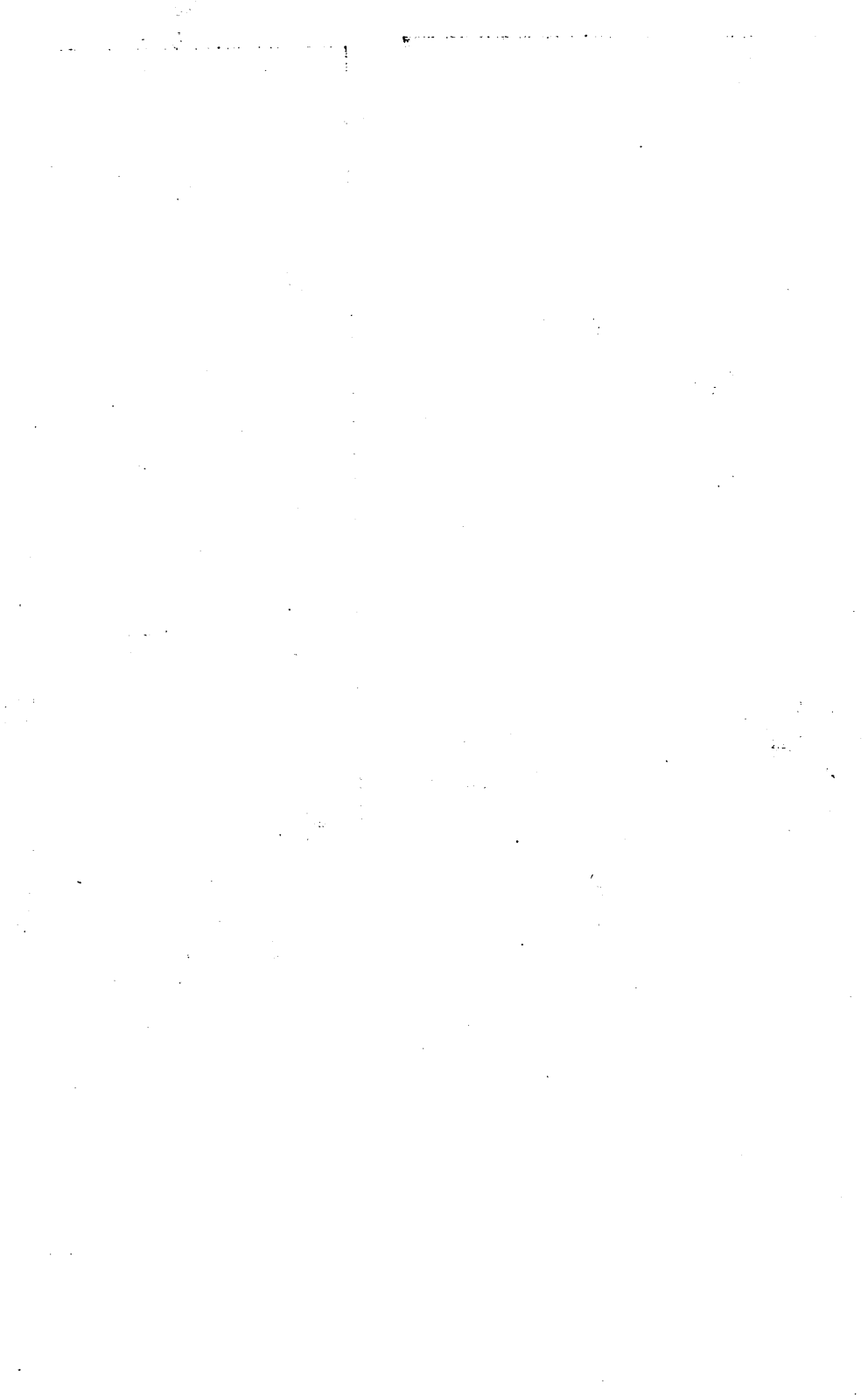
**IMPRENTA CATÓLICA
LEÓN**

BAT
.I78P4

Rom



Bellísimas iniciales del Códice número XI, original de las obras de Santo Martino de la Santa Cruz, fechado en el año 1185, interesantísimas para el estudio de la indumentaria litúrgica; figuran a San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y al autor del Códice, cuyo retrato, con nombre y apellido, nos pone ante la vista.



CAPÍTULO PRIMERO

Estudio crítico de las fuentes históricas primitivas acerca de la Vida y Traslación de San Isidoro, Ar- zobispo de Sevilla, y de sus Milagros

La fuente más interesante se halla en el elogio de San Braulio, Obispo de Zaragoza y discípulo de San Isidoro, quien como conocedor de su maestro merece absoluto crédito en cuanto dice, máxime teniendo en cuenta su gran competencia y santidad de vida. Se halla el elogio de San Braulio en el tomo V de la *España Sagrada*; como prólogo a la edición de las *Obras de San Isidoro*—Madrid, 1778—y en el cuerpo de la Obra; en la obra de los Padres Henschenio y Pabebrochio, *Acta Sanctorum*, tomo I de abril—Antuerpiae, 1675—, aunque, como anota muy bien allí D. Nicolas Antonio, está ampliada hasta el extremo de que la califica de *paraphrastica elucidatio*, al contrario de la que publicó Tamayo de Salazar, en el día 4 de abril, como los citados Antuerpienses, la cual y las demás citadas están sin alteración alguna. La mencionada obra de San Braulio lleva el título de «*Sancti Braulonis Caesaraugust. Episcopi praenotatio librorum D. Isidori*».

Coetánea y de idéntico valor histórico es la memoria que nos transmitió San Ildefonso, Obispo de Toledo y discípulo de San Isidoro, la cual se halla en el citado tomo de la *España Sagrada*, en la citada edición de las obras de San Isidoro, en la obra *De viris illustribus*, de San Ildefonso, continuación de la del mismo título de San Isidoro, que se hallan impresas juntamente, etc.

Otra fuente de incomparable valor histórico para la *Vida de San Isidoro* es la obrita de Redempto, clérigo de Sevilla, acaso familiar y Arcediano del Santo, quien

en su opusculito comunica a San Braulio de Zaragoza el dichoso tránsito de San Isidoro. Se halla esta obrita impresa en la citada edición de las obras del Santo, en el tomo IX de la *España Sagrada*, en el dicho tomo del *Acta Sanctorum*, donde se indica ser este Redempto el Arcediano a quien San Isidoro dirigió una carta, opinión que rebate el P. Flórez. Tratándose de un testigo presencial, escusado es ponderar su testimonio.

También da luz para conocer la infancia y familia del Santo, la *Regla* de San Leandro a su hermana Santa Florentina, impresa en el tomo IX de la *España Sagrada* la parte que atañe a nuestro asunto; en el *Martirologio* de Tamayo, etc., etc.

A estos testimonios contemporáneos se pueden agregar los de los Concilios y Crónicas de aquel tiempo, que a su tiempo citaremos.

Todos los citados documentos, admitidos universalmente y sin discusión, sólo nos dan una semblanza pálida de la biografía de nuestro Santo, las líneas generales de su figura gigante, faltando en ellos el detalle minucioso, las particularidades de su vida íntima y particular; la biografía del Santo se bosqueja en historias de tiempo posterior, cuyo original más antiguo se atribuye al Tudense, y que publican los Antuerpienses—*Acta Sanctorum*—el día 4 de abril con el título de *Vida de San Isidoro*; ya antes de ellos la publicó el canónigo de San Isidoro D. Juan de Robles, en lengua vulgar, junto con los Milagros de San Isidoro y la Traslación; ambas del Tudense, año de 1525, con el título de «Libro de los miraglos de sant Isidro arzobispo de Seuillia / Primado et doctor excellentissimo de las Españas / successor del apostol Santiago en ellas con la hystoria de su vida et fin, et de su / traslación, et del glorioso doctor sancto Martino su canonigo et con / pañero En que se contienen muchas cosas devotas et provechosas / para la conciencia, et para saber las antiguedades de España». Al

final: «Impreso en Salamanca». Este libro es el reimpresso por el Cabildo de San Isidoro en 1732, bajo la dirección del P. Manzano, dominico, quien, sin poner nada suyo, desfiguró los originales, quitando interés a la obra, que lleva el título: «Vida y portentosos milagros de el glorioso San Isidro, Arzobispo de Sevilla, y egregio doctor, y maestro de las Españas, con una breve descripción de su magnífico Templo, y Real Casa de el mismo Señor San Isidro, en la muy Noble Ciudad de León...» ¿Es realmente autor el Tudense de esta *Vida de San Isidoro*? Si seguimos al P. Flórez—tomo IX de la *España Sagrada*—no cabe ni aun dudar de ello; escribe: «El escribir lo contrario consistió en la falta de cultura de los autores de los siglos XII y XIII, que no tenían más regla para conocer lo que fué, que ver lo de sus días, o lo que su devoción les persuadía por particular inclinación, imaginación, como especialmente le sucedió al Tudense, que es el autor de la Vida de San Isidoro, publicada por los Padres Antuerpienses, como finalmente se la atribuyó D. Nicolás Antonio, tomo 2. *Bibli. Vet.* página 42. Allí, pues, se lee lo apuntado acerca de la confirmación Pontificia, Palio y Primacía de San Isidoro, reduciéndolo todo al tiempo de la elección del Santo, con otras cosas tan indignas de ser admitidas por un buen juicio, que con razón escribió Morales, lib. 12. cap. 21. fol. 128. «no hay para qué gastar tiempo en contradecirlos, pues no pueden tener ni aún sombra ninguna de verdad. Dolorosa cosa es ver escritas de los Santos cosas indignas de quien ellos fueron. Mas tiene un bien este pesar, que anima a deshacer aquellas ficciones, mostrando cómo no tienen fundamento. Sino que hay algunas tan manifestamente falsas que no tienen necesidad de quien las contradiga». Algunas de estas cosas entre-saca y expresa el mencionado Morales; yo lo omito, por cuanto me contento con poner en el apéndice VI, la Vida del Santo, escrita por el Cerratense, autor del siglo XIII.

pero posterior al Tudense, de quien se valió en esta parte...»

Ni en la Vida de los Antuerpienses, ni en la del Cerratenense, compendio literal de la primera, hemos visto cosa alguna indigna de ningún Santo; suponemos que querría decir Morales, que figura tan grande como la de San Isidoro no necesitaba que se fingiesen hechos para hacerla aparecer más hermosa y devota, pues sólo el elogio de San Braulio basta para colocarla sobre el pedestal de todos los elogios; ahora que esos hechos que a Morales y Flórez se les antojaron novelescos, sólo porque no les refirieran San Braulio ni San Ildefonso, ni autor alguno conocido de aquella edad remota, realmente lo sean, hay algo que decir y salvar el buen nombre del Tudense, maltratado, injustamente, ahora por el P. Flórez. El Sr. D. Vicente de la Fuente—tomo II de la Historia Eclesiástica de España, 1873—acerca de la «confirmación Pontificia por San Gregorio, del envío del palio y Primacía de San Isidoro», cree que es muy posible que así fuese, aunque no haya documento coetáneo que lo acredite, pues San Braulio le dió el título de *Isidoro Episcoporum summo*, y el mismo Santo aludido dice en sus Etimologías que la palabra Arzobispo contiene todo esto, pues entonces todavía los Metropolitanos no se apellidaban Arzobispos en Occidente». He aquí cómo se expresa el Santo Doctor, libro VII de las Etimologías, cap. XII: «*Archiepiscopus Graeco vocabulo, quot sit summus Episcoporum, tenet enim vicem Apostolicam, et praesidet, tam Metropolitanis, quam Episcopis caeteris*».

Con San Braulio, pues, y con San Isidoro se prueba que tuvo nuestro bendito Doctor la Primacía, y que fué Legado Apostólico; ahora que recibiera el Palio y confirmación directa de San Gregorio, teniendo en cuenta la amistad fraternal que al Sumo Pontífice unía con San Leandro, y la noticia que por éste tuviera de la singular

valía de nuestro Santo, nos parece más que verosímil que así fué, por caso singular, no que estuviera en uso para todos, y que le mandó la confirmación y el Palio, después de posesionado y confirmado por los obispos españoles o el Metropolitano, como signo de benevolencia apostólica, culto a la memoria de San Leandro, y galardón y corona para las excepcionales virtudes y celestial sabiduría del nuevo Prelado de Sevilla; bien está que Flórez condene la ligereza e ignorancia del que en las Lecciones del Santo, tomadas del código de su Vida, atribuido al Tudense, adulteró el texto, añadiendo la voz «*de more*» como si entonces hubiera sido este el uso corriente; pero la adulteración en los Breviarios no quita que sea verdad lo que dice el cronista primitivo.

Y ahora sólo falta vindicar al Tudense de las imputaciones de Flórez y otros muchos, que niegan la posibilidad de los hechos atribuidos a San Isidoro en la Vida de los Antuerpienses, ya que al Cerratense, como simple copista, no le alcanzan las salpicaduras. Aunque D. Nicolás Antonio encontró en su carta a los Antuerpienses varias razones para negar la paternidad de la *Vida de San Isidoro* al Tudense, como el llamar el autor de la *Vida* Túrtura a la madre de San Isidoro, y el Tudense Teodora en el prefacio de la Crónica, y otras que allí pueden verse, y de que la razón única de que esta *Vida* se atribuya al Tudense, es que se halla antes de la *Traslación de San Isidoro* en los códigos antiguos, nosotros no negamos, como hacen muchos que nombran los Antuerpienses, que D. Lucas escribiera la dicha *Vida*; únicamente negamos que inventara nada de lo que en ella se contiene, razón potísima que alegan los que rechazan varios acontecimientos narrados en esa *Vida de San Isidoro*, porque nadie, dicen, les conoció antes del Tudense.

Uno de los sucesos maravillosos de la *Vida*, rechazados por Flórez, es el de las candelas, que también refiere

el Cerratense, fabricadas en vida por San Isidoro, y puestas en su sepulcro para que le iluminaran perpetuamente. Pues bien, este hecho corría ya en historias antes que el Tudense pensara en escribir y de que abandonara el mundo para entrar de canónigo en San Isidoro: así aparece, textualmente, de lo siguiente que él mismo nos narra en el libro de los Milagros de San Isidoro, capítulo XXII: «E por que yo auía leydo que mi señor sañt ysidro por su sciencia / et arte natural auía fecho aquella candela / et otra: Ençendíase mucho más mi deseo della». Como se prueba con este texto del mismo Tudense, no es él inventor de tales maravillas: ¿dónde las leyó? en una historia que entonces, es de creer, corría entre los doctos y que nosotros juzgamos fué la Cerratense, la cual, lejos de ser compendio de la atribuida a D. Lucas de Tuy, es el original amplificado en los Antuerpienses, y que el Cerratense incluyó en su obra sin modificación: una prueba de ello, en nuestro parecer, es el modo absoluto con que narra el hecho de las candelas, mientras en la Vida atribuida al Tudense se pone la advertencia «*factae feruntur*», en el Cerratense se dice que ardían perpetuamente, mientras en la del Tudense se atenúa esta afirmación con las palabras «*pene inextinguibiles*», y «*quan continuo lumina fruerentur*»; igual distinción se nota en toda la historia: el Cerratense siempre afirma rotundamente; el código atribuido a D. Lucas de Tuy y publicado por los Antuerpienses, al hacer relación del milagro que se dice ocurrió la noche buena en que nuestro Santo salió de la iglesia y en brevísimo tiempo fué a Roma, habló con San Gregorio Papa, y volvió antes que terminara el Oficio divino, e igual al expresar que San Leandro recluyó a San Isidoro en una celda, prohibiéndole salir de ella hasta que él muriera, sucesos ambos que, con otros, rechazan Flórez y otros, antepone a la narración la advertencia «*ut fertur*», con que el cronista salva su responsabilidad y advierte que consigna lo que halla escrito por otros.

Si, pues, como parece, la historia del Cerratense es la copia del original, y éste, sin duda alguna, conforme a las pruebas que dejamos aducidas, es anterior al siglo xiii y al Tudense, ¿quién y cuándo le escribió? Creemos que la historia de San Isidoro, o sea la *Vida*, se escribió luego de traer su cuerpo a León, donde con tanta ternura empezó a ser venerado, y donde con tantas maravillas y estupendos milagros manifestaba su poder y la predilección que sentía por León, y suponemos, también, que los sucesos maravillosos que algunos han querido eliminar de su vida, porque no se hallan en los primitivos cronistas (que no fueron tales, pues ninguno intentó hacer la biografía del Santo) se recogieron de los mozárabes de Sevilla entre los que se conservaban por tradición, o en escritos que no han llegado a nosotros; de ello no deja dudar la *Historia de la Traslación*, escrita por el Tudense y publicada a continuación de la *Vida* por los Antuerpienses, en cuyo cap. II se lee la dolorosa exclamación del Rey moro al pedirle el cuerpo de San Isidoro; la junta que sus consejeros convocaron de los principales cristianos sevillanos, preguntándoles quién había sido San Isidoro, y la respuesta que ellos les dan, diciendo que había sido Arzobispo en Sevilla, decorado con el Palio por San Gregorio, enemigo de Mahoma, al cual arrojó de España, etc.—Ponen aquí una nota muy sensata los Antuerpienses, diciendo que si bien Mahoma no pudo venir a España, esto puede muy bien ser verdad de algún sectario suyo, opinión que hacemos nuestra.—Continúa el Tudense encareciendo el gran amor y devoción de los mozárabes sevillanos a San Isidoro, los cuales, al ver la decisión del Rey moro de entregarle a los leoneses, lo sintieron tanto, que no hallaban consuelo al verse privados de tal Patrono, y si les hubiera sido lícito emigrarían en masa a la vera de las sagradas Reliquias. Un pueblo de tanta devoción a su Santo Arzobispo tenía que conservar con la memoria del mismo la his-

toria de su vida, y de ellos la recibieron los leoneses, pasando a nosotros por los medios que quedan indicados. Es de notar que la *Vida* atribuida al Tudense no menciona para nada la traslación de sus Reliquias a León, acaso, si es suya, porque pensaba hacerlo en el libro de la Traslación, en cambio el Cerratense, al incluir en su obra la *Vida* primitiva de San Isidoro, puso, como propio suyo, el período o párrafo final con que compendia la Traslación de San Isidoro a León por Fernando I el año 1063.

Esto se nos ocurre por lo que hace a las fuentes de donde tomaron las noticias para la *Vida de San Isidoro*: ahora examinaremos aquellas que sirvieron para la *Traslación de San Isidoro*.

La fuente más antigua es la relación hecha en el mismo siglo xi, y que el P. Flórez publica en los apéndices del tomo IX de la España Sagrada con el título de «Actas de la Traslación de San Isidoro», tomadas de un códice gótico de la Real Biblioteca de Madrid, el *Liber Scintillarum Albari Cordubensis*, y también publicaron los Antuerpienses con algunas variantes leves que anota el P. Flórez. El Sr. Gómez-Moreno, en su interesantísimo estudio titulado «Introducción a la Historia Silense, con versión castellana de la misma, 1921», opina que las llamadas actas del P. Flórez y las publicadas por los Antuerpienses de un códice de la Catedral de Toledo, no son otra cosa que las lecciones del Oficio del Santo, en maitines, y que ellas inspiraron al autor de la historia Silense: contra esta opinión del Sr. Gómez-Moreno, hemos de sostener que esas llamadas actas no pasan de ser una simple relación del maravilloso acontecimiento hecho por un erudito que trató a los que intervinieron en los hechos, en prueba de lo cual habla, por dos veces en singular: «*Mira loquor: ab his tamen qui interfuere me reminiscor audisse:*», y «*Haec ab illis qui audiere me recolo audivisse*». El primer texto se refiere a los pro-

digios acaecidos al abrir el sepulcro; el segundo a las palabras y acciones con que el Rey moro despidió el cuerpo Santo. La prueba que aduce el Sr. Gómez-Moreuo de que en las llamadas *actas*, y que nosotros juzgamos ser una simple relación de algún aficionado erudito, se hace constar «*hodie X.º Kal. Ianuarii dies dedicationis Ecclesiae, et translationis beati antistitis festive annuatim celebratur*», que esto es señal de que las tales *actas* se leían en el Oficio no tiene fuerza, pues igual puede consignar eso un simple cronista: en las lecciones del Oficio no se habla así en singular, y la razón más concluyente está en las mismas auténticas lecciones: las publicaron, en un apéndice, los editores de las obras de San Isidoro, edición del año 1778, Madrid, aunque sin indicar el códice de donde las tomaron; las lecciones del Oficio tienen modificados los anteriores textos de este modo: «*stupenda loquuntur ab iis tamen qui interfuere prolata*», y el segundo: «*Haec ab illis sunt nota qui praesentialiter se audisse, testati sunt*»; en las lecciones se omite el detalle de que «*hodie*» se celebraba la fiesta.

Las lecciones están tomadas, claro que con modificaciones insignificantes, y adaptaciones al Oficio divino, de las llamadas *Actas* de Traslación por el P. Flórez, y aunque no se dice en la edición de las obras de San Isidoro de dónde se tomaron, hemos encontrado la prueba concluyente de que son las primitivas que se rezaron en la fiesta de la Traslación de San Isidoro, al cotejarlas con las *Actas* y con el texto del Silense: el Silense no se inspiró para escribir esta parte de su crónica en las *Actas*, sino que transcribió literalmente las lecciones del Oficio desde la IV.^a hasta el fin de la IX.^a sin más variación que la palabra «digo» susitiuyendo al «*loquuntur*» del primer texto citado, y que él acopla mejor a su papel de cronista: en lo demás no varía una sola palabra de las dichas lecciones, y como el Silense escribió su crónica a principios del siglo XII, excusado es ponderar que

éstas eran las del Oficio en el xi. ¿Cuándo se escribieron en el siglo xi? Tanto las llamadas *Actas* como las lecciones del Oficio, si atendemos a que terminan ponderando los milagros que en la iglesia donde reposan las Reliquias del Santo Doctor se repiten con asombrosa frecuencia, hay que confesar que lo fueron cierto tiempo después de la Traslación —año 1063—y aunque no sería imposible que ambas se escribieran el 1064, creemos más probable que pasaran algunos años, no muchos, después de la Traslación, antes de escribirse los citados documentos. Contra la opinión del sabio Sr. Gómez-Moreno, no creemos sea prueba de que las *Actas* se redactaron después de muerto Fernando I el que se lea en las mismas «*qui scepra regni possedit*», como él transcribe —pág. XVII—puesto que al «*qui*» sigue en las mismas «*ut*», con lo cual varía totalmente el significado: igual que Flórez contienen el texto aludido las lecciones en la dicha edición de las Obras de San Isidoro.

Más fuerza parece tener la afirmación de que «*hodie*», cuando se redactaron las llamadas *Actas*, se celebraba «*festive*» la solemnidad de la Dedicación del Templo y Traslación «*annuatim*» el día 23 de diciembre, lo que parece indicar que ya se había solemnizado algún año ese día.

¿Y cómo se solemnizaba el Oficio sin existir las lecciones para el rezo de maitines? De las *Actas* aparece que al principio ambas fiestas se celebraban el mismo día, y como sólo se podía hacer el Oficio de una, puede creerse que se dió preferencia al de la Dedicación del Templo.

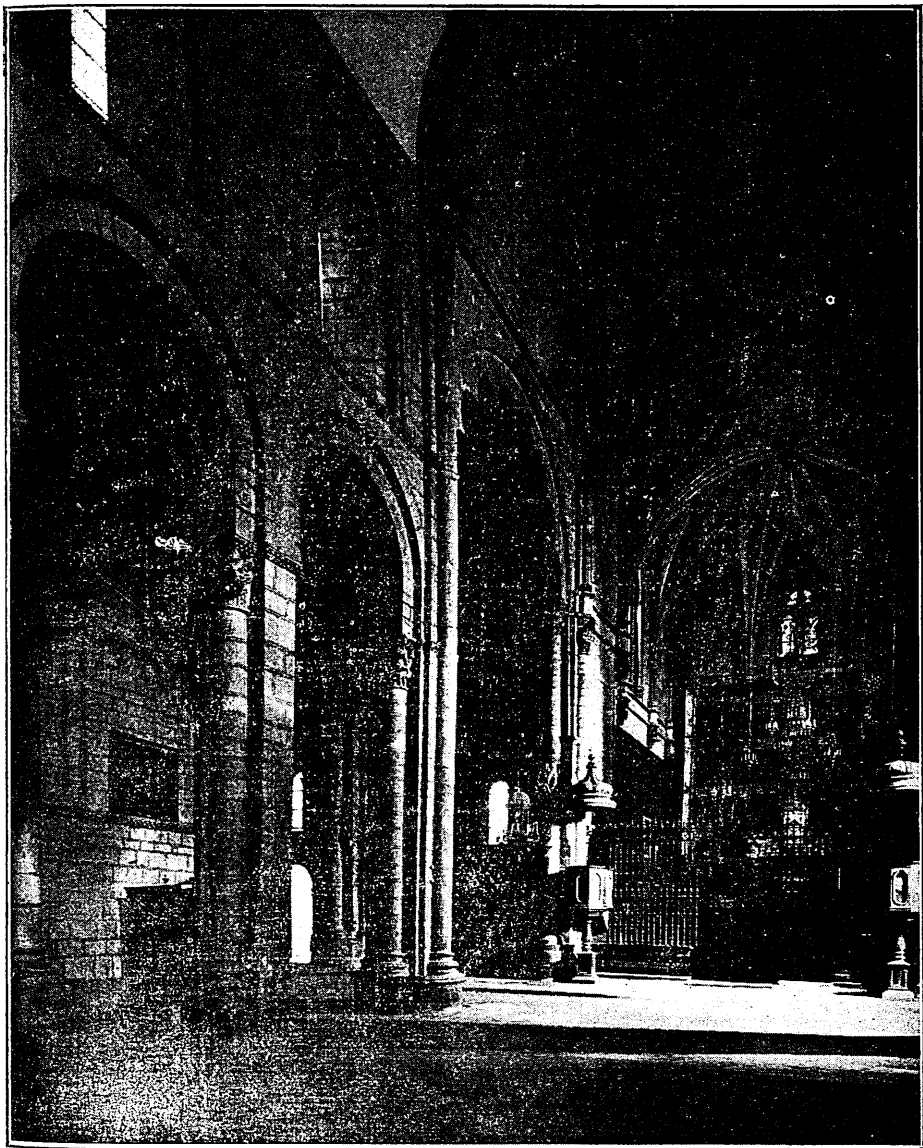
Lo mismo dice el Tudense, en el libro de la Traslación de San Isidoro, que el día 23 se hacía la fiesta de las dos solemnidades, con las mismas palabras de las *Actas*; muchos autores, al hablar de esto, señalan fechas diversas: el Silense que la iglesia se consagró el día 21 de diciembre; las lecciones, por errata de imprenta, traen la

fecha de 1 de enero—«*Kal ianuarii*» y errado el año; la lápida, aún existente, de la consagración del templo dice que el día duodécimo de las Kalendas, y en el P. Flórez y los Antuerpienses pueden verse los muchos autores modernos que al hablar de esto disienten, señalando unos el día *duodecimo*, otros el *undécimo* y otros el *décimo* de la Kalendas de enero; la razón de esta discrepancia creemos que nos la explica la escritura, donación o privilegio de Fernando I, dado al trasladar a San Isidoro, donde se dice expresamente que el día duodécimo de las Kal. (21), se consagró la iglesia; que al día siguiente, 22 de diciembre, (undécimo de las Kal.) se hizo la traslación de San Isidoro a su nueva iglesia, y de las Actas, del Tudense, del Cerratense, en el fin de la vida de San Isidoro, consta que se celebró la fiesta de ambas solemnidades el décimo día de las Kalendas de enero, o sea el 23 de diciembre, y de ahí la facilidad que tenían de errar los que escribieron de esto, suponiendo que consagración y traslación se hicieron en un mismo día, y en ese mismo día se había fijado el Oficio. No sabemos cuántos años fué común la fiesta y Oficio a ambas solemnidades; aunque creemos que luego se separaron, celebrándose la Traslación, con Oficio propio, el día 22, según consta por el Martirologio antiguo, que se conserva en San Isidoro, en el cual tiene asignado ya el 1149, en que trajeron ese códice a San Isidoro los canónigos, el día 22 de diciembre con estas palabras: «*Translatio sancti Isidori Archiepiscopi ab Ispali in Legionem. Era M. C. l.*» Este precioso códice nada nos dice de la primera consagración porque empieza a usarse en San Isidoro el día 6 de marzo de 1149 en que se consagró por segunda vez el templo, y esta consagración reza en el mismo.

En resumen: las fuentes auténticas de la *Traslación de San Isidoro* son esa relación que Flórez llama Actas, y las lecciones del Oficio que se rezaba ya el siglo xi: el Silense, acaso ignorando la existencia de las Actas, copia

en su crónica las lecciones *ad pedem literae*: el Tuden-
se, en la traslación que escribió y publican los Antuer-
pienses, sigue las Actas que son más extensas que las
lecciones, y por tanto contienen más detalles y milagros,
y los amplía con nuevos detalles y milagros, que toma-
ría de fuentes u originales existentes en el mismo San
Isidoro, y como a la Traslación la siguen varios capítu-
los sólo consagrados a narrar milagros obrados por el
Santo en su iglesia de León, y más tarde el mismo Tu-
dense escribió otro libro sólo dedicado a narrar los Mi-
lagros de San Isidoro, bueno será que para poner ante
los ojos del lector la fe que se merece en sus narraciones
pongamos aquí el testimonio que antes de él dan de esto
las fuentes indicadas.

Las llamadas Actas, escritas en el siglo xi, acaso un
año o dos después de 1063, terminan así: «Ciertamente,
en aquel sitio donde las Reliquias del santo cuerpo son
veneradas por el pueblo fiel, tantos y tales milagros se
ha dignado manifestar Nuestro Señor Jesucristo a honor
y gloria de su nombre; restituyendo a los ciegos la vista;
restaurando el oído a los sordos; arrojando de los cuer-
pos de los endemoniados los espíritus inmundos; sanan-
do a los cojos; que si algún inteligente los consignase
en escrituras, no serían pequeños ni pocos los volúme-
nes que hiciese; pero, parte por ignorancia, parte por
negligeneia, los encubre el silencio. Y si la fe firme de
los necesitados se lo pide, Nuestro Señor Jesucristo con-
tinúa obrando los mismos milagros hasta el día de hoy
por medio de su Confesor. También parece debe con-
signarse como alabanza del santo Pontífice, que no ha-
biendo padecido heladas debido al calor de su tempera-
tura, no obstante, el año que de allí se sacaron los bien-
aventurados miembros, fué tal el hielo, que quemó todo
el fruto de las viñas, olivos e higueras: piense cada cual
como quiera, mas yo afirmo que los mismos elementos
sintieron la ausencia del cuerpo santo; sintiendo se do-



Vista general del exterior del templo de San Isidoro, en León, y un rincón del interior; en el fondo de este último el altar mayor, y en él se percibe el arca con las reliquias de San Isidoro.

lieron y por permisión de Dios quitaron los frutos a los habitantes de Sevilla. Con estas y semejantes obras glorifica Dios a sus elegidos en presencia de los mortales...» Las citadas Lecciones del siglo xi, inspiradas en las *Actas*, terminan así: «Mas en aquel lugar donde se veneran por el pueblo fiel las reliquias del bienaventurado cuerpo, tantos y tales milagros nuestro Señor se dignó manifestar en honor y gloria de su nombre, que si algún perito les consignase en pergaminos, no haría pequeña cantidad de libros.» El Silense, en su crónica, al terminar la transcripción de las Lecciones del Oficio, añade por su cuenta: «Para mí, sin embargo, que tan sólo me propuse escribir los grandes hechos de los Reyes, no es intención el presente desarrollar cuán grandes y frecuentes milagros por méritos del confesor, en los cuerpos de diversos enfermos que buscaban sus sufragios, se efectuaron por el divino Artífice». Esto escribía el Silense antes de 1120. Por esa misma época, D. Pelayo, Obispo de Oviedo, consigna en su crónica el estupendo prodigio de llorar agua las piedras del altar de San Isidoro al morir Alfonso VI, suceso del que fué testigo presencial. El año 1173, el Cardenal Legado, Maestre Jacinto, vino a León y dió un testimonio de las Reliquias que se atesoraban en San Isidoro —son las mismas que el Tudense publica en la *Traslación de San Isidoro*—y al nombrar el cuerpo de San Isidoro dice del mismo: «Da fe como yace en el dicho Monasterio de San Isidro el cuerpo de San Isidro, bienaventurado Confesor, que fué Arzobispo de Sevilla y Doctor y Primado de las Españas, por los merecimientos del cual Nuestro Señor Jesucristo en la dicha iglesia hacía y hace muchas maravillas y muchos milagros sobre muchos cuitados y cuitadas, que a él venían, y sobre otros que a él se encomendaban y enviaban sus limosnas y sus ofrendas, sanando muchos de diversas enfermedades que traían, así de los cuerpos como de las almas, y otros muchos, que se encomenda-

ban al dicho Señor San Isidro y le enviaban sus dones, que son librados del poder del diablo y de grandes peligros así por mar como por tierra».

Entre el número de las Reliquias atesoradas en San Isidoro ese año de 1173 da testimonio el Cardenal-Legado de que se halla parte del agua que brotó milagrosamente del altar de San Isidoro en los dos milagros que más adelante exponremos. Desgraciadamente se ha perdido el original de este testimonio, aunque hay varias copias autorizadas y extractadas ante notarios de los siglos xiv, desde 1331, a 18 de agosto, la más antigua, y otras de fin de ese siglo, y otras varias sacadas a fines del siglo xv: están en grandes pergaminos, y al *testimonio* de las Reliquias, dado por el Cardenal, agregaban las diversas indulgencias concedidas al templo de San Isidoro por Papas, Cardenales, Arzobispos y Obispos y el catálogo de los personajes reales inhumados en el Panteón, y estas copias, dentro de su marco, se colocaban a la puerta de la iglesia y otros sitios visibles para conocimiento de los fieles, según consta por el encabezamiento de algunas. El Cardenal Jacinto ocupó la Cátedra de San Pedro, con el nombre de Celestino III, desde 1191 a 1198.

Con los antecedentes expuestos y testimonios irrecusables de los portentos y maravillas obrados por San Isidoro en aquellas remotas edades, sólo cabe preguntar si hubo alguno, suscitado por Dios, para transmitir a la posteridad, ya que no todos los grandes volúmenes que afirmaban el siglo xi podían hacerse, siquiera algunos de ellos; y ved como ya estamos ante las fuentes históricas, más copiosas y abundantes, que nos suministran el agua pura y limpidísima de los prodigios del Santo Doctor de España: son éstas las obras literarias de D. Lucas de Túy, llamado así por haber ocupado la Sede episcopal de esa ciudad y sólo conocerse su nombre de pila, y más comunmente conocido entre los eruditos con el sobre

nombre del Tudense. Como no es este lugar el indicado para hacer su biografía completa nos limitaremos a indicar que fué un benemérito leonés del siglo XII, de familia acaudalada y distinguida, como lo prueban sus riquezas y el trato que sostenía con los primeros caballeros de la Corte leonesa, de lo cual da él mismo testimonio en el libro de los Milagros de San Isidoro; a su cultura peregrina para aquella edad y época, unía una piedad acendrada y una devoción insuperable al bendito Doctor San Isidoro; para satisfacer esta devoción, renunció al mundo, a su posición, a sus riquezas y comodidades, y tomó el hábito de canónigo regular en el Real Templo de su dulce dueño San Isidoro; no sabemos el año de su entrada en la Colegiata, aunque sí que fué de los primeros del siglo XIII, pues entonces escribió su libro sobre la Traslación de San Isidoro, en el cual manifiesta varias veces su calidad de canónigo, como veremos; el año 1224 ya tenía terminado el libro de los Milagros de San Isidoro, en el que cita su obra anterior de la Traslación; cuando estaba escribiendo los Milagros tuvo que suspenderles para empezar su preciosa obra contra los Albigenses *De altera vita fideique controversiis*, la que no pudo terminar hasta el 1240 o cerca; desde 1230 al 1236 escribió su famoso *Chronicon mundi*, y la Vida de San Isidoro, al mismo atribuida ya universalmente, si realmente es suya, es posible la escribiera cuando la Traslación: en estas obras están compilados los milagros obrados por San Isidoro desde el año 1063 hasta el 1240, aunque en una mínima parte, como el mismo Tudense advierte en los Milagros.

Este canónigo celeberrimo llegó a ser Obispo de Túy, cuya Sede gobernó desde 1239 hasta 1249 o 1250, y de la fe que merece en sus escritos se ha escrito mucho y con desconocimiento absoluto: el Sr. D. Vicente de la Fuente dice: «Como historiador es tan fidedigno en lo relativo a su tiempo, como crédulo... en lo antiguo»; el

P. Flórez: «Hay que renovar, en lo correspondiente a su edad, los elogios que le han dado, apoyar su autoridad, no dudar de su buena fe: y en general aplaudir su erudición en las Sagradas Letras, en los Santos Padres Jerónimo, Agustino, Gregorio e Isidoro: su grande amor a las cosas de virtud, su Religión, su celo por el servicio de Dios, culto de los Santos, e infatigable perseguidor de los herejes, cuyas prerrogativas obligaron al escritor antiguo de la Vida de San Pedro González a intitularle *Venerable Padre, Obispo de santa memoria*»; el Padre Manzano: «Aunque el Real Convento de San Isidro no hubiera dado a la Religión más hijos que éste, bastara para su inmortal gloria: porque este gran hombre vale por muchos hombres grandes». Los que le tachaban de crédulo lo hicieron deslumbrados por tanto milagro de San Isidoro como refiere en el *Chronicon mundi* y demás obras citadas, ignorando la realidad de los mismos los *sagaces* impugnadores. Ya hemos visto cómo se lamentaban a principios del siglo XII y en el XI, en documentos irrecusables, de que algún erudito no compilara tanto milagro como obraba Dios por San Isidoro y esta necesidad seguía sintiéndose hacia el año 1221 en que vino a España como Prior Provincial de los Dominicos el célebre Fray Suero, compañero de Santo Domingo, quien hizo presión sobre D. Lucas, diácono a la sazón, instándole y poniéndole como caso de conciencia el escribir los milagros: así lo dice el mismo Tudense en la carta que precede al libro de los Milagros, dirigida a Fray Suero: «Oh! buen Padre! Fray Suero, Prior Provincial de la santa Orden de Predicadores de España; ya sabe vuestra Paternidad que soy compelido por la obligación de vuestro saludable mandamiento, y por el ruego y amonestación del Muy Reverendo Padre D. Martino, Abad del Monasterio de San Isidro de León, a escribir o recopilar los milagros escritos por nuestros antepasados, y que Dios nuestro Señor tuvo por bien ha-

cer por el su glorioso Confesor y excelente Doctor de las Españas San Isidoro, después que su santísimo cuerpo fué trasladado de la ciudad de Sevilla a la ciudad de León...» La santidad del célebre Fray Suero, y la obligación que con el Abad D. Martino impuso a D. Lucas, son una garantía más de la fe que se merece el último, quien advierte que recopila los apuntes que había en San Isidoro. En el prólogo de los Milagros recopila los elogios que varios hicieron de San Isidoro y pone el primero el de San Gregorio Magno, que le llamó otro Daniel, lo cual prueba que cuando empezó los Milagros ya estaba escrita la Vida de San Isidoro que publicaron los Antuerpienses, y se le atribuye, porque en ella está ese elogio, y además, que en algún otro sitio lo había él leído, pues en la Vida se antepone al elogio «*ut fertur*».

CAPITULO II

Patria, familia, educación y vida de San Isidoro hasta que sucedió a San Leandro en la Silla Episcopal de Sevilla

Para comprender los sucesos referentes a la vida de San Isidoro y darse cuenta cabal del providencial papel que le tocó desempeñar en la escena del mundo se hace preciso trazar, siquiera sea a grandes rasgos, el cuadro que ofrecía la sociedad de aquel tiempo remoto en que vino al mundo.

Todavía no se habían reparado las quiebras que a la triste España acarrearón con su feroz invasión aquellas hordas salvajes, traídas por la divina Providencia de las selvas del Norte de Europa para purgar con el hierro y con el fuego los grandes crímenes de la sociedad romana, perseguidora de la Iglesia por espacio de tres siglos, y envilecida con crímenes horrendos aún después de haber concedido el gran Constantino la paz a la Igle-

sia; y a la medida de la iniquidad correspondió el dolor y amargura que el Ángel del Señor derramó en el corazón de los prevaricadores de la divina ley.

Cual tigres feroces se desbordaron por las gargantas de los Pirineos e inundaron la península los Vándalos, de fatídico recuerdo, en setiembre del año 409, y lo terrible del azote que con ellos envió Dios a los españoles, lo pinta un escritor contemporáneo (Idacio) de este modo: «Ebrios de furor los bárbaros recorren el territorio de España en medio de los rigores de la peste: el tiránico usurpador saquea todas las riquezas y también las provisiones y víveres, guardados en las poblaciones robadas por aquellas hordas. Síguese el hambre con todos sus horrores, de modo que se llegó a comer carne humana, y más de una madre se alimentó con el cuerpo de su hijo, como en el asedio de Jerusalén. Cebadas las fieras en carne humana, abundando los cadáveres insepultos de los infelices pasados a cuchillo, acometían a los vivos, sin que pudieran librarse de ellos ni aún los más valientes, y de este modo se vieron cumplidas las proféticas amenazas, viéndose morir los hombres al rigor de cuatro plagas, el hambre y la peste, el hierro y el diente de las fieras».

A los Vándalos, que se establecieron en Andalucía, siguieron los Suevos, que ocuparon Galicia, los Alanos Portugal, y finalmente los Godos, que entraron en España en el año 416, y tras cruentas guerras, arrojaron de España a los Vándalos, recluyeron en Galicia a los Suevos y quedaron dueños de gran parte de España, casi toda si se exceptúa las plazas que poseían los Romanos, entre ellas León, conquistada por Leovivigildo, con otras muchas ciudades que no acataban el poder de los Godos, y a la vez a los indomables cántabros: en resumen, al tiempo en que vino San Isidoro al mundo, dominaban en Galicia los Suevos, convertidos entonces al catolicismo de la herejía arriana; Castilla, Andalucía y otras

partes de España eran de los Godos arrianos que esclavizaban a los españoles, católicos desde los tiempos de la dominación romana, anteriores a la invasión de los bárbaros en el año 409; había una zona en el litoral del Mediterráneo, desde Gibraltar a Valencia, en la que dominaban los Emperadores de Oriente, llamados imprudentemente por Atanagildo para combatir al tirano Agila, y que fortificados en España, no pudieron ser arrojados de ella desde el año 554 hasta el 624 en que los expulsó Suintila: los orientales, o bizantinos, eran católicos, y los españoles de Andalucía, la raza indígena perseguida por los herejes godos, tuvieron en ellos un apoyo, como católicos que eran todos: la capital de los bizantinos en España fué desde luego Cartagena, punto estratégico por su hermoso puerto, que facilitaba grandemente el desarrollo del comercio, y por su situación céntrica en el territorio que ocupaban, y la hacía base insustituible para ulteriores conquistas; si esto es muy de tener en cuenta para el claro conocimiento de los sucesos de aquel tiempo, mucho más para la inteligencia de la historia de San Isidoro.

También hay que advertir que el pueblo español, al mediar el siglo vi, no sólo era católico, mezclado con los arrianos dominadores y los judíos, sino que había muchos paganos, idólatras, seguidores de la religión de la antigua Roma: el culto de los dioses de la gentilidad nunca había expirado totalmente en España, y la invasión de los bárbaros del Norte, muchos de ellos idólatras, acaso contribuyó a mantener vivo ese culto nefando; lo cierto es que al celebrarse el Concilio III de Toledo—año 589—se hallaba tan arraigado, así en Francia como en España, que los Padres del Concilio hubieron de poner remedio a este mal en el canon 16, donde se manifiesta la extensión de esa pestífera llaga; y ni aún con eso desapareció el culto pagano en España, pues años adelante, ya católica la nación entera, el Concilio

de Toledo, XII de la serie, vuelve a condenar esa plaga. sin que, esto no obstante, aún tuviera el Concilio XVI de Toledo que consagrar el canon segundo a tratar este punto y condenar tan infame práctica.

¡Cuánta y cuán infinita misericordia derrocha Dios con los pecadores, invitándoles con mil medios a hacer penitencia! Ni la terrible invasión de los bárbaros en los albores del siglo v, ni la tiránica dominación de los visigodos, ni la solicitud Pastoral de aquellos inmortales Obispos visigodos, ornamento y corona inmortal de la Iglesia española, ni la solicitud y diligencia de los famosos Concilios Toledanos, ni los ejemplos de invictos mártires y gloriosos confesores que florecieron en aquel período fueron suficientes para arrancar la mala hierba de la idolatría, tan lozana en el año 693, en que se celebró el XVI Concilio de Toledo, como lo estaba el 589, en que la condenó el Concilio III.

Dios espera, lo mismo a los pueblos que a los individuos, para que se conviertan y hagan penitencia, y les brinda con profusión el auxilio de sus gracias, para que no tengan excusa ni disculpa: el ejemplo del pueblo escogido, se repite por singular providencia de Dios en todas las naciones; al castigo preceden la admonición, el envío de los profetas, males y plagas que son como el relampagueo de la próxima tempestad, y por último el remedio heroico de los enemigos que invadían el suelo patrio y hacían sentir el yugo de la esclavitud humana a los desatentados que habían rechazado el suave yugo de Jesucristo y de su Iglesia. En España vinieron a barrer la idolatría y sus ciegos adeptos los fanáticos secuaces del Islam, traídos por Dios de los arenales de Africa el año 711. Y ahora, con la ayuda de Dios, empezamos la Vida de San Isidoro.

Con noble y plausible emulación se disputan la gloria de contar entre sus hijos a San Isidoro las ciudades de Cartagena y Sevilla, aunque es más que probable que

ambas sufran una piadosa equivocación; lo único cierto acerca de la patria de San Isidoro es lo que él mismo nos cuenta en la biografía que de su hermano San Leandro hace en la obra *De Viris illustribus*: que «San Leandro fué hijo de Severiano, de la Provincia de Cartagena, monje de profesión y después de monje Obispo de Sevilla, de la Provincia de la Bética». Por el texto del mismo San Isidoro se ve claramente cómo distinguía entre la provincia y su capital, así que por él no puede deducirse sino que la patria de Severiano, afortunado padre de tan preclaros hijos, fué un lugar de la dicha provincia, que bien pudiera ser la misma Cartagena, aunque creemos más probable que nó lo sea, porque no lo hubiera omitido San Isidoro.

El nombre de la madre ha quedado en el misterio, pues si bien la Vida de San Isidoro publicada en los Antuerpienses la llama Túrtura, lo hace por una lamentable equivocación, confundiéndola con la superiora de las religiosas entre las cuales vivía Santa Florentina cuando San Leandro, su hermano, la envió la Regla o librito *De institutione virginum*; el Tudense y otros la llamaron Teodora, pero sin prueba alguna de que tal fuera su nombre.

Eran cuatro los hijos de Severiano y su esposa: San Leandro, San Fulgencio, Santa Florentina y San Isidoro; les nombramos por este orden que parece debe ser el de nacimiento; la madre y los hermanos se vieron obligados a salir de su tierra de Cartagena e ir a Bética, peregrinando en busca de un asilo; no consta si el padre salió también o murió antes de este destierro, pero los partidarios de Sevilla, dando por supuesto que salió para Andalucía con toda su familia, le dan a San Isidoro por lugar de su nacimiento el de Sevilla, afirmando que nació después del destierro de sus padres, aunque debe tenerse en cuenta que tampoco se sabe dónde éstos vivieron después del destierro, ni aún hay otro motivo para

afirmar que los Santos hermanos residieron en Sevilla, sino el de que dos de ellos allí fueron Obispos, pues San Fulgencio lo fué de Ecija.

La parentela de Severiano vivía también en la provincia de Cartagena, donde quedó al salir la mujer e hijos para la Bética; San Leandro recuerda a su Santa hermana que Dios les sacó de la tierra de su nacimiento y de entre su parentela de la misma manera que el patriarca Abraham, con una providencia singularísima, y la conjura para que no vuelva al lugar de su nacimiento ni aún con la imaginación; que no vuelva la vista atrás, como la mujer de Loth, no sea que quede como ejemplar para enseñanza de los demás, viendo en ella lo que en sí han de evitar; la mujer de Loth, con su desgracia, quedó convertida en alimento de sabiduría para los demás, para sí en estatua de necedad; que jamás, hermana mía, te solicite la imaginación de volver al país natal, donde si Dios quisiera que habitaras, nunca te hubiera arrojado de él, antes al contrario como sabía el bien que por ello habías de recibir, te sacó de allí como a Abraham de entre los Caldeos y como a Loth de en medio de los de Sodoma.

Evoca San Leandro el recuerdo de su santa madre, que nos trae a la imaginación la piadosa madre de San Agustín, y continúa diciendo a su hermana: «Además, confieso una falta que cometí muchas veces; a nuestra común madre la hablé, preguntándola si deseaba volver a la tierra de nuestros mayores, a la patria querida; y ella que conocía muy bien que Dios quiso sacarla de allí para salvar su alma, aseguraba, poniendo a Dios por testigo, que ni quería ver, ni jamás había de volver a aquella patria: y con grandes lágrimas y sollozos decía: El destierro me hizo conocer a Dios, moriré desterrada, y allí recibiré sepultura donde adquiriré el conocimiento de Dios. Testigo es Jesucristo que me acuerdo haberla oído expresar tales pensamientos, y si aún vivie-

ra no habría vuelto todavía a aquella patria. Así, pues, Florentina, hermana mía, te suplico te guardes de lo que madre temió: y el mal que ella aborreció después de conocido, evítalo tú con sabia previsión.

Me miro digno de compasión, y me duele en el alma haber tenido que enviar a aquel país a nuestro hermano Fulgencio, y tiemblo a cada instante previendo los peligros que le amenazan; sin embargo no le ocurrirá nada si tú, que estás segura por no estar allí, rogaes a Dios por él. Dichosa tú, que saliste de aquella patria en edad tan temprana, que no eres capaz de recordar el lugar de tu nacimiento; así no te pueden afligir el alma ninguna clase de recuerdos; bienaventurada tú, pues desconoces el bien perdido. Sin embargo, yo conocí y me acuerdo muy bien de todo aquello; de haber perdido la libertad y el encanto de aquella patria, hasta el punto de no quedar en ella libre un solo habitante, y la misma tierra verse privada de su nativa feracidad; y no sin justo juicio de Dios: pues tierra a la que se arrancaron sus habitantes, y se les entregó al extranjero, al instante que perdió la independencia perdió la fecundidad. Considera, hermana mía Florentina, cuando te sientas tentada de temor y tristeza, qué es lo que te conviene, no sea que la serpiente te saque del paraíso y te lleve a aquella tierra que produce abrojos y espinas: de cuya tierra si alguna vez quisieras tender la mano y coger el árbol de la vida para comer su fruto, que no te sea permitido el tocarlo. Te aseguro con el profeta, y con Jesucristo te amonesto, diciendo: Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, porque el Rey se enamoró de tu hermosura, y él mismo es el Señor Dios tuyo. Ninguno que echa su mano al arado, y vuelve a mirar atrás es apto para el reino de los cielos». La aconseja a continuación que mire como madre y maestra a Túrta, superiora del monasterio en que vivía Santa Florentina. «Por último, hermana carísima, te rue-

go te acuerdes de mí en tus oraciones, y no te olvides del hermano menor Isidoro; al cual, como nuestros comunes padres dejaron bajo el amparo de Dios y de sus otros tres hermanos, alegres y sin temor a que en su infancia pudiera ocurrirle nada, volaron al seno de Dios: al cual, como yo le tenga verdaderamente por hijo, y le prefiera y le ame sobre todas las cosas del mundo, y su amor sea mi descanso y consuelo, tanto ámale más tiernamente, y tanto más ruega por él a Jesús, cuanto conoces y sabes que fué amado con más ternura por nuestros padres. Estoy cierto que tu oración virginal inclinará hacia nosotros la bondad de Dios; y si cumplieres el pacto o votos que hiciste a Jesucristo, te será dada la corona de tu buen obrar, y si perseverares hasta el fin serás salva. Amén.»

Hasta aquí hemos venido traduciendo el último capítulo de la Regla que San Leandro envió a Santa Florentina, siendo ya ésta monja, y en él hemos de detenernos algún tanto, pues fuera de ser el único documento contemporáneo que nos oriente en la infancia y juventud de San Isidoro, de él podemos sacar ciertas luces y orientaciones históricas, hasta el presente insospechadas por falta de un estudio detenido sobre tan precioso documento.

Lo primero que en él descubrimos es que toda la familia lleva nombres latinos, con lo cual queda patente que no eran de raza goda, sino de la raza indígena subyugada por aquéllos, y que residían en el país de Cartagena desde varias generaciones antes de Severiano, padre dichoso de nuestros Santos, puesto que al salir de allí, dice San Leandro, les sacó Dios, como a Abraham, de su tierra y de entre su parentela; por este precioso documento tenemos también patente la causa de salir esta familia de Santos de su país natal: Atanagildo, para ocupar el trono de su Rey Agila, invocó el auxilio de los griegos imperiales, súbditos de Bizancio, y el Empera-

don Justiniano le envió un ejército con cuya ayuda logró su intento, pues los godos, temerosos de ser esclavizados por los imperiales, asesinaron en Mérida al Rey Agila y reconocieron unánimes al pretendiente Atanagildo; éste, una vez que se vió en el trono—año 554—intentó despedir a sus antiguos auxiliares, los cuales, firmes en el terreno que habían invadido como amigos, se opusieron a Atanagildo, quien se vió incapaz para expulsarles, según afirma San Isidoro en su Historia de los Godos.

San Leandro indica con bastante claridad que Santa Florentina, su madre y hermanos, salieron de su patria y de enmedio de su parentela, al venir sobre Cartagena la esclavitud, que no pudo ser otra que la de los imperiales y ya en el reinado de Atanagildo, o sea después de el año 554, cuando el ejército auxiliar se convirtió en tirano, contra el cual se levantarían al pronto todos los hombres de corazón, godos e indígenas; como el Santo confiesa a su hermana que presencié la ruina y esclavitud de su patria, y no habla sino de la peregrinación de su madre y hermanos, sin mencionar a su padre, no es descabellado suponer que Severiano tuviera que luchar contra el griego invasor y a su lado San Leandro y acaso San Fulgencio, y para poner a cubierto a las mujeres y al niño Isidoro les enviara a la provincia de Andalucía, libre de enemigos, por donde la madre peregrinó durante aquella guerra en la cual es probable que sucumbiera Severiano, puesto que no se le nombra al lado de su familia en la peregrinación o destierro.

A pesar de hallarse la patria querida ocupada por el invasor debía encerrar tales atractivos para la familia de nuestros Santos, que San Leandro no se cansa de inculcar a su hermana el desprecio de los mismos, suplicándola aparte los ojos de su alma de aquella tierra y no se deje cautivar con el imán y hechizos de los recuerdos, cuando éstos florezcan en la imaginación; la pinta como

un paraíso la vida del claustro, y la pone ante los ojos el ejemplo de su santa madre que no quiso volver a la tierra de donde la sacó Dios. Estos atractivos no podían ser otros que los anejos a una posición distinguida, bien por las grandes riquezas, bien por el alto puesto que ocupaba Severiano, y más bien por ambas cosas: de todo parece que pudo volver a gozar la madre, pasados los primeros choques, después de los cuales los godos reconocieron su impotencia para recuperar la provincia de Cartagena, pero a todo renunció generosamente por amor a Dios aquella madre modelo, no obstante las propuestas de su hijo mayor, no tan desprendido en aquel entonces que quisiera perder las riquezas de sus antepasados; de aquí deducimos que, terminada la guerra y muerto Severiano, los bizantinos concedieron amnistía a los indígenas.

Otra incógnita flota en las cariñosas amonestaciones de San Leandro a su hermana: el país natal debió tener para ellos algo muy funesto, cuando con tal insistencia conjura a Santa Florentina para que no se acuerde de él; cuando tan al vivo pinta los temores de su santa madre al pensar en la posibilidad de volver a la patria, y exhorta a la hija para que huya del mal que en ella había experimentado su madre; cuando al escribir esta carta, u obra, el Santo tiembla por los peligros que amenazan a su hermano San Fulgencio y encarga a la Santa implore para él la protección de Dios, mientras se halla en la tierra de su nacimiento a la que tuvo necesidad de enviarle. ¿Qué peligros amenazaban a esta familia en Cartagena? Peligros de orden terreno parece que no eran, pues de correr peligro la vida de su hermano no le hubiera enviado allí San Leandro, además de que el mismo San Leandro vivió en Constantinopla algún tiempo, en la capital de los griegos orientales; por otra parte, las invitaciones de San Leandro a su madre para volver a la patria prueban que tenían en ella expedito el camino

y que, por parte de las autoridades, no tenían nada que temer; el peligro tan temido era, sin duda alguna, espiritual, como se desprende claramente con la simple lectura del texto.

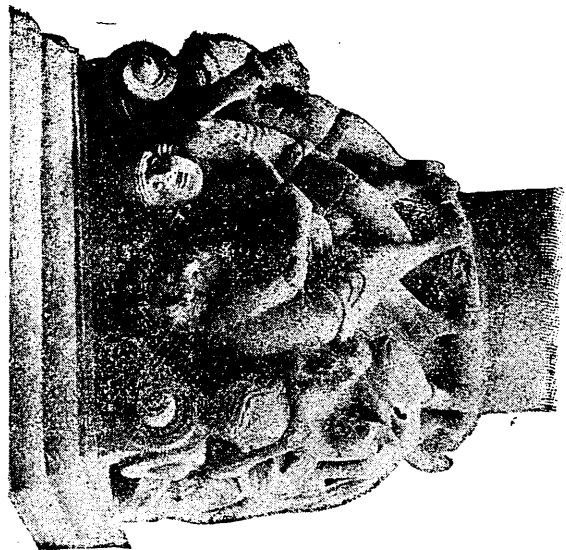
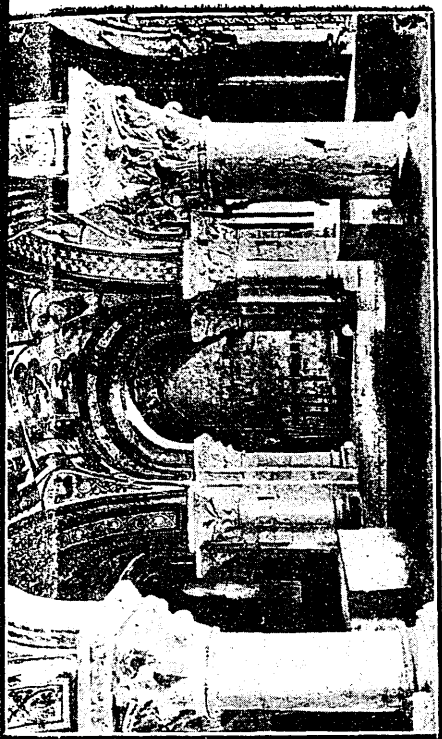
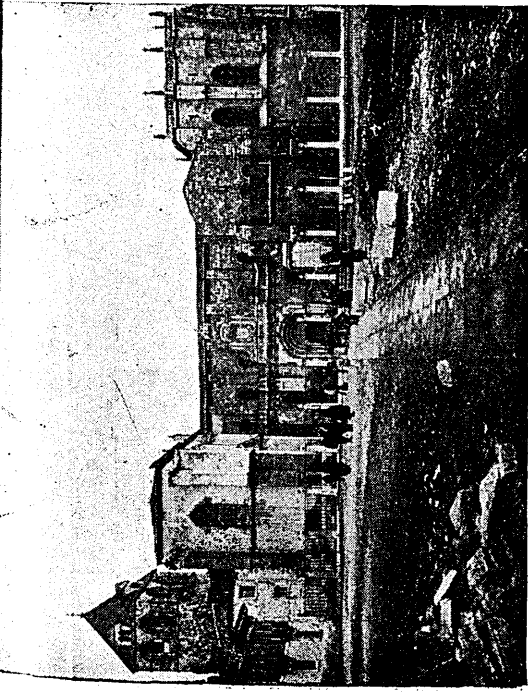
¿Qué clase de peligro espiritual era ese que les amenazaba entre los griegos orientales, católicos, y del que estaban libres entre los godos, furibundos arrianos y perseguidores de los católicos? Ya queda expuesto el estado de la religión en aquella época, y dicho que, además de los católicos y arrianos, había muchos idólatras; la madre de los Santos manifiesta expresamente que la salida de su patria fué ocasión de que llegara a conocer a Dios, y que por este bien recibido quería morir en el destierro, convertido ya en paraíso para ella porque en él halló a Dios, y su hijo da a entender que en la patria no había de gozar como en el destierro, razón que la impelía a temer la ida a Cartagena como el mayor de los males. ¿Puede deducirse de lo dicho, que la madre y los hijos eran idólatras y que recibieron la luz de la fe en tierra extraña, y que el peligro que les amenazaba en el país natal era la recaída en la idolatría por la imposición o malos ejemplos de su parentela? Hasta sacrílega se nos antoja tal suposición, fuera de que en un país de población casi totalmente católica y dominado por católicos no eran posible tales violencias, y menos de parte de los idólatras, minoría insignificante que vivía fuera de la ley.

San Leandro sólo habla de su madre en el destierro, lo que hace suponer que su padre falleció en la patria, después del año 554, en que Atanagildo rompió con los imperiales y guerreó los 14 de su reinado, y en uno de éstos debió nacer San Isidoro, que quedó huérfano de ambos en la infancia y ambos murieron con edificación de sus buenos hijos que pensaron habían volado al seno de Dios; si, pues, Severiano murió en la provincia de Cartagena, dentro de la Iglesia católica, ésta era la religión de su familia antes de salir de ella.

La adversidad es la mejor escuela de virtud, y cuando el hombre se ve con el corazón rebosante de amargura entonces clama a Dios con Jeremías: «Nada puede consolarme, Señor, de cuanto veo debajo del cielo, sino sólo tú, Dios mío, médico celestial de las almas», y con el profeta: «Ha sido un bien para mí haberme humillado, Señor, para que así aprenda tus mandamientos; provechoso me ha sido que la vergüenza y confusión cubran mi rostro, pues por eso he acudido a tí más bien que a los hombres en busca de consuelo».

Insinúa el P. Flórez, que no sospechó la causa de salir de Cartagena, ni se acordó de que en ella dominaban los imperiales, que Severiano era católico y su mujer goda de sangre y arriana de religión, y al ver que los godos perseguían a su esposo católico, ella se convirtió al catolicismo y que así puede entenderse lo de «conocer a Dios en el destierro»: como la causa que atribuye a la persecución de tan dichosa familia es disparatada, no háy por qué pasar a refutar la segunda parte, ni probar que no fué arriana.

La madre conoció a Dios en su peregrinación, a la manera que nosotros conocemos a una persona con quien tratamos todos los días y aún amamos, y no obstante llega un momento en la vida de esa persona en que se abre ante nuestros ojos la hermosura de su alma, y atónitos exclamamos: Ahora conozco yo a éste. Lo mismo ocurre en la vida espiritual: pidiendo a cada momento el pan nuestro de cada día a la puerta del gran Padre de familia, y aún guardando solícitos sus santos mandamientos, no acabamos de penetrar en el misterio de sus divinos designios sobre nosotros, ni nos damos cuenta de la solicitud infinitamente misericordiosa, con que guía todos nuestros pasos y ordena los más nimios sucesos de nuestra vida su amorosa providencia; pero llega un momento en que ante nuestros ojos deslumbrados relampaguean las lumbres de la gracia; se rasgan e iluminan



Fachada meridional del templo de San Isidoro. — Vista general del Panteón de Reyes, en San Isidoro. — Un capitel del templo.

las nubes que envolvían nuestra inteligencia, y aparece con radiante claridad todo el horizonte de nuestra pasada existencia, y descubrimos la mano de Dios que ha guiado todos nuestros pasos hacia tal estado o cierto fin que espera de nosotros, y viendo ya señalado el derrotero de nuestro destino futuro, y atónitos ante ese interés y predilección con que el buen Dios nos ha escogido, las almas grandes, los corazones generosos, deshechos en lágrimas de ternura, como el ciego de nacimiento, de que nos habla el sagrado Evangelio, abandonan el concilio de los fariseos y la turbamulta de la plebe, y cayendo a los pies de Jesús, le adoran y dicen: «Creo, Señor».

Los divinos resplandores de la gracia hicieron conocer a la madre de nuestros Santos que por su mayor bien la había sobrevenido aquella desgracia; experimentó el gran provecho de su alma en la adversidad, en el olvido del mundo; en el desamparo de su parentela, en la carencia de sus grandes riquezas, quizá columbró que el Espíritu Santo les arrojaba en aquellas tierras infestadas con la herejía arriana para que sus hijos las conquistaran y llevaran a las regiones de la luz y doctrina católica; lo cierto es que ella vió claro, y sin hesitación alguna, que Dios mismo, por una providencia singularísima, la había sacado de su tierra, y notó en sí una tan grande ganancia con la pérdida de todo, que sólo suspiraba por conservar aquella preciosa margarita, cuyo valor excede a todos los bienes de este mundo: el gran mal que la había impedido conocer a Dios con aquella clarísima luz era la prosperidad que gozó en su tierra, y por eso dice su Santo hijo a la bendita Santa Florentina: «Te ruego, hermana Florentina, te guardes de lo que madre temió; y el mal que ella, por conocerle por experiencia, huyó, evítalo tú, con prudente previsión». A nadie se le ocurrirá que San Leandro temía que su hermana, si no profesaba en la religión y volvía a la tierra natal hubiera

de caer en la idolatría o en el arrianismo, ni menos que estos fueran los peligros que él creía correr su hermano San Fulgencio, cuando le envió a Cartagena; los peligros no eran otros que el de perder la vocación de Dios al estado religioso y sacerdotal, a vista de las riquezas y regalos que poseían en la patria, para los hijos, y el menosprecio del favor divino y consiguiente disipación en la madre.

¡Llor y bendiciones a esta madre ejemplar que con sus lágrimas, cual otra Santa Mónica, ganó para el cielo a sus cuatro hijos, les hizo célebres en toda la cristianidad, redimió e hizo gloriosa a España, y como la Magdalena, eligió para sí la mejor parte, que ha de gozar en perpetuas eternidades! España debe a estos padres gloriosos una reparación: a él, porque casi seguramente fué un mártir de la independencia patria, muriendo en el campo de batalla, frente al extranjero invasor; a ella, porque es la mujer fuerte de la Sagrada Escritura, espejo en que deben mirarse todas las madres. Al fin hemos de ver lo grandes señores que fueron en el mundo y lo que que dejaron por Cristo.

El comentado documento es el único de aquella época en que se nos menciona la infancia y adolescencia de San Isidoro; por él vemos que antes del uso de la razón perdió a sus padres, encontrando otros en sus hermanos, en especial en San Leandro. Algo puede deducirse acerca de la índole y bellas cualidades del niño Isidoro, cuando, en competencia con hermanos tan escogidos, arrebatada hacia sí el cariño de sus padres, sin excitar envidias en éstos, que heredaron este cariño a su angelical hermanito como el máspreciado de los legados paternos.

La vida y educación del bendito niño durante estos años fácil es de presumir si tenemos a la vista la que hacían todos aquellos que aspiraban al sacerdocio; está compendiada en el canon I del Concilio II de Toledo—

año 527—muy curioso porque en él se halla la mención más antigua de los *seminarios*; los padres o tutores ofrecían a Dios desde los primeros años de la infancia aquellos hijos que querían consagrar al servicio del altar; estos niños eran llevados a la casa de la iglesia y ofrecidos al Obispo, como los padres de Samuel le ofrecieron al gran sacerdote Helí, y se quedaban allí bajo la dirección de un propósito y maestros que les daban la necesaria educación moral y literaria, siempre a la vista del Obispo; al recibirles en la casa de la iglesia eran tonsurados; cuando cumplían los diez y ocho años, el Obispo, a presencia del clero y del pueblo, examinaba su vocación, y si se hallaban con fuerzas para guardar castidad y renunciar al matrimonio, se les sometía a un rígido noviciado de dos años, cumplido el cual se les ordenaba de Subdiáconos; si continuaban dando pruebas de integridad y pureza a los veinticinco años se les ascendía al Diaconado; en cambio, aquel que no se hallaba con fuerzas para el celibato, se le dejaba en libertad y podía disponer de su persona. Como esta larga carrera era tan costosa a la Iglesia, no era justo que una diócesis extraña aprovechara los gastos que otra había hecho en la educación y alimento de sus clérigos, siendo muy mal mirado por todos los Obispos el que tenía la flaqueza de admitir alguno de estos a su servicio, y aún el canon II del mismo Concilio le impone la pena de que todos los compañeros le nieguen su trato y amistad, y la misma prohibición hace a los clérigos de pasar a otro Obispado «porque es duro, dice, que aquel a quien uno pulió de su rusticidad y flaqueza de la infancia, otro presuma utilizarle». Estas disposiciones no empezaron con ese Concilio, que habla de todo esto como de cosas ya existentes y reconocidas, y estas disposiciones son las que hacen presumir que San Isidoro fué ofrecido por su hermano al *seminario* de Sevilla, aunque poseyendo grandes riquezas es de creer que sufragaría todos los gastos de

su educación; y esto se hace más verosímil si tenemos en cuenta que San Leandro profesó en un monasterio, como dice el mismo San Isidoro, y en parte alguna podía dejar tan segura aquella prenda de su corazón.

Nada más podemos colegir, por documentos coetáneos e irrecusables, de la vida de nuestro San Isidoro en sus primeros años; ahora indicaremos aquellos hechos que se refieren en la Vida del Cerratense y la atribuida al Tudense, pues pudiera ocurrir que alcanzaran algún testimonio hoy perdido, o que inspirados en la tradición mozárabe, reflejen la verdad en lo substancial de varios hechos, conforme hemos expuesto en el principio.

La primera tradición que recogen es que siendo San Isidoro niño de pocos meses la nodriza le acostó en el jardín y luego fué a otros quehaceres olvidando completamente en qué sitio había dejado el niño; pasados algunos días fué Severiano al jardín y se sentó, llorando la pérdida de su querido Isidoro, cuando vió una gran multitud de abejas que subían hacia el cielo y bajaban luego a posarse sobre el niño perdido, formando una música melodiosa con sus zumbidos; atónito Severiano ante tal espectáculo, corrió a avisar a sus criados y familias que se pasmaron ante el niño cubierto con panales de miel que las abejas fabricaban dentro de su boca, sobre su rostro y sobre todo su cuerpo; cogió el padre el cuerpo de su hijito, derramando lágrimas de ternura, y todos auguraron grandes cosas de aquel niño, en tanto que las abejas remontaron el vuelo hacia el cielo, donde las perdieron de vista.

La segunda tradición es que siendo jovencito San Isidoro, sintió la natural repugnancia al estudio en su edad, y que asimismo se juzgaba incapaz de aprender todo aquello que esperaban de él, por cuyo motivo una mañana quiso huir del martirio del estudio y de los castigos del maestro, poniendo tierra por medio, salió de Sevilla, y alegre y contento de verse en plena libertad, se fué

alejando por aquellos campos hasta que el cansancio y el calor le forzaron a buscar refrigerio a la vera de un pozo; como no pudo sacar el agua y el sitio estaba desierto, se puso a contemplar un madero que sobre el brocal del pozo servía de apoyo para sacar el agua, no afinando con la causa de que mostrara en su superficie profundos canalones; del mismo modo intrigó su curiosidad el espectáculo que ofrecían ciertas piedras llenas de agujeros; vino a sacarle de su abstracción cierta mujer que al llegar al pozo y contemplar tan precioso niño, seducida por su candor y belleza, le interrogó qué hacía en aquel lugar, a lo que el niño contestó exponiendo su duda; cayó en gracia a la mujer la pregunta del pequeño y le dijo: Estas ranuras del madero se hicieron con el roce de las sogas al sacar el agua y los agujeros de las piedras con las gotas de agua que se caen de las vasijas. Ilustrado el jovencito con luz del cielo comprendió que su inteligencia no era tan dura como el madero ni como la piedra, labrados por una cosa tan blanda como el agua, y resolvió volver a sus estudios advertido ya de que con tenacidad y constancia dominaría todas las ciencias y vencería todos los obstáculos, como sucedió, según veremos.

La tercera tradición no la trae el Cerratense; se halla en la *Vida* atribuida al Tudense; por encargo de su hermano San Leandro, escribió a San Gregorio Papa un opusculito sobre la Bienaventuranza, con tanta perfección en el fondo y en la forma, que al leerle el Papa adivinó, inspirado por el Espíritu Santo, cuál había de ser San Isidoro, y enajenado exclamó: He aquí otro Daniel. Añade el autor—Tudense—que en otro libro leyó que el Papa había dicho: He aquí otro Daniel, y más que Salomón. Esto prueba que había además de la original, conservada por el Cerratense, otras dos a lo menos, cuando se escribió la *Vida* publicada por los Antuerpienses y atribuida a D. Lucas de Tuy, y que fueron varios los que

en el siglo xi recogieron las tradiciones mozárabes sevillanas sobre San Isidoro.

Antepone el Tudense en su Vida al suceso siguiente, como al anterior, la advertencia «*ut fertur*», con que declara que sólo refiere lo que lee en otros y que a él se le hace en extremo maravilloso y no muy seguro. Quedó con tantas ganas de conocer al joven Isidoro el Sumo Pontífice, después de haber leído su librito, que en varias ocasiones se lo declaró a San Leandro; llegó a conocer este deseo del Papa el joven Isidoro y cierta noche de Navidad se salió de la iglesia al terminar la primera lección de Maitines, y en un momento se vió arrebatado y puesto en Roma en la iglesia donde el Papa cantaba, a su vez, los divinos Oficios, quien le conoció al punto, y dando gracias a Dios, corrió a él y le abrazó; después fué devuelto el joven a la iglesia de Sevilla en la misma noche y antes de que los clérigos terminaran los dichos Oficios.

Terminan las citadas *Vidas* medievales esta etapa de la vida de San Isidoro con minuciosos detalles de la prisión en que, dicen, le puso San Leandro para asegurar su vida que, por el excesivo fervor y natural impetuosidad de la juventud, corría peligro por parte de aquellos herejes. En medio de todo, pudiera haber algún fondo de verdad en esta tradición desfigurada, y no ser tales los motivos ni la ocasión del encierro, sino que ésta fuera una medida de elemental previsión cuando el Santo huyó, desterrado por Leovigildo, el sacar a sus hermanos del *seminario* de Sevilla y ocultarles en lugar seguro durante la borrasca.

San Leandro, que subió a la Silla Episcopal de Sevilla el año 579, falleció el año 599; debiendo haber nacido San Isidoro hacia el año 554, o del 554 al 560, aún era un simple alumno cuando su hermano, como Obispo, se puso al frente del *seminario* de Sevilla, y en los veinte años de Pontificado, siempre junto a sí aquel hermano

amadísimos, le prodigó todos los tesoros de su ciencia y la de otros insignes maestros, haciendo de San Isidoro el gran Doctor de España, como veremos al hablar de sus obras y sabiduría.

CAPÍTULO III

Semblanza del inmortal San Isidoro después de ser sublimado a la Dignidad Episcopal de Sevilla

Es de suponer que muerto San Leandro, fuera aclamado con entusiasmo y sin contradicción alguna, su hermano San Isidoro para ocupar la Silla vacante; tan colosal y sublime es la figura de San Leandro, tales los méritos contraídos en el desempeño de su espinosa misión, tan singular la providencia de Dios para con él y toda su familia, tan reciente aún la conversión de los godos, empresa magna para la que Dios le eligió como principal instrumento, que no cabe dudar fuera unánime el deseo de cubrir la vacante con la única persona capaz de consolidar la obra del difunto y que hasta le superaba en ciencia y prendas personales; esa persona era San Isidoro.

Un hombre de letras, criado desde su infancia en el *seminario* de Sevilla, natural era que se sintiera, desde el principio de su Pontificado, inclinado a engrandecer y desarrollar el plan de estudios que servía para formar el clero sevillano; por eso elegimos este asunto como primera pincelada de su bosquejo biográfico. San Isidoro tuvo panegiristas pero no biógrafos ni historiadores de su vida, pues tanto los elogios de San Braulio y San Ildefonso, sus discípulos, como los que otros le tributaron, y luego veremos, para nada se refieren a su vida particular ni la de su familia, limitándose a ensalzar el talento soberano y la maravillosa elocuencia con que Dios le enriqueció, y el uso que hizo de estos dones,

enumerando las obras que escribió; por eso nos extraña cuando los críticos modernos, empezando por el Padre Flórez y Morales y los mismos Antuerpienses, rechazan por absurdos e imposibles varios hechos citados en las Vidas medioevales porque no les mencionaron autores contemporáneos, ni San Braulio y San Ildefonso que sólo intentaron ensalzar al gran orador y al sabio.

Otro error casi universal es el de creer que San Isidoro fundó la escuela sevillana que tan famosa se hizo durante su Pontificado, pues a ella acudían discípulos de todas las regiones, y formando algunos tan ilustres como San Braulio, que llegó a ser Obispo de Zaragoza y a quien se ha llegado a llamar *segundo doctor* de España, y San Ildefonso, que así mismo llegó a ser Obispo de Toledo; no hay tal fundación, pues ya queda apuntado que en todas las diócesis existían esas escuelas episcopales, llamadas al presente seminarios, sino que como mientras San Leandro fué Obispo de Sevilla su fama de santidad y sabiduría llenaba todos los ámbitos de España y aún pudiéramos decir que toda la cristiandad, no es de extrañar que alumnos aventajados de otras diócesis fueran enviados a Sevilla para perfeccionarse al lado de tan insigne maestro, y como en aquellos años empezó a resplandecer el ingenio peregrino de San Isidoro, eclipsando a su mismo hermano y demás maestros, y el brillo cegador de este nuevo astro culminó al colocarle sobre el trono episcopal, fué tal el renombre que adquirió el seminario de Sevilla, que como el sol apaga la luz de todas las estrellas, así él brilló cual si no existieran otros.

¿Qué extraño atrajera hacia sí a todos los navegantes en el mar de la ciencia este faro luminoso si sus resplandores mostraban con asombrosa seguridad la entrada a los alcázares de la sabiduría? Su discípulo San Ildefonso dice de él: «Varón adornado a la vez de ingenio y de nobleza; era tal la dulzura y suavidad de su palabra, tan

copiosa su elocuencia, que el torrente impetuoso de su conversación llenaba de asombro a los que tenían la dicha de oírle, de donde se seguía que suspiraban por volver a oírle otra y muchas veces». Y su dilectísimo discípulo San Braulio dice de él: «En él se vió la antigüedad resucitada, y aún más, nos hizo ver a los presentes encarnada en sí mismo toda la sabiduría de la antigüedad; varón que dominó las varias maneras de hablar, de modo que se hacía entender lo mismo de los sabios que de los indoctos, según el lugar y tiempo en que hablase, aunque cuando lo reclamaba la ocasión del lugar y la solemnidad del momento lo hacía con una elocuencia arrebatadora e incomparable». Después de enumerar el catálogo de sus escritos, para que en él se vea cuánta fué su sabiduría; termina afirmando que «Dios le suscitó en los últimos tiempos para restaurar la sabiduría de los antiguos, y no continuáramos envejeciendo en la rusticidad»; siendo el final de su elogio: «Murió muy aventajado sobre todos en la sana doctrina y superando a todos en las obras de caridad».

A estas cualidades naturales, tan bien dibujadas por los cariñosos discípulos, nada tenemos que añadir; bien está el retrato del Santo Doctor, delineado por los discípulos, también santos y doctores. Nosotros sólo mencionaremos a la ligera los tesoros de ciencia que llegó a reunir y que le convirtieron en oráculo de la Iglesia española, al que acudían los jóvenes a beber en el manantial vivo de la sabiduría, y los Obispos y ancianos recurrían con embajadas y cartas pidiendo consejos y celestiales enseñanzas.

Peritísimo en el conocimiento de las lenguas, hablaba y dominaba a la perfección el hebreo, el griego y el latín; tenía un dominio absoluto, muy superior al de todos los hombres de su tiempo, de lo que los eruditos del siglo xii llamaban el *trivio*, o sea la Gramática, la Retórica y la Lógica, y del *cuadrivio*, o sea la Aritmética, Geometría,

Astrología y Música, que entre todas componen el coro de las siete artes liberales; San Isidoro ha sido siempre mirado como un excelente matemático, y su tratado sobre la esfera y ciclo pascual—Etimologías—re resumen todo lo que en aquella época se sabía acerca de esta materia; versadísimo en la doctrina de los filósofos antiguos, enamorado de los encantos y enseñanzas de la historia, profana y eclesiástica, aún era incomparablemente mayor su competencia en el conocimiento de las Sagradas Escrituras, de la Teología, de ambos Derechos, etc., no habiendo ramo alguno del saber humano a que no se extendiera el dominio de sus facultades.

De todo esto son testimonio irrecusable el catálogo preciosísimo de sus obras, escritas la mayoría de ellas a requerimientos de Obispos y personas célebres, las cuales no podían tener la dicha de apacentarse con su doctrina personalmente, y lo deseaban lograr por escrito. En las cartas que los Antuerpienses publican del Obispo de Zaragoza San Braulio, en todas se contienen súplicas de éste a San Isidoro pidiendo, ya una de las obras publicadas, ya excitándole a publicar otras nuevas, con argumentos y razones como las siguientes: «¿Por qué, pregunto, detentas y no distribuyes los talentos y ciencia que Dios te ha dado y retardas el distribuirlos y donarlos a los demás? Abre, ya, la mano; reparte a los indigentes para que no perezcan de hambre... nada te se quita a tí por mucho que nos des... acuérdate de la multiplicación de los panes, y que los fragmentos superaron con mucho a los panes... ¿Piensas que el don de la sabiduría te le dió Dios sólo para provecho tuyo? Es tuyo y nuestro; ese don es de todos, no privativo tuyo; ¿y quién puede afirmar, sino que esté loco, que tú puedes gozar a solas lo que sabes es de todos? No dilates el repartirnos lo que Dios te concedió: el tesoro de la salvación, la administración de la ciencia y sabiduría. ¿Acaso

te defiende la consideración de que nosotros no podemos corresponder con nada? Si enseñaras a quien te pagara con otras enseñanzas, ruin sería tu galardón; pero como enseñas a ignorantes que no te pueden recompensar, el premio será grande en el cielo. Por eso me remuerde a mí la conciencia, de que no tengo nada que enseñar». Este modo de recurrir al Santísimo Doctor de España su admirador y devotísimo discípulo San Braulio, que en todas sus cartas acusa recibo de las nuevas obras publicadas por San Isidoro, nos da idea del ímprobo trabajo que sobre sus hombros ponían los amantes del saber y los mil asuntos graves que a su resolución se llevaban; mas, para que el lector pueda formarse idea de lo mucho que escribió y adoctrinó a sabios e ignorantes haremos una sucinta reseña de sus escritos, y para eso nada mejor que seguir al mismo San Braulio.

Aunque sigamos a San Braulio en el catálogo de las obras del Doctor benditísimo no las examinaremos en el orden que él las cita, sino que las colocaremos por grupos de materias para mayor claridad; y la primera colocaremos a la inmortal de las *Etimologías*, la cual no puede ser incluida en ningún grupo porque les abarca a todos. He aquí el juicio crítico de San Braulio: «El códice de las Etimologías, de magnitud desmesurada, distribuido por él en títulos, no en libros, aunque como le escribió a instancias mías, como no tuvo tiempo de darle la última mano, yo la dividí en veinte libros. Obra llena de toda clase de filosofía, que quien la leyere con frecuencia, de él se puede afirmar que conoce la ciencia de todas las cosas divinas y humanas. Allí elegancia rebozante de todas las Artes, donde casi todo cuanto se puede saber reunió ordenadamente.» San Ildefonso: «Escribió también al fin, por ruegos de Braulio, Obispo de Zaragoza, el libro de las Etimologías, en cuya obra empleó muchos años, y sin verla del todo concluida, finalizó sus días».

Qué quería el Santo significar con la palabra Etimologías nos lo dice en esta obra: «Etimología es el origen de los vocablos, por cuanto el significado de la palabra se colige por la interpretación.» Advertimos que la naturaleza de las voces es doble: primera, aquella de donde viene la palabra, y el estudio de ésta corresponde a los gramáticos, y segunda, aquella a la cual se aplica la misma palabra, y ésta ya cae en la jurisdicción de la filosofía. San Isidoro explica ambas, y así después de decirnos de dónde viene el origen de una palabra, como consumado gramático, explica luminosamente, como filósofo, la naturaleza de la cosa en la cual se ha impuesto ese vocablo que estudia; con esta advertencia queda demostrado que el título no le cuadra con toda propiedad, pues no es un libro que se limite a exponer el origen de los vocablos, sino que a la vez rebosa en comentarios de cosas infinitas, y podemos llamarle arsenal al que han recurrido los sabios de todos los tiempos pasados, y seguirán recurriendo los siglos futuros para conocer el origen de todas las voces y el conocimiento de todas las cosas.

De las Etimologías, primera enciclopedia que hubo en el mundo, sólo se puede formar idea leyéndolas, o con un amplio resumen de su contenido que no podemos dar aquí; baste consignar que es una gloria inmarcesible de España y de la Iglesia española, obra antigua y siempre nueva de la que jamás podrá prescindirse para orientarse en todos los ramos del saber humano.

Entre las obras teológicas descuellan los libros de las *Sentencias*, cuyo mejor elogio está en decir que fueron la primera *Suma Teológica* que se escribió en la Iglesia católica, y que en ellos dió el diseño de la otra *Summa* escrita por el Doctor Angélico siglos más tarde; fué el primer Padre que expuso con unidad sintética la doctrina católica, el dogma y la moral, ambas en esta obra, que abrió un nuevo camino a las ciencias teológicas e

iluminó horizontes desconocidos, por los cuales se adentró un siglo más tarde San Juan Damasceno, y después San Anselmo de Cantorbery, y luego los célebres escolásticos y Santo Tomás de Aquino.

Son, pues, tan gloriosos para España y la Iglesia española como los de las Etimologías, y creemos que la mente del glorioso Doctor fué escribir un texto de Teología para los seminaristas de Sevilla y demás clero español.

Los libros de los *Oficios eclesiásticos* no ceden en importancia a las dos obras anteriores, y les escribió a ruegos de su hermano San Fulgencio; podemos decir de estos libros que son otra suma de Derecho Canónico, pues forman un inapreciable repertorio para el estudio de esta disciplina; en ellos expone el origen de las cosas eclesiásticas y de las personas, Oficio divino, festividades, preces, oraciones, etc., y de las diversas personas que hay en la Iglesia.

Los libros *De la Fe católica, contra los judíos*, les escribió el Santo a ruegos de Santa Florentina, y son una acabada apología de la Iglesia católica contra la perfidia judaica, y en ellos se agota la materia de que tratan.

Libros de los *Sinónimos*, son los primeros de carácter teológico moral; les escribió para alimento espiritual del cristiano, y lectura piadosa, siendo tan interesantes los tesoros de doctrina moral y mística incomparable en ellos contenidos, que nos traen a las mentes el libro de los ejercicios de San Ignacio de Loyola, cuyo método ya se columbra en los Sinónimos.

El segundo de los de carácter moral es el libro *Conflicto de los vicios y virtudes*; es de mucho parecido con el anterior, y su objeto el enseñar a dominar las pasiones y escalar las cumbres de la perfección.

El tercero es la *Regla de los monjes*, escrita para acomodar el régimen de los Monasterios a las circunstancias especiales de España.

Entre las de carácter exegético ocupa el primer lugar el de las *Controversias*; en este libro se exponen en sentido místico todos los libros del Antiguo Testamento, buscando las imágenes y figuras de los sucesos futuros. Debió servir de texto.

El segundo es el libro de las *Alegorías*, que deben considerarse como complemento de las *Controversias*, y en ellas se expone la significación misteriosa de los personajes de ambos Testamentos, y las escribió a ruegos de su amigo Orosio, a quien van dedicadas.

El tercero es el de los *Proemios*, y en él se contiene una síntesis de cada uno de los libros de ambos Testamentos, cuya finalidad debió ser suplir con él la falta de la Biblia en aquellos que conocían los libros sagrados, por haberlos leído alguna vez.

El cuarto el *Cantar de los Cantares*, aplicado a Jesucristo y a la Iglesia, versículo por versículo.

Entre las de cultura general están las *Diferencias*, dos libros en los que trata de la etimología y sinonimia de centenares de vocablos latinos; el libro de la *Naturaleza de las cosas*, precioso tratado de física y astronomía, escrito a instancias del Rey Sisebuto, y grandemente científico, dado el estado de la ciencia en aquel tiempo; el *Chronicon mundi*, donde compendia la historia del género humano desde Adán hasta su tiempo, de la Sinagoga y pueblos de la antigüedad, de la Iglesia e imperio romano; la *Historia de los Godos, Vándalos y Suevos*, notabilísima por su claridad y método, y con pasajes tan bellísimos que pueden pasar por modelos de clásica literatura y con otopayas de personajes, asombrosas e inimitables; el libro de los *Varones ilustres* con las biografías de cuarenta y seis escritores eclesiásticos, continuación de la obra de San Jerónimo de este mismo título, continuada por Gennadio hasta el año 496, y llevada por San Isidoro hasta su tiempo, y luego continuada por San Ildefonso. Diez y seis son los españoles cuya semblanza

traza San Isidoro con cuatro pinceladas magistrales, enumerando sus escritos con una brevedad maravillosa y el asunto de los mismos con una claridad que deleita; excusado es ponderar esta *Patrología*, primera que tuvo la Iglesia española y entonces la mejor del mundo; creemos que fué escrita para los alumnos de su seminario y demás clero español; la del *Nacimiento y muerte de los Padres, de que se hace mención honorífica en la Sagrada Escritura*, obra que juzgamos como complemento de la anterior, con las biografías de ambos Testamentos, y que se puede titular *Patrología bíblica*.

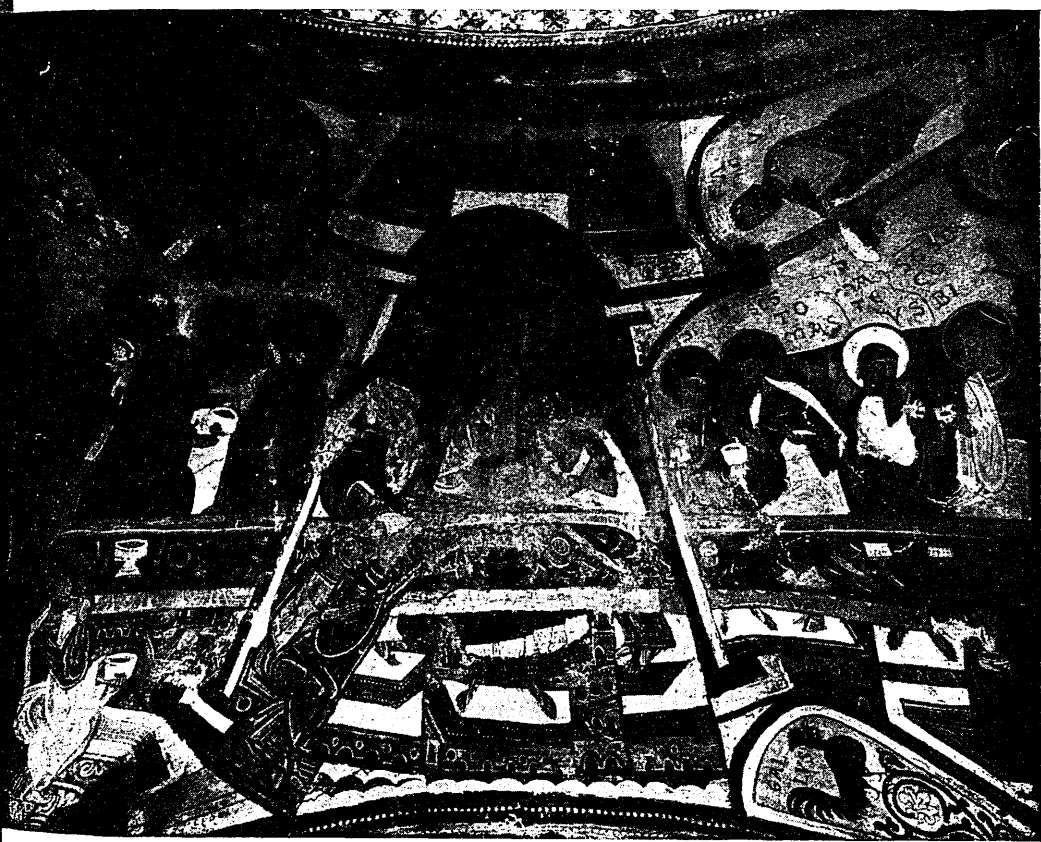
Otras obras citan otros, y San Braulio dice que a más de las dichas andaban en mano de los fieles otras que no enumera; nosotros nos limitamos a enumerar las que todos reconocen por auténticas, y se hallan en la edición de las obras del Santo del año 1778, Madrid. (Próximamente publicaremos nuestra obra «Estudio crítico y literario de las Obras de San Isidoro»).

Con razón, pues, se le debe considerar como restaurador de las ciencias y de los estudios en España, pues no sólo las explicó todas al clero español, sino que escribió los mejores libros que para la enseñanza poseyó la Iglesia universal por entonces, y varios siglos más adelante. ¡Bendito sea!

Acaso resalte con más hermosura su ingente figura, delineada con las pinceladas del buen Pastor, del Apóstol que reparte el pan de la sana doctrina a los sabios e ignorantes, a los grandes y los pequeñuelos; sin hablar del orador insuperable, retratado por San Braulio y San Ildefonso, con luminosas pinceladas, vamos a decir cuatro palabras de su obra evangelizadora, según aparece en las cartas que se conservan escritas por el Santo a diversas personas.

La primera que publica la edición de las obras del Santo, ya citada es a «Leudefredo», Obispo, que le consulta cómo se han de ordenar los Oficios eclesiásti-

cos y el Santo le contesta con una carta en la que trata de todo lo concerniente a todos los grados de la jerarquía eclesiástica, desde el hostiarato hasta el Obispo, con pormenores muy interesantes para el canonista y el historiador; el austero Mazona, Metropolitano de Mérida, la primera figura del episcopado español en el siglo VI, de tanto relieve como la del mismo San Leandro, presidente de la asamblea augusta—Concilio III de Toledo—en que los godos abjuraron el arrianismo, este anciano y virtuosísimo prelado envía un embajador al joven San Isidoro, poco después de ocupar la Sede de Sevilla, y una carta pidiendo le explique y aclare el alcance y sentido de ciertos cánones acerca de los penitentes, lo que hace San Isidoro en una carta, con tal copia de ejemplos del Antiguo y Nuevo Testamento, que no sólo convence, sino que emociona dulcemente; el mismo San Eladio, Metropolitano de Toledo, y los Obispos de su Provincia, reciben instrucciones de San Isidoro sobre el modo de conducirse con el Obispo de Córdoba, Honorio, poniéndoles ante los ojos los deberes que tienen que cumplir; el Duque Claudio le escribe suplicando le aclare ciertos puntos de doctrina sobre la obediencia al Papa y los Obispos, del Espíritu Santo y Sma. Trinidad, y cómo debe conducirse con ciertos herejes a quienes trata y quiere convertir, dando a todo contestación acabada el Santo en una carta luminosa; el Arcediano Redempto le escribe una carta para disipar los escrúpulos que le afligían al considerar ciertas discrepancias que notaba entre la Iglesia griega y latina, y el Santo, con su habitual caridad, desvanece sus escrúpulos en una larga epístola, y lamenta no poder hacerlo más extensamente por sus muchas ocupaciones, no sólo Pastorales, sino porque se ve «envuelto en negocios de este mundo perecedero»; a Eugenio, Metropolitano de Toledo, le contesta y resuelve varias dudas que le expuso por medio de cartas, que le llevó un propio, en espe-



Detalle de una portada del templo de San Isidoro. — Magnífica composición de La Cena;
pintura de una bóveda del Panteón, siglo xi.

cial la doctrina del Primado de San Pedro y sus sucesores; de las cartas que se leen de su discípulo San Braulio todas tienen alguna petición de nuevas obras del Santo, y es notable una en que al fin le participa la muerte de Eusebio, su Metropolitano, y pide a San Isidoro indique al Rey que nombre sucesor a uno que edifique a los otros con su doctrina y santidad, con lo que demuestra la influencia del Santo en la Corte, y aún más con las palabras que emplea para hablar del Rey a San Isidoro: «indica esto a tu hijo y Señor nuestro». ¡A gran honor tenía el Rey considerarse como un hijo de San Isidoro!

Una carta de San Isidoro a su amigo y discípulo San Braulio merece un comentario especial; le habla en ella del envío de una Regla para cuatro clases de personas, y del anillo y del palio: «Te enviamos el anillo a causa de nuestro pensamiento, y el palio para cubrir nuestras amistades.» El envío sería seguramente una simple expresión cariñosa y no real; pero queremos notarla porque este pasaje parece probar que San Isidoro gozó el distintivo del palio Pontifical, que es del que aquí se trata; el anillo no cabe duda que alude el Santo a su anillo Pastoral, «símbolo, dice él — *Oficios Eclesiásticos* — del honor Pontifical o también sello de los secretos», por los muchos que el Obispo tiene que guardar; y se le recuerda y *envía* a San Braulio para testimoniarle que entre los dos no había secretos; el palio se coloca sobre toda la ropa, y el Santo *envía* el suyo a San Braulio como prenda de inextinguible caridad. Así lo creemos y como tal brindamos a los demás; creer que el palio de que aquí se trata pudiera ser una prenda de uso vulgar es inadmisibles en sana crítica y dado el parangón entre el anillo y el palio; es pastoral el uno: luego también lo es el otro. ¿No es incomparablemente más seductora la imagen de este bendito San Isidoro, reflejada en el cristal de sus cartas, dando normas a Metropolitanos en

Concilio con sus sufragáneos, a Metropolitanos, Obispos, Duques, etc.? Muchos opúsculos más cita San Braulio, que se perdieron, pero en estos citados todo induce a ver en él al Vicario Apostólico, con el distintivo del Palio; el superior jerárquico de todos los Obispos de España, que reconocen al Rey por Señor, mas él, como Vicario Apostólico, sólo por hijo, según nos dijo San Braulio; es también de notar que San Isidoro, en sus cartas a Metropolitanos tan insignes, sólo les llama Obispos, mientras a él San Braulio siempre le da el título de *Episcoporum summo*. El tratamiento que da a los Obispos San Isidoro es de *Mi Señor y hermano*; a los sacerdotes, Redempto, Arcediano, y San Braulio cuando era Arcediano, «mi Señor y amado hijo»; igual tratamiento da al Rey Sisebuto, en el prefacio del libro que le dedicó, y al Duque Claudio en su carta.

Aún tiene otros aspectos interesantísimos la personalidad de este buen Pastor, a quien hemos visto apacentar las ovejas y los corderos; desde el Rey hasta el último mendigo; desde el Metropolitano, reunido en Concilio con sus sufragáneos, hasta el Arcediano y el humilde seminarista; vamos a ver ahora su actividad y su ciencia, puestas al servicio de la gloria de Dios y bien de la patria, en dos obras inmortales: el Oficio gótico y la Colección de Cánones de la Iglesia de España.

El Oficio llamado gótico, porque le usaron los godos, y luego mozárabe, porque continuaron usándole los cristianos que quedaron entre los moros después de la invasión musulmana, es de origen apostólico, y la misa de este Oficio o liturgia gótica es la misma que celebraba el Apóstol San Pedro, autor de esta liturgia, y de San Pedro la recibió la Iglesia de España, según testimonio de San Isidoro —libro *De Ecclesiasticis Officiis*.—Como los Romanos Pontífices introdujeron nuevos ritos en el primitivo Oficio apostólico, y por la dificultad de las comunicaciones con España y otras causas no comunica-

ron las reformas introducidas en la liturgia a los españoles, éstos continuaron usando la liturgia primitiva de San Pedro, que de este modo vino a ser distinta de la romana. Ahora que como en España, desde la invasión de los bárbaros, cada región estaba sometida a distintos dominadores, sobrevino entre las distintas provincias un cambio de liturgia; los suevos, al convertirse, adoptaron la romana; algunas iglesias de la costa del Mediterráneo adoptaron el rito oriental cuando las dominaron los imperiales de Bizancio, y aún las provincias que permanecieron fieles a la liturgia primitiva introdujeron modificaciones en ella conforme al gusto de cada una; el Concilio IV de Toledo, presidido por San Isidoro y alma del mismo, acabó con todo este desbarajuste, ordenando que en toda España se observara la misma liturgia y con absoluta e idéntica uniformidad, no sólo en la misa, sino en todo lo demás, para evitar el escándalo que pudieran padecer los ignorantes y quitar la ocasión de cismas y parcialidades; a partir de este Concilio el Oficio gótico fué ya único para toda la nación y no volvió a sufrir alteración alguna, siendo el mandado usar por el Concilio el primitivo usado en España y recibido de San Pedro, abandonando el romano los suevos que le habían abrazado en Galicia.

En la biografía de San Leandro dice San Isidoro: «En los Oficios de la Iglesia trabajó mucho; aumentó las oraciones en todo el salterio, y puso música dulcísima a muchas partes de la misa, laudes y salmos.» Mas contra lo que opinan los extranjeros, no alteró la liturgia primitiva; aumentó solamente sus oraciones. Los escritores de la Edad Media tuvieron a San Isidoro por el verdadero autor del Oficio gótico, prescrito por el Concilio IV de Toledo, y aunque San Braulio y San Ildefonso nada consignaron, este es un argumento negativo de poca fuerza, pues sólo se limitaron en sus elogios a hacer el catálogo incompleto de sus obras literarias y la

tradición mozárabe de Sevilla pudo suplir en este punto y otros de la vida de San Isidoro el silencio de los escritores contemporáneos; no queremos decir que el Santo alterara el Oficio primitivo, sino que al fijarle ya como norma invariable para toda la nación, vistas las alteraciones que en el mismo habían introducido las diversas iglesias que le observaban, era preciso arreglarle para darle la uniformidad que se imponía; y esta misión tan delicada, ¿quién había de osar desempeñarla en presencia de San Isidoro, tan versado, y acaso más que en otras, en esta interesante materia? En esta y en todas las decisiones del Concilio IV a él hay que atribuir la mayor parte, sino toda la gloria.

La Colección de Cánones, llamada española, también ha sido atribuida a San Isidoro, por críticos eminentes, entre ellos Cayetano Cenni y Masdeu, y como quiera que otros han combatido esta opinión, diremos cuatro palabras para dejar las cosas en su punto. Es incuestionable que mucho antes de San Isidoro, desde el siglo v, como opina D. Vicente de Lafuente — Historia Eclesiástica de España — existía ya una Colección de cánones de la Iglesia española, pero ésta siguió, desde su formación, perfeccionándose, siendo la última revisión y aumento del Código canónico, precisamente en la época del IV Concilio de Toledo, cuando San Isidoro culminaba en todo el apogeo de su gloria, y este Concilio, el último incluido en la Colección, pues aunque los Concilios siguientes se fueron adicionando al Código, sólo fué una simple adición, y aún ésta no se halla en todos los códigos, pues algunos no tienen más que hasta el Concilio IV Toledano, otros hasta el XI, otros hasta el XV, otros hasta el XVIII y otros hasta el XVII, lo cual prueba que la revisión terminó en tiempos del Concilio IV, y que entonces se elaboró este Código precioso.

Lleva el Código una prefación donde se expresa el origen de los cánones desde el tiempo de Constantino, y

por qué fué preciso irlos compilando contra los herejes; en este prólogo hay frases que San Isidoro, con ligeras variantes, había estampado en las Etimologías y que inducen a creer unas y otras del mismo autor; los mismos que han impugnado la paternidad de San Isidoro en la elaboración o revisión del Código canónico convienen en que tuvo en ella alguna parte, y la opinión hoy recibida, es que la revisión hecha a principios del siglo VII en la Colección canónica de la Iglesia española, regularizando los cánones antiguos, agregando las últimas leyes de aquella época redactadas en los Concilios provinciales y nacionales, en epístolas sinódicas de los Papas, y simples cartas Pontificias, aún algunas de interés particular, junto con la prefación y el índice son obra de San Isidoro; esta obra de San Isidoro le dió tal relieve entre los cultivadores del derecho, que, como dice el citado Lafuente, «su nombre es inolvidable al tratar de las fuentes del Derecho canónico. Cuando un impostor alemán falsificó una colección de cánones a fin de legitimar la disciplina del siglo VIII, no halló mejor salvaguardia para su *mercancía*, que el glorioso nombre de San Isidoro, a quien supuso aquel aborto literario».

Alude el culto Sr. Lafuente a las llamadas falsas Decretales de Isidoro Mercator, hechas en Francia en el siglo IX, y que se ofrecieron al público como recibidas de España, y de estas mismas falsas Decretales, hechas a la vista de la genuina Colección española, se deduce que la opinión era entonces general de que el Código español era obra del mismo San Isidoro, y para que no se dudara de la autenticidad de su obra el falsario estampó al frente de ella: *Incipit praefatio S. Isidori Episcopi...*, cosa que no hubiera hecho si no se hubiera tenido al Santo por autor.

Cualquiera de las dos empresas, uniformar el Oficio gótico, o mozárabe, y la elaboración del Código o Colección de cánones de la Iglesia española, hubieran cu-

bierto de gloria a cualquier Obispo de aquel tiempo, y San Isidoro no omitiría su nombre entre las biografías de los *Varones ilustres*, y sino él su discípulo San Ildefonso, continuador de este libro, mas en San Isidoro, autor de tantas obras y opúsculos originales, no juzgaron sus discípulos y panegiristas necesario enumerar estas empresas entre las obras literarias del Santo por no ser originales suyos, en el fondo, ni los cánones ni la liturgia, o bien porque juzgaron que bastaba para tenerlas por suyas el haberse promulgado la uniformidad del Oficio en el Concilio presidido por él, y la Colección llevaba en sí misma la marca del autor.

Ni está con lo dicho agotada la materia, ni mucho menos revelada la imagen de San Isidoro; aún nos falta admirar en su bendita persona al gran Padre de la Iglesia visigoda, al Presidente de los más famosos de sus celebérrimos Concilios. Es indudable que celebraría varios que no han llegado a nuestra noticia, entre ellos uno cita San Braulio en una de sus cartas a San Isidoro, en el cual se condenó a Sinthario, hereje «que examinado en el fuego de la sabiduría de San Isidoro quedó, si no purificado, al menos cocido», como dice con gracejo el Santo Obispo de Zaragoza; es la única mención que hay de este Concilio cuyas actas suplicaba San Braulio.

Otro, que ha llegado a ser célebre, fué el celebrado en Sevilla en el año 619, con asistencia de los Obispos sufragáneos del Santo en número de siete, entre ellos San Fulgencio, hermano de San Isidoro, y Obispo de Écija a la sazón; dictáronse cánones disciplinares de observancia general, y sobre todo con relación a los monjes y vírgenes consagradas a Dios; también se fallaron varias desavenencias que había entre los Obispos sobre cuestiones de límites, y se resolvió en apelación la causa de un presbítero de Córdoba, al cual había ligado con censuras su Obispo, desterrándole además; probada su inocencia, se le absolvió y se estatuyó que en lo sucesi-

vo ningún Obispo se propasara a condenar a ningún clérigo sin oírle antes sinodalmente, pues lo contrario equivalía a tratarles como esclavos; de aquí aquella famosa regla, digna del talento de San Isidoro, consignada en este Concilio de Sevilla, y que de la compilación de Graciano pasó a ser máxima general en la disciplina antigua y axioma en las escuelas: «El Obispo puede por sí solo honrar a un clérigo; pero por sí solo no puede deshonrarlo»

Pero lo que hizo más notable este Concilio en aquel tiempo fué la comparecencia en el mismo de un siro, llamado Gregorio, que decía ser Obispo, y tan infatuado con sus conocimientos que pidió ser admitido a la presencia de los Padres con el objeto de hacerles ver que en Jesucristo no había la diferencia de naturalezas, o sea la divina y la humana, en una sola persona divina; le contestó San Isidoro en presencia del Concilio y fieles; fué tan arrebatadora su elocuencia, que allí mismo abjuró el siro sus errores y se convirtió a la fe católica; la doctrina dogmática contra esta herejía quedó consignada en las actas del Concilio, en los dos últimos títulos. Cuánta fuera la fama que esta victoria dió a nuestro Santo, y cuán celebrada fué en aquel tiempo; fácil es colegir, advirtiéndolo que su panegirista San Braulio, que sólo se limita a estampar el catálogo de sus obras literarias y no menciona hecho ninguno de su vida, ni aún la asistencia al IV de Toledo, parece recrearse refiriendo únicamente su victoria sobre el mencionado hereje con estas palabras: «Con qué río de elocuencia, y con qué dardos de la Sagrada Escritura y testimonios de los Padres confundió la herejía de los acéfalos lo declaran las actas del Sínodo celebrado bajo su presidencia en Sevilla, en el cual defendió y afirmó la verdad católica contra Gregorio, Obispo de dicha herejía».

Con todo lo que llevamos escrito del gran doctor San Isidoro, aún nos falta la obra más gloriosa de su inmor-

tal Pontificado; nos referimos al Concilio IV de Toledo. Sisenando acababa de destronar al aborrecido Suintila, glorioso, antes de entregarse sin freno a los vicios, por haber expulsado de España a los imperiales o bizantinos, y deseando legitimar su ocupación del trono real, al que subió sublevando al ejército contra el Rey Suintila, hizo gestiones cerca de San Isidoro para que convocara un Concilio nacional; así lo hizo el Santo, y la augusta Asamblea se reunió en la Basílica de Santa Leocadia, el año 633, con asistencia de San Isidoro, que presidió, y todos los demás Metropolitanos de España, a saber: Selva de Narbona, Esteban de Mérida, Julián de Braga, Justo de Toledo y Audaz de Tarragona, que junto con los demás Obispos asistentes formaban un total de sesenta y dos Obispos, o sesenta y seis, como pretenden otros, y siete vicarios de ausentes, siendo en total el número de suscripciones el de sesenta y nueve; los cánones del Concilio fueron setenta y cinco; tan importantísimos, que forman un curso completo de disciplina eclesiástica; tan excelentes, que superan a los de la misma Roma y a todos los de aquel tiempo, y tan dignos de estima, que fueron luego consignados en el cuerpo del Decreto pasando a ser de observancia general para toda la Iglesia en su mayor parte; en especial los cánones 3.º y 4.º que explican el modo de celebrar los Concilios provinciales han tenido el honor de ser leídos siempre que se incoa alguno de ellos. No es esta la ocasión de examinarlos, ni el de detenernos en ellos; esto por lo que hace a las disposiciones de disciplina eclesiástica, que por lo que atañe a lo político, aunque poco, algo tenemos que hablar de ello.

Las disposiciones políticas o civiles contenidas en los cánones del Concilio de Toledo, dice el Sr. Lafuente «son la base de la verdadera, primitiva, genuina, histórica y providencial constitución de España; del género de esas constituciones que, como ha dicho oportuna-

mente un político arrepentido, *las escribe Dios con su dedo en el corazón de los pueblos*».

Para darse clara cuenta de las disposiciones del Concilio hay que tener presente que, apenas abierta la Asamblea, ocupando la presidencia el venerable anciano San Isidoro, rodeado por aquella multitud de insignes Obispos, fué admitido a la presencia del Concilio el Rey Sisenando, acompañado de sus orgullosos guerreros, que permanecieron respetuosamente en pie, mientras el monarca, postrado de hinojos, a los pies de San Isidoro, imploraba con lágrimas la absolución de sus culpas, en especial el crimen de rebelión contra el anterior soberano, mediante el cual había subido al trono; desahuciar al arrepentido monarca, hubiera acarreado, como consecuencia inevitable, una conmoción hondísima en la sociedad, pues el destronado, aborrecido por sus vicios, no hubiera vuelto al trono, y los partidarios de Sisenando no hubieran renunciado fácilmente a las ventajas de su privilegiada posesión; por otra parte, siendo electiva la monarquía visigoda, ningún derecho correspondía a Suintila, y aún éste podía decirse que, conforme a los usos de aquellos feroces guerreros, había sido legalmente despojado por los suyos; atendiendo, pues, a las circunstancias especiales de aquella sociedad y a lo que demandaba aquel caso singular, el austero San Isidoro se irguió majestuoso, y luego de absolver a su regio penitente y hacerle ocupar el trono, guardando los respetos debidos a la Dignidad Real, anatematizó con palabras duras el crimen de usurpación del solio regio, y cubrió con el manto maternal de la iglesia la sagrada persona de los Reyes, para ponerles a cubierto de semejantes atentados en lo sucesivo; aquellos orgullosos nobles, que, en pie, habían presenciado atónitos la humillación de su monarca, escucharon de boca de San Isidoro palabras de agria reprensión por sus vicios, que a ningún otro hubieran tolerado, y luego, admitidos a las delibe-

raciones del Concilio acataron sumisos la constitución civil que el genio inspirado de San Isidoro elaboró para aquella sociedad compuesta de sanguinarios dominadores, los nobles godos, inatuados con su poderío hasta el extremo de creerse con tanto derecho cada cual a la Corona como el mismo Rey; con instintos crueles, apenas mitigados con su reciente conversión al catolicismo, siempre dispuestos a deshacerse del Rey por la conspiración y el puñal, a mutilar y tratar como bestias a los esclavos e inferiores, a embriagarse con el vaho impuro de la sangre, lo mismo que las fieras de sus bosques nativos, sin más freno a sus pasiones y caprichos que la propia voluntad; y por otra parte de las víctimas de los antedichos crueles verdugos, que formaban el resto de la nación con sus Obispos al frente, y pertenecientes en su casi totalidad a la raza indígena, al número de los oprimidos, siendo escasa la nobleza del país y nulo su poder ante el de los magnates godos.

El báculo de San Isidoro se interpone entre la persona sagrada del monarca y la jauría turbulenta de sus nobles, poniendo a aquélla a cubierto del puñal asesino de los conspiradores, que se ven ya para lo sucesivo atados con duras censuras y excomunión; pero esta ley que declara la inviolabilidad del monarca, no es un acto de simple adulación, antes al contrario, en los oídos del monarca se hace oír la voz de la conciencia y del mismo Dios, que le impone la obligación de mirar como hijos a los de abajo, a los humildes, a los oprimidos, y se le recuerda la obligación de gobernar con justicia y clemencia al pueblo que Dios le encomendó, no olvidando que han de rendir cuentas de su gestión en el tribunal de Cristo, así él como sus sucesores; se les aconseja y ordena la humildad de corazón y el deseo de acertar siempre en sus decisiones; que jamás apliquen por sí mismos el castigo en sentencias capitales u otras causas, sino después de haber sido oído al reo ante los jueces públicos,

y si alguna influencia quiere hacer valer sobre éstos el soberano, sea pidiéndoles que usen de indulgencia con el reo; jamás aconsejéis la severidad; a este precio declara la Constitución civil del Concilio IV de Toledo la inviolabilidad del monarca, declarando que si el actual o los sucesores, alguno se olvidara de estas obligaciones, y con soberbia y fausto regio, con vicios y crueldades, con tiranía quisiera esclavizar a sus pueblos «sea condenado con anatema por Cristo Señor, y Dios fulmine contra él la sentencia de degradación». ¡Admirable doctrina que el *Fuero Juzgo* compendió en esta máxima: «Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho non serás rey»!

No era suficiente recordar a los de abajo sus obligaciones con los de arriba, y a los de arriba sus deberes para los de abajo, para que las leyes promulgadas por el inmortal estadista y legislador San Isidoro en el IV Concilio de Toledo, con el aplauso del Rey, de los Obispos y de los mismos magnates, tuvieran eficacia en la realidad, y los oprimidos, los humildes quedaran a cubierto de las demasías y atropellos de los grandes, de la venalidad de los jueces, era preciso crear un instrumento que sirviera de escudo a los primeros; este instrumento fueron los mismos Obispos, a quienes se encomendó la misión de amonestar a los soberbios magnates y jueces venales o injustos que oprimieran a los humildes pecheros o vasallos, y caso de no ser atendidas sus paternales amonestaciones, estaban obligados a poner en conocimiento del soberano los abusos de fuerza e injusticias de que eran víctimas sus hijos espirituales para su debido castigo; ¿puede concebirse medio más apto, fácil y eficaz para la recta administración de justicia? Este precioso canon, salvaguardia de los humildes y oprimidos, agiganta la figura de San Isidoro, la gran lumbrera de la Iglesia goda, y pone de relieve el interés de la Iglesia católica por la causa del desamparado, atenta en todo

tiempo y lugar a poner en la práctica la doctrina del Divino Samaritano: «Venid a Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré.» La celestíe caridad inspiró a San Isidoro y demás Padres toledanos la promulgación de estas leyes, las más humanitarias que rigieron sociedad alguna desde la caída del Imperio romano, y jamás los pseudoapóstoles de la moderna filantropía, de la democracia y del socialismo revolucionario, harán a favor del proletariado nada parecido a la obra inmortal del bendito San Isidoro; las lágrimas y miserias de la doliente humanidad sólo se enjugan con el auxilio de la caridad cristiana; con el odio y la dinamita, con la desesperación y la apostasía, se enconan y aumentan las llagas y llegan a gangrenarse y poner en grave riesgo la vida misma de la sociedad sin esperanza de bien para ninguno.

Los Obispos eran los llamados en aquella época de semibarbarie social a velar por los humildes contra la tiranía de los verdugos porque eran de su misma raza y pertenecían a la clase de los vencidos por la fuerza bruta, aunque su cultura y educación les colocaba a mucha altura sobre los rudos e ignorantes magnates, que al fin doblaron la cerviz al yugo suave de la civilización y sabiduría encarnada en los Prelados, defensores de la humanidad. Tan interesados estaban los Padres del Concilio en mejorar la condición del pueblo—¡aprendan los que ahora se dicen amigos y redentores de éste!—que los mismos Obispos quedaban despojados de la inmunidad eclesiástica si faltaban a sus deberes en esta materia, y sujetos a todas las penas que les impusiera el juez secular; y los mismos Obispos eran tan rigurosos, para dar ejemplo, en aplicar las penas a los colegas que tuvieran la flaqueza de claudicar, que no es único el caso de Obispos depuestos y recluidos por toda su vida en un monasterio. ¡Este provecho sacaban los Prelados, al desvivirse por el bien material de sus súbditos, con

aquella maravillosa legislación que los liberales del siglo xix, engendrados del pavoroso malestar actual de la sociedad, bautizaron estúpidamente con el nombre de *teocrático despotismo*! Lo cierto es que, a partir del Concilio IV de Toledo, los hábitos de rapacidad y bandolerismo de los magnates godos fueron reprimidos fuertemente, triunfando la acción bienhechora de la Iglesia y se extirparon radicalmente los regicidios, antes tan frecuentes.

¡Qué cambio en la sociedad goda durante el Pontificado de San Isidoro! Diez años antes de ocupar la Sede de Sevilla, la Iglesia sufría una cruel persecución, los Prelados andaban desterrados de sus Diócesis, la libertad del culto proscrita; aún los primeros reyes godos que ocuparon el trono, siendo Obispo San Isidoro—Luiva I y Viterico—murieron asesinados; mas luego se suceden desde éstos al Concilio de Toledo IV otros cinco que mueren todos de muerte natural, y abren sus corazones a las enseñanzas de la Iglesia, cuyos prestigios encarnan en la persona de San Isidoro, a quien se debe el que hubiera sido posible el grandioso cuadro que ofrecieron Sisenando y su corte; no encontramos figura tan magnífica en la historia como la de San Isidoro en el Concilio IV de Toledo, amonestando al Rey y a los nobles, elaborando las leyes civiles, salvaguardia de las libertades públicas, sin remontarnos a los anales del pueblo judío, cuando el profeta Samuel congregó al pueblo en Masfa, dándole la ley de la monarquía; al notar la semejanza entre ambos, tiene uno que exclamar: ¡Otro Samuel suscitó Dios aquí!

Y lo más admirable es que, mientras España guiada de este modo por el báculo Pastoral de San Isidoro, se halló con un acervo de obras inmortales, manantial glorioso de toda clase de sabiduría, con una liturgia depurada y llena de noble majestad, con la Colección canónica más notable del mundo, con un pueblo redimido de

la esclavitud, gracias a unas leyes, las más prácticas y humanitarias que en aquella época conocieran las humanas sociedades, con un pueblo modelo de costumbres, gracias a la pureza de la disciplina y ejemplos de los clérigos, con un clero edificante, con unos Prelados Santos, llenos del espíritu de Dios y de la sabiduría que les enseñó San Isidoro, con una prosperidad material que a gritos pregonaba la bendición de Dios sobre aquel pueblo guardador de su ley, y todo debido a la doctrina e influencia de San Isidoro; en el resto de Europa la ignorancia cubría, como espeso manto de tinieblas, los restos de la antigua civilización y conocimientos científicos, y el clero—único depositario y cultivador de la ciencia—languidecía en la más completa ignorancia; en Francia los sacerdotes apenas sabían leer, y en la misma Italia se lamentaba el Papa de que no encontraba una persona a quien pudiera encomendar una embajada para Constantinopla; fué entonces España remedo de la tierra de Gesén, radiante de resplandores, mientras el resto de Egipto agonizaba en espesas tinieblas.

Y el impulso dado por San Isidoro a las ciencias, a la prosperidad espiritual y material de la nación, continuó después de su muerte por casi todo el siglo VII, alimentando este fuego sagrado los hombres eminentes formados en su seminario de Sevilla, maestros a la vez de otros insignes Obispos y santos monjes y clérigos. Cuando, después de muerto San Isidoro, su discípulo amado, por quien sintió una afección y ternura paternal sinceramente correspondida, se presentaba en alguna junta, brillaba como un talento peregrino entre tantos Obispos y sacerdotes sabios y santos, educados por San Isidoro; dice el Pacense, que asistió al Concilio IV con San Isidoro y otros Obispos, que estuvo también en el V, donde resaltó sobre todos los demás Obispos por su singular sabiduría; y en el VI, celebrado el año 638, dos después del V y del glorioso tránsito de San Isidoro,

comúnmente se cree que fué el alma del Concilio, lo que San Isidoro en el IV, y al terminar ese sexto Toledano recibe la distinción de contestar al Romano Pontífice, en nombre del Concilio y de todo el Episcopado español, carta que al recibirse en Roma causó grande admiración por su latín de estilo correcto y elegante, y por la profundidad de las sentencias. ¡El latín, más puro aún que en la misma Corte Pontificia, le cultivaban en España los discípulos de San Isidoro, con el cariño que se cultiva un amenísimo jardín, embellecido con los matices y aromas de todas las ciencias y Bellas Artes!

CAPITULO IV

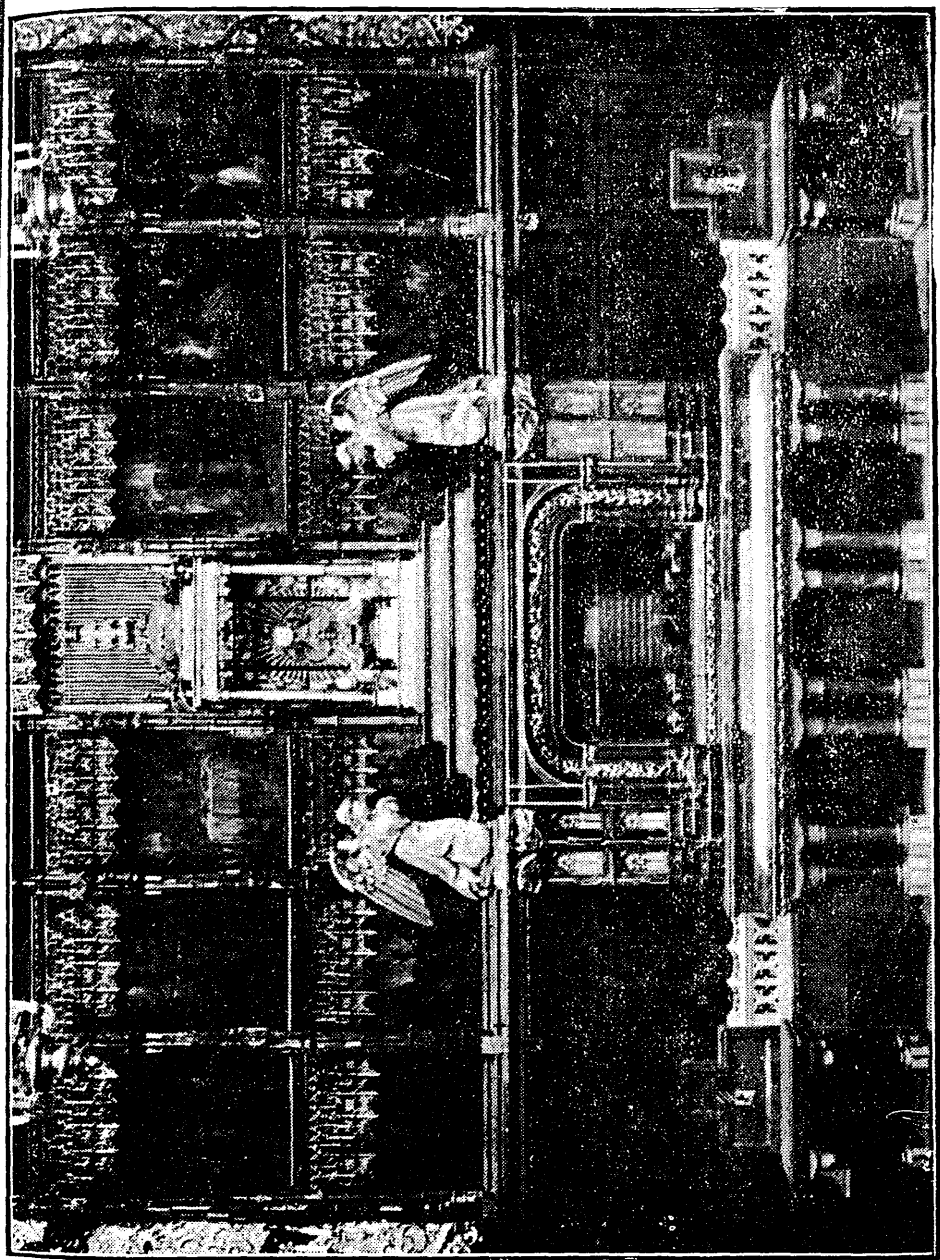
Expónense brevemente otros sucesos de su vida; tránsito glorioso de San Isidoro y elogios tributados a su eminente sabiduría y santidad

De los documentos coetáneos nada más se puede deducir relativo a la vida de San Isidoro, aunque los autores de su vida del siglo XI y XII dan otros muchos que la crítica moderna rechaza de plano, debido a no constar las fuentes de donde los tomaron; ya hemos indicado nuestra opinión de que tales tradiciones, orales o escritas, las conservaban los mozárabes de Sevilla, y por si fueran puras y también a título de curiosidad las indicaremos.

Refieren que San Isidoro recorrió muchas provincias de España, sembrando la semilla del Evangelio, y que a instancias del Romano Pontífice llegó hasta Roma, donde fué muy honrado, y en un Sínodo que celebró el Papa fué oído San Isidoro como un oráculo; ambas cosas pudieron ocurrir; que San Isidoro, en su calidad de Vicario Apostólico, recorriera gran parte de España y de la Galla gótica, y lo mismo el viaje a Roma, y el que allí se le

tuviera en tanta estima que se le escuchara como un oráculo; el año 601 hubo dos Sínodos en Roma y pudiera haber estado en alguno de ellos San Isidoro. Descartamos los pormenores de esta peregrinación que claramente se ve son producto de la fantasía del cronista, aunque no es absurdo, ni mucho menos, el admitir los milagros que con este motivo atribuye a San Isidoro; en unas partes por sus oraciones el cielo derramó copiosas lluvias sobre la tierra sedienta; en otra ahuyentó con la invocación del dulce nombre de Jesús un espantable dragón que tenía aterrorizada la comarca; a las puertas de Sevilla resucitó a una mujer embarazada, que había perecido asfixiada por la apretura del gentío que salió a recibir al Santo Doctor; en el Concilio de Sevilla devolvió milagrosamente la vista a un ciego. Todo esto puede ser que sucediera y que se conservara escrito entre los mozárabes de Sevilla, tan amantes de San Isidoro, y es lástima que la falta de crítica y criterio de los historiadores del siglo xi nos haya privado de conocer con absoluta certeza los detalles íntimos de la vida privada del Santo.

El P. Manzano, en la Vida de San Isidoro, y otros, agregan que, al terminar el concilio IV de Toledo, profetizó la invasión de España por los sarracenos, cosa que omite el Cerratense, y la Vida de los Antuerpienses, atribuida al Tudense, tampoco dice eso; únicamente el autor de ella, que padece la manía de hacer discursos y amplificar los documentos genuinos y fehacientes, pareciéndole que debían decir más, *improvisa* un discurso de San Isidoro a los Padres del Concilio IV, haciéndole terminar, como Moisés terminó hablando al pueblo de Israel: Si guardáis los mandamientos, y lo que yo os he enseñado aquí, dominaréis a vuestros enemigos, de lo contrario perecerá la gente de los godos a espada, peste y hambre; mas ni allí pronunció el Santo semejante sermón, ni menos profetizó la invasión de España y su propia muerte.



Detalle del nuevo altar de San Isidoro, consagrado el 1920. —Aún está sin el arca de San Isidoro.

Vamos ahora a admirar cómo terminó la vida del gran Padre de la Iglesia visigoda, San Isidoro, siguiendo la relación de Redempto, clérigo de Sevilla y testigo presencial, creemos que familiar del mismo San Isidoro, pues le llama su Señor, y esto induce también a creer el hecho de dirigirse a él San Braulio para que le informe del fin de su venerado Maestro; lo que Redempto escribe a San Braulio es, en sustancia, lo siguiente:

Conoció el bienaventurado varón que se acercaba su próximo fin—no sabe Redempto si por divina revelación o por causas naturales—y como hombre que quiere poner a buen recado su capital, por espacio de más de seis meses, antes de entregar su alma dichosa en manos del Criador, su ocupación era repartir grandes limosnas de modo que empezaba al salir el sol y no acababa hasta que la noche venía a interrumpir su hermosa tarea, para proporcionar algún descanso a su cuerpo fatigado por la última penosísima enfermedad. No era esto nuevo en él, ni este piadoso *despilfarro* tenía por único móvil depositar sus tesoros en manos de los pobres girando así letras de cambio que había de cobrar en el cielo, pues conocedor de los deberes que las riquezas imponen a sus poseedores, la limosna había sido como el aroma que sin cesar había exhalado su caritativo corazón; no empezó entonces a dar limosna abundantísima, porque tenía por costumbre darla con profusión y liberalidad, y así hace constar Redempto que esos últimos meses de su vida, consagrados del todo a la limosna, se diferenciaban en esa parte del resto de su vida pasada, en que en ellos «repartía más de aquello que repartía antes habitualmente».

Como es tan interesante esta conducta de San Isidoro, queremos detenernos un poco para averiguar de dónde sacó esos tesoros, que prodigó a los pobres por seis meses seguidos, y después de una vida ocupada principalmente en el ejercicio personal de la limosna, copiosa

y abundante, como recreo y descanso de sus fatigas Pastorales y de su laboriosa faena de profesor y hombre de ciencia. La Iglesia visigoda conservó los bienes que poseía en el siglo iv, antes de la invasión de los bárbaros, y éstos la dejaron el derecho de adquirir; con la renta de los bienes raíces, las ofrendas voluntarias de los fieles y el producto que los siervos de la Iglesia con su trabajo aportaban a la misma, se formaba el acervo común de los bienes eclesiásticos; este acervo se dividía en tres partes: una para el Obispo, otra para los clérigos y la tercera para gastos del culto y reparación de los templos—Concilios de Braga, años 561 y 572.—La disciplina general de la Iglesia, fuera de España, hacía cuatro porciones de los bienes eclesiásticos, a favor del Obispo, clero, culto y pobres, en lo que aparece más favorable a los pobres la disciplina visigoda, que sin nombrarles imponía al Obispo, al clero y a la Iglesia la obligación de dar a los pobres todo el sobrante de esos bienes, después de cubrir con ellos las necesidades honestas de la vida. Aunque el Obispo era el administrador nato de todas las rentas de la Iglesia, el Concilio III de Toledo, le prohibió enajenarlas sin consentimiento del clero; los bienes enajenados habían de serlo para utilidad de la misma Iglesia, nunca para enriquecer a los parientes, o favorecer a los amigos, o disfrutar comodidades el Obispo; el mismo Concilio habla de la pobreza de las iglesias de España, en atención a la cual y lo penoso de los viajes, ordena que sólo una vez al año se reúnan los Obispos en el lugar designado por el Metropolitano; bajo la inspección del Obispo administraba las rentas un eclesiástico, y en el Concilio de Sevilla y en el de Toledo, presididos por San Isidoro, se dictaron medidas eficaces a fin de que nadie pudiera cometer abusos en la administración de esos bienes. Lo mismo los Obispos que el clero estaban autorizados por los Concilios para poseer bienes particulares, independientes de los

eclesiásticos, y los que gozaban estos bienes, o tenían patrimonio, podían testar libremente y donar sus bienes a quien mejor les conviniera, sin más que esperar los herederos a posesionarse después del visto bueno del superior eclesiástico, con el objeto de que no se llevaran como particular algún objeto de la Iglesia.

Teniendo esto en cuenta, luego se echa de ver que los bienes que con tal profusión repartía San Isidoro no podían ser de la Iglesia, sino de su patrimonio particular; y como sus hermanos, conforme a esta disciplina, no pudieron dejarle riquezas adquiridas en los Obisposados, y él, pródigo y caritativo con los pobres, era imposible que tampoco conservara nada de un año para otro de las rentas de la Sede episcopal, tenemos que reconocer que esas riquezas, prodigadas a los pobres en los seis meses últimos de su vida, fueron los restos que aún conservaba del capital de sus padres, capital que debió ser considerable, si tenemos en cuenta la parte correspondiente a los otros hermanos, y por ellos dada a los pobres de Jesucristo. En las historias del siglo xi se adicionó al nombre de Severiano la palabra «Duce», que hoy traducen por Duque, y propiamente significa Capitán general y Gobernador, que dicen fué el padre de San Isidoro en la provincia de Cartagena; no afirmamos que tal fuera, pero quien tal inventó, no hay duda que lo hizo inspirado en la idea de las riquezas que a sus hijos legó Severiano.

Continuemos con Redempto: después de seis meses se le agravó la enfermedad en forma que la calentura abrasaba su cuerpo y el estómago rechazaba toda clase de alimentos a causa de la extrema debilidad, lo cual no fué obstáculo para que sacando fuerzas de flaqueza, hiciera llamar a dos Obispos, muy amados suyos por la singular virtud que les distinguía, llamados Juan, que era Obispo de Elepla, y Eparcio, Obispo de Itálica, ambos sufragáneos del Santo, con el fin, según la costumbre de

aquel tiempo, de recibir de sus manos la penitencia. Como por su enfermedad no podía tenerse en pie, hizo que le llevaran desde su *celda*—esta palabra indica claramente la pobreza y austeridad religiosa en que vivía el Santo—a la Basílica de San Vicente mártir, y en el camino «le salieron al paso todos los coros de pobres, de clérigos, de todos los religiosos, de todos los habitantes de esta ciudad, y con clamores y grande llanto le recibieron, siendo tan conmovedor el espectáculo, que si alguno hubiera tenido el pecho de bronce, aún así se le hubiera derretido todo en lágrimas y lamentos». ¡Qué apología más elocuente del buen Pastor y Padre amantísimo! «Llegado a la Basílica, fué colocado en medio del coro, junto a la verja del altar mayor, y luego ordenó que los grupos de mujeres se apartaran a lo más retirado del templo, a fin de que sólo los hombres presenciaran su penitencia». ¡Qué amor tan solícito hacia la santa virtud de la virginidad y pureza! «Así dispuestas las cosas, pidió a un Obispo que le vistiera el cilicio—vestidura áspera—y al otro que derramara sobre él ceniza, y así ataviado, abrió los brazos y los alzó hacia el cielo, exclamando: «Dios, tú que conoces lo secreto del corazón de los hombres y te dignaste perdonar al Publicano sus pecados cuando golpeaba su pecho desde un rincón; que te dignaste resucitar a Lázaro, después de cuatro días que su cuerpo estuvo en el sepulcro, y su alma acogida en el seno de Abraham; recibe en esta hora mi confesión, y los pecados, que he cometido sin número, aparta de tus ojos; no recuerdes mis males, ni pienses en los delitos de mi mocedad. Tú, Señor, no ordenaste la penitencia para los justos, que nunca pecaron, sino para mí que he cometido más pecados que arenas tiene el mar». —¡Qué espejo de humildad!—«No halle en mí el enemigo antiguo cosa que castigar. Tú sabes que después que yo ¡infeliz! fuí sublimado a la carga, más bien que al honor Episcopal, en esta santa Iglesia, con harta falta de

merecimientos para ello, no cesé de ofenderos y continuamente me inclinaba a la iniquidad; y porque Tú has dicho: en cualquiera hora que el pecador se apartare de sus malos caminos, olvidarías todas sus iniquidades; yo me acuerdo de esta palabra tuya; así, pues, clamo a Tí con esperanza y confianza, aunque por mis muchos pecados soy indigno de mirar a los cielos. Hazte presente y oye mi oración; y a mí, pecador, concede el perdón solicitado. Porque si los cielos no están limpios ante vuestra vista, cuanto más yo, hombre, que bebí como aguas la iniquidad, y comí, como «colostra», el pecado».

«Después de lo dicho, recibió de manos de los referidos Pontífices el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, con profundo gemido del corazón, juzgándose indigno. Luego pedía perdón a los dichos Pontífices, a los del clero que estaban presentes, a los nobles y a la multitud del pueblo, diciendo: «Vos suplico, Santísimos Señores míos Sacerdotes, y a la santa congregación del clero y del pueblo, que elevéis al Señor vuestra oración por mí, infeliz y lleno de toda inmundicia de pecado, a fin de que, ya que por mi mérito no soy digno de impetrar la clemencia de Dios, por vuestra intercesión merezca conseguir el perdón de mis delitos. Perdonadme, os ruego, aunque indigno, en lo que ofendí a cada uno de vosotros: si a alguno desprecié con odio; si rechacé a alguno de la unión de la caridad, impíamente; si manché a alguno con mal consejo; si dañé a alguno con ira; perdonadme ahora, que pido perdón y hago penitencia». Y como todos, con gran clamor, acompañado de lágrimas, rogaran a Dios le perdonara; él remitió a todos las obligaciones y deudas, y amonestó otra vez a los circunstantes, diciendo: «Santísimos Señores míos Obispos, y a todos los presentes ruego y suplico, que vos améis unos a otros mutuamente, no volviendo mal por mal; ni queráis ser chismosos en el pueblo; que no halle qué castigar en vosotros el enemigo antiguo; no encuentre a nin-

guno de vosotros abandonado el lobo rapaz y le arrebató, antes bien el pastor traiga gozoso sobre sus hombros a este templo la oveja arrancada de la boca del lobo».

«Mas después de esta confesión u oración mandó dar a los pobres el dinero que le quedaba. ¿A qué cristiano le puede caber duda de que al instante le fueron perdonados todos sus pecados, siendo contado entre los coros de los ángeles? Entretanto se hizo besar de todos diciendo: «Si de todo corazón me perdonareis el mal que os he hecho hasta ahora, el Creador omnipotente perdonará todos vuestros pecados; de modo que el agua del sacramento Bautismo, que hoy ha de recibir el pueblo devoto, sea para vosotros remisión de los pecados, y este ósculo entre mí y vosotros sirva de testimonio de los futuros». Terminadas todas estas cosas fué devuelto a su celda, y al cuarto día después de esta confesión o penitencia, sin haber abandonado un solo instante el cuidado Pastoral, terminó su vida en paz. Desempeñó sin la menor falta el cargo Pastoral.»

Así terminó su gloriosa carrera el gran Doctor de la Iglesia española, San Isidoro de Sevilla, el día 4 de abril del año 636, habiendo hecho la penitencia el día 30 de marzo, sábado santo y solemnidad de la fuente Bautismal, y llevado sobre sus hombros «la carga más bien que el honor Episcopal» por espacio de 38 años, desde el año 599.

Fué sepultado, según las historias medioevales, en Sevilla, entre sus dos hermanos San Leandro y Santa Florentina. y la vida de los Antuerpienses añade un cúmulo de milagros y maravillas acaecidas después de su muerte, las que omitimos aquí, pues de ser reales no las hubiera omitido Redempto. Así mismo, el Cerratense y los Antuerpienses consignan el detalle de haberse colocado dos candelas, fabricadas por San Isidoro por medio de su ciencia natural, las cuales colocaron una a los pies y

otra a la cabeza del cuerpo santo para que le iluminaran eternamente, pues jamás se consumían. Más adelante hemos de hablar de las candelas, limitándonos aquí a consignar la tradición y apuntar la idea que debió dar origen a este aserto; los mozarabes tenían una devoción ardiente a San Isidoro y muchas veces hemos repetido que entre ellos se tenía que conservar, más o menos viciada, la historia de su vida; esto de las candelas. ¿No sería una alegoría de la piedad sevillana para en ella inmortalizar la ciencia y santidad del bendito Doctor, virtudes que, en efecto, alumbran eternamente su sepulcro y le hacen glorioso?

Sus amantes discípulos, San Braulio y San Ildefonso, cantaron sus virtudes según queda dicho en otro lugar, aunque debemos advertir que el elogio que las Lecciones actuales del Oficio de San Isidoro atribuyen a San Braulio de Zaragoza no es auténtico; pues le toman de la Vida publicada por los Antuerpienses, donde se amplifica y desfigura la obra de San Braulio, y lo mismo decimos de los hechos que atribuyen las Lecciones dichas a San Isidoro, pues están calcados en la citada Vida de los Antuerpienses. El Concilio VIII de Toledo, celebrado el año 653, diez y siete después de la muerte de San Isidoro, habla de San Isidoro en estos términos: «El Doctor egregio de nuestro siglo; novísimo Honor de la Iglesia Católica; en el tiempo, posterior a los otros Doctores, pero no menor en la comparación de la doctrina; y (lo que es más) el Doctísimo hasta el fin de los siglos, y que debe nombrarse con reverencia, Isidoro».

La augusta Asamblea que así aclamó a San Isidoro, estaba formada por cincuenta y dos Obispos presentes, y además los representantes, que eran diez, Abades, que eran doce, y por primera vez figuran en las suscripciones, y Condes palatinos en número de diez y seis, cuyas firmas, asimismo, autorizan el Concilio. Ya queda mencionada en la semblanza de San Isidoro su fama por

el extranjero como canonista después de su muerte; su nombre no sólo es citado con reverencia por los sabios de Alemania e Inglaterra, sino que el Papa León IV—847-855—en carta a los dichos Obispos, le concede a San Isidoro la misma autoridad que a San Jerónimo, Agustín y demás Doctores semejantes, conforme puede verse en el Decreto de Graciano, Distinción 20. Por lo que hace a los historiadores, empezando por el Pacense, casi coetáneo suyo, hasta el último de nuestros días, así como los autores de Martirologios, vidas de Santos, etc., el elogio es unánime y las alabanzas sin fin a nuestro Santo, como no podía menos de suceder; sólo recopilaremos lo que el Padre Mariana consigna en su Historia de España, de haber leído en varios autores que Bonifacio VIII quiso preferirle a San Ambrosio para Doctor máximo de la Iglesia, y que varios le aconsejaron nombrase tal a San Isidoro si prefería a San Ambrosio, pues mejor era que se contaran cinco Doctores, que no quedar San Isidoro fuera del número de los cuatro.

D. Vicente Lafuente—Historia eclesiástica de España, tomo III—publica un Santoral hispano-mozárabe, dado a conocer por Mr. Dozy en el tomo V de la *Ciudad de Dios*, y al que pretende atribuir una antigüedad exagerada, pues dice ser anterior al descubrimiento del Apóstol Santiago en Compostela=año 813 (?)—y en él figura ya San Isidoro el día cuatro de abril: *Et festum Sancti Isidori Archiepiscopi yspalensis*. Creemos que el Sr. Lafuente padeció una ofuscación al fijar la antigüedad de este Santoral, porque en él confunde a Santiago, Obispo de Jerusalén, con el otro Apóstol del mismo nombre, y de ahí que al hablar de que el sepulcro del primero está en Jerusalén, él glose, equivocado, que aún no se había descubierto el cuerpo en Compostela; además el veintiseis de junio figura San Pelayo, que creemos será el niño mártir de Córdoba, martirizado el 926, y como consecuencia el Santoral debe ser posterior a esta última fecha.

CAPITULO V

**Traslación del cuerpo de San Isidoro desde Sevilla
a León, ilustrada con insignes milagros y señales
maravillosas**

Si la vida mortal y perecedera del bendito San Isidoro fué tan gloriosa que aún admira el mundo la estela de su sabiduría y sanidad, y continuará admirándola hasta el fin de los siglos, no es menos admirable la estela luminosa de su vida póstuma, brillando como el arco de Dios en los cielos, para cobijar, amoroso, entre sus brazos, esta privilegiada tierra de León, feliz entre todas las de España, ya que ha merecido la gloria de reconocerle por principal Patrono.

D. Lucas de Tuy, en el prólogo de la Traslación de San Isidoro, no acierta con palabras bastante significativas para ponderar la dicha de León al verse honrada con tan precioso tesoro: «¡León, ciudad amada de los Reyes desde los primeros tiempos, porque eras noble y fiel, te glorías venerando por principal Patrono al Santo Confesor Isidoro, que ilustra la Iglesia universal con los resplandores de su sabiduría; espejo de santidad y pureza, por sus méritos llena todo el mundo con su nombre; porque eres ciudad Sacerdotal y Real, también has sido digna de acoger en tu seno al dignísimo Confesor de Cristo, al Doctor de las Españas, Isidoro, de recibirlo con regia pompa, de depositar su cuerpo admirable en un templo Real, de venerarle, y hasta de gozarle con cierto privilegio especial! La misma Sevilla, que gobernó mientras vivió, no pudo retenerle, ni aún oculto, ni aún con haberse entronizado en ella por varios siglos la tiranía de los bárbaros. Diremos, pues, cómo vino a León este Tesoro público, este Defensor de la patria,

desde Sevilla, feliz otro tiempo y gloriosa con la doctrina de este varón apostólico, resplandeciendo entre todas las iglesias de España con su dignidad de Metropolitana».

Así como para hablar de su vida mortal nos fué imprescindible exponer el estado en que se hallaba España antes de venir al mundo el dulcísimo San Isidoro, para referir las maravillas y portentos de su traslación y vida póstuma es aún más necesario conocer el cambio profundo ocurrido en la misma España después del tránsito glorioso de nuestro San Isidoro. La grandeza goda culminó en su tiempo, y aun años después de su muerte la gloria continuó ciñendo las sienes de la Iglesia española y de la misma patria, pues el influjo de los discípulos de San Isidoro, en especial de San Braulio y de San Ildefonso, se reflejaba en la conducta de los monarcas, en los que ejercían una influencia decisiva; pero muertos también los discípulos amados de San Isidoro, empezó a decaer la intervención de los Obispos en el Consejo de los Reyes, y éstos, soltando las riendas a sus apetitos, corrompieron con su pésimo ejemplo las costumbres públicas y acarrearón sobre España el huracán devastador de la justicia divina; en el siglo v fueron los bárbaros, sacados por Dios de los bosques y selvas del Norte de Europa, quienes purificaron con el hierro y el fuego las entrañas corrompidas de aquella sociedad hispano-romana, cristiana en el nombre y pagana en las costumbres; en el siglo viii—en el año 711—llegó el momento señalado por la Providencia de Dios para castigar a la nación goda, envilecida y afeminada, más culpable que la sociedad hispano-romana del siglo v; y más prevaricadora que todas las sociedades europeas del siglo vii, por el abuso que hizo de gracias tan extraordinarias como las que Dios la dispensó por medio de San Isidoro y sus discípulos, gracias de que carecieron los demás pueblos de la tierra; por eso el azote de la inva-

sión musulmana le reservó Dios sólo para España. Así como al aguacero y pedrisco de las grandes tempestades suelen preceder el deslumbrador centelleo del rayo y el estruendo horrísono del trueno, así la justicia de Dios, antes de herir a los individuos y a las sociedades, las dispensa el beneficio inapreciable de avisarlas con gracias singulares, predicaciones de hombres justos, conmociones populares, pestes, guerras, hasta beneficios, que despierten en ella la gratitud hacia la bondad de Dios y su misericordia infinita, y sólo cuando está patente la esterilidad de las gracias singularísimas, de los castigos ligeros, de los beneficios sembrados en corazones ingratos y corrompidos descarga el torrente reopresado de la ira de Dios, que aún en medio de su furor tiene compasión del fizon que humea, y no le destruye hasta ver si vuelve en sí y arde de nuevo: esto fué lo que hizo con España.

Ya desde tiempos del Rey Wamba se habían hecho presentes en las costas de España los hijos de Agar e Ismael, traídos por Dios a través de los arenales de Africa, de las tierras del Iemen y de la Arabia, para ponerles frente a los godos y darles a conocer el instrumento que iba a utilizar su justicia vengadora, si no hacían penitencia de sus iniquidades; no la hicieron, antes ésta fué en aumento, y cuando más descuidados se hallaban, aquellos hombres de atezado rostro, que vagaban allende el Estrecho como tigres en acecho de su presa, impulsados por el espíritu de Dios, cruzan el Estrecho de Gibraltar, en número irrisorio, para acometer al gran imperio visigodo; sádeles al encuentro el Rey de éstos D. Rodrigo, y les presenta batalla en las márgenes del Guadalete, cerca de Jerez, y a pesar del valor que despliegan él y los suyos, son barridos como el polvo de las eras, y con ellos la independencia de España y el imperio de los godos. ¡No hay consejo ni industria humana contra los decretos del Señor! Para el católico

esta doctrina es evidente, pues no hay otra más inculcada en la Sagrada Escritura; los hijos de Israel, en el desierto, vencen cuando Moisés levanta las manos al cielo y cuando, cansado, las baja, son derrotados; cuando están en buena amistad con Dios, éste barre sus enemigos y les hace invencibles, como advirtió aquel discreto pagano a Holofernes; cuando Josué invade la tierra de promisión, el *pánico* que el Señor envía sobre aquellos pueblos le abre el camino del triunfo; ese mismo *pánico* da a Gedeón su victoria sobre los Madianitas; siglos antes de venir al mundo profetiza el profeta Isaías los triunfos que el Señor había de dar a Ciro, y los Macabeos animan a sus huestes para entrar en batalla, prometiéndoles el auxilio de Dios, e invocando este auxilio; los sabios racionalistas del siglo xix, asombrados de la batalla del Guadalete y del triunfo semifabuloso de los árabes, dominando toda la Península en menos de dos años con fuerzas insignificantes, se devanan los sesos para explicar lo inexplicable si prescindimos de la filosofía de la historia, y vemos los sucesos de las sociedades como hechos de rebaños humanos, sin intervención alguna del Pastor que gobierna el hato; ese *pánico* colectivo que ató de pies y manos a España a raíz del desastre del Guadalete y la entregó al invasor, se le envió Dios, como no ha mucho envió otro *pánico* idéntico para purificarla de crímenes, abominaciones y blasfemias, reconocidos por todos, pero no llorados por los culpables ni castigados por los gobiernos. Ante estas afirmaciones el necio pirronismo de los pueblos modernos contestará con una sonrisa de desprecio, y a esta sonrisa, como a tantas sonrisas idénticas de tiempos pretéritos, la Iglesia responde con lágrimas de madre que ve a sus hijos invadidos de terrible locura, y cual Moisés, en el desierto, levanta sus manos hacia el cielo pidiendo a Dios misericordia.

Estas plegarias son las que detienen el brazo de Dios en lo más recio de su furor, para que con su planta no destruya completamente el tizón que aún humea, y deja abierta la puerta del perdón. El trallazo del castigo abrió los ojos de los españoles, y reunidos, unos en Asturias bajo la protección de la Virgen de Covadonga, que les da una victoria inmortal sobre los invasores, otros en las fragosidades del Pirineo, aragonés y catalán, empiezan la obra de la Reconquista patria, lentamente, porque tal vez su fe no era muy robusta, pero siempre invocando el auxilio divino, que jamás les fué negado, cuando sus obras se acomodaban a la ley eterna e inmutable de Dios, y el favor divino se les manifestaba en victorias ruidosas, en apariciones celestiales, en triunfos que les daba el Señor Dios de los ejércitos, enviando sobre los reales enemigos ese *pánico* colectivo tan funesto a los españoles a raíz de la batalla del Guadalete: la Religión fué el alma de la Reconquista, y la doctrina providencialista nos muestra palpablemente en las páginas de la historia patria que todas las grandes calamidades, derrotas e invasiones de nuevas tribus y gentes, fueron secuela obligada de la corrupción del pueblo o de la licenciosa vida de los Reyes, cuyos pecados acarrearán sobre los súbditos el castigo de Dios, como se vió en David. ¡Ocho siglos de lucha feroz costó a España recobrar lo que perdió en dos años! ¡Acatemos los misteriosos juicios de Dios!

Los españoles, subyugados por los *moros*, y que, conformes con la relativa libertad que éstos les dejaron, continuaron viviendo en las provincias ocupadas por los mahometanos, recibieron el nombre de mozárabes, y por lo que atañe a la Religión, conservaron la misma liturgia en todo, que tenían cuando los godos, la misma disciplina, las mismas diócesis y jerarquías eclesiásticas, no diferenciándose en esa parte nada de los cristianos que formaban los estados de León, Castilla, Aragón, Nava-

rra y Cataluña, que continuaron con todo esto en Religión; formando nuevas diócesis y además en lo político con las mismas leyes del Fuero Juzgo, la misma organización y la misma sociedad, aventada en las riberas del Guadalete; que al Oficio o liturgia usada por los unos se llame mozárabe y la de los otros gótica, es una simple diferencia de palabras, que se salvaría totalmente usando la palabra *isidoriana*, usada ya por muchos para significar, no sólo la liturgia, sino todo lo perteneciente a la civilización visigótica; así haríamos más justicia al nombre del Santo, que con su genio consolidó la civilización de España, y con el resplandor de sus obras literarias la contuvo e impidió se despeñase en el infierno del fatalismo y barbarie musulmanas durante aquellos primeros siglos de la trágica Reconquista nacional, debiéndose sólo a él, después de Dios, que del tronchado tronco de la monarquía visigoda brotara el retoño de la leonesa, ya en plena floración en el siglo xi, con sus Concilios de León—1020—y de Coyanza—año 1050—en todo semejantes a los celebrados en Santa Leocadia de Toledo; y luego la monarquía aragonesa, con idéntica liturgia, disciplina, etc., celebrando Concilios al estilo visigodo; y luego Cataluña y todas las regiones de España, fuertemente asidas al alma visigoda, o mejor de de aquella civilización creada por San Isidoro, que es el lazo común, único que les estrecha con lazada eterna, a pesar de la separación, del desastre, de la distancia, de los opuestos caracteres, etc. ¡El alma de San Isidoro, flotando sobre las regiones españolas, cubriéndolas con sus alas y llevándolas de la mano a la conquista de la perdida libertad y de los añorados esplendores del siglo viii! Con estos antecedentes ya podemos formar idea del estado de la sociedad al verificarse la Traslación de San Isidoro; en Sevilla, los españoles sujetos a los moros en lo temporal, teniendo libertad para practicar la Religión y les gobernaba su Obispo propio, aunque como son

tan deficientes y confusos los catálogos apenas si puede fijarse la época de ninguno de ellos; en León una monarquía floreciente que impone la ley a todos los reinos árabes y cristianos de la Península, un pueblo purificado en el crisol de la adversidad, y unos Reyes piadosos y en todo *Grandes*, como los apellida la historia.

Eran éstos D. Fernando I el Magno, y su esposa la Reina D.^a Sancha; el primero, hijo de Sancho el Mayor, Rey de Navarra, era ya Rey de Castilla cuando murió D. Bermudo III, último vástago por línea masculina de los monarcas de León, por cuya muerte pasó la corona leonesa a su única hermana D.^a Sancha, casada con el Rey Fernando de Castilla, que a esta circunstancia debió el reunir en su cabeza ambas coronas, de León y Castilla, ocurriendo esto el año 1037. No es de este lugar referir las grandes hazañas de este Rey y sus triunfos gloriosos sobre los moros, ora de Lusitania, ora de Castilla, ora de Zaragoza, ora de la Bética; sólo nos incumbe consignar que en medio de la gloria y estruendo de la guerra, jamás se olvidó de que era hombre mortal, y que el día menos pensado Dios le haría comparecer ante su tribunal para rendir cuentas de los talentos recibidos; con esta imaginación de la vida futura deliberaba en qué lugar elegir sepultura; su inclinación le llevaba a elegir bien el monasterio de los Santos Facundo y Primitivo, en las riberas del Cea (Sahagún), o bien el de San Pedro de Arlanza, riberas del río Arlanza, provincia de Burgos, pero el ascendiente de su esposa la Reina D.^a Sancha le inclinó a que eligiera el Panteón Real, donde reposaban los restos de sus antepasados los Reyes de León; hízolo así Fernando I, y determinaron hacer iglesia suntuosa para última morada de sus despojos mortales, y a ella trajo el cuerpo de su padre D. Sancho el Mayor que reposaba en Oña.

Así las cosas, el año 1062 encaminóse el Rey de León por Extremadura a las fronteras de Andalucía y Lusita-

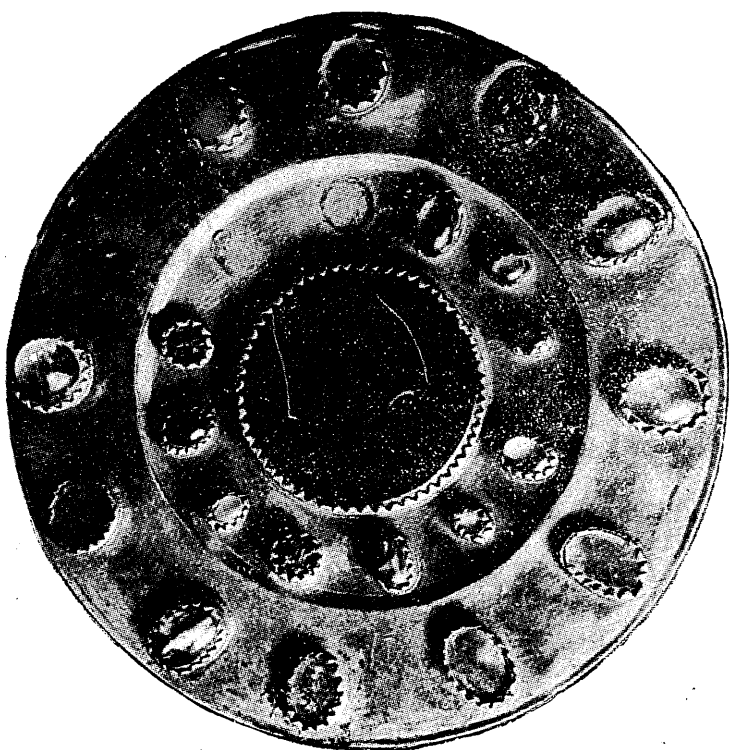
tania e invadió los dominios del Rey de Sevilla, Ebn-Abed, que hallándose sin fuerzas para resistir al leonés, salió a su encuentro con dones y súplicas a impetrar la paz; concedióla D. Fernando I, pero con la condición de que además del tributo le había de entregar el cuerpo de la virgen y mártir de Sevilla Santa Justa, y, como advierte el P. Flórez, no se menciona a Santa Rufina porque acaso no se creyera la existencia de reliquias suyas por haber sido quemado su cuerpo.

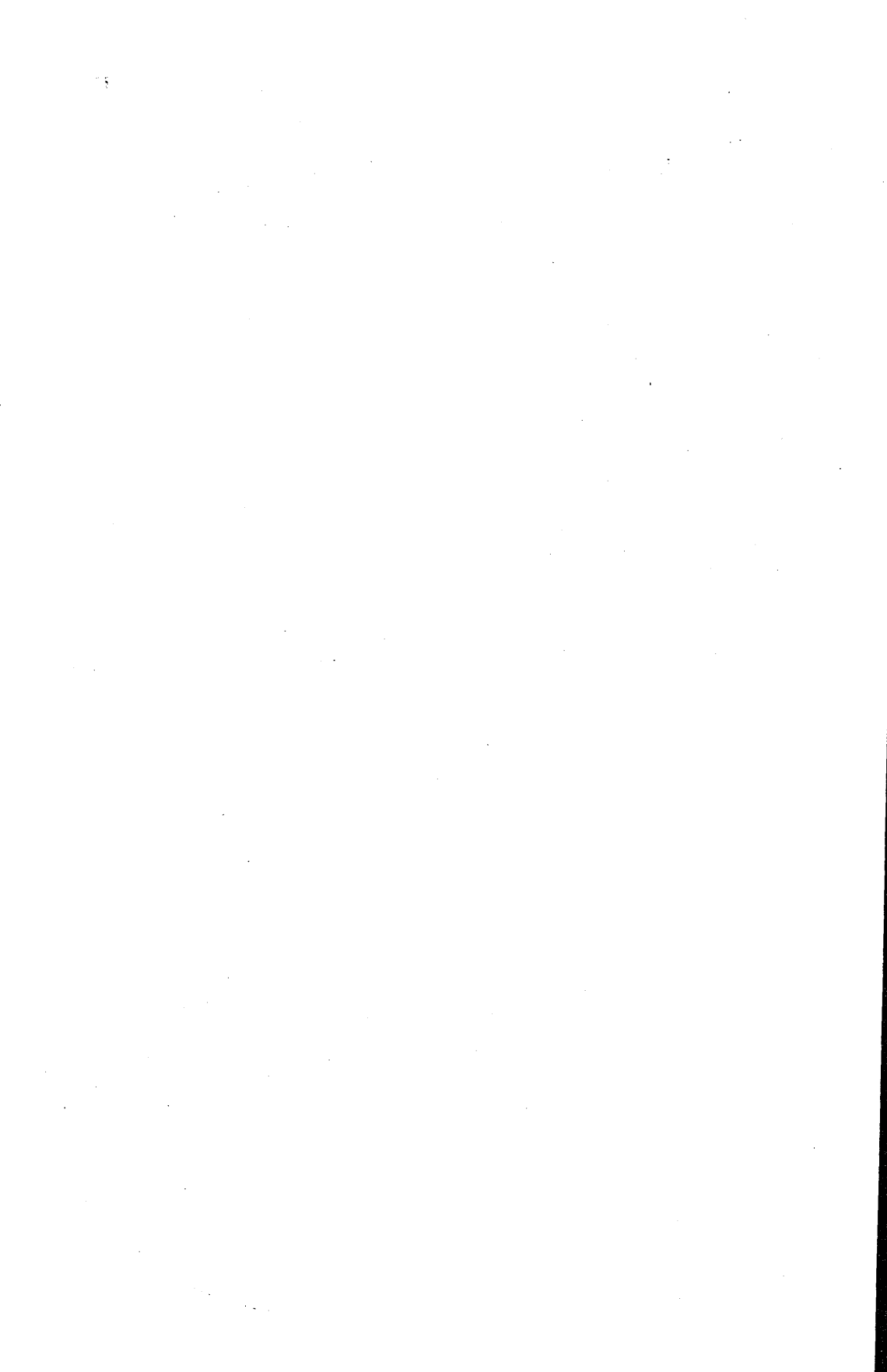
De vuelta el Rey a la ciudad de León, pensó poner luego en ejecución el tratado hecho con el Rey de Sevilla—varía el nombre en los autores y documentos, acaso por estar mal escrito —y al efecto buscó hombres aptos para el desempeño de tan delicada embajada como era la de buscar el cuerpo de la Santa. Fueron designados para la embajada Alvito, Obispo de León, Ordoño, Obispo de Astorga, el Conde Muño—Sandoval, «Historia del monasterio de Sahagún», le llama Muniam Muñoz, y dice, entre otras cosas, que era de sangre real leonesa, y de las familias de los Osorios y Guzmanes, ¡claro que bajo su palabra!—y los nobles de la Real Casa Fernando y Gonzalo, juntamente con una fuerte escolta militar.

El éxito de esta embajada no lo podemos conocer mejor, que por la relación del mismo hecho en las Lecciones del Oficio de la Traslación, incorporadas en la historia Silense, como queda dicho arriba, y que constituye un acta oficial de la misma Iglesia de León, levantada en el mismo siglo xi, a poco de ocurrir los sucesos. He aquí la relación, conforme a la clásica y fidelísima traducción castellana, hecha literalmente por el erudito señor Gómez-Moreno: «Llegados ellos, refieren al rey Benahabet los mandatos del rey, a quienes él dijo: Sé haber prometido yo a vuestro señor lo que buscáis; pero ni yo, ni ninguno de los míos podrá mostraros el cuerpo que deseáis: buscadlo vosotros mismos y, una vez encontrado, tomadlo, yéndoo en paz. Empero, si con



Pila bautismal de San Isidoro, siglo VII; el recuadro adjunto nos ofrece un cuadro interesante de tiempo en que vivió San Isidoro; el primero, un Obispo de Pontifical, con báculo de muletilla, casulla, estola, roquete, alba, etc.; la Virgen y el Niño; un diácono, bien caracterizado por la estola; un neófito; dos ángeles. Véase nuestra «Iconografía...». — Patena, siglo XII.





ocultación o en verdad el bárbaro dijese esto a nuestra embajada, apenas lo descubrimos; no obstante, las más veces, según son de vehementes las humanas determinaciones, así también de volubles. Lo que oyendo el egregio Obispo Alvito, consuela a sus compañeros en secreto, diciéndoles así: Según vemos, hermanos, a no ser que la divina misericordia ayude el trabajo de nuestro viaje, volveremos frustrados. Así, parece necesario, oh amadísimos, que pidiendo la ayuda de Dios, para quien nada es imposible, insistamos en este triduo con ayunos y oraciones, a fin de que la divina Majestad se digne revelarnos el oculto tesoro del santo cuerpo. Complació a todos la exhortación del Obispo sobre que empleasen en rogaciones aquel triduo; y ya en el tercer día el sol había muerto en el recorrido cielo, cuando sobreviniendo la cuarta noche, el venerable Alvito insistía vigilante en su oración.» Aquí da fin la cuarta Lección.

«Entre tanto, mientras sentado en una silla apenas sustentaba sus descaecidos miembros y, recitando para sí no sé qué salmo era embargado por el sueño, a causa del excesivo trabajo del velar, apareciósele cierto varón cubierto de venerables canas, vestido con ínfula pontifical y hablándole en tal forma dijo: Sé de cierto que tú y tus compañeros vinisteis expresamente para conducir con vosotros, llevándolo desde aquí, el cuerpo de la beatísima virgen Justa, mas porque no es voluntad divina que esta ciudad sea desamparada con el apartamiento de esta virgen, la inmensa piedad de Dios, que no consiente despediros de vacío, os ha concedido mi cuerpo, llevando el cual regresad a vuestra tierra. A quien como el reverendo varón interrogase sobre quién fuera el que tales cosas le encomendaba, dijo: Yo soy el doctor de las Españas y obispo de esta ciudad Isidoro. Y esto diciendo desvaneciese a vista de quien lo miraba» Fin de la V.^a

«Empero, despertando el obispo, empezó a congratularse de la visión y rogar a Dios con más insistencia, pi-

diéndole que si esta visión era cosa de Dios, por segunda y tercera vez lo diese a conocer más cumplidamente. Orando de tal modo se durmió de nuevo; y he aquí que el mismo varón, en el propio traje, hablándole de cosas no diversas que antes, desvaneciéndose de nuevo. Despertado por segunda vez el obispo, más alegre imploraba de Dios un triple aviso de la visión; así, mientras oraba a Dios con más empeño, un tercer sueño le embargó. Entonces, el susodicho varón, apareciéndosele como la primera y segunda vez, repitió por tercera vez lo que antes había dicho, y golpeando el suelo de tierra tres veces con la vara que tenía en su mano, mostró el sitio donde se ocultaba el santo tesoro diciendo: «Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo; y para que no te juzgues burlado por un fantasma, esta será la señal para tí de mí verídica plática; luego que mi cuerpo fuere sacado sobre tierra sentirás malestar corporal, a lo que siguiendo el fin de la vida, despojado de este corporal cuerpo, vendrás a nosotros con corona de justicia. Así, luego que puso fin a su plática, la visión se retiró.» Fin de la VI.^a

«Pues volviendo de su sueño el prelado, seguro de tan gran visión, pero más alegre aún por su vocación, llegado ya el día, exhorta a sus compañeros diciendo: Nos conviene, oh amadísimos, adorar con rendidas mentes la omnipotencia divina del Padre sumo, que se ha dignado adelantarnos en su gracia, y no ha consentido que sea frustrada la recompensa de nuestro trabajo. En efecto se nos prohíbe por querer divino sacar de aquí los miembros de la bienaventurada y dedicada a Dios virgen Justa; pero no llevaremos don menor, puesto que habremos de transportar el cuerpo del beatísimo Isidoro, que en esta ciudad obtuvo la ínfula del sacerdocio y toda España ilustró con su obra y su palabra. Y diciendo esto les dió a conocer ordenadamente el mandato de la visión. Lo que oyendo y dadas inmensas gracias a Dios, van juntos a la presencia del rey de los sarracenos y se

lo manifiestan todo por orden. Espantóse el bárbaro, y aunque infiel, admirando sin embargo, el poder del Señor, les dijo: Y si os concedo a Isidoro, ¿con qué me quedaré aquí? Por lo demás, no atreviéndose a desdeñar a varones de autoridad tan grande, da licencia para buscar los miembros del confesor. Cosas estupendas se cuentan, relatadas sin embargo, por quienes intervinieron en ellas. Porque mientras se buscaba el sepulcro del bienaventurado cuerpo se halló en el suelo mismo de tierra el vestigio de la vara con que el santo confesor había mostrado con triple golpe el lugar del monumento. El que descubierto, emanó tanta fragancia de olor que a los cabellos de cabeza y barba de cuantos estaban presentes trascendía, como vapor y nectáreo rocío de bálsamo; pues el bienaventurado cuerpo estaba encerrado dentro de un estuche, hecho de madera de enebro. Y al punto que fué abierto, la enfermedad atacó al venerable varón Alvito, obispo, y al séptimo día, recibida penitencia, en las angélicas manos, según creyó la verdadera fe, entregó su espíritu.» Fin de la VII.^a Lección.

«Mas el obispo de Astorga, Ordoño, y todo el ejército, recibidos los restos del bienaventurado Isidoro, y el cuerpo del prelado Legionense ya se apresuraban a regresar a la presencia del rey Fernando, cuando he aquí que el rey de los sarracenos, el susodicho Benhabet, echó una cortina tejida con admirable labor sobre el sarcófago del confesor bienaventurado, y lanzando grandes suspiros de lo hondo del pecho, dijo: Ay ¡cómo te alejas de aquí, oh Isidoro, varón venerando! Sin embargo tu mismo conociste de qué modo tu causa es la mía también. Estas cosas fueron notorias por aquellos que atestiguaron haberlo oído en persona. Pero los embajadores, tomando el camino con tan gran dádiva concedida por el cielo, volviéronse a su tierra. A cuyo regreso el gloriosísimo rey Fernando desarrolló grandes preparativos; pues aunque le entristecía la muerte del obispo Legio-

nense, no obstante, desarrolló fastuosa magnificencia por la traída del beatísimo confesor Isidoro. Cuyo santo cuerpo colocó en la basílica del bienaventurado santo Juan Bautista, que el mismo serenísimo rey, *según poco antes recordé*, había fabricado nuevamente en León. Mas el venerado prelado Alvito, en la iglesia de la bienaventurada María, que había regentado por permisión de Dios, tiene su sepulcro.» Aquí finaliza la VIII^a Lección. Notaremos que la frase «según poco antes recordé», alusiva a la fábrica del templo de San Juan Bautista, es propia en el Silense, pero no se halla en las llamadas *Actas*, y en las lecciones se halla adicionada posteriormente, pues, lo mismo que en las *Actas*, en las Lecciones no hay ninguna mención anterior del templo del Bautista.

«Luego, pasados cuatrocientos (sesenta y ocho) años de su muerte, desde la ciudad de Sevilla fué trasladado el cuerpo del beatísimo Isidoro, confesor de Cristo, y encerrado con honor en León. Congregados, en efecto, nobles, obispos y abades de todo su reino, el rey hizo consagrar la susodicha iglesia en honor del confesor, a 21 de diciembre del año 1063 de la encarnación del Señor. Además, consagrose a la humildad con tanta devoción en aquella fiesta, en reverencia del santo obispo, que cuando hubo llegado al convite, depuesta la altivez real, en vez de los criados, presentaba con sus propias manos delicados manjares a cada uno de los religiosos varones. También la reina Sancha con sus hijos e hijas humildemente hicieron todo obsequio a la restante multitud, según uso de siervos. Mas en aquel lugar donde se veneran por el pueblo fiel las reliquias del bienaventurado cuerpo, tales y tantos milagros nuestro Señor se dignó manifestar en honor y gloria de su nombre, que si algún sabedor los consignase en pergaminos, no confeccionaría pequeña cantidad de libros.» Aquí termina la Lec. IX.^a del Oficio de la Traslación de San Isidoro.

La historia de la Traslación, escrita por el Tudense, contiene más detalles, lo cual no es de extrañar, pues las Lecciones tienen que ser breves, y en la relación del Tudense hay muchos más milagros, lo que tampoco quiere decir que se pueda dudar de ellos, pues añade todavía más en el libro de los Milagros de San Isidoro, y allí ratifica nuevamente los historiados en el de la Traslación. Es evidente, por lo dicho en el estudio crítico de las fuentes, Cap. I, que los milagros de San Isidoro fueron una dichosa realidad, y en número asombroso; ¿cabe pensar, en sana crítica, que teniendo el Tudense tantas maravillas que decir, reales y que todos sabían, fuera a inventar consejas para reemplazar los hechos históricos? Negar la fuerza de este razonamiento, sería cerrar los ojos a la luz; así, pues, veamos ahora la Traslación prodigiosa en todos sus detalles.

Orando los Prelados Alvito y Ordoño, cuando fueron a descubrir el cuerpo en la iglesia, les sorprendió a ambos un sueño sobre la misma piedra del sepulcro, y al punto se volvió a aparecer San Isidoro con mitra; esta vez a los dos Obispos, certificándoles de que allí hallarían su cuerpo, y de que España se gozaría en tenerle por Patrón, pero en especial la ciudad de León; luego de descubierto, acudió una turba magna de moros y cristianos, sin duda atraídos por el prodigio de aquel bálsamo que exhalaba el cuerpo santo, dando gracias a Dios con grandes voces, y entre la turba se encontraban dos ciegos, y muchos sordos, cojos y otros afligidos de diversas enfermedades, los cuales todos, repentinamente, fueron curados. Prodigios estupendos fueron necesarios para que el Rey moro, ignorante del nombre y existencia de tal Santo, pues antes de conceder el permiso para buscar su cuerpo, congregó a los sacerdotes mozárabes, quienes le informaron de la vida de San Isidoro, luego hiciera tales demostraciones de fe y dolor al tiempo de su partida; en efecto, mayores prodigios tuvieron lugar,

y el Tudense, supliendo lo parco que estuvo en narrarlos en el libro de la Traslación, cuenta lo siguiente en el de los Milagros, que, como sabemos, escribió con los escritos que había en San Isidoro:

«Otra cosa acaeció también de mucha maravilla en la dicha ciudad de Sevilla, al tiempo que el cuerpo santo de San Isidoro fué puesto en una mula para traerlo a León; y fué, que así como le pusieron sobre la mula, luego, súbitamente, cayó la mula en el suelo, como que no podía sufrir la carga del santo cuerpo, y luego los cristianos, que allí estaban para traer el dicho cuerpo santo, tuvieron consejo, y acordaron hacer unas andas de madera, en las que trageron el santo cuerpo sobre ciertos caballos. Y después ninguna persona osó cabalgar sobre aquellos caballos, ni en la mula susodicha, y si alguno lo intentaba luego venía sobre él la venganza de Dios maravillosamente.» «Como los dichos cristianos enviados por el rey D. Fernando, tomaron el dicho cuerpo santo y de Sevilla para León, y vinieron con grandísimo gozo y placer alabando a Dios, los moros, que habían visto las grandes maravillas que por el santo cuerpo se hacían, sintieron tan grande rabia y furia por haber dejado a los cristianos tomar y llevar de su ciudad el cuerpo de tan gran Santo, que determinaron quitárselo; y luego se armaron y salieron a caballo muchos moros, corriendo, a rienda suelta, en pos de los cristianos que llevaban el cuerpo santo, hasta que llegaron cerca de ellos. Cuando los cristianos vieron venir los moros, así airados, para ellos, y conocieron que venían para tomarles el cuerpo santo, y que eran tan pocos que no lo podrían impedir, comenzaron a pedírselo muy devotamente y con lágrimas al mismo San Isidoro, que les socorriese en aquella necesidad. Y así como llegaron a ellos los moros, se les mudó el pensamiento, y alteró la voluntad y el juicio de tal manera que del todo olvidaron el propósito que traían, y no acordándose de ello ni a

qué a venían se hallaron tan confusos que no supieron qué hacer sino saludar alegremente a los dichosos cristianos, y hacer gran reverencia al cuerpo santo; y viniendo a ofender a los cristianos, les hicieron mucha honra y placer; y así se tornaron para su ciudad de Sevilla. Después que se habían alejado, empezaron a pensar y hablar entre sí sobre la causa de su venida, y acordáronse de ella, y volvieron con mayor furia en pos de los cristianos, y corrieron tanto que volvieron a alcanzarles; mas, como llegaron cerca de ellos, plugo a Dios que no pudieran verlos, y andaban los moros como ciegos, de acá para allá, perdidos que no sabían qué hacer de sí, de modo que turbados, con gran vergüenza y confusión, se hubieron de tornar para Sevilla; y como los cristianos les veían así, andar ciegos y perdidos, tenían tan gran placer y consuelo, y daban tantas gracias a Dios y a San Isidoro, que no hay persona que lo pueda decir. Este milagro fué semejante al que Dios hizo por el profeta Eliseo, cuando Benadab, Rey de Siria, envió ciertos caballeros que le prendiesen, y el santo profeta, con la virtud de su oración, los hirió de ceguedad...»

CAPITULO VI

La ruta del cuerpo santo del Doctor de España, en su maravillosa traslación

Qué camino siguió la embajada enviada por Fernando I a Sevilla cuando regresó a León con el cuerpo santo de San Isidoro, es asunto aún no tratado por nadie que sepamos; nos parece natural, que teniendo los dos estados de León y Sevilla una frontera común, por ésta comunicaran entre sí los súbditos de ambos soberanos, pues lo contrario era exponerse a sufrir ultrajes y veja-

ciones, sino otra cosa peor, de los habitantes de los otros estados; y aunque Toledo conocía y daba vasallaje a León, no se puede opinar que atravesaran ese reino, máxime teniendo en cuenta el estado de anarquía reinante entonces en todos aquellos dominios musulmanes, donde había tantos reinos como ciudades, y aún dentro de cada reino los gobernadores de las ciudades y fortalezas se creían y obraban como otros reyes. ¿Cuál era la frontera de León y Sevilla? Aunque no se pueda precisar gráficamente en un mapa, es indudable, por lo dicho al referir la declaración de guerra, que para ir a ella había que pasar por Extremadura, y acaso de aquí pasar a la Lusitania, donde dominaba completamente el Rey de León hasta más allá de Coimbra, pues el gobernador de Badajoz, y otras plazas que cerraban el paso a los dominios de Sevilla, no reconocían a este Rey, ni rendían vasallaje a León, y pasar por sus tierras era peligroso en demasía; por estas razones nos inclinamos a creer que el cuerpo santo fué traído por Coimbra de Portugal, torciendo luego la comitiva hacia Extremadura, y Salamanca, en cuya ciudad hay tradición de que se detuvo el cuerpo de San Isidoro, y esta es la primera parada de que tenemos noticia en la ruta maravillosa, debiéndose tal vez la ignorancia de las demás a que acampaba la comitiva en despoblado.

En cuanto a Salamanca, dice la tradición de aquella ciudad, que llegó el cuerpo santo un día al ponerse el sol, y que los cristianos que conducían el incomparable tesoro levantaron sus tiendas en un lugar que se llamaba Puerta del Sol, en las afueras de la ciudad, en un altozano con hermosas vistas hacia el Tormes, próximo al sitio donde se alza ahora la Catedral; pasó la noche, y al pretender por la mañana seguir su camino los leoneses, se encontraron con la desagradable sorpresa de que se habían hecho inmóviles las andas en que venían las sagradas reliquias; y por más esfuerzos que hicieron fué

imposible moverlas. Pasaron aviso al monarca, que con su esposa, hijos y caballeros de la Corte, se acercaba a las riberas del Duero para recibir al bendito Santo, de quien tantas maravillas le anunciaban los leoneses de la embajada, y al instante, dió orden de que, a expensas de la Corona, se votase a San Isidoro un templo magnífico en el mismo sitio en que se pararon sus reliquias; así se hizo y el templo titulado de San Isidoro, ha sido una de las principales parroquias de Salamanca, en cuyo término se levantó la Universidad de Salamanca, que siempre se reconoció por *feligresa y parroquiana* de la dicha iglesia de San Isidoro.

El Dr. Aller, canónigo de San Isidoro, y mucho tiempo morador de la Casa de Nuestra Señora de la Vega de la ciudad de Salamanca, en el primer tercio del siglo xviii, dice en su historia inédita de San Isidoro que la citada parroquia, ostentaba las armas reales de León y de Castilla en los dos arcos del cuerpo de la iglesia y que en el retablo se hace historia de este suceso en los diversos cuadros del mismo. La Universidad de Salamanca, como obligada a este milagro de San Isidoro, con el cual parece que quiso profetizar la creación de la famosa Universidad, a la sombra y bajo la jurisdicción de la iglesia que allí se votaba a honor de su nombre, y como que aquí se detenía a tomar posesión de dicha Universidad en nombre y como el principal de los maestros de ella, reconocida a favores tan anticipados, acordó en su Claustro celebrarle, por estatuto, voluntariamente, fiesta solemne todos los años, el mismo día que se celebra en el Obispado de León, o sea el jueves después de la dominica *in albis*; y aún el domingo después de la octava del *Corpus Christi*, en el cual la parroquia de San Isidoro celebra la fiesta del Sacramento, el Claustro en pleno, y con toda pompa y majestad, se reúne en el atrio de la Universidad, para recibir la procesión a su paso por allí, y envía a la procesión a todos

los escolares para que escolten y alumbren la imagen de San Isidoro. Sea de esto lo que quiera, nosotros no hemos hallado memoria antigua de la ruta del cuerpo santo, anterior a las riberas del Duero, pero sin precisar punto determinado de ellas.

En la Traslación del Tudense se lee que a la embajada se adelantaron algunos correos, quienes hicieron al Rey D. Fernando cabal información de cuantas maravillas habían sucedido al descubrir el cuerpo santo y sacarlo de Sevilla; vivamente impresionado el Rey ante el poder misericordioso de Dios, que así honraba la virtud y santidad de sus Santos, dió al punto orden de salir al encuentro de el Patrón benditísimo que Dios le enviaba para gloria y salvación de sus dominios, y acompañado de sus tres hijos, Sancho, que luego fué Rey de Castilla, Alfonso, que tiempo andando heredó todos los estados de su padre, y García, que fué algún tiempo Rey de Galicia, con todos los nobles de su Corte, y con una fuerte escolta militar, se puso en camino, encontrando a la comitiva, que acompañaba las sagradas reliquias de San Isidoro, cuando llegó a las márgenes del Duero; aquí ya no vieron el Rey y sus caballeros a la embajada solamente, sino una turba inmensa de ambos sexos, reunida al lado del sagrado cuerpo por la fama creciente de los milagros que todo a lo largo de su carrera obraba el cuerpo de San Isidoro; el aire resonaba con el acento dulcísimo de los himnos eclesiásticos, y la tierra parecía temblar con el ingente clamor del pueblo, que a grandes voces daba gloria a Dios por los milagros que obraba el cuerpo santo por todos los lugares que pasaba. Al presenciar el Rey tan tierno espectáculo se le arrasaron los ojos de lágrimas, y luego de adorar con toda la Corte al bendito Patrono que el cielo le enviaba, se despojó de todo el ornato Real, e igual hicieron sus tres hijos; se quitaron el calzado, y con los pies descalzos, tomaron sobre sus hombros las andas en que estaba la caja

con las reliquias sagradas, y ya cifraron toda su felicidad en merecer el honor de conducir las sobre sus hombros hasta León de esta manera; allí, a la margen del Duero, llegó la Reina D.^a Sancha antes de que se formara la procesión, y con ella sus hijas, las Infantas D.^a Urraca y D.^a Elvira, que al lado de la Reina, hicieron la guardia al cuerpo santo, viniendo en pos de él, procesionalmente y a pie, hasta León; a las riberas del Duero ordenó el Rey asistir, y así lo hicieron, todos los Obispos, Abades y multitud de sacerdotes y monjes con ornamentos eclesiásticos, con luces en las manos, cantando himnos y salmos, que exaltaban hasta lo sublime la fe religiosa y el entusiasmo delirante de la multitud congregada en aquel lugar. Al partir de las orillas del Duero, un ciego, llamado Eusebio, se acercó al cuerpo santo y, al tocar con la mano la caja, recobró instantáneamente la vista, creciendo con esto el júbilo y cánticos de la multitud.

¿Quién podrá referir, dice D. Lucas de Tuy, «los beneficios que la piedad celestial obró con las sagradas reliquias, los grandes y frecuentes milagros que se sucedieron, sin interrupción, por todo el camino hasta León»? «¿Y quién podrá describir el cuadro que ofrecía la multitud de nobles y caballeros con pompa regia en sus personas y la modestia y compostura de religiosos; el clero innumerable mezclado con el pueblo que enloquecía de gozo espiritual; el concurso de gentes de ambos sexos asombroso; los Reyes descalzos, emulando la piedad y humildad de David, cuando danzaba ante el Arca de la Ley...?» En el libro de los Milagros agrega lo siguiente, omitido en el de la Traslación:

«Una cosa, digna de memoria eterna, es razón que sepan todos, y es de esta manera: el Rey Fernando el Magno, con sus tres muy nobles hijos, D. Alonso, y D. Sancho, y D. García, viniendo acompañando el santo cuerpo de San Isidoro, que traían para León, al entrar en un lugar llamado Villaverde de Rioseco, todos

cuatro, padre e hijos, los pies descalzos, traían el cuerpo para León sobre sus hombros, y lo metieron en la iglesia de aquel lugar, para que estuviese allí mientras ellos y los suyos reposaban; y como las gentes de aquella tierra y comarcas oyeron la venida del cuerpo santo, vinieron allí luego los de todos aquellos lugares, por ver el santo cuerpo y pedirle que les socorriese, porque estaba a la sazón toda la tierra muy seca, y enferma de muchas enfermedades, así que tenían gran necesidad de agua y de salud. Plugo a Nuestro Señor, por los méritos de su glorioso confesor, tener misericordia de ellos, tan abundantemente, que cuantos enfermos venían con confianza iban sanos; y luego llovió tanto, cuanto las gentes deseaban.»

«Como el buen Rey D. Fernando vió tantos y tales milagros, alegróse mucho en Dios y su boca fué llena de gozo, y así mismo sus hijos y todas las gentes se alegraban con gozo maravilloso, y alababan mucho a Dios en su santo Confesor. Mas acaeció que luego se les tornó todo su gozo en tristeza y lloro, porque así como quisieron partirse y tomar el cuerpo santo para caminar con él, no pudieron moverlo en ninguna manera; y visto aquello, acordaron el Rey y los suyos todos tomar las armas de la oración y el ayuno, en lo cual perseveraron por tres días, con devoción para que pudiesen mover y llevar el santo cuerpo, y ninguna cosa les aprovechó; y todavía se estaba aquella santa columna de la Iglesia inmóvil, porque estaba fundada sobre la piedra firme que es Cristo. De todo esto estaba muy triste el Rey, sus hijos y criados, creyendo que San Isidoro había escogido allí morada para su cuerpo santo; pero a los vecinos de aquel lugar, y de toda la comarca, les sucedía lo contrario; se alegraban y gozaban mucho, pensando que Dios les había dado tan buen Patrono para su tierra; y así lo que a los unos era causa de llanto, éralo de gozo para los otros.»

«Mas la misericordia de Dios, que algunas veces dilata las deseadas demandas de los suyos por acrecentar el amor, y porque crezca el ejercicio de las santas obras y perseverando en ellas alcancen la corona, despertó el espíritu de algunas buenas personas, de aquellas que allí estaban con el Rey, las cuales se acercaron a él y le dijeron que les parecía sería bien, que el Rey diese y donase a San Isidoro el derecho de patronato, que su Real Señoría tenía en aquella iglesia de Villaverde, y la parte de aquel mismo lugar que era pertenencia de la Corona: lo cual hizo el Rey luego, y de muy buena voluntad, y así como hubo hecho la donación y se escribió el privilegio de ella, luego hallaron que podían mover el cuerpo, que se había tornado muy ligero, y lo levantaron y llevaron caminando con él, muy alegres, cantando y diciendo con gran devoción: Oh, cuán precioso y honorable es en el acatamiento del Señor este Santo Confesor suyo que llevamos. Así que el Santo Doctor, nacido de linaje de Reyes, viviendo en este siglo, enseñó a los Reyes; a los mayores fué Pastor y hermano; a los menores fué Padre y devoto administrador; por tanto, con mucha razón es ahora traído en los hombros de los Reyes, y de todos los mayores y menores es altamente servido y alabado.»

«Viendo el buen Rey D. Fernando aquella señal maravillosa que Dios había mostrado por su Santo Confesor, temiendo no le acaeciese otro tanto en los lugares donde hubiesen de posar, de allí hasta León, acordó prevenir aquel inconveniente con sus largos dones y servicios a San Isidoro, en tal manera, que le dió y donó por firme privilegios, todos los lugares en que el santo cuerpo había posado hasta allí, y así mismo prometió darle para siempre todos los lugares donde el santo cuerpo posase desde allí hasta León; lo cual el dicho Rey cumplió humilde y devotamente.»

Esta donación, es claro que el Tudense vería el original de ella, aunque hoy no existe, no debe entenderse, de los lugares como villas, ciudades, aldeas o poblaciones, sino de el sitio que ocupaba la tienda, dentro de la cual se guardaba el cuerpo santo durante las noches y paradas que hacían en el camino, pues si se hubiera de entender de las mismas villas, o ciudades, tropezaríamos con el inconveniente de que el Rey se obligaría a dar lo que no era suyo, máxime tratándose de ciudades como Salamanca y otras grandes poblaciones; a esta hipótesis viene a corroborar el texto latino de los Milagros, en el que se habla sólo del lugar que ocupe el sagrado cuerpo. El fin, por tanto, del voto fué donar al bendito San Isidoro todos los sitios en que posasen sus sagradas reliquias, con el objeto de erigir en cada una ermita o iglesia, dentro de la cual fuera venerada su imagen. En muchos pueblos de Campos, como Villalpando, Mayorga, Pozuelo de la Orden, etc., hay iglesias o ermitas dedicadas a San Isidoro, y a ellas ligada la tradición de que, en el lugar o sitio que ocupan, reposaron las cenizas del Santo Doctor en su marcha triunfal hacia León, aunque el Dr. Aller sólo menciona la tradición de Villaverde; Manzano a Villalpando y Mayorga; esto también viene a corroborar nuestra opinión. De templos que tuvieron el honor de albergar bajo las bóvedas el cuerpo del Santo Doctor, se sabe del mencionado de Villaverde, y éste, únicamente, se menciona en el privilegio de Fernando I, de que hablaremos después; de donde se deduce que la donación se limitó a los solares en que se habían de erigir las ermitas y templos conmemorativos, que formaban una vía luminosa, desde la frontera sevillana hasta el Real Templo donde se depositó a San Isidoro en León, vía que, a pesar de los siglos, no sería imposible rehacer recorriendo los pueblos de Campos, hasta Salamanca, en los que aún perduran los recuerdos de este viaje triunfal.

En los sitios en que el santo cuerpo sólo se detenía unas horas, se colocaba, como recuerdo, una Cruz de piedra, y aún existía en el siglo xvii la que pusieron en el Puente del Castro, en el sitio en que paró San Isidoro mientras se organizaba la procesión triunfal para introducirle en la venturosa ciudad de León. Hemos referido la curación de un ciego, de nombre Eusebio, en las riberas del río Duero, siguiendo el libro de la Traslación del Tudense, y en los Milagros coloca esta curación en las puertas de León, si acaso no son dos milagros distintos: «Así, dice, como el cuerpo sagrado del varón apostólico, San Isidoro entró por la ciudad de León, todo el pueblo se alegró, en gran manera, dando loores a Dios por la merced que les hacía en darles cosa tan preciosa, y entre la turba se hallaba allí un hombre ciego, que se llamaba Eusebio, el cual llevaba tanta fe que no dudaba nada, sino que había de ser sano, en llegando al santo cuerpo. Y así como llegó y tocó en las andas en que venía el cuerpo santo, luego, en aquel momento, fué sano y recobró la vista y claridad de sus ojos; visto aquel milagro por el pueblo, comenzaron todos a alabar a Dios con grandísimo placer, de manera que sonó muy claramente la voz de alegría y salud en la Iglesia de los justos. Este fué el primer milagro que obró Nuestro Señor Jesucristo delante de los leoneses, por el su precioso Confesor San Isidoro, magnificando su gloria».

Ya en el interior de la ciudad, los cuerpos santos de San Isidoro y San Alvito, se suscitó un gran altercado entre los circunstantes, por haber entendido algunos que se quería inhumar el cuerpo de San Alvito, traído de Sevilla juntamente con el de San Isidoro, en el templo Real de San Juan Bautista, recién edificado por Fernando I. Hallábase en León, para asistir a esta celebrísima solemnidad el venerable Abad de Silos—hoy Santo Domingo de Silos—cuya santidad era celebrada y reconocida por todos, y a él acudieron en aquel pleito; estaban

el venerable Abad, y los cuerpos santos junto a la puerta de la ciudad que se llamaba del Arco, y esforzándose por restablecer la paz perturbada, atrajo hacia sí la atención de todos, y fué causa de que fiados en su imparcialidad y virtud le aclamaran árbitro; el santo varón mandó, después de elevar a Dios su corazón, implorando las luces de la gracia, que colocaran los cuerpos santos en las andas, donde vinieron sobre cabalgaduras hasta el Duero, y que es muy posible siguieran con los caballos, desde allí tras la procesión, pues sólo así podía proponer el santo Abad lo siguiente: que colocaran los cuerpos santos sobre los caballos, y que dejaran a éstos solos, para que fueran adonde la mano de Dios les guiase, y que allí donde pararan, allí se guardaran los cuerpos; hizolo así el pueblo, y dando el santo Abad un golpecito con una vara a los animales, éstos echaron a andar sin ser guiados por mano de hombre, sino por la providencia de Dios, y el caballo que llevaba el cuerpo de San Alvito, fué recto, sin detenerse hasta la puerta de la iglesia Catedral, y los dos que conducían el cuerpo de San Isidoro se metieron en un lago, donde quedaron sepultados bajo las aguas. Este extraño caso lo repite el Tudense en la Traslación y en los Milagros de San Isidoro, si bien en esta última obra advierte que lo sabe porque es público en León, y de oírlo a muchos, con lo cual da a entender que no lo halló entre los escritos de la Iglesia, cosa no rara, puesto que tantos milagros se sucedían, y la mayor parte se perdieron en las tinieblas del olvido, pero a él no le cabía duda del hecho, cuando lo repite por dos veces; agrega otras circunstancias, en las cuales es posible que algo aumentara la fantasía popular: «No es de razón que dejemos de escribir aquel milagro, que muchos afirman haber acaecido al tiempo que el cuerpo de San Isidoro llegó a la ciudad de León... según más largamente se contiene en la Historia de su Traslación... y fué cosa muy maravillosa, que así como



Cáliz de ágata, oro, esmaltes y pedrería; joya única y excepcional de la orfebrería del siglo XI. Para la descripción e historia de este cáliz y demás joyas que figuran en los fotografados de esta obra, véase el «Tesoro de la Real Colegiata de San Isidoro...»

soltaron los caballos, ellos mismos se volvieron el uno hacia el otro e inclinaron las cabezas como que se saludaban, y así se partieron, y, guiados por ministerio angélico, se fué cada uno para la iglesia donde Dios tenía ordenado hubiesen de permanecer los cuerpos santos».

«Así el de San Alvito se fué para la iglesia mayor, y el de San Isidoro para la de San Juan Bautista, sin que persona alguna los guiase, según que más por extenso se contiene en la dicha Historia de la Traslación de San Isidoro.

Y lanzáronse los dichos dos caballos en un lago que estaba en la dicha ciudad, muy dañoso a los vecinos de ella, y de allí no los pudieron sacar en ninguna manera, hasta que echaron en el dicho lago tanta piedra y tierra que lo cegaron, y así cegado, cuando pensaban que los caballos estaban ahogados, viéronlos súbitamente sobre la tierra sanos. De lo cual fueron todos muy espantados, y comenzaron a glorificar a Dios y a San Isidoro.»

Otra maravilla hizo el Santo Doctor, antes de que le depositaran en el templo de San Juan Bautista, y fué aparecerse a su devoto y rendido adorador, el Rey don Fernando, con un semblante más luminoso que el sol del mediodía, y con voz apacible y amorosa le hizo conocer la voluntad que tenía de honrar el cuerpo de San Alvito con su presencia, antes de que le colocaran en el sepulcro, para pagarle de este modo las molestias sufridas en Sevilla mientras buscaba su cuerpo ¡Quién no se desvivirá por servir a tan buen Señor! San Alvito ya había recibido de San Isidoro la merced incomparable de las apariciones milagrosas, el aviso de su próxima muerte, la certeza de su eterna bienaventuranza, y, con todo, aún le parece que se halla en deuda con San Alvito y quiere honrarle públicamente, asistiendo él mismo a sus funerales y entierro; esta consideración hace exclamar al piadoso Tudense:

«Oh, ¡quién sería el que entonces dejara de ir con mucha devoción, no al enterramiento, mas a tan grande solemnidad del Reverendo Padre Alvito! ¡Con cuánta gloria y aparato celestial, y con cuántas compañías de Angeles y Santos es de creer que salió San Isidoro a recibir el alma de San Alvito, al tiempo que pasó de este siglo para la gloria, cuando tuvo tanto cuidado de honrarle acá el cuerpo, y entender en cómo le sepultasen y ser presente a ello! ¿Cuál será, ya, aquél que con toda afección de corazón, no confiará de la remuneración y beneficios del glorioso San Isidoro, si quisiese servirle y loarle de corazón? Por cierto, de aquí podemos, muy bien, colegir un argumento y determinación infalible: que este Santo Doctor está siempre muy aparejado para remunerar y satisfacer a todos los que le sirven con sus fuerzas, según cada uno las tiene. Y así como acabaron de sepultar gloriosamente a San Alvito, tornaron el santo cuerpo de San Isidoro, con gozo y honra inestimable, a la iglesia de San Juan Bautista, la cual él ahora adorna y ennoblece cada día con diversos y grandes milagros.»

El venturoso D. Fernando, más que pagado con la aparición de su celestial Patrono, cumplió su encargo con diligencia y solicitud, y de este modo, con la pompa y regia magnificencia que son de suponer, el Santo Doctor de España, hizo su entrada triunfal en la Catedral de León, en el primer templo de esta noble ciudad que tuvo el alto honor de recibirle en su seno.

CAPITULO VII

**Finezas de Fernando I con San Isidoro y recompensa
que le da el Santo Doctor**

Estaba la Iglesia nuevamente fabricada para Panteón Real por Fernando I, dedicada ya a San Juan Bautista, y en ella recibía culto la mandíbula inferior del Santo Precursor de Jesucristo, que aún sigue venerándose en la Real Colegiata de San Isidoro; pero esto no llenaba las aspiraciones del piadoso monarca, tan enamorado ya del bendito Doctor de España que todo le parecía poco para honrarle, y así, antes de traer de la Catedral el cuerpo de San Isidoro, ordenó se hiciera nueva dedicación de la iglesia y que se consagrara en honor de San Isidoro, lo cual tuvo lugar el día 21 de diciembre del año 1063, asistiendo a esta solemnidad el Rey D. Fernando y su esposa la Reina D.^a Sancha; los hijos de los Reyes D. Sancha, D. Alfonso, D. García, D.^a Urraca y D.^a Elvira; las damas de la Reina; ocho Obispos, que fueron: Ordoño, de Astorga, el sucesor de Alvito en León, Ximeno, el de Iria, Cresconio, el de Calahorra, Gomesano, el de Lugo, Victorio, el de Mondoñedo, Suario, el de Palencia, Bernardo, el de la Silla del Poyo Fedro Frangina; los Abades Gonzalo, Iñigo, de Oña García, de San Pedro de Eslonza, Sitibeto de Cardeña, Domingo, de Silos, Aldereto, de Galicia, Fagildo, de Ante Altares, Brandinaldo, de Samos, Froilán, de Compostela; presbíteros, clérigos, Condes de Palacio, mesnaderos, capitanes y un gentío innumerable, no sólo de León, sino de los pueblos por los que pasó el Cuerpo Santo, y de los otros a los que llegó la fama de tan inauditas maravillas. Este mismo día de la solemne Dedicación del Templo dió el pia-

doso monarca un célebre privilegio a favor de San Isidoro, el cual autorizó él y todos los personajes que acabamos de nombrar; aquí se manifiestan las nobles prendas de tan insigne monarca, su devoción al Santo Doctor, y la regia munificencia, con los siguientes dones y privilegios:

«Jesús Cristo. En el nombre del Señor Salvador, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es uno en Deidad y trino en unidad: Nosotros, los indignos y pequeños siervos de Cristo, Fernando Rey y Sancha Reina, hicimos trasladar, por mano de Obispos y sacerdotes, el cuerpo del bienaventurado Isidoro de la Metropolitana Sevilla a la iglesia de San Juan Bautista, dentro de los muros de León. Ofrecemos, pues, en presencia de los Obispos y de muchos varones religiosos que, convocados de diversas partes, han venido, con devoción, a la honra de tanta solemnidad, al mismo San Juan Bautista y Bienaventurado Isidoro, en el predicho lugar, los ornamentos de los altares, a saber: Un frontal de oro purísimo, de labor hermosa, y con piedras esmeraldas, zafiros, y de toda clase de piedras preciosas y cristales; igualmente otros tres frontales de plata, uno para cada altar; tres coronas de oro; una de ellas con seis alfas en el cerco, y otra corona de «alaules» en el interior de la misma; de otra con amatistas y con esmaltes, dorada; la tercera, en verdad, la diadema de mi cabeza; una arquilla de cristal chapeada de oro; una cruz de oro cuajada de piedras preciosas y esmaltes; otra cruz de marfil con la efigie del Señor crucificado; dos incensarios de oro con su naveta de lo mismo; otro incensario de plata, muy grande; un cáliz de oro, con su patena de lo mismo, con esmaltes; dos estolas de brocado, con fleco de plata y bordado de oro; otra estola de brocado, bordada en plata, y al fleco lleva esmaltes; una arca de marfil, chapeada de oro, y otras dos de marfil con chapas de plata, en una de las cuales se guardan otras tres cajitas de la misma materia,

maravillosamente labradas; tres frontales dorados para los altares; un velo para el adorno del ábside principal del templo, y otros dos más pequeños para los laterales, de «arminios»; dos mantos —¿pluviales?— de tela de oro; otro «alguesi» recamado de oro; otro «gricisco», con el ruedo morado; una casulla y dos dalmáticas de tela de oro; otra casulla «aluexi», bordada de oro; servicio de mesa de altar, a saber: «salare inferturia tenaces: trullione cum coclearibus X: ceroferales duos deauratos: anigma exaurata et arrotoma». Este servicio de mesa era para la comunión bajo las dos especies.

Del valor de estas joyas puede formarse idea por la estima que los arqueólogos hacen de las que aún han llegado a nosotros; la Cruz con el Cristo de marfil, se la llevó al Museo Arqueológico nacional de Madrid, el Gobierno revolucionario el 9 de diciembre de 1869, y es la mejor joya que en él existe, junto con las siguientes arquitas, algunas seguramente de las anteriormente citadas: «Un arca de ágata y plata, estilo latino bizantino; otra de plata mudéjar, con leyendas; otra de marfil, estilo visigodo, con las Bienaventuranzas en el respaldo; tiene sobrepuestos adornos de estilo mudéjar; otra mudéjar, de forma ovalada, con grabados de hoja de hiedra; un cofrecito de madera con incrustaciones de marfil, figurando bichas, con leyendas mudéjares; el Crucifijo dicho; un Códice del siglo XIV al XV con iluminaciones; un cuadro, en tabla, con la Coronación de la Virgen...» Esto consta en las Actas Capitulares de San Isidoro.

El arca de marfil primeramente nombrada, aún se conserva en San Isidoro y es joya de valor incalculable, admiración de los inteligentes; la otra Cruz, chapeada de oro con pedrerías y esmaltes, se perdió en 1808, como tantas otras cosas.

Después de este catálogo de joyas para el culto, pasa a enumerar las rentas y posesiones que concede para sostenimiento de los ministros del culto y esplendor de

éste, a saber: Lo primero dos Monasterios con todas sus rentas y posesiones; el de San Julián de Torío, llamado también Ruiforco y el Honor de San Julián, tenía grandes posesiones, y en él fueron recluidos, después de sacarles los ojos, por el Rey D. Ramiro II D. Alfonso IV y los Infantes, hijos del Rey D. Fruela; fué fundado este Monasterio por un caballero llamado Rumforco, en el reinado de Alfonso III; el otro Monasterio que dona a San Isidoro es el de San Félix de la Cepeda, en los términos del riachuelo «Samario»; les dona también la mitad de la villa de Castro Anin, en las riberas del Cea, con sus términos; la iglesia de Villaverde, en Rioseco, llamada de San Salvador, que tenía tres altares, y «dentro de esta iglesia el sitio acotado por haber descansado en él el cuerpo de San Isidoro, al trasladarle de Sevilla a León». ¿No indica algo del prodigio este *acotamiento*? Este detalle nos inclina a creer que no entró en más iglesias. Añade, además, en Oteros del Rey la villa de San Román, entera, y la de Sobradello; en las riberas del Porma la villa de Cañizal; en las del Torío la de Fenal; en las del Esla la de Toral; en la Vega de San Adrián las villas de Argabal, Villamuriel, Villa de Soto, Villecha, Alija, Palazuelo, Torneros Palacio y Onzonilla; la población de Armunia y la iglesia de San Miguel de Ardón. Todo lo de Vecilla, perteneciente al Rey; en todas las villas mencionadas ceden al Superior del clero de San Isidoro toda la jurisdicción civil y criminal, fueros y derechos, con exclusión absoluta de intervención en las mismas de los jueces y merinos del Rey, ante quienes no responderán jamás por ningún delito los habitantes de ellas. ¡Y aún terminan los piadosos monarcas, suplicando al bendito Doctor se digne aceptar, con semblante apacible y benigno, *estos pequeños dones*! ¡Aún hemos de ver más su imponderable piedad!

Después de hecho cuanto hemos visto, en obsequio del celestial Patrono, venido a León por voluntad de

Dios, sin que los hombres hubieran pensado en conseguir dicha tan envidlable, y haberle hecho Señor de vasallos, de poblaciones, villas, lugares, iglesias, monasterios, con haciendas y rentas copiosísimas, con fueros y exenciones, que no gozaría el mesnadero y rico-hombre más poderoso del reino; aderezada la casa que había de habitar, la iglesia mejor de todos los dominios del reino de León, con cuanto de más precioso se halla en este mundo, oro, plata y piedras preciosas, sedas, brocados, marfiles, colgaduras deslumbradoras en los ábsides, todo embellecido con los primores y filigranas del arte más exquisito y depurado; ennoblecidos a los ojos del mundo, con las prerrogativas y exenciones del más alto señorío temporal, los que habían de servir al culto en el templo augusto del Doctor benditísimo y ser sus continuos cortesanos, sólo faltaba colocar el trono al nuevo Señor y darle posesión de todo aquello, junto con el homenaje incondicional de todos los corazones leoneses, y esto se hizo con toda la pompa y solemnidad desplegadas el día antes para la solemne consagración y dedicación de la gloriosa basílica en honor de San Isidoro, que fué como ofrendársela, con todo lo demás a él ofrecido, y hacer la inscripción en los registros de la propiedad que llevan los Angeles en el cielo.

El día undécimo de las Kalendas de enero—22 de diciembre—del año 1063 la familia Real, los Obispos, Abades, Condes y Señores del Reino, ambos cleros, secular y regular, un gentío innumerable de la ciudad y de las aldeas, entonando «himnos y alabanzas», como dice la Vida de los Antuerpienses, sacaron el cuerpo adorable del nuevo Patrono del Reino de León, del amantísimo San Isidoro, depositado en la Catedral después de los funerales de San Alvito, y en procesión triunfal, como no había visto ni acaso vuelva a ver la ciudad de León, le pasearon por las calles de la Corte leonesa, terminando esta afectuosísima apoteosis con dejarle en el trono

deslumbrador, para él expresamente cincelado por los magos de las bellas artes, trono que, bajo el rico dosel o pabellón del presbiterio, sonreía a los fieles leoneses, asentado sobre el ára del altar mayor, y les brindaba con todos los tesoros de la bondad y misericordia infinitas de Dios. Ya veremos a los leoneses correr a este trono celestial, como las mariposas vuelan en bandadas hacia los focos de luz, y, al igual de ellas, quemar en él sus alas, no pudiendo ya vivir lejos de su dulce dueño, de aquella hoguera de caridad.

Que el trono era digno de todo lo demás ofrendado por el piadoso Fernando I, nos lo dice el cronista Ambrosio de Morales, reseñando los cuerpos santos, reliquias, relicarios, joyas y sepulcros de Reyes, que vió en San Isidoro el año 1572 en su *Viaje santo...*, durante el cual vivió hospedado en San Isidoro, dejando a los canónigos copia de la relación que envió a Su Majestad el Rey D. Felipe II; he aquí lo que dice a nuestro intento:

«El cuerpo del glorioso Doctor San Isidoro está tan rica y venerablemente colocado y guardado cuanto Reliquia lo puede estar en el mundo; porque está en medio del altar mayor, detrás de una reja dorada de más de una vara en alto y dos en largo. El Arca, que está detrás de la reja, es poco menos que dos varas en largo y media en alto, y está por la mayor parte cubierta de planchas de oro, y otras de plata dorada, con los doce Apóstoles de esmalte, y Dios Padre en medio, y con otras muchas imágenes en todo esmaltadas. Hay, así mismo, por toda esta frontera, muchos engastes de oro, grandes y pequeños, con piedras finas, al parecer, aunque no preciosas; los dos testeros, que se pueden bien ver, están cubiertos de una red muy menuda de plata dorada, harto bien labrada.»

«La frontera de esta arca toda la dejó de oro el Rey D. Fernando, mas el Rey D. Alfonso de Aragón, cuando estuvo casado con D.^a Urraca, robó mucho de este oro,

como de Sahagún y otras iglesias; suplióse con plata dorada; y las planchas de oro y de plata todas son gruesas, y tienen lo labrado sobrepuesto por sí. También el cobertor de esta Arca fué de oro, y tomado por el dicho Rey; ahora es tumbado, como de una tercia en alto, forrado de planchas de plata blanca, con engastes dorados, grandes y chicos, y en ellos piedras como las ya dichas, y figuras por la delantera de más que medio relieve, que parecen macizas. La trasera y el suelo están cubiertos de planchas de plata, lisa. Dentro de esta Arca está otra menor de plata, sobre cuatro leones de lo mismo, y no tiene ninguna cerradura, sino que está clavada con plata y así nunca jamás se abre, y dentro está el Santo Cuerpo. La otra exterior se abre cuando los Abades vienen de nuevo y visitan. La reverencia y devoción que en esta Casa y en esta Ciudad y su tierra se tiene al Santo, aparece muy bien en procesiones, plegarias, votos y romerías; y de esta devoción y reverencia procede que en toda la tierra nunca se nombre sencillamente San Isidro, sino Señor San Isidro. Y delante de su cuerpo y del Smo. Sacramento arden siempre dos lámparas de plata... El Santísimo Sacramento está descubierto en este altar con un viril delante, así que siempre se ve, y está una vara más alto que la dicha Arca.»

Ya hablaremos, al fin, de la arca interior, que guarda los restos sagrados, pues para formarse idea de la magnificencia del trono en que San Isidoro fué colocado al empezar su reinado sobre los corazones de todos los hijos de León, es suficiente lo transcripto del Maestro Morales.

¡Por fin el dulcísimo San Isidoro se dignó aceptar las ofrendas de la familia Real leonesa, los homenajes y aclamaciones de un pueblo que, frémulo de veneración, se prosternaba en su presencia, y ocupar el trono que tenía preparado en el augustó templo de Jesús Sacramentado! ¡Dichosa ciudad de León, la bendición de Dios

entró por tus puertas, hazte digna de que tu celestial Patrono mire con agrado y apacibilidad tus sacrificios!

¿No es de admirar, y para maravillarse, que Dios se digne aceptar los dones de los hombres? A nuestros ojos la ofrenda hecha por Fernando I a San Isidoro aparece como fabulosa, porque somos viles gusanillos de la tierra, pero para los Santos que reinan con Dios en el Cielo, ¿qué significa todo eso, visto sólo con los ojos del cuerpo? Ellos tienen a Dios y con Él el dominio de los cielos y la tierra, de todo el universo; ellos pudieran decirnos, cuando les ofrecemos nuestros bienes, lo que Dios, por el Profeta, al pueblo judío: ¿Qué necesidad tengo yo de los becerros de tu casa y de los machos cabríos de tus rebaños? «Mías son todas las fieras silvestres, los ganados que pacen en los montes y los bueyes».

«Conozco todas las aves del cielo y mía es toda la hermosura del campo.» «Si yo tuviera hambre no acudiría a tí, porque mía es la redondez de la tierra y cuanto ella contiene.» «¿Acaso he de comer yo la carne de los toros, o he de beber la sangre de los machos cabríos?»

Con todo, Dios, misericordioso, acepta los dones que le brindamos por mediación de sus amigos y cortesanos los Santos, a condición de que vayan acompañados del afecto interno, de la fe, esperanza y caridad, de la acción de gracias, del sacrificio del propio corazón, inmólandonos a nosotros mismos: «Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y cumple tus promesas al Altísimo.» Si falta esta disposición en nuestra alma ¿cómo va el Señor a aceptar «con semblante apacible y benigno» nuestras ofrendas? «Mío es el oro y la plata» dice con el profeta Ageo; y con el profeta Malaquías nos amenazará como al pueblo judío: «¿Quién hay entre vosotros que cierre de balde las puertas, y encienda el fuego sobre mi altar?» ¡Todo lo que podamos dar a Dios lo tenemos ya bien debido, y anticipadamente cobrado de su mano! «El amor mío no está ya con vosotros, dice el Señor de los

ejércitos, ni aceptaré de vuestra mano ofrenda ninguna.» ¡Cómo explican estas últimas palabras, a los ojos de la fe, la ruina de los imperios y ciudades, la misma profanación y saqueo de las iglesias del Señor! «¡El amor mío no está ya con vosotros!» y al perder ese amor perdió el pueblo judío su gloria y su libertad, y vió rodar por los suelos las piedras del suntuoso templo de Salomón, y esfumarse en el abismo de la nada el segundo templo de Zorobabel, aún más glorioso que el primero, por haberle honrado con su presencia el divino Salvador.

¡Qué bien entendía esta doctrina y se la había enseñado a sus hijos, el buen Rey D. Fernando! Después de cumplidos todos los deberes que su piedad le sugería para con San Isidoro, prodigándole sus vasallos, sus telas preciosas, sus gemas y camafeos, su oro y metales, el ingenio de sus artistas, los afectos de sus hijos, los príncipes, y de todos sus súbditos; después de ordenar, con los Prelados, que todos los años se había de conmemorar *festive* la solemnidad de la Consagración del templo de San Isidoro—hecha el XII de las Kalendas de enero de 1063—y la de la Traslación del bendito San Isidoro a su templo—hecha el XI de las Kalendas de enero de dicho año—ambas en un mismo día que determinó fuera el X.º de las Kalendas de enero—23 de diciembre—se procedió a la celebración de un gran banquete, en el cual se destaca con mayor relieve que en todo lo anteriormente dicho, su figura seductora; antes había dado lo suyo, ahora, en el banquete, se dió a sí mismo, sirviendo las viandas y manjares, que su regia munificencia había costado, a todos los religiosos congregados para tan gran solemnidad, mientras la Reina, las Infantas y los Príncipes prestaban los mismos oficios de caridad con toda la multitud de los pobres, atendiéndoles y sirviéndoles con la misma sumisión que los esclavos a sus amos, pero con semblante risueño y pronta voluntad,

intentando festejar, con este acto de caridad y humillación, tanto el Rey como toda su familia, «al santo y bienaventurado Confesor Isidoro». ¡Cómo se complacería el dulcísimo Patrono de León con este obsequio, él tan amigo de los pobres, él que sólo tuvo por norte de sus acciones para con ellos durante su vida mortal, la máxima del divino Maestro: «Lo que hiciéreis con uno de estos pequeñuelos, conmigo lo habéis hecho»! Seguramente, que al presentar el dulcísimo San Isidoro al celestial Samaritano las ofrendas de los Reyes y pueblo de León en ese día, esta acción personal de los Reyes, practicando la caridad a impulsos de tan nobles fines, sería la más aceptada a los ojos de Dios, y mirando complacido hacia la capital del reino de León, diría a los cortesanos del cielo: Acepto, gustoso, esos dones; el amor mío está con León.

Prenda de esta buena voluntad de Dios para con el pueblo de León fué la lluvia —por todos tenida como milagrosa— enviada por Dios, luego de colocar en su trono al nuevo Patrono del Reino de León, y tanto más apreciada de los leoneses, cuanto una prolongada sequía tenía yermos los campos, envenenados los aires, y multitud de alimañas, nocivas y venenosas, pululaban por todas partes, males que se desvanecieron al caer sobre la tierra la lluvia benéfica y milagrosa.

Cuando Salomón celebró la solemnidad de la Dedicación del templo, y los sacerdotes acabaron de colocar el Arca en el Sancta-Sanctorum, la gloria del Señor se manifestó, «llenando una niebla la casa de Dios», como testimonio del agrado con que recibía los holocaustos del Rey y del pueblo, y de que tomaba posesión de aquel templo a Él dedicado; en León la *niebla* llenó todo el reino, derramando torrentes de bienes y bendiciones celestiales, al colocar el Arca de San Isidoro en el Sancta-Sanctorum de su nuevo templo.

Como no tardaremos en ver cambiada la escena, bueno será tener presente el aviso que Dios dió a Salomón la misma noche después de la Dedicación del templo, apareciéndosele en sueños: «He oído tu oración y la súplica que me has hecho; he santificado esta casa que me has edificado, a fin de que en ella permanezca mi nombre para siempre; y en todo tiempo mis ojos y mi corazón estarán fijos sobre este lugar».

«Mas, si vosotros y vuestros hijos, obstinadamente, os apartaseis de mí, dejando de seguirme y no guardando mis mandamientos... yo arrancaré a Israel de la tierra que le dí, y arrojaré lejos de mí ese templo que he consagrado a mi nombre... y todos los que le vean quedarán pasmados y prorrumpirán en exclamaciones diciendo: «¿Por qué ha tratado así el Señor a esta casa?»

«Y les responderán: Porque abandonaron al Señor, Dios suyo, que sacó a sus padres de la tierra de Egipto... por eso el Señor ha descargado sobre ellos este mal.»

Bien sabía D. Fernando I que el azote de la divina justicia no se haría esperar, si declinaba en la guarda de los mandamientos de Dios, y que el templo por él dedicado a San Isidoro, correría la misma suerte que el del Rey Salomón, imitando a los judíos en la prevaricación; por eso todo su cuidado era honrar a el bendito San Isidoro, y dar buenos ejemplos a sus vasallos, único medio de que en sus días Dios le fuera siempre propicio.

El piadoso Tudense nos traza la siguiente semblanza de sus virtudes:

«Después de la venida del santo cuerpo del excelentísimo Doctor de España San Isidoro, el noble y cristianísimo Rey D. Fernando así por su propio deseo y devoción, como por el ruego y persuasión de su mujer la Reina D.^a Sancha trabajó todo lo posible por honrar y ennoblecer dicha iglesia de San Juan Bautista, donde está el cuerpo de San Isidoro, y adornarla con reliquias

de muchos santos, y después de haber juntado allí muchas reliquias hizo traer a la dicha iglesia el cuerpo de San Vicente y de sus hermanas, que estaban en la ciudad de Avila - en la Crónica da la razón de este traslado el Tudense, «porque la ciudad de Avila hacía tiempo que estaba destruida por los moros», y para evitar la profanación y el desamparo de los cuerpos santos - e hizo poner el Arca del dicho cuerpo de San Vicente junto con el cuerpo de San Isidoro, lo más honradamente que él pudo hacerlo. Y allende de esto, el dicho Rey D. Fernando, guardando y procurando aumentar con gran devoción la Religión cristiana, que desde su niñez, devotamente, había abrazado, procuró honrar y ennoblecer la iglesia de San Isidoro, la cual él había edificado de nuevo y la había hecho de piedra, siendo antes de barro y ladrillo, y la hizo con gran reverencia dedicar a San Isidoro, y la dotó de muchas joyas, y piedras preciosas de gran valor y hermosura, y de muchos ornamentos y cortinas de brocado y seda, y la dió muchos bienes, y posesiones, y libertades y otros grandes privilegios, firmes y perpetuos.»

«Y tenía tan grande devoción en la dicha iglesia que siempre residía en ella; sin ninguna pereza se levantaba e iba a todas horas, así de la mañana como a las vísperas y mañines, continuamente con los clérigos de la dicha iglesia, y algunas veces el mismo Rey levantaba las horas, y las entonaba, y tomaba el oficio de cantor; y alegrábase mucho maravillosamente en alabar a Dios.»

«Amaba mucho a los pobres peregrinos, y ponía gran cuidado en recibirlos y proveerlos; a todos los eclesiásticos hacía gran reverencia, con humildad increíble. Do-
líase mucho de los religiosos pobres y de las religiosas, y donde quiera los hubiese y él lo supiese, iba luego, en persona, a socorrerlos y proveerlos de todo lo necesario, o se lo enviaba muy cumplidamente.»

Este San Vicente, trasladado por Fernando I desde Avila a San Isidoro de León, sufrió el martirio en la persecución de Diocleciano, bajo el poder del terrible Daciano, hacia el año 304 de Jesucristo; era un gallardo mancebo que vivía en Talavera, donde fué preso por la fe de Jesucristo al llegar allí, en su espantable y sangriento itinerario el Prefecto Publio Daciano, nombrado Presidente de toda España por los Emperadores Maximiano y Diocleciano; huyó de la prisión a ruego de sus hermanas Sabina y Cristeta, no por temor del martirio, sino por no dejarlas desamparadas. Hizo el sanguinario Daciano que les siguieran en la fuga sus verdugos, y habiéndoles dado alcance en Avila, les sacaron al sitio donde hoy se alza la iglesia de su nombre, y allí les martirizaron, machacándoles a palos sobre una piedra las cabezas.

D. Pelayo, Obispo de Oviedo, dice en su crónica que Fernando I trajo a León el cuerpo de San Vicente, que dejó en Palencia el de Santa Sabina, y el de Santa Cristeta le llevó a San Pedro de Arlanza. El epitafio de Fernando I sólo habla de haber trasladado a León el cuerpo de San Isidoro y el de San Vicente, mártir, que estaba en Avila; y la piedra de la Consagración del templo de San Isidoro en 1063, esculpida no mucho después de esa fecha, dice que trasladó a San Vicente de Avila el día 10 de mayo de 1065, y nada dice de las hermanas; en cambio el martirologio que trajeron a San Isidoro los canónigos cuando vinieron a ocupar la iglesia y casa el año 1149, ostenta el 10 de mayo, adicionada, seguramente ese año, la memoria siguiente: *Apud Legionensem civitatem Translatio sanctorum martirum Vicencii Sabina Xpistete*. Lo cierto es que en León nunca se ha creído tener sino el cuerpo de San Vicente, y una mínima parte de sus hermanas, y del mismo Tudense no se deduce otra cosa. Aún se conserva el arca donde Fernando I colocó el cuerpo de San Vicente el año 1065,

aunque sin el oro que la quitaron en 1808, y es una joya inapreciable por la estupenda colección de marfiles que la enriquecen, y por la preciosa fela de seda que la sirve de forro interior, con cenefas de figuras de animales y aves e inscripciones cúficas, en maravilloso estado de conservación después de tantos siglos. De ella dice Ambrosio Morales, a continuación de la de San Isidoro:

«A los lados del Arca de San Isidoro hay otras dos, menores en alto y largo, y al lado de la Epístola está un Arca de marfil, con tanta guarnición de oro, que tiene más metal que hueso; y será de más de media vara en largo y algo más en alto con la tumba. Está muy bien labrada para ser tan antigua como lo muestran estos versos, que van escritos por lo alto en un friso de oro que rodea el Arca: *Arcula sanctorum micat haec sub honore duorum Baptistae Sancti Joannis sive Pelagii; Cehu Rex Fernandus Regina que Sanctia fieri iussit Era millena septena seu nonagena.*» (Año 1059).

«Esta Arca, como se ve, se hizo para guardar la mejilla de San Juan Bautista, que aquí estaba desde tiempo del Rey Alfonso V, y para reliquias de San Pelayo, que se trajeron de nuevo de Oviedo. Mas, después, en la Era de mil ciento y tres, cuando trajo el cuerpo de San Vicente de Avila, se encerró aquí, en esta Arca; y la mejilla de San Juan Bautista y las reliquias de San Pelayo se pusieron en otras custodias particulares, como ahora están; y así se reverencia allí el cuerpo de solo el Santo mártir, y en su arca se saca alguna vez por el claustro, y alguna vez se lleva también hasta la iglesia mayor en grandes necesidades. Para testimonio de esta santa Reliquia basta una piedra, de tiempo del Rey Fernando I, que dice le trajo aquí, sin las historias y otras muchas buenas confirmaciones. No se abre este Arca.»

¿Cómo correspondía San Isidoro a tantas pruebas de reverencia y amor, a su sacratísimo cuerpo tributadas



Exterior e interior del arca de marfil; año 1059.

por el buen Rey Fernando I? En primer lugar, haciendo descender sobre su alma el rocío celestial de la gracia, para que las fragantes rosas de su piedad y devoción no se marchitaran ni perdieran un ápice de sus preciosos perfumes; esa es la mayor gracia que la valiosa intercesión de los Santos puede obtener de la misericordia de Dios para nosotros, vasos frágiles y quebradizos, que al menor soplo de las pasiones estamos expuestos a saltar en pedazos, arrojando en el fango el bálsamo celestial de la gracia y amistad de Dios.

¿Y qué mayor recompensa podía apetecer de San Isidoro, que la de ver al Santo Patrono recibir los dones que le presentaba con rostro benigno y apacible, la de admitirle a su continuo trato y compañía, la de mostrarle, con sus innumerables prodigios, que el amor de Dios estaba con él y con su reino de León?

Pero San Isidoro aún quiso darle pruebas mayores del agrado con que miraba la tierna reverencia y solicitud de Fernando I hacia su sagrada persona. Por las humillaciones que en su honor se impuso, sirviendo a los pobres de Jesucristo y llevando, descalzo, por los caminos la carga de sus restos sagrados, le dió la victoria sobre todos los monarcas moros que habitaban en los confines de su reino, los cuales, al solo anuncio de su presencia, se presentaban humildes, solicitando la paz y pagando tributos; le erigió un altar en el corazón de sus vasallos, que le admiraban y obedecían como al mayor de los Reyes y al más cariñoso de los padres; le sublimó en los anales de la historia patria, haciendo resaltar su ingente figura con un halo de tan sublime grandeza, que puede competir al lado de los mayores monarcas del mundo; los mismos tesoros prodigados para honrar al bendito Doctor de España, le fueron devueltos por San Isidoro a proporción de mil por uno, en solos los dos años que sobrevivió a su venida a León, con las victorias de sus capitanes sobre la morisma, en tanto número como el de

batallas que les presentaron y que valían al Rey D. Fernando un botín fabuloso en sedas, brocados, tapices, armas, oro, plata, gemas y camafeos, joyas, animales y esclavos, ganando además una provincia por cada villa o lugar donado a San Isidoro; así pagaba éste a su devoto bienhechor.

Algunos espíritus fuertes, de esos que abundan en todas épocas y edades que no dan nada a Dios con el pretexto de favorecer a los pobres, y lo que en realidad hacen es imitar a Judas, quedándose para sí con lo de Dios y lo de los pobres; que se burlan de los que frecuentan las iglesias, porque pierden un tiempo precioso que ellos emplean mejor durmiendo a pierna tendida, como vulgarmente se dice, u ofendiendo a Dios en espectáculos y recreaciones inventadas por el mismo Lucifer, tienen mucho que aprender en el ejemplo de Fernando I, que es el de todos los católicos de verdad; las prácticas de devoción no son obstáculo al cumplimiento de los deberes del estado propio de cada uno; al contrario aquél las cumplirá mejor que tiene cuidado de implorar la asistencia divina para todas sus acciones.

Al leer lo transcrito de D. Lucas de Tuy, parece sacar se la impresión de que Fernando I enamorado de sus rezos y cánticos con el clero de San Isidoro, no se preocupaba de los negocios del Estado, y que sólo perdía el tiempo en los rezos de la iglesia; ahora vamos a ver qué más hacía: Llegó San Isidoro a León el año 1063, y el 22 de diciembre quedó instalado en el trono de su nuevo templo, y ya el 1064, sin perjuicio de las escaramuzas parciales que por medio de sus capitanes había presentado a los moros, ese mismo año, reunidas y pertrechadas sus invencibles tropas, aquel anciano, gastado en una larga vida de campañas gloriosas, y que tenía varios hijos, guerreros intrépidos, muy aptos para reemplazarle en el mando de el ejército expedicionario, no escatima los trabajos para ensanchar las fronteras de su

reino y extender el reino de Dios en más provincias de España; en campañas anteriores había humillado a los soberanos de Toledo que le reconoció como señor y pagó vasallaje ante los muros de Alcalá de Henares, al de Sevilla, a los de Zaragoza, etc., y agregado provincias, ciudades, castillos y plazas fuertes a sus dominios, siempre con la protección del Apóstol Santiago, a quien encomendaba, fervoroso, el éxito de sus empresas, pero ahora que acaba de aclamar como Patrono al bendito San Isidoro, éste le inspira la empresa más grande de su reinado y le da ánimos para acometerla y llevarla a cabo.

Sale con su ejército de la antigua provincia Celtibérica, e internándose por los dominios musulmanes, saquea y destruye todas las fortificaciones de los moros, poblaciones, castillos, aldeas y campiñas, enviando a sus tierras de León inmensos tesoros y cautivos, y corriéndose por las márgenes del Ebro famoso, llega a dar vista a la misma ciudad de Valencia, ante el estupor de los moros que se encierran bajo sus muros, y sin que el soberano de Toledo, que iba en auxilio de los sitiados, tuviera ánimos para presentarse ante el leonés, ni pasar más allá de los muros de Cuenca.

¡Qué hermosa figura la del Rey de León, paseando por los dominios de la España musulmana sus pendones victoriosos, y qué gesto más gallardo el de parar ante Valencia para clavarles en lo más alto de sus almenas! Porque no era un simple alarde de poder el que le llevó a acometer empresa tan gigantesca, sino el pleno convencimiento de que, con la ayuda de Dios, podía dar fin feliz a la aventura. El cerco de la ciudad se puso en toda regla, y como, por los muchos moros que defendían la amenazara prolongarse éste, el Rey D. Fernando fingió desistir de la empresa, abandonando el sitio; siguieron en su persecución los sitiados, que les hicieron frente en Paterna, donde los leoneses hicieron tal carnicería en los imprudentes moros de Valencia, que fueron pocos

los que lograron salvar la vida acogiéndose a los muros de la plaza; el sitio se estrechó de nuevo, y la plaza estaba próxima a rendirse, cuando una grave enfermedad le acometió, obligándole a retirarse a León con su ejército.

La Traslación de San Isidoro, de D. Lucas de Tuy, dice que se le apareció San Isidoro ante los muros de Valencia y le advirtió la proximidad de su muerte, de lo que no le quedó duda al sentirse acometido por la terrible enfermedad. ¡Qué prueba para un caudillo, que alcanza ya con la mano la corona de laurel de la inmortalidad, que está a punto de ver realizado el ideal más grande a que podía aspirar un rey de León, clavando el ábaro de la Cruz en las almenas de Valencia, en los confines del Oriente de España, aspirando los perfumes de aquellos floridos vergeles, extasiando su mirada por las azuladas ondas del Mediterráneo, sentir de pronto la voz de la divina Providencia que le dice: Basta. Retírate a León, porque aún no ha colmado la medida de sus pecados esta ciudad, y ya ha terminado tu misión!

Si grande es Fernando I en todo cuanto hemos visto del mismo relacionado con la vida póstuma de San Isidoro, su figura aún se agiganta más ahora, al recibir el aviso de San Isidoro con corazón tranquilo y resignado, acatando sumiso los designios de la Providencia, por amargos que a simple vista nos parezcan. ¡Virtud que no resiste la piedra de toque de la adversidad, no merece tan dulce nombre!

Abrasado por la fiebre, quebrantados los huesos con lo penoso de un viaje tan largo y tan amargo como lo hacían los medios de que se disponía en aquellos tiempos, llegó a León el día 24 de diciembre de 1065. Dejaremos aquí la palabra al piadoso Tudense, que refiere con unción conmovedora lo que sigue:

«Así como entró en la ciudad fuese luego, ante todas cosas, a la iglesia de San Isidoro, y allí, hincadas las

rodillas en el suelo, con grande devoción, adoró los cuerpos santos de San Isidoro y San Vicente, como tenía de costumbre, pidiéndoles que, pues ya se acercaba la terrible hora de su muerte, se dignasen rogar con los coros de los ángeles, al Señor que su alma fuera librada del poderío de las tinieblas, y presentada seguramente ante el muy alto juicio de su redentor Jesucristo; y a pesar de que venía así enfermo y fatigado del camino, al llegar la noche, que fué la noche de la santísima Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, se levantó a los santos Maitines, y estuvo en ellos en el coro de la dicha iglesia de San Isidoro con los clérigos de ella, y con la mayor fuerza y virtud que podía, estuvo alegremente cantando los Maitines hasta el fin de ellos.»

«Y según la costumbre del canto y oficio Toledano, que entonces usábase en la dicha iglesia, hubieron de responder los cantores aquel verso que dice: Sed enseñados todos los que juzgáis la tierra, lo cual convino muy bien al Rey D. Fernando por las virtudes y calidades que en él concurrían; y en amaneciendo el dicho día, que es a todo mundo muy claro, de la santísima Natividad del hijo de Dios, como el buen Rey vió que le iban desfalleciendo los miembros, pidió que le cantasen la misa, y oída ésta y devotamente recibida la comunión del santísimo Sacramento, se hizo llevar a la cama por manos de sus caballeros.»

«Otro día, de mañana, sabiendo el buen Rey lo que le había de suceder, hizo llamar los Obispos, Abades y otros varones religiosos que se pudieron reunir, para confirmar en bien el término y fin de su vida, y se hizo llevar a la iglesia de San Isidoro, juntamente con los Prelados y religiosos, ataviado con sus vestidos y ornamentos reales, y entrando en la iglesia, hincóse de rodillas delante del altar mayor y santos cuerpos de San Isidoro, glorioso Doctor, y del bienaventurado mártir San Vicente, y estando así postrado, comenzó a hacer

su oración, diciendo a Dios estas palabras: ¡Oh, Señor, tuya es la potestad, tuyo es el reino, tú estás sobre todos los Reyes; a tu mandamiento se someten todos los reinos celestiales y terrestres; por tanto, el reino que de tu mano recibí, y regí en cuanto fué tu voluntad, aquí lo tienes: Señor, yo te lo torno y te lo dejo como me lo diste. Sólo una cosa te suplico: que mi alma, libre de los remolinos y peligros de este mundo, recibas en paz. Diciendo esto, se desnudó del manto real, que tenía vestido, y quitó la real corona alhajada, que tenía sobre su cabeza, y derribóse en el suelo de la iglesia, y con muchas y devotas lágrimas decía y rogaba a Dios que le perdonase sus pecados.»

«Luego, recibida su penitencia y absolución de los Obispos que allí estaban, vistióse de cilicio en lugar del traje real, e hízose esparcir ceniza sobre su cabeza, en lugar de la corona de oro. Y estando así, puesto en aquella penitencia quiso Dios que viviese por dos días, y al siguiente, que era martes, fiesta de San Juan Evangelista, estando entre las manos de los Obispos y Prelados, dió el expíritu a Dios y a San Isidoro, que se le apareció a la sazón y fué sepultado en la misma iglesia de San Isidoro. Todos, así legos, como religiosos, y clérigos y pobres, sin ningún consuelo y con gran amargura de corazón, no como a Rey, más como a propio y piadoso padre; y así murió el año 1065, en su buena vejez, reinando fielmente su reino» 27 años, seis meses y doce días.

Aquel león en los campos de batalla, era humilde, llano, afable, modesto, amigo de los pobres y creyente fervoroso entre los esplendores de la Corte; rindiendo culto a la justicia y la equidad, en lo alto del Trono se ganó el corazón de todos sus vasallos que le lloraron como a un padre.

¡Qué apología más elocuente de este favorito de San Isidoro!

La tradición de San Isidoro en el siglo xvi, era de que después de recibir la penitencia de manos de los Obispos, el buen Rey se había retirado a la parte inferior del templo, junto a la actual puerta de acceso al Panteón de Reyes, y allí perseveró sin perder de vista los cuerpos santos hasta exhalar el último suspiro; esto conviene con la relación del Silense y de el Tudense, que no dicen que saliera del templo después de la penitencia.

El P. Mariana dice—Historia de España—que en León le hacía tanta estima de la cristiandad y virtudes de Fernando I, que cada año se hacía fiesta de él, como de los demás de que se hallan en el número de los Santos, extremo que no hemos comprobado con otro documento más que el Martirologio de San Isidoro, de la primera mitad del siglo xii, al que, ya en esa fecha, habían agregado al día 27 de diciembre esta memoria: «Obiit famulus domini rex domnus Fredenandus tocius Ispaniae. Era M.^a C.^a III.^a» El P. Yepes—Crónica...—presenta una tradición, según la cual Fernando I salió del sepulcro la noche que precedió a la batalla de las Navas de Tolosa, y en la batalla luchó a favor de los cristianos, dándoles la victoria.

Termina D. Lucas de Tuy los capítulos, que en los Milagros consagra a las relaciones de este Rey con San Isidoro, con estas palabras, fiel reflejo de la realidad histórica: «Muchas otras maravillas y milagros hizo Dios en aquel tiempo por su glorioso Confesor San Isidoro, que no se pueden escribir por la muchedumbre de ellos».

CAPITULO VIII

Algunos de los milagros obrados por San Isidoro en el reinado de Alfonso VI, hijo y sucesor de Fernando I, y de las grandes mercedes que los hijos de éste hicieron a San Isidoro

Cuán grande fuera la piadosa veneración y confianza de todos los leoneses hacia San Isidoro después de la muerte de Fernando I, lo evidencian los milagros siguientes:

Había en tiempos del Rey Alfonso VI un caballero del más alto linaje entre todos los de su Corte, llamado D. Pelayo, el cual a la nobleza de su nacimiento y cuantiosos bienes de fortuna reunía el lustre de su valentía personal, habiéndose distinguido extraordinariamente en las muchas batallas libradas con los moros; este D. Pelayo, lejos de estar reconocido a tantos bienes como la misericordia de Dios había derramado sobre su persona, desvanecido con su grandeza, empleó esos mismos bienes en ofender al mismo Dios, sin acordarse del aviso que a los tales como él da el Eclesiástico: «Cuando seas poderoso no sigas los depravados deseos de tu corazón».

Disipó los tesoros que Dios había encomendado a su administración, y dejándose resbalar por la suave pendiente de los placeres, se apropió la máxima de aquellos impíos, retratados en el libro de la Sabiduría: «Gocemos de los bienes presentes; apresurémonos a gozar de las criaturas mientras somos jóvenes. Llenémonos de vinos exquisitos y de olorosos perfumes, y no dejemos pasar la flor de la edad. Coronémonos de rosas antes que se marchiten; no haya prado donde no dejemos la huella de nuestra lascivia.» A igual pecado, idéntica pe-

nitencia: «No os afanéis en acarrearos la muerte con el descamino de vuestra vida; ni os granjeéis la perdición con las obras de vuestras manos», había anunciado el Rey Salomón a los tales, y esta sentencia se cumplió al pie de la letra en nuestro D. Pelayo

Abusando uno y otro día de las gracias que Dios le prodigaba para retraerle de su mala vida, vino a dar en tales pecados y delitos, que ya no sólo caían en la esfera de la Ley divina, sino que a los tales les castigaba, inexorable, la justicia humana. Olvidando el Rey D. Alfonso VI las grandes prendas personales que adornaban a D. Pelayo, y los grandes servicios que había prestado a la patria, en gran manera enojado de su maldad, dió orden terminante de que le quitasen la vida donde quiera que sus alguaciles le hallaran. La voz airada del Padre de familias del Evangelio conminando al pecador: «Dame cuenta de tu administración y de esas riquezas que gozaste, de esa salud, de esos sentidos, de esas potencias, de todos los bienes de gracia y naturaleza empleados por tí en ofenderme y escandalizar a los pequeños! ¡Dame cuenta de esas riquezas que yo te di para que con ellas compraras tu salvación, y tú las convertiste en manantial de iniquidad! ¡Dame cuenta!»

Cuando llegó a oídos del caballero la sentencia que Alfonso VI había promulgado contra él, se le heló la sangre en el corazón y, aturdido por el golpe, no sabía qué determinación tomar; permanecer en León era la muerte; salir, imposible porque estaban guardadas las puertas; de pronto en su mente perturbada brilló un relámpago de esperanza: San Isidoro, el Santo milagroso que a tantísimos servía de refugio en las tempestades más deshechas, podía ser para él en aquella ocasión la tabla de salvación si lograba acogerse a lo sagrado de su templo venerando, y como lo pensó, sin perder un solo momento, corrió presuroso a cobijarse bajo las bóvedas sagradas, respirando, ya allí, satisfecho como lo

haría un jabalí que lograra burlar la persecución de la jauría, ocultándose en inaccesible gruta.

No es para pintada la cólera del Rey al comunicarle la determinación de D. Pelayo; dejarle libre por correr a acogerse a lo sagrado del templo de San Isidoro, no lo creía justo, ni su ira le permitía tolerarlo, pero sacarlo de junto al Ara sagrada era demasiado fuerte para su religiosidad, y harto más imprudente para la seguridad de su persona y de su reino, pues no ignoraba que cuanto era de bueno San Isidoro para los miserables y tristes que se acogían a su milagrosa protección, no era menos temible y justiciero con los imprudentes y audaces que se atrevieran a ofenderle, así que el Rey desistió de sacar al caballero de la iglesia «porque temía ofender a San Isidoro»; un expediente le sugirió su deseo de castigar al fugitivo, para salir de este conflicto sin ofender a San Isidoro: dió orden de que se vigilaran, noche y día, los alrededores del templo, con prohibición absoluta de que nadie diera de comer ni de beber a D. Pelayo, bajo pena de la vida, lo cual equivalía a condenarle a perder la vida de hambre dentro de la iglesia.

Cuando en la ciudad se conoció la aventura del fugitivo, se despertó una curiosidad inenarrable, y todos se decían unos a otros: «Veamos cómo San Isidoro socorre a este fugitivo que se acogió a él.» El pueblo leonés, conocedor por experiencia cotidiana de la misericordiosa solicitud con que el dulcísimo Patrono del reino leonés despachaba sus plegarias y ponía remedio a todas las necesidades que se le exponían, no dudó un solo instante de que D. Pelayo, al franquear los umbrales del templo de San Isidoro, estaba salvado, a pesar de la ira del Rey y de todos los que le perseguían.

D. Pelayo, dentro del templo, se revolvía, furioso, como fiera atrapada en emboscada, sin que su corazón se volviera hacia Dios y menos a San Isidoro; todo su conato era romper la red que le aprisionaba con los me-

dios que le sugería la prudencia humana, aunque en vano, pues pasaron siete días, en los cuales se agotaron sus fuerzas con la prolongada hambre y sed, y viéndose desfallecido y a punto de perder la vida, se acercó al sagrado altar de San Isidoro, y con profundos suspiros y muchas lágrimas, salió de sus labios, por primera vez, la siguiente oración:

«Oh, Señor San Isidoro, noble de linaje y muy excelente en santidad: mientras vivías en este mundo, entre otras muchas obras de santidad que hacías, siempre fuiste muy inclinado y abundante en socorrer las necesidades y dar comida a todos, y ahora que reinas con Jesucristo y tienes abundancia de pan celestial en la gloria, permites que yo en su presencia muera de hambre y de sed. Oh, Confesor glorioso, haced merced de mí, y ten por bien mostrar ahora en mí la excelencia de tu santidad.»

Estaba el caballero diciendo estas palabras y otras semejantes que le sugería su temor a una muerte próxima e inevitable, y aunque su vida pasada no abonaba la súplica que hacía al presente, él la hizo tan confiado en la protección de San Isidoro, que no vaciló un instante y siempre creyó que sería socorrido; y, en efecto, su fe no le engañó, porque no había terminado su ardiente plegaria, y ya el Santo bendito le tendió los brazos como al hijo pródigo que vuelve al hogar paterno: las piedras que estaban delante del altar de San Isidoro, las mismas sobre las que ponía los pies el sacerdote al celebrar la santa misa, empezaron a arrojar de sí grandes chorros de agua, dulce y cristalina como los rocíos de la gloria. El caballero, presa de estupor imponderable, no daba crédito a sus ojos, y temía ser víctima de los espejismos y alucinaciones de la fiebre; acercó los resecaos labios al surtidor milagroso e instantáneamente se incorporó, apagada la sed, satisfecha el hambre, y con todas las fuerzas perdidas en el prolongado martirio de aquellos días

completamente restauradas; la muerte que se cernía sobre su cabeza, se alejó, y él podía respirar tranquilo y satisfecho; bien hubiera podido cantar con el Salmista: «Bendito sea Dios, que no desechó mi oración, ni retiró de mí su misericordia», aunque si no lo hizo con las palabras, lo hizo con el corazón, y agradecido a la merced que el Santo bendito le había dispensado, allí mismo le hizo donación absoluta de toda su persona, y se negó a abandonar el templo sagrado, manantial de eterna vida, y pasó el resto de sus días, consagrado en él al servicio de Dios y San Isidoro, y al morir fué enterrado en el claustro, donde todavía alcanzó a ver su sepulcro el erudito y piadoso Tudense.

Los fieles que se hallaban en el templo dieron infinitas gracias a Dios y a San Isidoro por tamañas mercedes y prodigios como tenían la dicha de presenciar, y como las aguas no cesaban de brotar, alegres y cristalinas, la noticia se corrió, rápida, por toda la ciudad y sus arrabales, y luego se extendió a los pueblos del contorno y a los más distantes, y las gentes corrían en tropel a presenciar el milagro, que duró ocho días continuos, sin que las aguas mermaran; antes cada hora se acrecentaban y manaban más, y examinados los chorros vieron que brotaban, no de las junturas, sino del mismo centro y entrañas de las piedras. Entre los curiosos había muchos enfermos de diversas enfermedades, y unos bebían las aguas, otros se lavaban con ellas, y todos recobraron, al punto, la salud. Pasados ocho días, las aguas cesaron de manar, pero no cesaron la gratitud y acciones de gracias de los leoneses que, llenos de amor y reconocimiento, entonarían el Salmo de David: «Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Porque sació el alma sedienta: colmó de bienes al alma hambrienta. A los que clamaron al Señor, viéndose atribulados, librólos de sus angustias y les sacó de las tinieblas y sombras de la muerte, y rompió sus cadenas».

Entre los curiosos que acudieron a contemplar el milagro precedente, había muchos moros y judíos, los cuales salieron tan infieles del templo como habían entrado, no de otro modo que sus padres admiraron los milagros de Cristo y de los Apóstoles y no creyeron en las verdades que oían; y hasta en la Cruz le señalaban las condiciones en que le creerían hijo de Dios: «Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él»; y vieron señales todavía mayores, como la de rasgarse el velo del templo, abrirse los sepulcros, conmovirse los elementos, resucitar el mismo que crucificaron en la cruz, y sin embargo no creyeron. ¡Ciegos, y guías de ciegos!; ignoraban que la fe no es hija de la prudencia ni de la industria humana; que es un don gratuito de la bondad de Dios, y que sólo brota esta hermosa flor en los corazones dóciles y amantes de la humildad, pues los soberbios verán los mayores prodigios, se les impondrán los motivos de credibilidad, conocerán, como los fariseos, las verdades de la Religión cristiana, y como éstos tendrán ciencia de las verdades y de los milagros y, lejos de creer, dirán: «¿Qué hacemos, porque este hombre obra muchos milagros?»

Uno de estos judíos, de los más obstinados, que había entre los muchos que habitaban el reino de León, por los días en que acaeció el prodigio de las aguas ante el altar de San Isidoro, cometió una cierta falta, muy odiosa a los ojos del Rey Alfonso VI, y temiendo, con mucho fundamento, que el monarca hiciera en él un escarmiento, sólo se le ocurrió el expediente de acogerse al templo de San Isidoro para poner en cobro su persona, porque llegó a «saber que el dicho Rey D. Alfonso había escogido por su especial Patrono y abogado a San Isidoro, y todos los juramentos que hacia los confirmaba y juraba por el nombre de San Isidoro».

Como los cristianos vieran aquel judío, procaz cual ninguno en la profesión del judaismo y odio a la doctri-

na de Jesucristo, acogerse despavorido a implorar la protección de San Isidoro, iban a verle al templo y le encontraban deshecho en lágrimas, embargado de temor y espanto ante el peligro de perder la vida y sus grandes tesoros, y suplicando con insistencia a San Isidoro que le socorriese, y sin prestar atención a nada de cuanto acontecía a su alrededor.

Hallándose así el judío, abstraído en sus plegarias, entraron cuatro hombres por la puerta del templo, conduciendo en un lecho un enfermo paralítico y tullido de todos sus miembros, «y les tenía tan secos, que casi ninguna sangre y espíritu había en ellos, ni otra cosa salvo la piel y los huesos; y estaba todo encogido y tenía los pies pegados a las manos, tanto que apenas se le podían por fuerza despegar, y si alguno, con grande fuerza se los daspegaba un poco, luego se le tornaban a juntar, y hacía muchos años que estaba, así tullido, en la cama, de manera que nunca se podía volver ni menear en ella, salvo si alguno por piedad, que tuviese de él, quisiera volverle en la cama».

Colocado el lecho en el templo, a la vista del altar sagrado y cuerpo santo del bendito San Isidoro, con el fin de que le alcanzase el remedio de esta tan insoportable dolencia, llegó a verle el judío refugiado, y pasmado ante tan trágico cuadro y espeluznante padecimiento, dijo a los circunstantes: «Si Isidro cura este enfermo con sus oraciones, yo recibiré el agua del bautismo y daré muchos dones a esta iglesia», lo cual movió a todos para que pidiesen con más ahinco y fervor la curación del tullido, acompañada de la conversión de aquel presuntuoso que ponía condiciones para abrazar la gracia de la doctrina evangélica y abjurar el error del judaismo.

En Jerusalén había una piscina, o estanque, llamada, según el Evangelista San Juan, Betsaida, con cinco pórticos, y «en ellos una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de

las aguas, pues un Ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina, y se agitaba el agua, y el primero que entraba en la piscina, después de agitarse el agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese»; en León no tuvieron nada que envidiar a los de Jerusalén, pues la probática piscina de San Isidoro daba la salud, cuando el bendito Patrono lo resolvía, no a uno sino a millares al mismo tiempo, y, como en Jerusalén, veremos continuamente, aún en el siglo xiii, la muchedumbre de enfermos, noche y día, ante el ara sagrada, demandando el remedio de sus cuifas, y realizándose prodigios singulares de extraña resonancia entre el pueblo; este culto perenne, ante el Arca de los sagrados restos de San Isidoro, es cosa tan extraordinaria que no se conocía en ninguna otra iglesia de León, y se presta a importantes consideraciones.

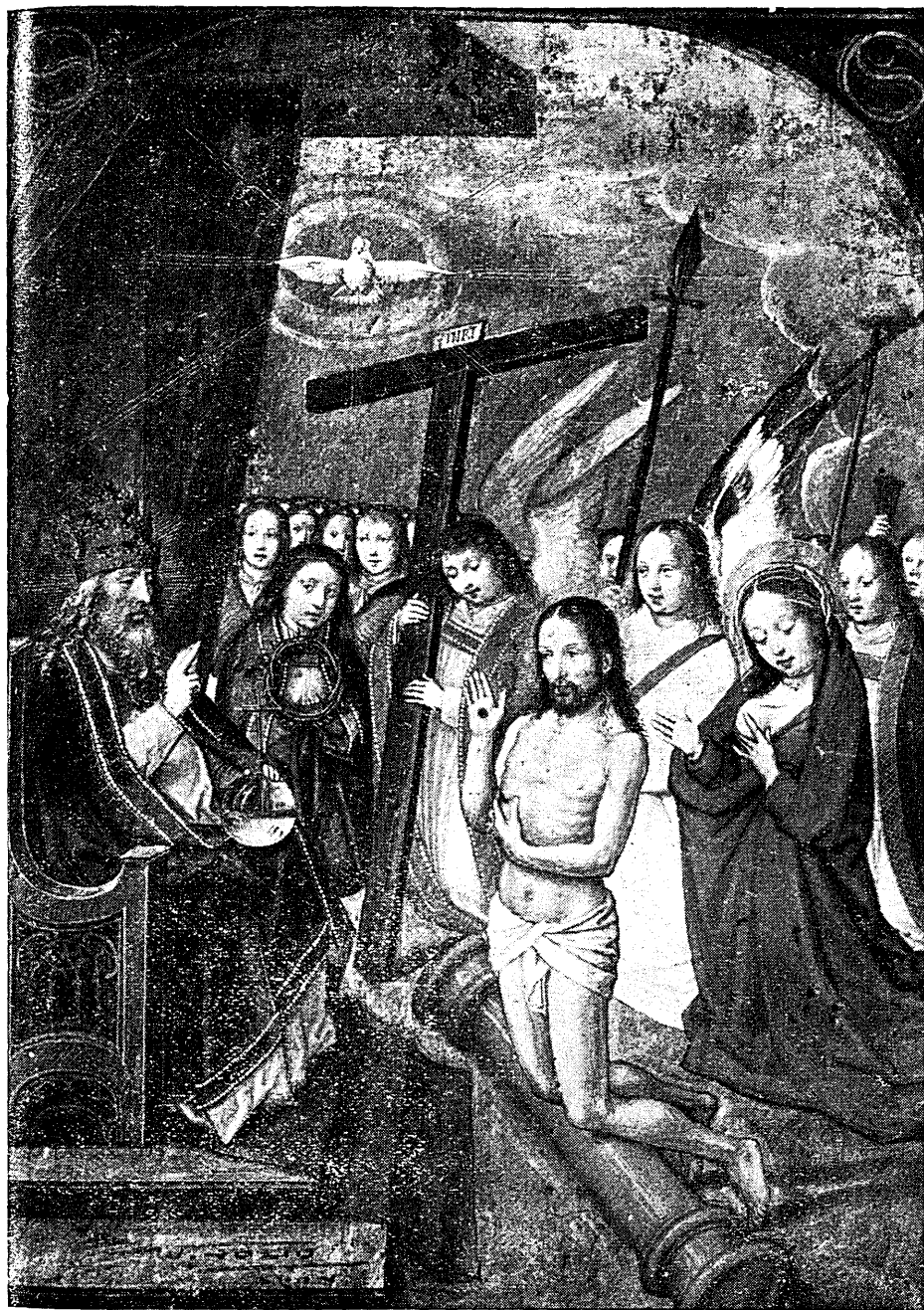
Llegada la noche del día en que el hombre tullido fué introducido en San Isidoro, la mayor parte de los que la pasaban en el templo se quedaron medio dormidos, o dormidos del todo, y era ya pasada más de la mitad, cuando unas grandes voces que empezó a dar el enfermo les despertaron a todos y obligaron a acercársele y preguntar qué le ocurría, para levantar aquel alboroto. A lo cual el enfermo, asombrado de que ellos no vieran nada, les contestó con aplomo: «¿No veis, por ventura, a mi señor San Isidoro que sana mis piernas, y me da remedio para mi enfermedad?» Los circunstantes no salían de su asombro, porque nada veían; mas escuchando luego atentamente percibieron un ruido que hacían los nervios y venas del enfermo, semejante al de la leña seca cuando se quiebra. Esto les hizo comprender que algo sobrenatural se estaba allí realizando, y, en efecto, antes de amanecer, el enfermo se tiró del lecho completamente curado, y pudiendo exclamar con el Real Profeta: «Oh, Dios mío, ¡quién como tú! ¡Cuántas y cuán acerbas tribulaciones me has hecho probar! Y vuelto a

mí, me has hecho revivir... y me consolaste!» Deshecho en lágrimas de ternura y agradecimiento, corrió ligero al altar de su bendito médico y en el paroxismo de la alegría besaba sus piedras, las abrazaba, cantaba llorando y riendo al mismo tiempo, exhalaba suspiros, hacía todos los votos que se le venían a la imaginación, y todas las voces del incipiente romance leonés eran pocas para que pudiera desocupar el oprimido corazón, y loar la excelencia y dulce bondad del bendito San Isidoro, que de tan singular manera le había devuelto la salud. Los loores y acciones de gracias fueron asimismo entonados por cuantos festigos presenciaron el prodigio, que loaban a Dios y no cesaban de invocar y encomendarse al bendito San Isidoro.

Por lo que hace al tullido no halló medio más expresivo de manifestar su reconocimiento por la merced recibida, que quedarse al servicio del templo, donde encontró la dicha y la salud, por todos los días de su vida, como en efecto lo hizo. «¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de las virtudes! ¡Mi alma suspira y desfallece de amor en los atrios del Señor!»

Esta curación milagrosa hizo tal impresión en el ánimo del judío, que, sin hablar palabra, se salió del templo, depuesto de todo temor a la cólera del Rey, y llegando a su casa anunció el nombre de Dios con tal entusiasmo a sus familiares, que a poco volvió al templo, y apropiándose la triunfal profecía: «Mi alma vivirá para él, y a él servirá mi descendencia», pidió que a todos ellos les administrasen el santo Bautismo, que recibieron con edificante fervor.

La docilidad de corazón de este judío le mereció la gracia de su conversión, la cual fué tan sincera que le convirtió en un nuevo Santo; dedicado a predicar a Jesucristo por todas las Sinagogas del reino de León convirtió a muchos de sus hermanos a la fe católica, y hasta el fin de su vida perseveró como un Apóstol, sirviendo a Dios «con ayunos, oraciones y limosnas».



Pintura en vitela de pergamino, siglo xv.

Advertimos lo singular del Bautismo del judío y su familia, que debieron haber recibido en la Catedral o Baptisterio Episcopal, si es que no le administraban ya las parroquias en León, pero nunca en la Capilla Real de San Isidoro, y no se diga que fué por lo extraordinario del caso, porque el Tudense lo expone con la naturalidad propia que lo haría si tal iglesia fuera exclusivamente consagrada a ese alto fin.

* * *

Hemos visto hasta ahora la misericordia de San Isidoro y los prodigios obrados a favor de los pecadores que a él acudieron cuando tenían cerradas todas las puertas para su remedio en este mundo, pero en el siguiente milagro nos va a sorprender saliendo él mismo al encuentro del necesitado, mucho más simpático por ostentar la aureola de la inocencia.

Había en la ciudad de Astorga un mercader muy caritativo, el cual había recogido en la infancia un niño, huérfano de padre y madre, y además con la desgracia de ser sordo-mudo de nacimiento; le crió con la tierna solicitud de un padre, y cuando ya era mocito se le ocurrió traerle en su compañía a León, en un viaje que hizo con motivo de celebrarse unas ferias. Llegados a León, el mercader salió a sus negocios, dejando el chico en la posada, bien ajeno de lo que iba a ocurrir; el muchacho que se vió solo, no sabiendo cómo gastar el tiempo, se salió por las calles vagando a la ventura, y embobado con la afluencia de tanta gente, y tanta maravilla como se ofrecía a sus ojos; discurriendo de calle en calle, vino a parar ante las puertas de la iglesia de San Isidoro, y como no tenía otra cosa mejor que hacer, se adentró por el templo y no paró hasta llegar al altar mayor, sin ponerse nada por delante a su inocencia de niño.

«Dejad venir a los niños, y no se lo vedéis; porque de tales como éstos es el reino de los cielos», decía el dul-

císimo Jesús a sus discípulos, que, con ásperas palabras, se oponían a que molestaran a su Maestro con la presencia de los niños: el inocente jovencito de Astorga no necesitó defensa tanpreciada porque no halló a nadie que le estorbara el paso, y así pudo llegar al altar y ser agasajado en la medida que merecía su sencillez; con encantadora naturalidad vió que del altar salía hacia él un señor, de aspecto majestuoso, revestido con ornamentos pontificales y báculo episcopal en la mano, quien, sonriente, afable, cariñoso, con ademán suave y voz llena de ternuras, se acercó al extático muchacho y le sacó la lengua, diciéndole estas palabras: «Las ligaduras de tu lengua están ya sueltas, y tú quedas sano; da gloria a Dios». Dichas estas palabras se desvaneció la visión y ya no la volvió a ver más.

El milagro no sólo devolvió al muchacho el uso de la palabra, o mejor le concedió lo que nunca había tenido, sino que además se vió pronto en posesión del idioma que hablaban sus conciudadanos, y con el oído abierto y expedito, como si jamás hubiera tenido el menor impedimento; la gracia del Espíritu Santo se derramó sobre su alma y le enseñó como a los Apóstoles en el día de Pentecostés, aunque si bien le enseñó la lengua de su patria, no le dió ciencia alguna de otras cosas, como iremos viendo.

¡Qué ejemplo para la juventud es este milagro, y cómo podrían encomendarse a este bendito Doctor, que se pasó la vida adoctrinando a los jóvenes, en la seguridad de ser favorecidas, cuando, aun sin pedírselo, remedia al que se presenta ante su altar, sin más recomendación que la aureola de candor y de inocencia! En especial, la juventud estudiosa, si se acercase a él no tendría que molestarse grandemente para conseguir sus favores milagrosos, y la ocurriría lo que el Espíritu Santo aplica a la Sabiduría: «Se anticipa a aquellos que la codician, poniéndoselos delante, ella misma. Quien madruga en

busca de ella, no tendrá que fatigarse; pues la hallará esperándola a sus mismas puertas».

Con el corazón henchido de venturas y felicidad, salió el joven del templo, abrasado en deseos de corresponder a tan gran merced y milagroso favor como le había dispensado el bendito San Isidoro, bien penetrado del alcance e importancia del don recibido, aunque como desconocía la ciudad, y por otra parte carecía de dinero, no sabía qué cosa comprar, ni con qué lo iba a hacer; ir a la posada tampoco le fué posible, porque ignoraba el sitio y nombre de la calle, y así, vagando de nuevo, llegó a la Plaza Mayor de la ciudad, siempre acariciando en su alma la imagen benditísima de su celestial protector; allí vió, entre otros, un hombre que vendía cera, y al instante corrió hacia él, pidiéndole cierta cantidad para hacer cirios con que alumbrar el altar de San Isidoro, y como no tenía dinero, se despojó del capote que llevaba puesto y se lo entregó al cerero a cambio de la cera.

Hallándose en esta piadosa operación, acertaron a pasar por allí dos criados de un mayordomo del Rey, a quienes extrañó la singular moneda que ofrecía por la cera el jovencito, y asaltándoles la imaginación de que sería el capote robado, se acercaron al grupo e inquirieron del muchacho su nombre y patria, el cual no supo qué responder, porque, por haber sido sordomudo jamás habían llegado a conocimiento suyo tales nombres, permitiendo Dios esta ignorancia a fin de que resplandeciera mejor su maravillosa providencia, pero les explicaba el milagro que con él había obrado San Isidoro, y que quería comprar la cera para mostrarse reconocido a tan insigne beneficio; creyeron los de la justicia que se trataba de un pícaro, ladrón de aquel capote, y así, no prestando fe a su relación milagrosa, le prendieron y encerraron en la cárcel hasta que se esclareciera aquello, pues al joven le perjudicaba mucho el no saber su nombre ni el lugar de su residencia.

El mercader, amo del jovencito, volvió a la posada, y no hallando a su ahijado, salió a buscarle por las calles de la ciudad, hasta llegar en su correría a la dicha plaza, donde, por las señas que daba del vestido y disposición del muchacho, le advirtieron que acaso fuera uno que acababan de conducir a la cárcel. Acudió al punto a la prisión, y el carcelero le introdujo en el calabozo del mozo, que así como vió entrar al mercader, comenzó a dar grandes voces: «Padre, socórreme, padre, socórreme»; al oír estas voces salió el mercader del calabozo diciendo que no era aquel el joven que buscaba, porque hablaba y el suyo era mudo de nacimiento; con la oscuridad no había podido examinar las facciones del muchacho, que al ver que salía su señor, dejándole abandonado, redobló sus clamores, y le llamaba diciendo: «Padre, haber merced de mí; padre, haber merced de mí», y como el mozo había contado a los carceleros la manera como San Isidoro le había curado, éstos obligaron al mercader a entrar de nuevo en el calabozo, aunque él mucho lo resistía, repitiendo: «El mozo que yo busco, mudo era».

Tornando a entrar en el calabozo, examinó al muchacho con suma diligencia, y de la disposición del semblante y forma de los vestidos, vino en conocimiento de que aquel era su mozo mudo, aunque el prodigio que experimentaba oyéndole hablar le tenía suspenso y no acababa de desechar sus dudas, y preguntaba al pequeño se lo contara todo, y así como éste hizo puntual referencia de cuanto le había acaecido, el mercader le abrazó paternalmente, y sacándole de la prisión le conducía por todas las calles de la ciudad, y a todos refería el milagro, y no se cansaba de dar gracias a Dios y bendecir al dulcísimo San Isidoro.

Vino a conocimiento del Obispo de León, llamado D. Cipriano, quien ordenó hacer una solemnísimá procesión, en acción de gracias por esta merced, y acompa-

ñado de sus canónigos vino a la iglesia de San Isidoro, entonando himnos y salmos, mientras tocaban alegremente las campanas de todas las iglesias; y los vecinos de toda la ciudad y sus arrabales también corrieron, a porfía, a la dicha iglesia de San Isidoro, y «con cánticos muy dulces», alababan la clemencia de Dios, y ensalzaban la bondad de San Isidoro.

Habían concurrido también a la feria muchos moros y judíos, y no pudiendo negar el milagro, loábalo mucho y encarecían el gran poder de San Isidoro, lo cual era de tanto gozo y honra a los cristianos, como de confusión a los judíos, que ya no podían repetir aquellas palabras del salmo: «No vimos los milagros de siempre, tan frecuentes entre nosotros; ya no existe ningún profeta, y el Señor no nos reconocerá ya», porque en León tenían a San Isidoro que no cesaba de renovar las antiguas maravillas y predecía lo futuro.

* * *

La ternura paternal con que San Isidoro velaba por los intereses del reino, puesto bajo su amparo y salvaguardia se manifiesta en el siguiente prodigio: Continuando Alfonso VI la obra de la Reconquista nacional, objeto primordial de todos los monarcas medievales, llegó a probar la aventura más resonante de su reinado y la que le dió renombre; nos referimos a la conquista de Toledo.

Ciudad fortísima, en aquellos tiempos era tenida por inexpugnable, así que un guerrero tan experto como el Rey de León no cometió la imprudencia de atacarla a viva fuerza, y forzar las murallas con sus máquinas de asalto, limitándose a talar los campos y tomar las ciudades que formaban sus dominios, y cuando vió que ya había llegado la ocasión, puso a Toledo un cerco en toda regla, dejándola aislada del mundo, y destrozando un ejército que el Rey de Badajoz había enviado en de-

fensa de los sitiados. A pesar del valor de los leoneses y castellanos, la porfiada defensa de la plaza por los moros hacía que pasaran los años y no se viera ondear el pendón de los cristianos en las almenas de la antigua capital de los visigodos, la ciudad inmortal de los Concilios, lo que unido a las epidemias, que con la proximidad del verano empezaron a desarrollarse en el campamento de los cristianos, hizo cundir el desaliento en las filas de los sitiadores, juzgando imposible la empresa de tomar Toledo, y el mismo Alfonso VI empezó las operaciones preliminares para levantar el sitio puesto a Toledo.

Donde terminan los recursos de la prudencia humana, empiezan las maravillas de la omnipotencia divina; era Obispo de León, en semejante coyuntura, el piadoso D. Cipriano, mencionado en el milagro del sordomudo, de quien dice D. Lucas de Túy «era varón muy reverendo, prudente, piadoso y anciano, y siempre se ejercitaba en buenas obras con gran devoción, y especialmente era muy devoto y servidor del bienaventurado San Isidoro; era ya el dicho Obispo tan viejo que deseaba pasar de este siglo, y ser con Cristo en la gloria, como el apóstol San Pablo». El día que vino con sus canónigos en procesión a San Isidoro para dar gracias a Dios por el milagro en que se vió curado el jovencito sordomudo, puesto en la presencia de Dios una de las cosas que con más ahinco y devoción pidió al bendito San Isidoro, fué que le alcanzara el perdón de sus pecados, y, por sus merecimientos, obtuviera de Dios le sacara luego de los trabajos y miserias de esta vida perezcedera y le llevara a gozar la otra que no tiene fin.

La eficacia de su oración se la manifestó San Isidoro aquella misma noche, «apareciéndosele, muy hermoso, vestido de su palio Pontifical, cercado de muchas compañías de ángeles, y con gesto muy alegre y con palabras muy suaves, le habló así: Alégrate, hermano Ci-

priano, que yo presenté tus oraciones delante del Señor, y alcancé de su divina Majestad que pasado un mes seas descargado de tu viaje y humana carne, y te vengas y goces con nosotros en la gloria eterna; y dígoté más: que luego, al punto despaches un correo mensajero al Rey D. Alfonso, y que vaya a gran prisa y le diga de mi parte que, pasados quince días, le dará Nuestro Señor en su poder la ciudad de Toledo, la más noble de las ciudades de España; y que yo le certifico que estaré allí presente, y lanzaré los moros de la dicha ciudad y la restituiré a los cristianos para que sirvan a Dios en ella, y después nunca será tornada en las manos de los moros. En ella será cantado cántigo de alegría a Nuestro Señor Jesucristo, y la Virgen María, Madre de Dios, en ella será glorificada y loada; y porque mejor lo creas te doy esta señal, que hoy a la hora de la tercia vendrá a tí un mancebo de tu casa y te dirá que el Rey D. Alfonso se alza del cerco que tiene asentado en Toledo; por eso despacha luego al mensajero, y que vaya a gran prisa, y así como te lo he dicho, se lo harás saber de mi parte, porque se alegrará mucho en oyéndole, y esta es la voluntad de Dios. Cuando vieres que salen ciertas estas señales que te he dicho, esfuérzate en Dios y estate convencido del premio y remuneración perdurable; tú, en verdad, fuiste devoto de mi alabanza, y yo cantaré tus alabanzas en el acatamiento de Dios y de los Santos. Dichas estas palabras desapareció el Santo de Dios, y el Obispo D. Cipriano quedó muy gozoso de tan gran revelación, y estaba esperando la señal de la hora de tercia para cumplir lo que San Isidoro le había mandado».

Llegada la dicha hora de tercia, vino, efectivamente, un mancebo, familiar suyo, favorito para el que no tenía secretos, el cual había estado en el campamento cristiano, que sitiaba a Toledo y allí había oído cómo el Rey estaba determinado a levantar el cerco y venirse para León con sus tropas. Como el Obispo oyó esto no le

quedó ya duda de que su revelación era un dichoso favor del cielo y dulce realidad; y así se apresuró a enviar un arcediano de su iglesia, bien informado de la visión y encargo de San Isidoro, para que se entrevistara con el Rey D. Alfonso y le comunicara las órdenes del bendito Patrono del reino de León; se apresuró el arcediano a cumplir con su embajada, y puesto en la presencia del Rey Alfonso le hizo saber el encargo del Obispo, quien no puso la menor duda en la realidad de la revelación, y reuniendo sus tropas, que ya empezaban a desbandarse, dió nuevo impulso a las faenas del sitio, y combatió la plaza con los nuevos ímpetus que a todos infundió la certeza de tomarla a plazo fijo y brevísimo; los sitiados, que estaban ya exhaustos, sin víveres, muertos de hambre y sed, agotados por las enfermedades, divididos entre sí por pertenecer a razas diversas, musulmanes interesados en defender la plaza, mozárabes que suspiraban por verla ocupada por sus hermanos los sitiadores, y judíos, que, cansados de la tiranía mahometana, veían con buenos ojos un cambio de Señor para ver si mejoraba su suerte, impusieron al Rey moro la necesidad de entablar negociaciones con el leonés, quien, seguro ya del triunfo, rechazó todas las proposiciones, no aceptando tratado alguno cuya base primera no fuera la entrega de la inexpugnable Toledo; Convencido el moro de que ésta era ya una necesidad inevitable, pues el pueblo amotinado ponía en peligro su misma vida y corona, abrió las puertas a los cristianos, que ocuparon la antigua corte de España el día 25 de mayo de 1085, acompañando en su entrada triunfal al Rey de León, su esposa la Reina D.^a Constanza, y sus hermanas, las Infantas D.^a Urraca y D.^a Elvira, y todos los Condes y mesnaderos del ejército; ese día glorioso fué el mismo que San Isidoro había anunciado al Obispo D. Cipriano.

Las crónicas árabes cuentan que un famoso santón, llamado Abu-Walid, profetizó con esta ocasión la ruina del islamismo en Andalucía, lo que prueba, no sólo el espíritu religioso que animaba a las dos razas combatientes, ambas, con los ojos y el corazón, prontas a avizorar los misterios del porvenir en el espejo de las revelaciones divinas, sino la verdad más extraña, de que al convenir moros y cristianos en el fondo de sus profecías, queda demostrado que no siempre los ministros del demonio vaticinan conforme a sus deseos, ni llevados del espíritu del error y la mentira, pues a veces, como le sucedió a Balaán, se ven forzados a obrar y profetizar contra los deseos de su voluntad, e iluminados por divinas revelaciones, conforme a la doctrina del Doctor Angélico, Alápidé, Wouters, etc.

«Como el dicho Obispo D. Cipriano vió salir ciertas todas las señales que San Isidoro le había manifestado, y que, conforme a ellas, ya se aproximaba el fin de sus días. perseverando en ayunos, oraciones, limosnas y todas las buenas obras, teniendo el óleo de la misericordia en el vaso de su corazón, y bien llena y aparejada su lámpara de caridad, estaba gozoso esperando al Señor cuando viniese de las bodas y llamase a la puerta, y aparejado para abrirle con mucho placer. Así, después de haber recibido el santísimo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, encomendando a Dios la compañía de los fieles cristianos que allí estaban presentes y gemían y lloraban sin consuelo por la muerte de su buen Pastor y Padre, que ya veían cercana, dándoles a todos su bendición, en el mismo día que le había dicho San Isidoro, estando en oración, dió el espíritu a su Creador.»

¡Oh, cuán preciosa muerte la muerte de los justos! Bien dice el libro de la Sabiduría: «Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará a ellos el tormento de la muerte. A los ojos de los necios pareció que

morían y su salida de este mundo se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, a la verdad, reposan en paz. Juzgarán a las naciones y señorearán los pueblos; y el Señor reinará con ellos eternamente».

¿Cómo correspondió Alfonso VI al gran favor de San Isidoro, dándole a ganar la importantísima plaza de Toledo?

A su vuelta a León es de creer que donaría al Santo Patrono parte del botín copiosísimo cogido al enemigo, y que le haría presente el profundo reconocimiento de su corazón, con las demás demostraciones que son de imaginar y no han llegado a nosotros; lo que sí se conserva todavía es un privilegio del ya Emperador Alfonso VI, dado el año 1094, y en el que cristaliza toda la devoción y ternura hacia San Isidoro, que embargaba su alma. Se titula en él «Emperador constituido sobre todas las naciones de España» y hace donación «al altar sagrado de San Juan Bautista y de San Isidoro, de la ciudad de León, de cierto Monasterio llamado de Santa Marina, juntamente con cuanto le pertenecía: villas e iglesias, heredades, posesiones y pertenencias».

La gran importancia de este Monasterio se desprende de sus cuantiosas riquezas, enumeradas en el privilegio por este orden: En el valle de Aller—Asturias—el Monasterio de Ellenes, con cuanto le pertenecía, villas, iglesias, pertenencias, etc.; en Argüellos, los lugares de Fontún, Ventosilla, San Pedro, Villanueva, Villamanín y La Vid; En Torío, Espinosa y Orzonaga; en el Pára, mo, la iglesia de Bercianos con la heredad de Santa Marina; todo cuanto pertenecía a Santa Marina en Villagallegos, Velasco, Villajuán y Morones. y además, de la iglesia llamada de Santa María, la mitad; en término de Coyanza (?) la mitad de la villa de Valdemora y toda la iglesia del Salvador; la iglesia de San Miguel de Castilfalé con todas sus pertenencias; los lugares de Comon-

tes—«condamontes»—Perales, Oteruelo y Gordoncillo, enteramente; en Orbigo la villa de Torres, Valdonados, Santiellos, Navianos, la tercera parte de Quintana del Marco, Ginestacio, la dehesa de la Nora, la tercera parte de Mestajos, la tercera parte del Villar y la tercera parte de San Pedro de Bezana, y «Alija *Curtus*» del todo; en Campos, cerca de Rioseco la Villa del Tejar, Sobradillo, Morales, Villabrágima y Villa Gonzalo.

Continúa el privilegio: «Todas estas posesiones que se nombran y otras que tenga, o se pruebe haber tenido el mencionado Monasterio de Santa Marina, las doy y concedo de mi espontánea y libre voluntad al dicho Altar sagrado juntamente con los fueros antiguos que gozan las dichas villas y lugares. Se halla situado el Monasterio de Santa Marina dentro del muro de León, no lejos, sin embargo, de la misma basílica de San Isidoro. Cuyo Monasterio con todas sus heredades y posesiones, como le gozó Sol Rodrigo, por derecho propio, y luego le cedió por escritura firme a mi padre y madre, y luego yo le he gozado hasta ahora, heredado de mi padre; del mismo modo le ofrezco al sagrado Altar de San Juan Bautista y San Isidoro, cuyas reliquias de ambos se guardan en esta presente iglesia».

Siguen las maldiciones contra los que osen violar esta donación, aunque sean de la Real Familia, y además impone, al que intente poner pleito, una multa de cien libras de oro. «In Legione XVI Kal. februarii... concurrente Era I. C. XXXII.» Alguno, quiso adelantar la fecha de esta donación, y raspó una X de la Era en dos escrituras que se conservan—una gótica y otra de letra francesa—pero se conoce bien el raspado y restos de lo borrado en la una, y en la otra se ve bien, al trasluz, toda la X raspada.

El Monasterio de Santa Marina, convertido en parroquia, se hallaba tan ruinosa su iglesia el año 1767, año de la expulsión de los jesuitas que el Obispo de León ob-

tuvo del Consejo trasladar a la abandonada iglesia de la Compañía el culto parroquial, lo que se realizó el 30 de mayo de 1770, cerrándose definitivamente la románica, anterior a Fernando I, y ocupándose la de los Padres jesuitas, que continúa sirviendo al culto parroquial.

Aún supera mucho a la anterior, con ser tan magnífica, otra donación del mismo Alfonso VI a San Isidoro de León, la que se conserva original, y en virtud de la cual, además de confirmarle las posesiones que ya disfrutaba, le da, además, estas posesiones: «En el territorio de León, el castillo de Cervera, íntegramente, con todo su señorío, del modo que está limitado, conforme a sus términos antiguos».

Para comprender todo el alcance encerrado en esta cláusula del privilegio, advertimos que el castillo de Vega de Cervera—distante unas cinco leguas de León—tenía el señorío con jurisdicción civil y criminal sobre los Concejos de diez y siete lugares, que ocupan una zona de cinco leguas en largo, y cuyo señorío gozó, desde el tiempo de su donación hasta el siglo XIX, el superior del clero de San Isidoro, Abad o Prior, llevando anejo el tal señorío el nombramiento de jueces propios, con exclusión de los Merinos reales u otra clase cualquiera de ministros de justicia, y así mismo la provisión de iglesias, cobro de rentas, fueros, etc. Los pueblos que formaban el Concejo del Valle de Cervera eran Vega, Villalfeide, Sorilla, Matallana, Valle, Coladilla, La Vid y Ciñera, Fermín y Valporquero, Villasimpliz, Orzonaga, Palazuelo, Robles, La Valcueva, Pardavé, Pabrado, Valdesalinas y Llarices despoblados.

Además del castillo de Cervera con su señorío, dona Alfonso VI en el mismo privilegio: en León, la plaza de San Miguel, próxima a la iglesia del mismo San Isidoro, el lugar de Valdefresno, con todas sus ganancias y heredades; da también «pausata de Cela», con cuanto tenía, completamente; la iglesia del Salvador de Monzón

con todas sus heredades, íntegramente; en los Oteros del Rey, la Villa de San Julián con todos sus términos; en la Rivera del Esla, Villafiloria, íntegramente; en Campos, la Villa de Pozuelo, íntegramente, y Villabrín y sus barrios, y cuanto la pertenece, a excepción de *medietate sci iacobi*; en el Valle de Vedriales, la mitad de la villa de Orresinos, que había pertenecido a su hermana la Infanta D.^a Elvira; en «Arudoy», Santa María de Villa Ferrocintos, que también había pertenecido a la Infanta D.^a Elvira; en Asturias, la iglesia de San Salvador de Deva, con todas sus pertenencias, y la ermita de San Cipriano *De illa insula, similiter*; la iglesia de San Nicolás de «Lamas» con todas sus pertenencias.

Termina este privilegio con la siguiente cláusula: «Y porque esto que yo hago, no pudo hacerlo mi hermana D.^a Urraca, sorprendida por la muerte, lo hago yo ahora para remedio de mi alma y de la suya, y para que los fieles, a quienes con esta donación alimento en este mundo, rueguen por mí día y noche, y así pueda acompañar en el cielo al bienaventurado confesor Isidoro...»

Confirman con el Emperador, su esposa, el Conde de Galicia, D. Ramón, yerno del Emperador; D.^a Urraca, hija del Emperador y esposa del Conde de Galicia; el Infante D. Sancho, hijo del Emperador; Bernardo, Arzobispo de Toledo *et rome legatus*; Pedro, Obispo de León, con esta cláusula: *Quod vidi et consiliatus sum, confirmo*; Pelayo, Obispo de Oviedo; Pelayo, Obispo de Astorga; Ramón, Obispo de Palencia; los Condes, el Escudero del Rey; los Merinos y otros nobles y testigos Era I. C. X; I. (año 1103), *II nonas madii*, sin especificar el lugar donde se otorgó el privilegio.

La otra escritura de donación del Monasterio de Santa Marina la autoriza el Emperador solo de la familia Real, y los Obispos Bernardo de Toledo, Pedro de León, Martín de Oviedo y Ramón de Palencia; Condes, Escudero del Rey, Merinos, nobles, testigos, etc.

Por lo que hace a la viuda de Fernando I no hemos visto los privilegios que menciona el P. Manzano, sin especificar su contenido, los cuales también contendrían donaciones semejantes a las referidas; sólo nos consta de ella que pasó los días de su vida consagrada a Dios, y que perfeccionó la obra de la iglesia del bendito San Isidoro, siendo sepultada en la misma.

Sus hijas las Infantas Urraca y Elvira consagraron a Dios su virginidad, y vivieron abrasadas de amor al dulcísimo Patrono, que con sus padres y hermanos fueron a buscar a las riberas del Duero, acompañándole luego devotamente hasta León; de la primera dice el erudito Tudense, en los Milagros de San Isidoro: «La ilustrísima Infanta D.^a Urraca, porque en sus tribulaciones y fatigas que le acaecieron, encomendándose a San Isidoro, por experiencia, le halló muchas veces piadoso defensor y ayudador suyo, acordó ensanchar más la dicha iglesia de San Isidoro con excelentes obras de piedra, y la enriqueció gloriosamente con multitud y peso, casi inestimable, de oro, plata y piedras preciosas, y trayendo por fuera el hábito seglar y dentro el hábito religioso, despreció el ayuntamiento carnal del esposo perecedero y se allegó a Jesucristo que es el esposo verdadero y perpetuo. Así acabado con santas obras el tiempo de su vida fué sepultada muy honradamente con el Rey D. García, su hermano, y la infanta D.^a Elvira, su hermana, en la dicha iglesia de San Isidoro».

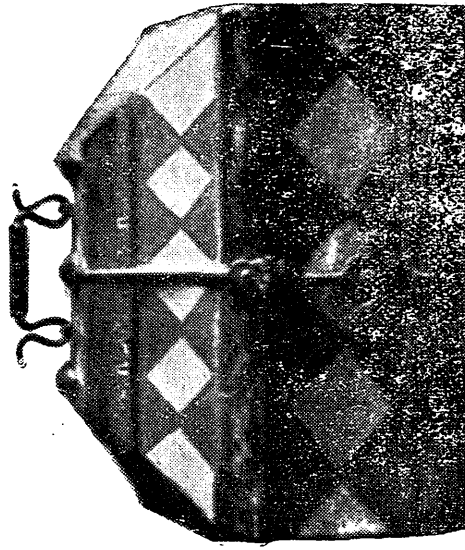
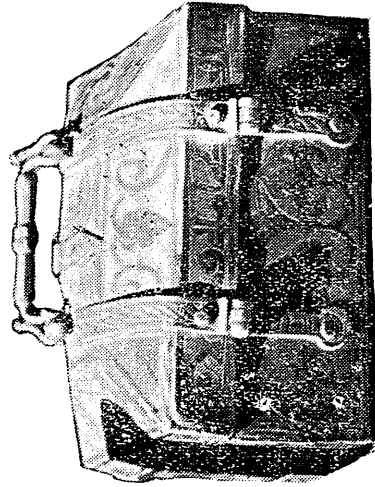
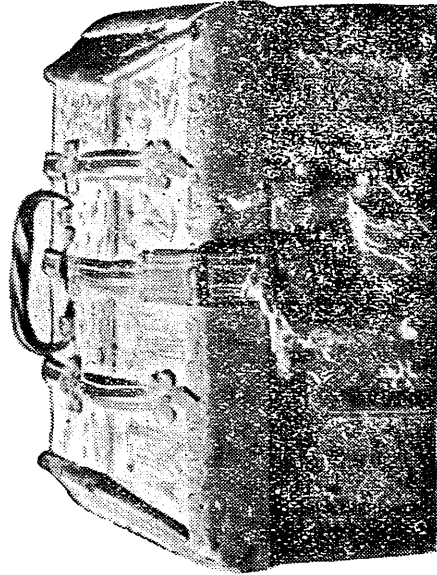
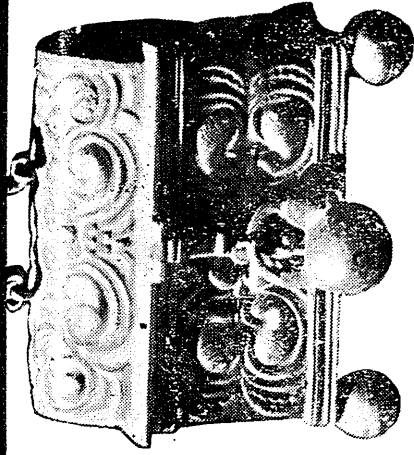
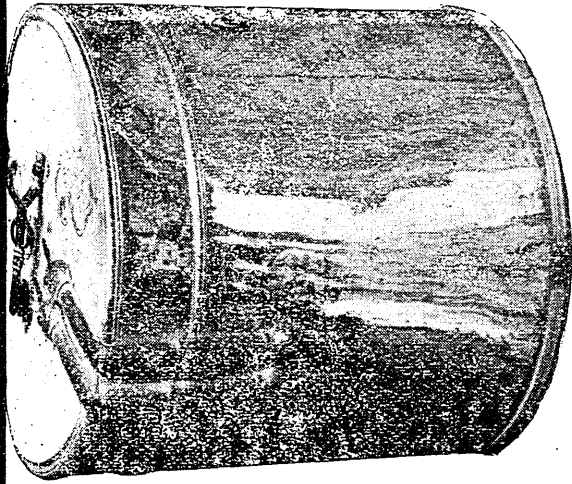
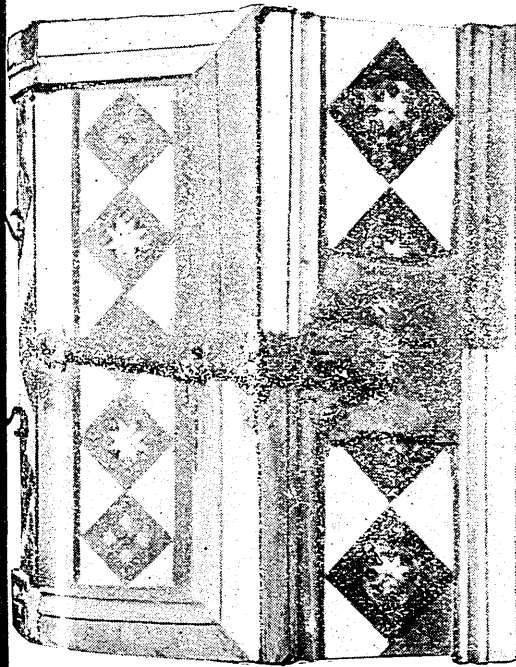
Ambrosio Morales—Viaje santo—dice del sepulcro de esta dichosa Infanta, tan favorecido por el glorioso San Isidoro: «La infanta D.^a Urraca intitúlase en su epitafio Reina de Zamora; su sepulcro es extrañamente rico; el arca de mármol blanco, muy excelente; la cubierta, en la que está el epitafio a la larga, es tumbada y de aquel pórvido morado, que dice en Sahagún: Así resplandece ahora, como si ayer le acabaran de pulir. Su letra es: Nobilis Urraca iacet hoc tumulo tumulata...»

El testamento autógrafo de la Infanta D.^a Elvira (año de 1098), precioso documento que se conserva original en San Isidoro, y se publicó por primera vez, y que dimos a conocer con amplios comentarios, y otros documentos desconocidos del siglo XI igualmente comentados, el año 1920, en la revista cultural «Anales del Instituto de León», contiene importantes mandas de villas, heredades y bienes muebles a favor de San Isidoro, que aquí omitimos por evitar prolijidad; y no eran sólo las personas de la familia Real quienes a porfía hacían donaciones a San Isidoro, como lo prueba un privilegio original de las dos dichas Infantas, perteneciente al mes de marzo de 1098, y en el que se trata del famoso Monasterio de San Pedro de los Huertos, por muchos tenido como la Catedral anterior a Ordoño II: allí consta que este Monasterio fué donado a San Isidoro por una noble dama, llamada D.^a Justa, tía del Conde D. Martín y de la Condesa D.^a Sancha, a los cuales cede D.^a Urraca el predicho Monasterio el año 1098 con los solares que tenía dentro del muro, pero sin tocar a los que poseía fuera del muro y a las demás posesiones, e indemnizando a San Isidoro por la cesión de los solares con el equivalente en otras posesiones.

* * *

Cuando el Señor iba a entrar en Jerusalén, rodeado de aquellas entusiastas aclamaciones, solemnizadas por la Iglesia el domingo de Ramos, al pararse cerca de la ciudad «lloró sobre ella diciendo: «¡Ah! si conocieses tú... Vendrán unos días sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán...» ¡Llora el dulcísimo Jesús, y llora sobre la ciudad prevaricadora, porque no se convierte de sus costumbres corrompidas, y ve ya fulgurar sobre ella el rayo de la justicia divina! Cuando el Salvador lloró por la muerte de Lázaro, los judíos que le vie-

ron se decían unos a otros: «¡Mirad cómo le amaba!», y ahora que le ven llorar sobre Jerusalén, que era lo mismo que llorar sobre ellos, sobre toda la nación judía, no se les ocurre exclamar: ¡Mirad cómo nos ama! Verdaderamente mucho amaba el Señor a Jerusalén, a la ciudad escogida para teatro de sus maravillas y trono de sus infinitas misericordias, a la ciudad que, olvidada de que todo cuanto valía era un favor de Dios, dió muerte a los profetas, enviados para salvarla, despreció al mismo Dios, que, bondadoso, pugnaba por acogerla bajo las alas de su providencia, como la gallina congrega a sus polluelos; y no se inmutó ante las lágrimas que el dulcísimo Jesús derramaba sobre ellos; lejos de eso, pocos días después, le dió muerte cruel y afrentosa en el patíbulo de la cruz; y aún en la cruz continuó amándola y dándola voces para que abriera los ojos, y no lo hizo a pesar de la conmoción de todos los elementos, de rasgarse el velo del templo, de temblar la tierra, de abrirse los sepulcros, de aparecerse los muertos, de partirse las piedras, de extenderse por todo el mundo aquellas tinieblas, que apagaron los luminares del cielo tres horas seguidas en la agonía del Salvador; y aún después de resucitar y subirse a los cielos ¡cuánto continuó amándola y esforzándose por apartar de ella la espada de la justicia divina! A ella descendió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego el día de Pentecostés, e infunde a los Apóstoles la ciencia de las Sagradas Escrituras, el conocimiento de todas las lenguas, y al mismo Espíritu Santo, que ven hacer tales maravillas, desprecian también, e insultan a los Apóstoles de Cristo, y luego, para acallar la voz de sus milagros, les azotan, les encarcelan y por último quitan la vida. Las lágrimas de Jesús, sus solícitos cuidados por la ciudad prevaricadora, fueron estériles, ¿qué extraño que al cabo viniera sobre ella el huracán purificador de la justicia inexorable de Dios? «El amor mío no está ya con vosotros», les había dicho



Preciosas arquitas árabes, siglo XI, destinadas a relicarios.

el profeta Malaquías, si os obstináis en ofender al Señor; y este mismo Señor anunció lo mismo a Salomón: «Arrojaré lejos de mí ese templo...»

Jerusalén, que tiene la dicha no aprovechada de ver caer sobre ella el rocío inestimable de las lágrimas de Jesús, es imagen de mi alma, del alma pecadora, ingrata a los beneficios innumerables de Dios, siempre dispuesto a cobijarla bajo sus alas, despreciadora de las penas que la amenazan, aturdida con las vanidades del mundo, y sin querer darse cuenta de que la gracia pasa a su lado, y que llegará la última de todas y finalmente tendrá que oír aterrada: «El amor mío no está ya contigo.» Ese templo de tu cuerpo, que tanto has regalado, ahora va a ser arrojado de mi presencia y sepultado entre gusanos, y esa alma, rebelde a mi doctrina, entregada cautiva a Satanás para que la atormente en los calabozos infernales.

¡Jerusalén, rociada con las lágrimas de Jesús, espejo de tantas enseñanzas para el cristiano, es el prototipo de León en la época que vamos recorriendo de la vida póstuma de San Isidoro! Estaba para morir Alfonso VI, y con él aquella generación que salió al encuentro del bendito Doctor de España a las márgenes del río Duero, cuando le traían de Sevilla para León, y que luego le condujo en una apoteosis triunfal hasta esta última ciudad, que, llena de reconocimiento le aclamó por Patrono de todo el Reino; las bendiciones del cielo se multiplicaron sobre los leoneses, por la intercesión de San Isidoro, que con justicia pudieron apropiarse y aplicarse el canto de alabanza de los judíos: «No hay nación que tenga Dioses tan cercanos a sí, como está próximo a nosotros nuestro Dios.» Pero esa generación se dejó arrollar por los ímpetus ardorosos de la nueva generación, muy amante de San Isidoro, pero con amor, más platónico y sentimental, que con el amor práctico, en consonancia con los preceptos de la Ley divina, que era el que el bendito Patrono reclamaba, en correspondencia a sus

beneficios y milagros; los esplendores de la doctrina y ejemplos que en su vida mortal dejó San Isidoro a los españoles, fueron los únicos que por el espacio de aquellos tres primeros siglos de la invasión musulmana, iluminaron a los españoles y les dieron la unidad de pensamiento y aspiraciones, a pesar de vivir en tan distintos medios y estados, conservándose puros de las lacras y podredumbre que corroían las entrañas de las sociedades europeas en aquella época, gracias al providencial aislamiento en que vivió España, olvidada entre sus mares y montañas del resto del mundo.

Mas en el último tercio del siglo XI ya se abrieron las puertas del país a los extranjeros y ocuparon el trono Real mujeres francesas; se dió el gobierno de las provincias y la mano de las hijas del Rey a Condes borgoñones; una plaga de caballeros extranjeros se alistó bajo los estandartes de León y Castilla; el capricho de las Reinas francesas importó en España la milicia de Cluni y la abolición del Oficio gótico, y con todos estos elementos el país se corrompió como lo estaba Europa, y se incubó un estado social repugnante, que se manifiesta, en toda su asquerosa desnudez, a la muerte de Alfonso VI, en los calamitosos tiempos en que empezó a reinar su hija D.^a Urraca.

¡Cuánto amaba San Isidoro a León! Para que no se perdiera, usó de todos los medios: la dió triunfos ruidosos como la toma de Toledo, y al año siguiente castigos ejemplares, como la apocalíptica matanza de Zalaca, aunque impidió que este desastre se convirtiera en un nuevo Guadalete, haciendo volver al Africa al terrible Iussul, el caudillo feroz de los almoravides; aún envió a León, desvanecida con sus triunfos y grandezas, corrompida por los extranjeros, otro azote espantable con la desastrosa derrota de Uclés, en la cual perdió la vida el Infante D. Sancho, hijo único de Alfonso VI y heredero del reino; pero la sociedad continuó deslizándose por la

pendiente que la llevaba al abismo, sorda a los avisos del cielo; de improviso aparece la última gracia, que se la brinda para su conversión: San Isidoro llora sobre ella, como Jesús lloró sobre Jerusalén y la nación judía, y, por fortuna suya, la corrupción aún no la había invadido hasta los tuétanos, y esas lágrimas benditas del Santo Patrono fueron su salvación. El mismo Apóstol, en su primera carta a los de Corinto, nos dice que los hechos, acaecidos al pueblo judío, «eran unas figuras: y están escritos para escarmiento de nosotros»; vamos a ver, pues, al bendito San Isidoro reproduciendo las lágrimas de Jesús.

Ya hemos visto cómo el dulcísimo Patrono del reino de León contestó al caballero fugitivo, llamado D. Pelayo, que se moría de hambre y sed delante de su altar; una clara mañana del mes de junio de 1109 el pueblo de León oyó, atónito, que las piedras del altar de San Isidoro habían empezado a arrojar agua en gran abundancia, y de la misma manera que la primera vez, sólo que ahora no se sabía la causa del prodigio; acudieron a admirar el portento todos los de la ciudad y sus arrabales, y gran gentío de la comarca, la mayor parte de los cuales habían contemplado el primer prodigio, y no se cansaban de dar gracias a Dios porque ahora veían el segundo, y todos miraban con profundo temor y amorosa reverencia aquel altar sagrado, fuente de tales maravillas.

Se hallaban entonces en León, entre otros personajes, D. Pedro, Obispo de León, y D. Pelayo, Obispo de Oviedo, los cuales fueron a la iglesia de San Isidoro para examinar de cerca y personalmente el ruidoso milagro, y vieron saltar los chorros cristalinos del centro y entrañas de las mismas piedras, en que el sacerdote ponía los pies cuando celebraba la santa misa, en medio del altar. Vivamente impresionados los Prelados ante la vista de tal maravilla, organizaron una gran procesión el día que cesaron de correr las aguas, presidiéndola los dos vesti-

dos de Pontifical y acompañados de todo el clero de la ciudad, luciendo los mejores ornamentos que tenía y candelas de cera en las manos y asimismo todos los hombres y mujeres de León, rebosantes de júbilo y alegría, saliendo de la Catedral de Santa María de Regla, y entonando salmos e himnos por las calles hasta la iglesia de San Isidoro, «cantando todos con mucho placer, y alabando a Dios que es maravilloso en el su Santo Isidoro; y todos lloraban de gozo y se herían en los pechos llamando para su ayuda a San Isidoro y confesando no ser dignos de ver tan gran maravilla como Dios por el su Santo les había mostrado. Dijo la Misa Pontifical el Obispo dicho de León, y predicó un sermón en ella el dicho Obispo de Oviedo, encomendando al pueblo muy cumplida y devotamente, que permaneciesen en loar a Dios por tan gran maravilla y señaladas mercedes como les hacía, y dándoles a entender cómo Dios les había dado otro Moisés; conviene a saber, el gran Doctor San Isidoro».

«Y los dichos Obispos, para más loor del nombre de Jesucristo, Nuestro Señor, bebieron allí de la dicha agua en presencia de todo el pueblo y todos bebieron de ella, juntamente con los dichos Obispos, los cuales mandaron que se guardase de aquella agua en redomas y en vasijas de vidrio, para salud de los enfermos, y para que permaneciese la memoria de tan gran milagro para siempre jamás. Así se hizo, y hoy día tienen, en la dicha iglesia de San Isidoro, guardada copia de la dicha agua, tan clara, limpia y sabrosa, como si ahora la cogiesen de una muy buena fuente perennal.»

Por tres días continuos duró el milagro de correr las aguas esta segunda vez, y aunque todos se regocijaban a la vista del portentoso, ninguno dejaba de estar preocupado por saber cuál sería la causa del mismo, y rogando muchos a Dios se dignara manifestarla. Dice D. Lucas de Tuy que un arcediano, llamado Berengaria, pedía

a Dios lo mismo con mucha instancia, siéndole revelado que brotaban las aguas «en señal de *lloro* por la muerte del Rey Alfonso», el cual había de pasar de este mundo para la gloria eterna, pasados tres días, «y así como fué revelado al arcediano, pasados tres días pasó el católico Rey D. Alfonso de este siglo al Señor, y aquel día que Dios le llevó cesaron de manar las dichas aguas».

Dando por buena la revelación de Berengario, o rechazándola, como se quiera, siempre resulta que los leoneses miraron este segundo milagro de brotar las aguas, no como señal de regocijo, a la manera que admiraron al primero, con el que consiguieron la salud de todos los enfermos de la comarca y se libró un reo de muerte, que invocó a San Isidoro, sino como aviso del cielo, precursor de grandes males, tan amargos para el Santo Doctor, que se les anuncia con esas señales silenciosas apellidadas «señal de *lloro*» por Berengario y por tales reconocidas por todos. ¡Cuánto amaba San Isidoro a León: mirad cómo lloró sobre ella!

La muerte del Rey Alfonso, sólo era la terminación del plazo que Dios había concedido a aquella generación para purificar sus conciencias; ante la patria, huérfana y amenazada por el torbellino furioso de la justicia divina, San Isidoro llora como el dulcísimo Jesús sobre Jerusalén. ¿Fueron estas lágrimas de San Isidoro, eficaces para abrir los ojos de los leoneses, para borrar el decreto de su reprobación, para reconciliarles con Dios? Ciertamente que sí; gracias a ellas supieron soportar el azote ligero de la justicia divina humillándose bajo la mano poderosa de Dios que, al verles arrepentidos, les devolvió su amor, e hizo en el siglo XII, muchos más grandes que lo habían sido en el XI, según vamos a ver en el capítulo siguiente.

Aunque más adelante hemos de mencionar estas aguas milagrosas, terminaremos este capítulo consignando que D. Pelayo, el Obispo de Oviedo, que presenció el mila-

gro y predicó en la misa, comparando a San Isidoro con Moisés, es el autor de una historia de España, o crónica, y en ella refiere con todos sus pormenores el milagro, siendo un testimonio de la mayor excepción, por tratarse de un testigo presencial. Además de la crónica de D. Pelayo, lo refiere el Tudense en la suya, y en los libros de los Milagros y Traslación de San Isidoro advirtiéndole que se conserva el agua en la iglesia, según hemos visto; el Tudense es testigo de no menor excepción que D. Pelayo, por tratarse de un canónigo de San Isidoro, natural de León, que ochenta años después del milagro ya vivía en San Isidoro, y que tuvo oportunidad y tiempo para hablar con algunos de los que presenciaron el prodigio.

Ambrosio Morales, en su *Viaje santo...* año 1572, escribe: «La capilla mayor se hizo hará sesenta años... tiénese por cierto, aunque no hay escritura, que se tuvo cuidado de conservar en las gradas y en el suelo las piedras antiguas que manaron agua, milagrosamente, en la muerte de Alfonso VI, como en nuestras historias se cuenta...» Una nota marginal a la relación manuscrita del Maestro Ambrosio Morales—está en el Códice, número XCI—dice: «Cierto que se conservan las piedras que manaron agua, y una de ellas sirve de ara en el altar mayor, y es como losas».

El Doctor Aller, canónigo de San Isidoro en la primera mitad del siglo xvii, en su historia de la Colegiata de San Isidoro, inédita y sólo comprensiva del siglo xii, dice de las aguas milagrosas: «Hoy tiene nuestra iglesia un frasco de ella, tan clara y limpia y sin ningún mal sabor, como si se acabara de coger de una fuente manantial. Dase a los enfermos que están desahuciados, y ven-se cada día raras maravillas. De lo cual soy testigo de vista, y no me parece menor maravilla que sacando muchas veces al año agua para los enfermos, y volviendo a reparar el frasco con otra tanta agua natural, toda se

hace de la misma calidad, sin género de corrupción, ni mal olor o sabor».

El Padre Manzano, en la Vida de San Isidoro, publicada el 1732, y claro que antes que él el Bachiller Juan de Robles, canónigo de San Isidoro, que la publicó en Salamanca el 1525, el Padre Risco, en la España Sagrada, los Antuerpienses, etc., dan crédito al milagro de las aguas y le transcriben. Vamos a terminar las citas de historiadores con la obra curiosísima del Sr. Rada y Delgado — «Viaje de SS. MM. y AA. por Castilla, León ..—en la cual refiere el recibimiento que a Su Majestad D.^a Isabel II y demás Real familia hicieron los canónigos de San Isidoro, y los caballeros de la Cofradía del *Pendón de San Isidoro*—año de 1858 —y después dice que al visitar las joyas y reliquias de la Real Colegiata, D.^a Isabel II empapó su pañuelo en el agua milagrosa, que brotó de las piedras del altar de San Isidoro, y luego, con el mismo pañuelo empapado en el agua, hizo la señal de la cruz al Príncipe de Asturias y a la Infanta.

No son sólo las historias las que nos transmiten la realidad dichosa de este milagro de las aguas, pues los documentos de San Isidoro son aún más explícitos y convincentes. El año 1173, cuando todavía vivían muchos testigos presenciales del prodigio, vino a León el Cardenal - Legado «Maestre Jacinto», quien luego fué Papa, desde 1191 a 1198 con el nombre de Celestino III, y requerido por el Abad y canónigos de San Isidoro les dió testimonio de las reliquias que había en la Colegiata ese año, y allí figura el agua milagrosa, y aunque, como ya advertimos al principio, no se conserva el original del Legado Jacinto, hay copias del mismo, hechas ante notario y escribano públicos, con testigos y todos los requisitos legales, del año 1331, del año 1393 y del año 1463; consta la existencia del agua milagrosa en todos los inventarios de reliquias del siglo xvi que se conservan va-

rios manuscritos, e igual de los siglos siguientes, hasta los del siglo xx inclusive.

Y para evitar más prolijidad, baste decir que hoy, como en el siglo xii. se conserva entre las reliquias de la Colegiata una redoma metálica, de forma esférica con cuello largo que se tapa y atornilla con cobertera de lo mismo, probablemente la misma que recogió el agua al brotar milagrosamente el 1109, la cual redoma está mediada del agua milagrosa, límpida, pura, cristalina como rocío purísimo de la gloria. ¡Qué mejor prueba del milagro!

CAPITULO IX

**Pasa sobre León el huracán de la justicia divina,
y León se salva por los méritos de San Isidoro:
Doña Urraca hace grandes mercedes al Santo**

Antes de expirar en Toledo, el día 30 de junio de 1109, el gran monarca Alfonso VI, había llamado a su lado a su hija D.^a Urraca, viuda del Conde de Galicia, Ramón de Borgoña, de quien tenía un hijo de nombre Alfonso, más tarde Emperador gloriosísimo de España, y a presencia de los grandes del reino la declaró su heredera en los Estados de León y Castilla, reconociéndola todos como legítima Reina y Señora a la muerte de su padre. No está averiguado si en vida de Alfonso VI se concertó el matrimonio de D. Alfonso, Rey de Aragón, con D.^a Urraca de León y Castilla, lo cierto es que los tiempos no eran apurados para que ningún estado cristiano fuera gobernado por una mujer, aun adornada de las más excelsas prendas, pues los feroces almoravides, aquella raza llamada del desierto africano por los moros españoles para contrarrestar el empuje de Alfonso VI de

León y Castilla, y que había infligido a éste las derrotas de Zalaca y Uclés, aún estaba tan pujante que, si un brazo de hierro no la contenía, capaz era de exterminar todos los dominios cristianos y renovar el desastre del Guadalete.

Esta es la razón de que a gusto de los magnates leoneses, castellanos y aragoneses, se impusiera a la Reina de León su enlace matrimonial con el joven y esforzado monarca de Aragón, llamado con sus virtudes militares y los recursos de ambos reinos a consagrar la unidad nacional y rematar la obra de la Reconquista.

El matrimonio se celebró el día 8 de octubre de 1109, llenando de regocijo a los políticos, que todo lo miran por el cristal de la prudencia humana, aunque sobre ésta ¡se manifestó bien claramente! siempre prevalecen los designios de la Providencia divina; había sonado la hora del castigo para aquella sociedad afrancesada, y los mismos medios buscados por los hombres para el logro de sus planes de engrandecimiento patrio, fueron los utilizados por Dios para hacerles purgar lo mucho que merecían sus culpas. Los historiadores, queriendo explicar los sucesos según el propio criterio, o según las simpatías que les inspiran los personajes o intereses de uno de los bandos, prescinden de la filosofía de la historia y no alcanzan a medir en todo su alcance la intervención divina en los sucesos del ser humano y en la vida de las sociedades.

Cuanto hemos leído, en diversos autores, sin excepción alguna, se reduce a lamentar las consecuencias de este regio matrimonio, haciendo recaer toda la responsabilidad ya sobre el Rey, ya sobre la Reina, conforme cada uno con vi dicar los fueros y personas de su región, o de su mayor simpatía; los defensores del de Aragón hablan de D.^a Urraca como no hablarían de la más infame ramera, y los defensores de ésta tratan a D. Alfonso peor que al más vil de los presidiarios, siendo in-

discutible que la Reina de Castilla puso de relieve excel-sas dotes, no inferiores a las de D.^a Berenguela e Isabel la Católica, las cuales en el medio que hubo de luchar D.^a Urraca tal vez hubieran sucumbido, mientras el Ba-tallador puede codearse con los más grandes monarcas y capitanes; siendo tales los defectos que les imputan, que más deben cargarse sobre aquellos magnates intri-gantes y desleales, que vendían a sus soberanos, y so-bre aquellos desvergonzados pecheros, que clavaban sus lenguas y sus uñas en lo más sagrado y respetable, y luego los cronistas apasionados nutrían sus crónico-nes con las hablillas del vulgo.

Fracasó el excelente plan de unir por un regio enlace las dos coronas más grandes de España, porque Dios le hizo fracasar; los aragoneses que debieron entrar en León como hermanos, entraron como ministros vengadores de un Dios ofendido, que se sirvió de sus mismos crímenes y crueldades para abrir los ojos de los leone-ses y hacerles entrar en el camino de la penitencia, no permitiendo su divina clemencia que fueran aniquilados bajo la mano de hierro de sus enemigos.

No tiene semejante en la historia el repugnante cuadro de intrigas, ambiciones, dobleces, perjurios, bajezas, falsías, traiciones y asechanzas en que se vieron envuel-tos los regios consortes a poco de su matrimonio, ni hay quien desenrede la madeja de aquellas revueltas po-pulares, alianzas de magnates, banderías, ora a favor del de Aragón contra la de Castilla y León, ora de ésta contra aquél, ora a favor del Infante D. Alfonso, hijo de D.^a Urraca, contra ésta y su esposo, figurando siempre como principal actor y genio del mal en todos los ban-dos la astuta Condesa de Portugal, D.^a Teresa, herma-na de la Reina de León D.^a Urraca, y esposa del Conde Enrique, de quien luego hemos de hablar.

No es de nuestra incumbencia hacer la descripción de esta época calamitosa, sino en cuanto se relaciona con

el argumento del presente libro, y así saltando por todos los otros pormenores, sólo diremos que la ruptura entre los dos regios esposos sobrevino luego y que el Rey de Aragón acometió a los partidarios de la Reina, derrotándolos en la batalla de Candespina—Nobre. de 1111.—Orgullosa con su triunfo el aragonés, emprendió una marcha desde Segovia, donde obtuvo el triunfo, por los pueblos de Castilla, dejando en pos de sí huellas terribles del pillaje, la destrucción, la violación y el saqueo; cerca de Villadangos, entre León y Astorga, volvió a encontrar a los partidarios de D.^a Urraca, a los que causó otra derrota.

He aquí con qué palabras refiere D. Lucas de Tuy las calamidades que llovieron sobre el reino de León: «Como aquellos caballeros de Francia y Aragón se vieron así vencedores—en Villadangos—comenzaron a ejecutar en los leoneses y comarcanos, aunque los tenían ya por súbditos y no por contrarios, muchas muertes, y robos, y crueldades de diversas maneras, y no por causa de adquirir el reino, sino por destruirlo, hacían todos los días innumerables daños y cosas de hombres locos y desatinadas; estaba toda la tierra y la gente tan miserable y tan triste, que nunca hacían sino llorar, viéndose sujetos a la tiranía de aquéllos y a tantas muertes y daños como sus domésticos enemigos continuamente hacían en ellos con durísima crueldad, pospuesta toda piedad y humanidad».

A continuación de la batalla de Villadangos, fué el saqueo del templo de San Isidoro, y no estuvo acertado el Tudense al afirmar que se sacaron las riquezas de San Isidoro por el Rey de Aragón con consentimiento de la Reina D.^a Urraca, como si el ejército de ambos fuera uno mismo y ellos estuvieran juntos; precisamente D. Alfonso luchaba contra D.^a Urraca, y ésta, después de la derrota de Villadangos, huyó a Galicia; como auxiliar del de Aragón, en esta etapa de las hostilidades, figuró el

ambicioso y versátil Conde D. Enrique de Portugal. No sabemos, pues, qué mes, pero sí que bien entrado el año 1112. D. Alfonso el Batallador se halló en León con su auxiliar el Conde Enrique de Portugal, victoriosos de las tropas de la Reina y de su hijo, pero sin un cuarto para pagar sus soldadas a las tropas que les seguían, muchas de ellas formadas de aventureros franceses y otras gentes de aluvión, dispuestas siempre a la revuelta y a desertar a las banderas contrarias si no recibían puntualmente sus soldadas y estipendio.

Viéndose el de Aragón en tan estrecho trance, puso los ojos en los tesoros donados a San Isidoro por los monarcas leoneses D. Fernando I y su esposa D.^a Sancha, y la hija de ambos D.^a Urraca, de modo especial.

He aquí la relación hecha por el Tudense de este vandálico despojo: «Pospuesto el temor de Dios y la vergüenza de los hombres, fueron aquellos mal aventurados y abominables invasores y entraron pestíferamente en la iglesia de San Isidoro, y robaron los tesoros ofrecidos a Dios y al su Santo Confesor, y de esto no contentos aquellos diablos, ministros y martilladores del infierno, satélites del demonio, tomaron y robaron así mismo las cruces de Nuestro Señor Jesu Cristo, y los cálices con su preciosísima sangre y santísimo cuerpo consagrados, y las imágenes de la Virgen, Nuestra Señora, Santa María madre de Dios y otros muchos Santos, y los candeleros e incensarios, vasos, arquillas, relicarios, en que estaban las reliquias de los Santos, y los aguamaniles, y otros muchos instrumentos de la dicha iglesia de San Isidoro de la ciudad de León, todo lo cual era de oro, o de plata, con esmaltes y guarnición de muchas piedras preciosas, de diversos colores y muy resplandecientes».

«Y así como aquellos malditos canes, rabiosos y hambrientos, tomaron todo lo susodicho; luego lo quebraron y desataron, guardándolo para gastarlo sus señores y ellos en sus lujuriosos y deshonestos y profanos usos.

Como aquello viesan dos caballeros principales, conviene a saber, el Conde D. Enrique de Portugal, y D. Gutierre Fernández, que era muy grande Señor en Castilla, los cuales, ambos, después del Rey, eran los primeros y principales de todo el ejército, fueron a pedir al Rey, con mucha instancia, que les diese parte de los dichos tesoros de San Isidoro, y aunque la demanda de los dos fué una misma, la intención fué muy diversa.»

«Como el Rey les oyó, deseando satisfacer a la voluntad de ambos caballeros, porque eran grandes Señores y los mayores de ambos reinos, respondiéndoles diciendo así: Aún queda por tomar en la iglesia de San Isidoro el Arca donde yace el cuerpo suyo, que está cubierta de oro y piedras preciosas, y el cáliz de calcedonia, que así mismo está guarnecido de oro puro y piedras preciosas, y la cruz mayor, que tiene el crucifijo grande todo de marfil, la cual cruz también está guarnecida de oro, plata y piedras preciosas, y el frontal, que está delante del altar mayor, que es de oro y bordado de piedras preciosas, todo lo cual y otras cosas que hallaréis tomadlo vosotros y sea vuestro. Como el dicho Conde D. Enrique oyó aquello, fué muy alegre y comenzó a persuadir y requerir al dicho D. Gutierre Fernández para ir a tomar aquello que el Rey les había otorgado, y D. Gutierre pensó en ello, y por la gracia de Dios, movido con el más sano consejo, consideró que si él no tomase su parte, que le cabía de lo susodicho, todo lo tomarían y destruirían aquellos otros sacrílegos ladrones, y fuese con el Conde a la iglesia de San Isidoro, y ambos echaron suertes, y tocó al Conde el cobertor del Arca del cuerpo santo de San Isidoro con el frontal susodicho, y la patena del dicho cáliz y otras cosas, lo cual todo el Conde, desvergonzadamente, mandó a los suyos que tomasen y ellos lo hicieron así »

«Y como el sobredicho D. Gutierre Fernández, mirase aquellas cosas tan abominables, que así pasaban, se

puso muy triste y con muchas lágrimas y suspiros, comenzó a decir así: Oh bienaventurado confesor San Isidoro, ¿cómo te consientes despojar de lo tuyo tan sin venganza de Dios? Oh, Jesucristo, Rey de la gloria, ¿cómo la justicia de tu poder sufre tales cosas de estos socios asesinos y ladrones? ¿por qué no defiendes con tu potencia al tu muy verdadero siervo San Isidoro, que por el tu santo nombre sufrió innumerables penas y trabajos? Oh, Señor y Padre mío, Santísimo Isidoro, yo te dejo verdadera y libremente las cosas tuyas y de tu santa iglesia, que a mí me cupieron en suerte, y si conmigo te portares benignamente e hicieras misericordia, teniéndome por encomendado a Dios en tus oraciones, yo te prometo que de todo lo que por tus méritos adquiriré te daré parte y lugar en que se guarde lo que te diere, y seré tu caballero para servirte mientras viviera.»

«Como algunos de los suyos, pestíferos y malvados ladrones, que allí estaban, vieren y oyeren aquello que decía el noble caballero, pesóles mucho de ello en su corazón, y, movidos de gran codicia y avaricia le dijeron: Señor, si tú, por vergüenza o por temor no quieres llegar al altar y tomar el oro del túmulo de este Santo, mándanos a nosotros, que somos tuyos, y luego lo haremos y tomaremos todo lo que nos mandares, así de las piedras preciosas como del tesoro. Como el buen caballero les oyó, fué muy airado contra ellos y les dijo: Callad, mezquinos aduladores y lisonjeros; partid de mi lado, malditos ministros del diablo: ¿quién es el loco malaventurado que osara, sin reverencia ni temor, llegar a San Isidoro? ninguno, por cierto, debiera osar, aun sólo por la nobleza de su linaje, y por su sabiduría, cuanto más por su santidad; y dichas estas palabras les echó a todos de la iglesia de San Isidoro, y dejó allí ciertas guardas, que guardasen fielmente todo lo que quedaba en la iglesia a honra de Dios y de Señor San Isidoro.»

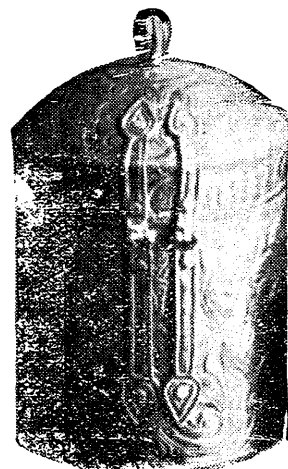
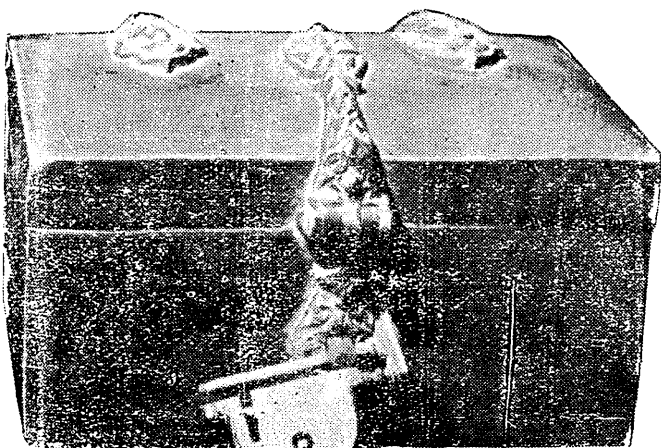
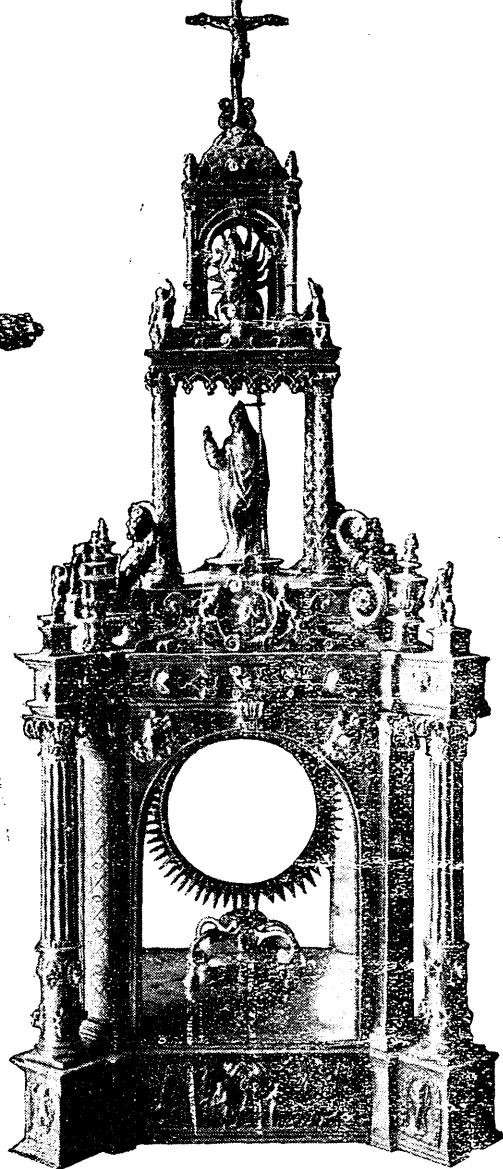
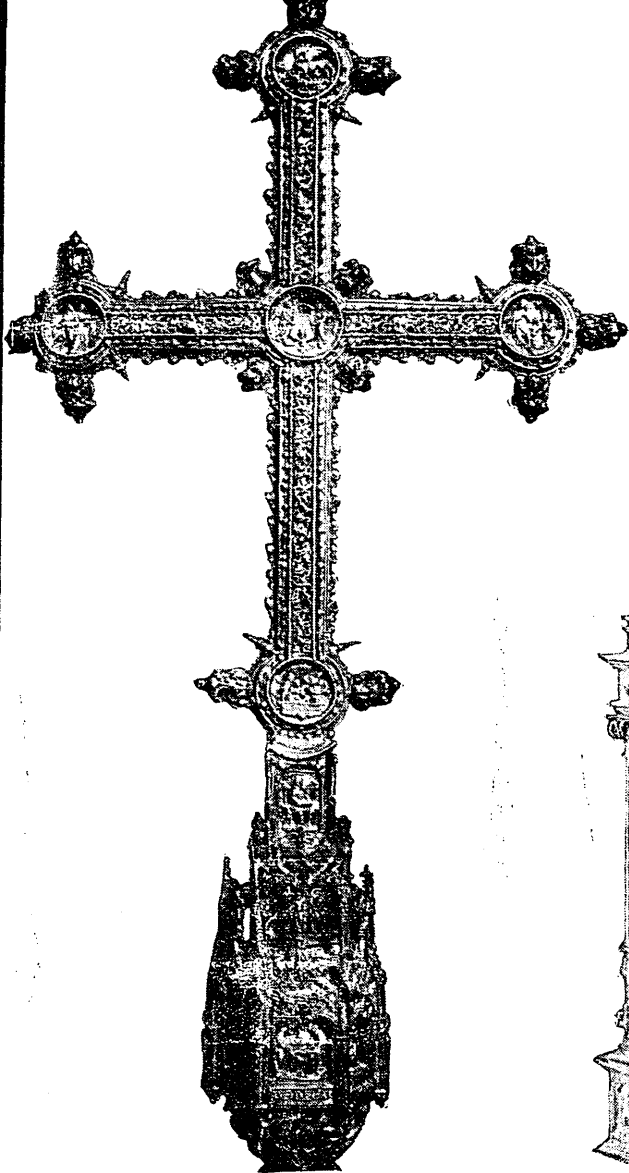
«Pasado aquel día, y venida la noche siguiente, y el buen caballero D. Gutierre se echase a dormir, vió en

sueños delante de sí a San Isidoro, más resplandeciente que el sol, el cual se vino para él y le dió un anillo de oro con una piedra preciosa de gran resplandor y claridad, y le habló así: Oh, amado de Dios, toma esto que te doy en señal de mi amor, y alcanzarás todas las cosas que pidieres a mi Señor Jesucristo, si lo hicieres con templanza; tú prestaste honra y reverencia al sagrado lugar donde mi cuerpo yacía, y por esta causa serás grande entre todos los caballeros principales y mayores señores de España, y el más abastado de todos los bienes... y a ese Rey y Conde D. Enrique Dios les juzgará muy presto, y con la vara de su saña castigará la loca osadía de ellos, porque profanaron y ensuciaron los santos lugares, extendiendo sus malaventuradas manos, llenas de sangre, a las cosas sagradas. Y, que hablo, soy Isidoro, siervo de Dios, y la palabra del Señor muy aína, será cumplida; y dicho esto desapareció la visión.»

«D. Gutierre Fernández quedó maravillado de aquella visión, y levantóse luego y fuese para el Rey y la Reina y para el dicho conde D. Enrique, y les contó, por orden, todo lo que San Isidoro, en sueños, le había demostrado y revelado, mas ellos no le quisieron creer diciendo que todo aquello era cosa de reir. Y luego el dicho D. Gutierre les pidió licencia para irse y el Rey y la Reina se la dieron, y él se fué con los suyos para Castilla, diciendo y protestando contra el Rey, la Reina y el Conde susodicho, en presencia suya de ellos mismos, que hacían mal y cosa muy inicua y abominable a los ojos de Dios, y a las gentes, en trastornar y destruir el reino, así soberbia y cruelmente, y oprimir a los pobres contra justicia, y violar y robar las iglesias de Jesucristo como infieles.»

Es necesario explicar este desliz de D. Lucas de Tuy, introduciendo en escena a D.^a Urraca, juntamente con su esposo y el Conde de Portugal; ya hemos dicho que fué imposible semejante intervención de D.^a Urraca, porque

los ejércitos de Aragón y Portugal lucharon contra ella y contra los Condes gallegos que se confederaron al lado de su hijo, y por consiguiente mal pudo ella prestar asentimiento a la propuesta del Rey de Aragón de tomar los tesoros del templo de San Isidoro para pagar a aquellas tropas levantiscas, a las cuales no había con qué satisfacer su estipendio, y en esta madeja de intrigas y luchas nunca estuvieron juntos los dos ejércitos reales con el portugués. ¿Cómo, entonces, D. Lucas, tan cercano a estos tiempos, cayó en ese error? Creemos que lo explica su desconocimiento minucioso de la historia, cuando escribió los Milagros de San Isidoro; sólo a la luz de los escritos y notas, es de suponer que lacónicos, existentes en el templo del Santo Doctor, los cuales contenían los prodigios verificados, sin detalles amplios de las personas que habían intervenido en ellos, y estos detalles les va él aderezando con su fantasía, como lo prueba el hecho que nos ocupa; en aquella madeja de guerras intestinas, discordias civiles, etc., etc., hubo, finalmente, varios años de lucha entre la Reina legítima D.^a Urraca, por todos conocida y por todos acatada, y los partidarios del Príncipe, a quien levantaron contra su madre; D. Lucas, tan enamorado del Príncipe, que llega a acusar a D.^a Urraca porque quería gobernar sola, después de muerto su padre (!), y dice que la venida a León del aragonés y el de Portugal era para ayudarla contra los defensores de su hijo, que querían quitarla el gobierno o que lo compartiese con el Infante. Aún hoy, a la luz de tantos documentos y crónicas, se halla bastante oscura la historia de este período, por lo que no es de extrañar que D. Lucas de Tuy, careciendo de esos documentos, se equivocara en lo que no constituía el argumento principal de su libro, y confundiera los sucesos de aquellos años, que realmente forman un laberinto; y no se avergonzaba de confesar sus yerros, pues sencillamente rectificaba lo que llegaba a entender errado, como hace en



Gran cruz procesional, siglo xvi; custodia, siglo xvi; arquillas de plata, árabes, siglos xi y xii.

la Crónica al referir las circunstancias del milagro de brotar agua las piedras cuando murió Alfonso VI, en la cual rectifica lo accidental del hecho contado en el libro de los Milagros, así como en este libro rectifica detalles de otro milagro referido en la Traslación de San Isidoro, del que nos ocuparemos más adelante; por eso es indispensable tener presente el orden de antigüedad de sus obras; ya veremos cómo D.^a Urraca repara las quiebras del saqueo.

Es realmente maravilloso que los moros no aprovecharan el estado anárquico de los estados cristianos para consumir su destrucción y aniquilamiento, e inexplicable si apartamos los ojos de Dios, que puso límites al mar y prohibió a las olas salir de la playa; quiso sólo purificarlas con las armas de sus hermanos cristianos, para ver si con este aviso volvían a él los ojos, y realmente, la conducta de León, bajo el azote de la justicia de Dios no pudo ser más edificante; ya hemos visto cómo recibieron, humildes, los castigos crueles que los invasores les impusieron; mas cuando oyeron que los príncipes invasores habían puesto sus manos pecadoras en los tesoros de San Isidoro, diciendo con los reyes madianitas, «apoderémonos del Santuario de Dios como de heredad que nos pertenece», y supieron la noble y heroica conducta de el piadoso D. Gutierre, volvieron sus ojos a Dios todos los de la ciudad y pueblos comarcanos, y poniendo a San Isidoro por mediador, a San Isidoro, cuyas ofensas sintieron infinitamente más que todas las crueldades en ellos hechas, clamaron con el salmista: «Oh Dios, los gentiles han entrado en tu heredad; han profanado tu santo templo... como agua han derramado la sangre... ¿Hasta cuándo, Señor, durará tu implacable enojo? No te acuerdes de nuestras antiguas maldades; anticipénsenos tus misericordias; pues nos hallamos reducidos a una extrema miseria.» Dios les oyó, y los que, como mujeres, lloraban sus males, de

pronto reciben, de lo alto, el esfuerzo de leones, poniéndose a todos los peligros con tal de vengar las ofensas inferidas al Santo de sus amores, y salen al campo y arrojan de la tierra a los invasores. Oigamos al Tudense: «Las gentes del reino de León, y los labradores, y las mujeres, comenzaron de allí adelante—después del saqueo del templo—a esforzarse y resistir al Rey y Conde susodichos, y se decían todos, unos a otros: mejor nos es morir que estar sujetos y supeditados a estos herejes infieles; y realmente les tenían por infieles, pues habían osado robar iglesias de tanta devoción y santidad como la de San Isidoro».

No sólo fueron ahuyentados de León los invasores, con este impulso de valor comunicado por San Isidoro a los leoneses, para no volver más a la ciudad después del año funesto para ella de 1112, sino que la mano de San Isidoro se dejó sentir muy pesada sobre ellos, conforme anunció en la aparición al noble caballero D. Gutierre. Veamos cómo refiere los castigos el Tudense:

«Yasí, usando Dios de su justicia, hirió luego al Rey D. Pedro—o D. Alfonso—susodicho de dura enfermedad, en tal manera, que comenzando a dormir le venía una terrible congoja, y despertaba clamando con gran temor, como si alguno le quisiese matar. Velando no podía holgar ni reposar, y en sueños era sacudido y molestado con grandes temores y espantos, porque así, fatigado y punido con la venganza de Dios, cada día muriese. Prometía restituir al templo de San Isidoro los tesoros que le habían robado, conociendo que por aquello le daba Dios aquellas penas pero no tenía con qué pagar, ni cumplir lo que así debía.»

«Asimismo, al Conde D. Enrique susodicho, viniendo para Astorga, le comprendió la ira de Dios y el cuchillo de su justicia, porque así como mandó e hizo arrancar el oro y piedras preciosas del cobertor o tapadera del arca de San Isidoro, que llevaba consigo, y en aquellas tablas

del cobertor, que quedaron así desguarnecidas, echasen cebada para comer a dos caballos, que el dicho Conde llevaba, muy escogidos y ligeros y hermosos, de quien él mucho se fiaba para sus guerras y caminos; luego los caballos fueron rotos del vientre y se cayeron muertos en el suelo; como el Conde vió aquello, conoció que era la venganza de Dios que venía sobre él, por cuanto había hecho con el sagrado túmulo y tesoros de San Isidoro, y luego le tomó una fiebre cotidiana, de la cual ningún médico le pudo curar mientras vivió, y de día en día, a él y a los suyos, les sucedieron peor todas las cosas, y les vinieron muchos desastres, caídas y malas venturas». Murió el Conde D. Enrique en Astorga el 1.º de mayo de 1114. El Rey de Aragón vivió muchos más años, pereciendo en julio de 1134, luchando contra los moros en la funesta batalla de Fraga, sin que pareciera su cuerpo.

No menciona el Tudense que recibiera D.^a Urraca castigo alguno por permitir, según él se había imaginado, tomar al de Aragón los tesoros de San Isidoro, lo cual sería injusto, pues ella, en tal hipótesis, era la más culpable; no vió nada consignado sobre este particular en los anales de la iglesia de San Isidoro, y se abstuvo de inventarlo, lo cual no deja de honrarle; por el contrario, en los escritos del templo se halló con una apología tan acabada de la gran Reina, tan injustamente perseguida y calumniada y tan poco conocida, que no tuvo reparo en consignarla, aunque ella echaba por tierra su descabellada acusación anterior. He aquí lo que el Tudense se vió obligado a confesar: «La susodicha Reina doña Urraca, por causa de limpiar tan gran mancilla como había incurrido y reparar tan grande daño como por su licencia y consentimiento se había hecho a la dicha iglesia de San Isidoro—esto lo soñó el Tudense—, queriendo enmendarlo, juntamente con la muy prudente y virtuosa Infanta D.^a Sancha, su hija, la cual, desde su niñez, afirmaba haber tomado por esposo a San Isidoro, y jamás

quiso casarse ni conocer varón, ambas a dos, madre e hija, deseaban y procuraban con mucho estudio y cuidado restaurar a la iglesia de San Isidoro, las cosas que la habían sido quitadas y tomadas, y con todas sus fuerzas trabajaban para hacerlo, y se ocupaban siempre en ello, y así mismo la sobredicha Reina, con gran diligencia, hizo juntar y traer de diversas partes del mundo reliquias de muchos Santos y ponerlas honradamente y con devoción en cajas de plata y de marfil, y diólas a la dicha iglesia de San Isidoro, y también la dió muchas heredas y privilegios reales, y en su vida hizo aparejar para sí la sepultura en la dicha iglesia, con sus padres y antepasados.

Y Dios Nuestro Señor dió al sobredicho D. Gutierre Fernández, mucha gracia en el acatamiento del glorioso D. Alfonso, al cual le ensalzó en honra y potencia y riquezas sobre todos los grandes de su reino, y así tuvieron efecto las promesas del glorioso San Isidoro.»

A pesar de tantas turbaciones como agitaron el reino en su tiempo, no sólo reparó todo lo que sus enemigos robaron a San Isidoro, sino que aún halló esta gran Reina medios de engrandecer su templo con donaciones, no inferiores a las de sus antepasados; además de confirmar, como era uso entonces, las posesiones que ya tenía la iglesia de San Isidoro, el año 1117, extiende un privilegio de donación a los clérigos que servían el culto en la iglesia de San Isidoro, por el cual les dona, perpetuamente, el Monasterio de San Salvador del Nido, que «está situado bajo los muros de León, a la parte de Oriente, cerca de la Torre que llaman cuadrada, y os le concedo por remisión de mis pecados, y de los de mis padres, y para que siempre hagáis memoria de ellos y mía».

A la donación del Monasterio del Salvador va unida la de todas las villas, iglesias, heredas y posesiones que le pertenecían, a saber: «Todo cuanto en León posee

el Salvador; en Asturias, en el río Alica, el Monasterio de San Salvador de Palanugo con todas sus pertenencias; en Cervera, el lugar de Retuerta; en Ferral, la villa de Rabanal; en Torío, los lugares de Milleras, Pedrún, Lagos, La Frecha, Fontanos, Riosequillo, Villaviza, Villaquilambre y Villa Rodrigo, enteramente; en Bernesga, el lugar de Casasola; en Santa Engracia, lo que allí pertenecía a San Salvador; en Curueño, el lugar de Villaseca—más tarde se despobló—; en la jurisdicción de León, Villanueva del Carnero y Mozos; en Valdevimbre, Villalobar, con sus dehesas y cuanto pertenecía al Salvador; en el río de Valencia, Cimanos, Lordomanos, Matilla de Arzón y Santa Colomba; en los Oteros, la villa de San Julián; en el término de Coromia, la mitad de Monasteruelo; en riberas de Aradoy, Vega de Fernán Bermúdez—Vega de Ruiponce—la iglesia de San Juan y sus heredades, y la villa de Villalvaro; en Villalva, junto a Mayorga, todo lo que pertenece a San Salvador; en Orbigo, los lugares de Quiñones y Alcoba. Rico era San Salvador, y sus inmensas posesiones vinieron a ennoblecen la iglesia, ya tan opulenta de San Isidoro, y poner de relieve la piedad y munificencia de la gran Reina doña Urraca. El Becerro de la Colegiata—año 1313—explica el sobrenombre del Salvador, llamándole Monasterio de San Salvador del Nido de la cigüeña. Hoy es parroquia suprimida.

Falleció esta insigne bienhechora de San Isidoro el año 1126, y el extremo de su virtud, honradez y nobleza queda patente en el hecho de que los canónigos de San Isidoro, en el mismo siglo XII, y a poco más de mediado, incluyen su memoria en el Martirologio, al igual que Fernando I, siendo los dos únicos Reyes que en él figuran; dice la memoria de D.^a Urraca, al día 7 de marzo: *Obiit famula domini regina dopna Urraca, Era M. C. L. XIII.*» Año 1126.

De D.^a Urraca escribió una cumplida apología el

Abad de San Isidoro D. Juan de Prado, y a éste sucedieron luego el P. Risco y el P. Escalona—Historia de Sahagún—no deteniéndonos más aquí y remitiendo al curioso a nuestra apología de D.^a Urraca, en la revista leonesa *Renacimiento*, 1922.

Aún cabe a la gloriosa y calumniada Reina otro honor, en relación con la iglesia de San Isidoro: hasta ahora en todos los privilegios Reales y escrituras particulares, figuran los sacerdotes que servían el culto en el templo de San Isidoro con el único dictado de *clericis*, por el cual se manifiesta su cualidad de clérigos seculares, más el año 1122 aparecen con el título de canónigos, honor que D.^a Urraca y su hija hubieron de darles, tal vez por privilegio Pontificio. La escritura figura en el catálogo de la Catedral con el núm. 938, y empieza así: *Nos canonici Sancti Isidori nominatim Martinus Prior, Ordonius Fernandi, Fafila Fredinandi, Pelagius Pelagii, Ordonius Arie, Petrus Johannis, Joannes Isidori, Gundisalvus Godestei, Domns. Vincencius, Petrus Pelagii.*

Es curioso hacer un cotejo entre esta lista y la de los clérigos de San Isidoro, nombrados en la donación mencionada del Monasterio del Salvador del Nido del año 1117, pues así se disipan todas las nieblas y oscuridades que han ocultado este punto histórico hasta el presente; héla aquí la lista de clérigos de San Isidoro el 1117: *Ordonius Fernandi, Johannes Isidori, Fafila Fernandi, Vincencius Citis, Petrus Arias, Pelagius Pelagii, Martinus Prior, Petrus Johannes.* Canónigos se les llama ya, indefectiblemente, a partir de 1122 en todas las escrituras de la colegiata y de la Catedral, y *Canónica* a tal corporación, como aparece, de un modo especial, por el documento 6133 de la Catedral, correspondiente al año 1132, original, en el cual confirma: *Petrus Pelaiz, presb. et prior canonice sci ysidori, Martinus Prior, presb.—Ceteri canonici ecclie sci isidori.* Aquí termina la primera parte de los Milagros del Tudense, y antes de

empezar la segunda—los que vamos a narrar—advierte que les llegó a conocer «asy de testigos ydoneos conmo de los libros de la yglesia de este bienaventurado Doctor de España».

CAPÍTULO X

A la canónica seglar de San Isidoro la reemplaza la conónica regular de la Catedral de León, a su vez secularizada; la Santa Sede ennoblece a la iglesia de San Isidoro con el título de “Hija especial de la Iglesia Romana”; el Emperador hace grandes mercedes a San Isidoro

Es tan singular la existencia de esa canónica secular, creada por la reina D.^a Urraca y su hija, en la iglesia de San Isidoro, que debemos hacer sobre ella algún breve comentario; jamás se la llama canónica regular, ni se menciona que siguieran la regla de San Agustín u otra alguna, ni caso de vivir como canónigos reglares se les hubiera echado de San Isidoro para traer a esta iglesia a los reglares de Pedro Arias, a quien hemos visto entre los clérigos de San Isidoro el 1117, y que si hubiera tenido la vida regular en este templo no hubiera ido a buscarla en la conónica de la Catedral, ni acaso hubiera estado en su albedrío el hacerlo.

En las escrituras de la Catedral de León, anteriores al siglo XII, se llama indistintamente clérigos, canónigos y monjes, a los individuos de la canónica Catedral, los dos primeros nombres porque en realidad les convenían, y el tercero se les daba por su género de vida reglar o canónica, tan parecida a la de los monasterios, pero jamás se había visto en parte alguna que a los simples clérigos o a los monjes se les distinguiera con el dictado de canónigos; se entiende con anterioridad a la época que estu-

diamos y sin que incluyamos a los canónigos regulares de San Agustín, miembros de una verdadera orden religiosa, en absoluto distintos de los canónicos reglares de las canónicas Catedrales y de los que en 1122 aparecen en San Isidoro.

El nombre de canónigo viene de la palabra *canon*, voz que es y tiene el mismo significado que regla—*regula*—y de ahí que sea igual canónigo—*canonicus*—que regular—*regularis*—y que se llamaran canónicas Catedrales los Cabildos que hacían vida apostólica, conforme a los sagrados cánones, en los claustros de la Catedral, y aún éstas llevaban el título de Regla o canónicas en lugar de Catedral, como vemos por la de León que aún conserva actualmente este apodo, no conviniendo el nombre de canónica sino a los Cabildos catedrales. De aquí la importancia que para el estudio de la Disciplina eclesiástica ofrece el ejemplar de esta canónica seglar de San Isidoro, que realmente no era canónica ni regular, pero ostentaba este título como un inusitado timbre de honor, siendo el primer ejemplar conocido de *canónica secular*, y que debió influir no poco para que los verdaderos canónigos de Santa María de Regla—Catedral de León—se contaminaran con la vista de tales canónigos—¡no vaciados en el troquel de los sagrados cánones!—y suspiraran por ser ¡cómo ellos! canónigos, sólo en el nombre.

Los de San Isidoro, que de simples clérigos tenían un superior llamado Abad en el siglo xi, lo mismo que los de la Catedral, al cambiar éstos, en el siglo xii, el nombre de Abad que llevaba su primera Dignidad en el de Prior, imitaron a la Catedral al ser ennoblecidos con el honor de canónigos, y luego ya le llaman Prior.

En el tomo 35 de la España Sagrada puede verse la génesis, vicisitudes y extinción de la canónica reglar de la Catedral de León; aquí sólo nos incumbe apuntar que el año 1144 se secularizó, y que, no conformes con esta reforma, el ya Deán Pedro Arias—clérigo en San Isidoro

el 1117—y otros varios canónigos se retiraron, con anuencia del Obispo de León, a vivir en un convento de Carbajal de la Legua, levantado a expensas del mismo Pedro Arias.

La escritura de fundación de esta canónica se firmó el 24 de febrero de 1144, por el Obispo de León y su Cabildo, y allí se la llama *Canonicam regularem*; se dice que su fin es que los canónigos que a ella se acogieran, perpetuaran el antiguo método de su vida regular, practicado hasta entonces en la Catedral; se les permite gozar por vida las prebendas que gozaban en la Catedral, adquirir bienes, admitir novicios, etc.

Esta fundación mereció ser confirmada por el Emperador Alfonso VII, en un privilegio de 25 de febrero de 1144, y la toma bajo su protección, reconociéndola cuantos privilegios la había concedido el Obispo de León, y añade por su parte inmunidades al nuevo instituto, que juzga «muy necesario a la fe cristiana...»

Trasladada a Carbajal la canónica reglar de la Catedral de León, la Infanta D.^a Sancha concibió el proyecto de trasladar la dicha canónica a León, para que sirviera al culto en la iglesia de San Isidoro, y como los canónigos hacían vida común y para esto necesitaban casa próxima al templo, ideó que ocuparan el contiguo convento de benedictinas de San Pelayo, que era fácil poner en comunicación con el claustro procesional de San Isidoro, y a las monjas enviarlas a la casa que los canónigos abandonasen en Carbajal. Aunque la Infanta tenía con su hermano gran ascendiente, no logró traer a San Isidoro los canónigos de Carbajal por más instancias y medios que puso.

Con estos antecedentes a la vista, vamos a entrar en el asunto del presente capítulo: Corría el año 1147, y llevaba ya más de veinte en el trono de León y Castilla, cuando, paseando sus victoriosas armas por Andalucía el Emperador Alfonso VII, camino de la gran ciudad de

Almería, a la que puso sitio y tomó después de un cerco de tres meses, con ayuda de todos los príncipes cristianos de España, a excepción de Portugal, concurriendo, además, a este célebre sitio las repúblicas de Génova y Pisa, cuyo concurso marítimo fué muy eficaz, se vió sorprendido ante la plaza y ciudad de Baeza, que pensó tomar y puso sitio con escasas tropas, antes de presentarse delante de Almería.

A la defensa de la ciudad acudió una inmensa multitud de moros de las provincias comarcanas los cuales, al ver el reducido ejército del Emperador, no dudaron de que lo tenían copado y de que no había salvación para su ejército en lo humano; un jueves, concentrada toda la morisma, cercaron el real del Emperador, que de sitiador se vió sitiado, resueltos a asaltarle al día siguiente, viernes, y no dejar con vida a ninguno de aquellos esforzados campeones de la Cruz. El Emperador se dió cuenta del peligro que le amenazaba, y, como buen cristiano, levantó su corazón a Dios implorando el auxilio divino; el cansancio y la preocupación le dejaron rendido y, contra su voluntad, se durmió, estando sentado en su tienda y en las tinieblas de la noche; al punto le sorprendió una visión maravillosa: «Vió venir hacia sí un varón muy honrado, con sus canas muy hermosas, vestido como Obispo en Pontifical, y su rostro resplandecía como sol muy claro, y cerca de él venía, andando paso a paso, así como él andaba, una mano derecha, la cual tenía una espada de fuego de ambas partes aguda, y llegando aquel santo varón cerca del Rey, comenzó a hablarle blanda y suavemente, diciendo estas palabras: Oh Alfonso, ¿por qué dudas? En verdad te digo que todas las cosas son posibles a Jesucristo, que es nuestro Dios y grande Emperador. Y díjole más: ¿Ves esta multitud de moros? En amaneciendo huirán y desaparecerán como humo delante de tu rostro. Yo soy diputado por Dios para guarda tuya y de los que nacieron de tu linaje, si anduviéreis en fe no

fingida y corazón perfecto delante de su acatamiento. Díjole entonces el Rey: Oh padre muy santo, ¿quién eres tu que tales cosas me hablas? Le respondió luego y dijo: Yo soy Isidoro, Doctor de las Españas, sucesor del Apóstol Santiago en gracia y predicación. Esta mano derecha que anda conmigo es del mismo Apóstol Santiago, defensor de España: y dichas estas palabras desapareció la visión».

Despertó el Emperador y, recordando la aparición, se llenó de gozo e hizo llamar al punto «a los Obispos, Condes y caballeros, que con él estaban, y con mucho gozo y alegría les contó la visión por entero, y así como ellos la oyeron fué tanto el placer que recibieron, que derramaron de sus ojos infinitas lágrimas gozosas, y todos, a una, loaban la clemencia de Dios omnipotente; algunos de ellos dijeron luego al Rey: Señor, pues que así es, si agradare a Vuestra Majestad ordenemos una Cofradía a honor de San Isidoro, encomendándonos a él, para que siempre nos ayude, así en la vida como en la muerte; agradó a todos mucho aquella idea, y luego allí ordenaron su compañía de San Isidoro, y la juraron, y, en señal de hermanos, se dieron el beso de la paz. Y porque la noble y muy devota Reina D.^a Sancha, hermana de este Rey D. Alonso, le había rogado e importunado muchas veces, y con gran cuidado, que quisiera trasladar y traspasar a la iglesia de San Isidoro, de León al reverendo y devoto varón Pedro Arias, Prior, el cual, con sus canónigos, moraba y vivía bajo la Regla de San Agustín en el Monasterio de Carbajal, que había levantado y edificado de nuevo a sus propias expensas, algunos de aquellos caballeros que allí se hallaban y eran criados de la dicha Reina su hermana, conociendo la voluntad y deseo de su Señora por hacerla aquel servicio y ganarse su voluntad, y buena gracia, como vieron disposición para ello, hablaron al Rey y le dijeron: Señor, si cumpliera a Vuestra Alteza hacer lo que la Reina D.^a Sancha vues-

tra hermana, pide, sería cosa muy agradable a Dios y a su glorioso confesor San Isidoro, y las oraciones de los canónigos serían remedio saludable a todo vuestro reino. Como el Rey oyó aquello, pensó un poco en ello consigo mismo y respondió estas palabras: ¿Dónde y cómo podremos saber si esto place a Dios y a su santo confesor o no? Y luego aquellos buenos criados de la Reina, que deseaban mucho esto respondieron, diciendo: Señor, Dios lo ha revelado a ciertos devotos suyos, declarándoles que es esta su divina voluntad, y lo mismo ha sido revelado por Dios a la devota Reina vuestra hermana. Luego que oyó esto, convino el Rey en ello, y dió gracias al Rey de reyes, Jesucristo, nuestro Redentor, y los Obispos y Condes, que allí estaban, dando asimismo gracias a Dios, ordenaron que, al romper el día, diesen la batalla a los enemigos, con la voz y apellido de San Isidoro y del Apóstol Santiago.» «Quedando solo el Rey, volvió a tomarle el sueño, y luego tornó a aparecérselle San Isidoro, con rostró más alegre, y le dijo: La Cofradía que ordenaste a honra del nombre de Dios, encomendándote a mis oraciones, yo la recibo bajo mi amparo y protección, y a los que la guardaren ayudaré fielmente, en la vida y en la muerte; asimismo lo que te aconsejaron de aquel siervo y amado de Dios, Pedro Arias, Prior, y de sus canónigos, acepto y agradable es a Dios todopoderoso, a la su muy gloriosa madre Santa María, y a mí; por tanto, sean traspasados dichos religiosos a la iglesia dedicada a Jesucristo, hijo de Dios, a honra de la Virgen María, su madre, del glorioso mártir San Vicente y mía, para que de día y de noche ofrezcan a Dios sacrificio saludable de salmos e himnos por tu conservación, y por la salud de los vivos y descanso de los difuntos. Ahora esfuérzate y haz lo que debes, y sé hombre, que en amaneciendo la mañana, por ruego mío, te dará Dios en tus manos a toda esta multitud de infieles, y a más de esto todos los príncipes de los moros, aquen-

de el mar, estarán sujetos a tu imperio, y dicho esto desapareció la visión.»

«Despertó el Rey, y se levantó muy más esforzado con la dicha aparición, y mandó a los suyos que se aparejasen y saliesen para dar la batalla a los moros, y luego los cristianos, esforzados con una osadía y resistencia celestial, obedeciendo a su Señor, salieron varonilmente y comenzaron a dar en los moros, y herir, y matar. y despedazar muchos de ellos, los cuales, como vieron la osadía de los cristianos y el daño que los mismos moros unos a otros se hacían, volvieron las espaldas y huyeron, dejando a los nuestros infinitos despojos. Fué cosa maravillosa que las lanzas, espadas y otras armas que tenían los moros, se les volvían contra los suyos y unos a otros se herían y mataban y hacían pedazos, lo cual como fué visto por los moros que estaban en Baeza, salieron y se entregaron con la ciudad al dicho Rey Alfonso, y se sometieron a su señorío...»

«De vuelta para León procuró mucho con el referido varón, santo y reverendo Pedro Arias, Prior de Carbaljal, el cual viviendo en el siglo era Deán de la iglesia de León, que quisiese pasar con sus canónigos a la iglesia de San Isidoro, y por muchos ruegos y con gran dificultad acabó con ellos que lo hiciesen, y así los pasó a la dicha iglesia, y les dió muchas posesiones y joyas de oro y plata y privilegios de perpetua libertad. Y porque el altar mayor de San Isidoro había sido quitado por cierta causa, el dicho Emperador hizo consagrar la iglesia por manos de muchos Arzobispos y Obispos y Abades, que allí se hallaron a la ceremonia de tomar él solemnemente corona de Emperador, la cual consagración se hizo solemnísimamente, con gloria inestimable, y con tanto gozo que no se podría decir el placer que recibían, y el favor que para la dicha consagración, daba todos los fieles cristianos que allí se hallaron, viendo aquella solemnidad y las muchas gracias e indulgencias y remi-

sión de pecados que por razón de aquello les dieron todos aquellos Prelados, y era tanto y tan grande el gozo de todos, que no hay persona que lo pueda contar, y los que allí estuvieron presentes decían que en su tiempo, ni de sus mayores, no había memoria de cosa tan gloriosa, ni de fiesta tan devota y honrada, ni de tanta solemnidad »

«Asimismo el glorioso Emperador D. Alfonso ordenó la sobredicha Cofradía de San Isidoro en la ciudad de León, y ordenó que fuese guardada fielmente, a honra de Dios y del bienaventurado San Isidoro para siempre jamás, y así es guardada y muy honrada hasta hoy día.»

La toma de Almería fué el 17 de octubre de 1147, y como en el cerco de la misma estuvo tres meses el Emperador, no pudo tener lugar la milagrosa batalla y toma de Baeza después de junio de ese año, mes en el que no es difícil acaecieran los sucesos narrados por el Tudense; téngase en cuenta para contrastar la veracidad del milagro, que el mismo Tudense pudo alcanzar a los mismos que estuvieron en Baeza, y desde luego a los canónigos de San Isidoro y caballeros leoneses que les trataron con intimidad, por cuya razón él mismo advierte que éste y los milagros siguientes les conoció no sólo por los escritos de la iglesia, sino por testigos idóneos.

Conquistadas Baeza y Almería, Alfonso VII empieza a declarar su agradecimiento a partir de ese año del prodigio de Baeza: en 25 de noviembre de 1147 se hallaba ya en Baeza, camino de León, después de la toma de Almería, según una escritura publicada por el P. Escalona, en la Historia de Sahagún, y el mes de febrero de 1148 ya se hallaba celebrando una junta en Palencia con los Obispos y Grandes de su reino, y en la citada junta se apresuró a cumplir la promesa hecha a su celestial protector, dando un privilegio, que llenaba todas las aspiraciones de su piadosa hermana y cuanto él había prometido a San Isidoro. Este curioso privilegio fué adulterado en el siglo XIII, y el Padre Manzano publicó la copia adultera-

da, y el P. Risco copió a Manzano, y pretende explicar cosas que no son explicables, por ser falsas, y que aquí omitimos por no ser esta la ocasión de aclararlas. He aquí lo esencial de ese privilegio inédito:

«...Yo, Alfonso, Emperador de España, y yo, Sancha, Infanta, hermana del Emperador, que poseo todo el honor del Infantado, y yo también, Berenguela, Emperatriz, esposa del Emperador, juntamente con nuestros hijos Sancho, y Fernando, y Constancia, nuestra hija, trasladamos las monjas que habitan en la iglesia de San Pelayo de León a otra iglesia buena e idónea para guardar la religión, con el asentimiento y aprobación de los Arzobispos, Obispos y Barones de nuestro reino, por el mucho trato de hombres que tienen, y la iglesia dicha de San Pelayo, y la de San Isidoro, próxima a ella, a fin de que no queden sin culto, espontáneamente las donamos a vos, Pedro Arias, Prior, y vuestros compañeros, los canónigos reglares, y a vuestros sucesores y los de ellos, por el Señor y por la salud de nuestras almas, para siempre, para que en ellas practiquéis la vida reglar canónica de San Agustín, juntamente con el claustro, con las casas, con las oficinas, con las heredades, que las dichas monjas poseían dentro de León y cerca, y con toda aquella parte que tenían en aquel «zauazogado», y las hacemos libres de toda clase de personas, así eclesiástica como seglares, respetando, no obstante, los derechos que la iglesia de León y sus Obispos tuvieron hasta ahora; y si hubiere alguna mujer de nuestro linaje, a la cual corresponde el Infantado, y ella quisiere perseverar virgen y vivir honesta y buena vida, proteja la misma esas iglesias y los canónigos que moran en ellas. y todas sus posesiones, y las defienda de todos sus enemigos, y las libre, y las preste la ayuda necesaria, y las aconseje, y no presuma tomar cosa alguna propia de ellos: si, por el contrario, no existiere ninguna mujer, tal como hemos dicho, a la que pertenezca el Infantado, el

Rey de la tierra deberá prestarles los oficios que ella les prestaría. Ahora bien; como los que se dedican al servicio de Dios necesitan comida, vestido y otras cosas necesarias, damos a los dichos canónigos y sus sucesores, perpétuamente, el Monasterio de San Salvador, que está fuera del muro, con todas las heredades que posee hoy, o se conozca haber poseído, y el Monasterio de Santa Marina, que está dentro de los muros de la ciudad, con todas las heredades que posee o se conozca haber poseído...»

Siguen las maldiciones y penas acostumbradas, y la data «XIII Kal. Marcii, Era M.C.LXXXVI» en Palencia, «cuando el Emperador dicho tuvo allí una reunión con los Obispos y Barones de su reino, sobre la convocatoria del Santo Padre a Concilio, y en el mismo año que tomó a Almería y Baeza, imperando, etc.» Confirman las personas Reales, por este orden: el Emperador, la Emperatriz, la Infanta Sancha, Sancho, Fernando, Constancia; el Arzobispo de Toledo y Primado; y los Obispos de diez diócesis, cinco Condes y seis caballeros.

Por esta escritura se ve cómo no estaba acordado el traslado de las monjas de San Pelayo antes del mes de febrero de 1148, ni en este traslado intervino ningún Papa ni Legado, como el privilegio adulterado, y publicado por Manzano y Risco, hizo creer a todos hasta ahora; no hallaron otro motivo más grave, para justificar el traslado de las monjas, que el de acusarlas de frecuentar el locutorio, como si no estuviera en su mano el prohibírselo, caso de ser pecaminoso; también se afirmó, hasta el presente, por todos que el traslado de las monjas de San Pelayo a Carbajal y de los canónigos de Carbajal a San Pelayo y San Isidoro se verificó ese año mismo del privilegio, lo cual no es exacto, pues los canónigos consignaron la fecha de su traslación a San Isidoro en el Kalendario del misal usado por ellos en el siglo XII, y ésta tuvo lugar el día 14 de febrero de 1149 como atestigua el

Código núm. 94: ni era posible hacer la traslación sin ciertas reformas materiales en los edificios de ambos conventos, a fin de habilitarlos para su nuevo destino, en especial en el monasterio de San Pelayo, para ponerle en comunicación con el claustro e iglesia de San Isidoro.

Ya hemos visto con la magnificencia y solemnidad que consagró la iglesia de San Isidoro, que dice el Tudense, en la Crónica, «todavía pertenecía al Rey», y se la entregó a los canónigos; la causa que el Tudense alega de una nueva consagración del templo, excluye la hipótesis de los arqueólogos modernos, que la atribuyen a alguna gran reforma o ampliación del templo; no dice el Tudense la causa que hubo para mudar la mesa del altar, pero no sería aventurado suponer que fuera para colocarle en forma más adecuada al culto solemnísimos que iban a empezar los canónigos. Tuvo lugar esta segunda consagración el día 6 de marzo de 1149, y de ella, como de la de 1063, se conservan las lápidas conmemorativas, asistiendo a la de 1149, aún más solemnísimas que la primera, de la que sigue celebrándose el Oficio, el Arzobispo de Toledo, que la consagró por sus propias manos, asistido de los Obispos de León, Oviedo y Badajoz (?), más el Arzobispo de Santiago y los Obispos de Mondoñedo, Lugo, Astorga, Sigüenza, Zamora, Avila y ocho Abades benedictinos, la familia Real, Pedro Arias, Prior de San Isidoro, y todos los nobles de la Corte, como es de suponer. Todos estos Prelados se hallaron en León para asistir a una nueva coronación del Emperador D. Alfonso VII, según atestigua el Tudense, y D. Vicente la Fuente—Historia Eclesiástica—dice que entonces se celebraron Cortes en León.

Como testimonio vivo de la aparición de San Isidoro y triunfo glorioso que le alcanzó ante Baeza, el Emperador ordenó en León la Cofradía de San Isidoro, especie en aquellos tiempos de Orden militar, en la que se alistaban todos los nobles y caballeros de la Corte, y más tarde,

cuando la Corte se ausentó de León, todos los caballeros de la alta nobleza de León, cuando se iban a la guerra, se agrupaban con sus mesnadas los caballeros de San Isidoro bajo el Pendón del mismo Santo, mandado bordar por el mismo Emperador Alfonso VII, para que les llevara al triunfo en los campos de batalla y presidiera sus fiestas en tiempo de paz; se permitía también el ingreso en la Cofradía, como simples hermanos no caballeros, a todo el que lo solicitaba del pueblo bajo, hombre o mujer, con la condición de pagar alguna cuota, y al Abad de San Isidoro correspondía velar por la guarda de los Estatutos y prosperidad de la Cofradía, siendo su Director y Presidente nato. He aquí cómo describe el Maestro Ambrosio Morales, año 1572, en su Viaje santo, el Pendón de San Isidoro: «Como por reliquia, muestran también un gran pendón de dos varas en cuadro, de un cendal como tafetán, que fué colorado y con la antigüedad ha perdido la color. Es el del Emperador D. Alfonso, hijo de D.^a Urraca, que hizo bordar en él toda la manera con que le apareció San Isidoro cuando se le apareció sobre Baeza y se la hizo ganar. Está bordado el Santo Doctor, a caballo, vestido de Pontifical con capa, con una cruz en una mano y en la otra una espada levantada, y cerca sale un brazo del cielo con una espada también levantada con una estrella en la punta, porque el cielo le mostró al Rey cómo salía del cielo el brazo de Santiago en su defensa: esto está así bordado de ambas partes, y aunque la bordadura es antigua está buena. Este Pendón usaron los Reyes llevar en la guerra contra los moros, por devoción y plegaria del ayuda de este Santo, y duró hasta la toma de Antequera—1410—, donde refiere la historia del Rey D. Juan II, con cuánta devoción envió el Infante D. Fernando por este Pendón, y con cuánto acompañamiento se llevó, y con cuánta reverencia lo quiso salir a recibir si fuera posible. También dicen que trató el Emperador Carlos V de llevarlo en alguna jornada».

El Pendón aún se conserva, como le describe Morales, en San Isidoro, aunque no creemos que sea el primitivo de Alfonso VII, porque vemos en él las armas reales de León y Castilla, leones y castillos; que tienen que ser por lo menos del tiempo de San Fernando, después de 1230; también tiene San Isidoro en una mano una inscripción borrosa y una fecha clara, que es la de 1683; pero esa fecha se refiere a una reforma hecha en el bordado, aunque los arqueólogos no vacilan en clasificarle del siglo xiv, claro que ignorando que existe tal fecha.

Vamos a poner a título de curiosidad histórica, la lista de los últimos cofrades del Pendón de San Isidoro, existentes en 1858: «S. M. el Rey D. Francisco de Asís.—S. A. R. el Infante D. Alfonso, Príncipe de Asturias.—Sr. Marqués de Inicio, Conde de Rebolledo.—Sr. Vizconde de Quintanilla.—Sr. D. Pedro José de Cea.—Sr. Marqués de San Isidro, gentilhombre de S. M.—Sr. D. Gregorio León Santos Bernaldo de Quirós.—Sr. D. Guillelmo León Brizuela y Quirós.—Sr. D. Pablo León Brizuela y Quirós.—Sr. D. Domingo León Brizuela y Quirós.—Sr. Marqués de Montevirgen.—Sr. don Ignacio García Lorenzana y Cienfuegos.—Sr. D. Luciano Quiñones de León.—Sr. D. Gregorio Rabanal, Prior de San Isidoro.—Sr. D. Fernando Lucas, Canónigo de San Isidro, secretario de la hermandad». Hoy, extinguida en la ciudad la antigua nobleza, ha desaparecido la Cofradía, quedando aún, como recuerdo de la misma, la costumbre de recibir a S. M. el Rey, cuando visita a San Isidoro, con el Pendón de San Isidoro que se deposita en sus augustas manos cuando llega a la verja del atrio de la iglesia.

No sólo en León quiso perpetuar Alfonso VII la memoria del favor que San Isidoro le dispensó en Baeza, sino que en esta misma ciudad, dice Morales, libro XII, cap. XXI de la Crónica, puso el nombre de San Isidoro a la iglesia principal, y la hizo iglesia Catedral, dotán-

dola de grueso patrimonio, y con la advocación del Santo se conservaba inalterable la devoción al milagroso Doctor, al que la ciudad de Baeza hacía grandes y cariñosos homenajes, cuando escribía Ambrosio Morales.

Antes de terminar con los detalles del milagro de Baeza, llamamos la atención sobre la cláusula del privilegio dado en Palencia, relativo a la virginidad que habían de guardar las Infantas leonesas que quisieran gozar el honor del Infantado, al que iba anejo cierto Señorío sobre el templo de San Isidoro, cabeza y fundamento del mismo Infantado, y al que se agregaron, definitivamente, todas las prerrogativas y posesiones de éste cuando faltaron las Infantas. ¿Qué había en el templo de San Isidoro para inspirar tan profundo respeto a los leoneses, que prohibían tener Señorío sobre el mismo, ni aún prestarle protección, si no guardaban virginidad, a las mismas Infantas? ¡La veneración que inspiraba el Santísimo Sacramento, siempre en el mismo manifiesto, y el amor a San Isidoro obligaron a que el mismo Fernando I, en las Cortes que celebró en León, año 1063, impusiera esta ley a sus mismas hijas, la Infantas Urraca y Elvira! ¡Templo augusto del bendito Doctor de España, tú inspiras más profunda veneración a los leoneses, que a los romanos inspiraba el templo consagrado a Vesta! ¡También San Isidoro tuvo varios siglos vestales de sangre Real a su servicio!

D.^a Sancha, la favorecida *esposa* de San Isidoro, una vez que logró ver instalados en su amada iglesia de San Isidoro a los verdaderos canónigos, a los reglares de Pedro Arias, quiso ennoblecer el templo con privilegios singulares, a cuyo fin acudió a la Santa Sede, y logra que S. S. Eugenio III distinga el santuario venerado, la Real capilla de los Reyes de León, la augusta iglesia relicario del incomparable Doctor de España y trono benditísimo del Sacramento de la Eucaristía, entonces como ahora, en ella perennemente expuesto, con el título nobilí-

simo de «*Hija especial de la Iglesia Romana*», y muerto Eugenio III—de 1145 a 1153—vuelve a acudir a su sucesor Adriano IV—de 1154 a 1159—quien, asimismo confirma el glorioso título otorgado por su predecesor, título que luego amplía Alejandro III, con la ocasión que veremos, declarando a esta «*Hija...*» como «*de la especial jurisdicción y patrimonio de San Pedro*», y tomándola bajo su protección y la del mismo San Pedro, privilegios que han reconocido luego todos los Pontífices, aunque el de ser de la jurisdicción de San Pedro le perdió el 1859 por la Bula «*Inter plurima...*» que la colocó bajo la jurisdicción del Ordinario, pero aún sigue siendo «*Hija especial de la I. R.*».

Reemplazados los clérigos que servían el culto en San Isidoro por los canónigos de Pedro Arias, el Emperador, reconocido al bendito Patrono, comenzó a darle señales de su amor. En la «Era M. C. L. X'. V.º idus marcii», año 1152, dió un privilegio en Valladolid, cuando su hijo D. Sancho se armó caballero, y por él concede a la iglesia de San Isidoro, a su Prior D. Martino, y todos los que le sucedan en el monasterio de San Isidoro, que no paguen portazgos por cosa ninguna que a través del reino conduzcan sus hombres o sus acémilas. En la «Era M. C. L. X' I», año 1153, dió otro privilegio en Sahagún, en unión de su esposa D.^a Rica, hermana D.^a Sancha, y demás Real familia, por el cual concede al Prior Martín y sus canónigos de San Isidoro, y sus sucesores, que puedan poner en las viñas que fueron de Pedro Prior, sitas en León «*in monte aurio, et in monte frigido*», y todas las demás que poseen y en adelante posean «*propium vinadarium, y propiam cabana*», y además que nadie pueda prender sus cabalgaduras en todo el reino. En el mismo año que el anterior, dió otro privilegio a San Isidoro, «Era M. C. L. X' I, V.º idus octobris», en León, cuando regresó de Asturias donde dió el gobierno de aquel país a su hija Urraca, y en el tal privilegio concede

a la iglesia de San Isidoro, al Prior D. Martino y sus canónigos y sucesores, que todos los hombres de benefactoría, y los súbditos del Infantado, que quieran ser vasallos de la iglesia de San Isidoro y de sus canónigos, y bajo su amparo pongan también sus bienes, sean los tales hombres libres de pagar «*postam, pectam, trossadaria, rausum, homicidium, manaria*», y sean exentos de toda jurisdicción así del Rey como de otro cualquiera, y sólo respondan y sirvan al Prior de San Isidoro; concede también que todos los que posean heredades, que hayan recibido de la familia Real, puedan donarlas a San Isidoro; restituye a la iglesia de San Isidoro el privilegio de los doce excusados, que había ya gozado en tiempos antiguos, y consistía en lo siguiente: el primer día del año presentaba el Cabildo de San Isidoro ante el Consistorio de León doce hombres, y en virtud de este privilegio estos hombres quedaban libres de todo tributo o carga, y se empleaban luego en cultivar los quñones de San Isidoro en Renueva. Ya se sabe que hombre de benefactoría o behetría era el que tenía el derecho de elegir el señor que más le acomodaba, para que le amparase, defendiese e hiciese bien. El canon 13 del Concilio de León, año 1020, establece: «El hombre de behetría vaya libre con todos sus bienes y heredades donde quisiere». Hasta aquí hemos reseñado los favores de San Isidoro al Emperador y la correspondencia de éste a los favores del Santo; ahora veremos los grandes prodigios con que favoreció a la hermana del Emperador y cómo le correspondió la Infanta. (De otras donaciones del Emperador, y demás Reyes y particulares, a San Isidoro remitimos al lector a nuestra obra *Catálogo de los Códices y documentos de la Real Colegiata*.

CAPITULO XI

Continúa la relación de las maravillas y milagros de San Isidoro en tiempo de Alfonso VII, y se refieren las mercedes que hizo al Santo la Infanta D.^a Sancha

El dulcísimo Doctor San Isidoro, tan amante de todos los que a su protección y amparo se acogen, no podía permanecer indiferente con sus nuevos servidores, los canónigos reglares de Pedro Arias, venidos a su templo por disposición del mismo Santo, intimada al Emperador en el campamento de Baeza. Pocos días después del 6 de marzo del año 1149, vino a la iglesia de San Isidoro un hombre poseído del demonio, que le atormentaba cruelmente, y decidido a conseguir la salud, no quiso abandonar la presencia del médico celestial en tanto que no obtuviera la gracia de una curación completa y radical; varios días llevaba el enfermo en el templo, sin salir de él ni de día ni de noche, según costumbre de todos los enfermos que acudían al Santo Doctor, cuando una noche, al acudir al canto de Maitines los canónigos, el enfermo se postró ante el altar y reliquias del cuerpo santo para implorar la consecución de la tan ansiada gracia, y al punto se vió atormentado del demonio, que atronaba la iglesia con voces espantables; los canónigos suspendieron el canto de Maitines y rodearon al enfermo, cuyos atroces sufrimientos les movieron a piedad, y juntamente con él suplicaron a San Isidoro se dignara alcanzar la paz y salud para aquel desventurado; el demonio, a esta sazón, comenzó a gritar furioso y exclamar: «Isidoro me echa; Isidoro me echa», y luego salió del cuerpo del infeliz poseso, haciendo un estruendo horrisono y dejándole molido y atormentado,

Como los canónigos palparon la eficacia de su oración y la prontitud con que la despachó favorablemente el dulcísimo Patrono y nuevo Amo a quien comenzaban a servir, experimentaron una emoción indefinible, que se asomó a sus ojos arrasados de lágrimas, y se manifestó en una fervorosa acción de gracias dirigidas al bendito San Isidoro, por aquella primera fineza que les hacía, y «mandaron tocar todas las campanas, y todos ellos, con suave canto de boca y de corazón, dieron gracias y loores a Dios y a San Isidoro, que por aquel lanzamiento del demonio quiso alegrar por primera vez su presencia a los sus siervos canónigos reglares, nuevamente venidos a su servicio».

* * *

A la anterior fineza de San Isidoro para con sus canónigos, se sucedieron luego otras varias, entre ellas esta, acaecida a los pocos días: Había en un lugar no muy lejos de León, un pobre campesino, el cual tenía un hijo, ya en plena juventud, pero poseído del espíritu maligno, que le atormentaba cruelmente, y como no hubiera hallado remedio para tan espantosa dolencia, alguien les indicó las maravillas obradas por el bendito San Isidoro, en su sagrado templo de León, lo que les movió a venir ante su altar; así lo hicieron padre e hijo, y entrando en la iglesia se postraron ante el altar de San Isidoro y con toda la efusión de su alma atribulada, suplicaron les fuese otorgada la gracia de verse libres de aquel espíritu infernal, «conforme había hecho San Isidoro con todos los enfermos semejantes fatigados del demonio».

Llegó la noche de aquel día, y aún continuaba el padre del dolorido mozo orando delante del cuerpo de San Isidoro, hasta que cerca de la media noche, con el cansancio del camino hecho aquel día y la fatiga que le causaban los tormentos de su hijo, se quedó dormido: «llegó la hora de los Maitines y los canónigos vinieron la

coro para hacer su Oficio divino, como tenían de costumbre». y cantando los salmos, el mozo se vió libre del demonio, y recobró enteramente la razón y quedó completamente sano; y viéndose de esta manera comenzó a dar grandes voces llamando a su padre; éste despertó, y muy turbado, preguntó a su hijo por qué daba aquellas voces, pues el demonio no parecía atormentarle tan recio como solía; el mozo, lleno de júbilo, contó al padre y a otros muchos que allí estaban pasando la noche a la vera del Santo, lo que le había sucedido y dijo así:

«Sabed que dos nobles varones, vestidos y adornados de muy preciosas vestiduras, vinieron a mí estando vosotros durmiendo, y nos anunciaron a mí y a ese enfermo que está ahí a vuestro lado, que ya estábamos sanos, lo cual me dijeron por estas palabras formales: Nuestro Señor Jesucristo, por amor nuestro, ha restituido a tí y a aquel enfermo la salud que teníais antes de caer enfermos. Y como yo les preguntase quiénes eran, respondió uno de ellos: Yo soy Pedro, el Apóstol, y este es San Isidoro».

Había, efectivamente, aquella noche en el templo otro enfermo, tan rematadamente mal, que sólo tenía el esqueleto, y él por sí no tenía fuerzas para moverse en el lecho donde yacía; como estaba dormido, los que oyeron hablar así al mozo se llegaron a él, y después de despertarle le preguntaron cómo se sentía y cómo le iba con las súplicas que había elevado a San Isidoro para alcanzar la salud, a lo que respondió: Muy bien me va. ¡Quisiera Dios que yo durmiese siempre sueño tan dulce como este que ahora tenfa! Porque, en verdad, yo veía dos varones, señores muy gloriosos, que me daban la salud y el remedio de mi enfermedad, y cuando yo iba a preguntarles quiénes eran, me habéis despertado, y así no pude alcanzar lo que deseaba. Como los circunstantes le oyeron hablar de esta manera, sobrecogidos de religioso temor, le hicieron levantarse del lecho, por fuerza, para saber si

era una consoladora realidad su curación, y cuando estuvo en pie y notó consolidadas las plantas de sus pies y recobradas las fuerzas, y animado el esqueleto de su cuerpo por un hálito sobrenatural de nueva vida, el corazón, embargado de ternura y reconocimiento, quería salirse del pecho, y el alma, enajenada de placer, se le desbordó por los labios, y corrió ante el altar de su bendito bienhechor, juntamente con el otro que se vió libre del demonio, y cantaron con el salmista: «Oh alma mía, bendice al Señor. Señor, Dios mío, tú te has engrandecido mucho en gran manera; revestido te has de gloria y de majestad. ¡Oh, Señor, cuán grandes son todas tus obras! Todo lo has hecho sabiamente; llena está la tierra de tus tesoros. Yo cantaré toda mi vida las alabanzas del Señor; entonaré himnos a mi Dios mientras viviera; séanle aceptas mis palabras; todas mis delicias las tengo en el Señor». Y los mismos que estaban presentes a aquella escena maravillosa, les hacían coro cantando «con devotas voces y votos cuanto les era posible, infinitos loores a Dios por la salud que había dado a aquellos enfermos», y subyugados por la imponente majestad de lo sobrenatural, «sentían estar allí cerca la presencia de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y del glorioso confesor San Isidoro por un resplandor maravilloso que veían sobre sí, y por un olor suavísimo que todos ellos sentían. ¡Dichosos espectadores de estas maravillas, con cuánta devoción bendecirán al Señor! ¡Bienaventurados canónigos reglares, elegidos para ser cortesanos del gran Doctor San Isidoro, cuánta ternura y devoción, cuánto amor y rendimiento sentirían vuestras almas al verse favorecidas con tales maravillas y muestras de cariño de parte de Santos tan gloriosos! ¡Los Maitines de aquella noche feliz embelesarían a los coros angélicos!

No es extraño que los Santos Apóstoles acompañaran a San Isidoro en las maravillas de este milagro, pues

también ellos se hallaban en su propia iglesia, en la iglesia del bendito San Isidoro, aunque no es esta la ocasión de probarlo.

Nos parece ocasión oportuna para salir al paso a la despectiva sonrisa de los incrédulos si, por ventura oyen hablar de los posesos librados milagrosamente por Jesucristo, en su paso por este valle de lágrimas, y por sus Apóstoles y Santos de todos los tiempos: ¿cómo nos dicen que había tantos en otros tiempos, si ahora no hay ni uno sólo? Seguramente, toda esa doctrina de los endemoniados es pura fábula. Los que así arguyen al mismo sacerdote católico son hombres correctos y probos, según ellos mismos, aunque carecen de fe, y no practican los mandamientos de Dios ni los de la santa madre Iglesia, imagen perfecta del fariseo que subió al templo a orar y, sin pedir nada a Dios, hacía la apología de sí mismo; no era él «como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros»; antes, al contrario, hacía obras buenas, «pagaba el diezmo y ayunaba dos veces a la semana»; lo contrario del publicano, que se confesaba gran pecador. A estos fariseos de ahora les causa una repugnancia invencible el católico práctico, y muchos sienten un horror insuperable a las cosas santas, y hasta anidan en su corazón un odio satánico, profundo y personal hacia el mismo Jesucristo. ¿No es esto, Dios mío, la más cruel de las posesiones diabólicas?

Verdad es que hoy no abundan tanto los endemoniados con aquellas señales del Evangelio, pero existen y existirán siempre, aunque Lucifer adopte distinto disfraz; el que fué homicida desde el principio y atacó a nuestros padres en el paraíso; el que arrastró al género humano a la catástrofe del diluvio universal y de las ciudades nefandas; el que cautivó a los egipcios con los prodigios de sus magos, e igual a los demás pueblos gentiles; el que martirizó a Job y ahogaba a todos los maridos de Sara, mujer del joven Tobías; el que obligó a los mismos

judíos a la antigua Sinagoga, a instituir exorcistas que les libertaran de su tiranía; el que tiene por misión perseguir al hombre en esta vida y atormentarle en el infierno, ese no podía desvanecerse ni huir ante las locas carcajadas del filosofismo protestante y de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. ¿Cómo había de desaparecer, si ellos, precisamente, entronizan su tiranía?

Antes de que se diese carta de libertad por el liberalismo, para que el hombre pueda arrastrar las cadenas de todos los vicios e iniquidades, impunemente, la autoridad de la Iglesia servía de cerca a la viña de la sociedad cristiana, e impedía que las bestias feroces la hollasen; aún en las épocas más críticas y azarosas los pueblos alentaban una fe exaltada y un espíritu religioso ardiente y profundo; todavía hoy en los pueblos, no cristianos, a los que no han llegado las lacras del filosofismo incrédulo, cáncer que corroee las entrañas de los pueblos cristianos palpita la fe de lo sobrenatural, que les da fuerzas para sobrellevar las miserias de este valle de lágrimas. ¿Qué daño iba a experimentar Satanás entonces, haciéndose visible a los ojos de las muchedumbres? No les podía arrancar la fe, y con ella la esperanza del cielo, y se contentaba con hacerles cuanto daño le permitía Dios en sus cuerpos; ahora cambió la decoración; en las sociedades cristianas todos se bautizan y reciben en el Sacramento el hábito de las virtudes, con la gracia santificante; se educan cristianamente y aprenden la inmensa mayoría las verdades de la fe, y cuando la densa nube de la apostasía u olvido total de sus deberes religiosos, cae sobre ellos, el ver testimonios palpables del mundo sobrenatural, como el que ofrece un verdadero poseso, siempre es un aviso precioso, una gracia sobrenatural que les puede abrir los ojos y llevar al camino de salvación, y Satanás es demasiado listo para cometer semejante tontería contra sus intereses; las gracias para bien del hombre sobradas las recibe ya de Dios y de los San-

tos, y no debe esperarse tal cosa del demonio, a menos que Dios le fuerce a ello.

Hoy Satanás está entronizado, no ya en los cuerpos, en las almas de inmensas muchedumbres, y este endiosamiento suyo le sirve, ¡muy en grande!, para hacer a los cuerpos mucho mayor daño que hacía al de los antiguos posesos: arrancar al hombre, a la familia, a la sociedad, ese don inefable del cielo que los Angeles predicaban, para los hombres de buena voluntad en el portal de Belén, ese don que el dulcísimo Jesús, después de resucitado, no se cansaba de dar a sus discípulos: «Mi paz os dejo; mi paz os doy; la paz sea con vosotros», encomendándoles mucho, cuando les da instrucciones acerca del modo de predicar el Evangelio, que al entrar en las casas su saludo sea: «La paz sea en esta casa»; hace brotar en el corazón del hombre, de la familia, de la sociedad, la planta maldita de la soberbia, fomenta la lujuria y arraiga todos los pecados capitales; pone al mundo, enloquecido, «un anillo en las narices, y un freno en los labios», como los que llevó Sennacherib, rey de los asirios, y le arrastra por el despeñadero de la anarquía, obligándole a repetir su grito de guerra, el abominable «*non serviam*», y haciéndole creer que es libre entre los horrores de la más degradante esclavitud. ¡Qué locura, Dios mío, dejarse guiar por Satanás, con un anillo en las narices como las fieras salvajes, sufriendo los azotes crueles de enfermedades hediondas, la pérdida de la paz y al trallazo de la ignominia, del público desprecio y apartar los ojos de Vos, padre amantísimo, que tendéis los brazos al pecador y le decís: «Venid a mí... mi yugo es suave, mi carga es ligera»!

Los efectos de esta posesión diabólica están a la vista de todos: las enfermedades más espantosas han clavado sus garras en las entrañas de los pueblos *civilizados*; la paz se esfumó, y la vida del individuo, de la familia y de la sociedad es un verdadero infierno, que cristaliza en

trágicos suicidios, divorcios, rebeldías, infidelidades, odios satánicos, revoluciones infernales, ríos de sangre y cloacas de lujuria. ¡Y todavía se pone en duda la existencia de los endemoniados! Muchos de estos infelices, más que con esas leyes temporales que los sociólogos y estadistas inventan a diario, recobrarían la salud aplicándoles los exorcismos, o poniéndoles bajo la protección de Santos, como el bendito San Isidoro, y éstos les abrirían los ojos del alma, y como consecuencia, recobrarían la paz y la salud del cuerpo; ellos, ¡los infelices esclavos de Satanás!, no pueden acudir a esta fuente de salud, ni la ven sin horror porque el espíritu maligno ha invertido todo el orden de sus potencias y sentidos; así, pues, a los demás corresponde trabajar por la libertad de esos hermanos nuestros y sacarles de su triste esclavitud, y en especial a las madres, a las esposas, a las hijas, que van a la iglesia y frecuentan los Santos Sacramentos, incumbe el deber de rogar por los que en su casa padecen esta plaga, e insistir uno y otro día, con plegarias y penitencias, pidiendo su salud, porque esta clase de demonios, como nos advirtió el Salvador, «de nadie salen sino con la oración y el ayuno». ¡Cuántos de esos desgraciados, que intentan pasar plaza de hombres correctos, probos, ecuánimes, que, como el fariseo, no doblan las rodillas ante Dios, si hubiera quien de veras les pusiera bajo el amparo de Jesús Sacramentado, llegarían a verse libres de la tiranía infernal y se espantarían ante la inmunda cloaca de su conciencia de hombres correctos, e irían presurosos a purificarse en la piscina de los Sacramentos, saliendo de ella con los oídos despiertos para oír la voz de Dios, y la lengua expedita, para cantar sus alabanzas, llenando de admiración a los que les conocieron antes, los cuales darían gloria a Dios, exclamando con los judíos de Decápoli: «Todo lo ha hecho bien Jesús: él ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos».

A otra persona estaba obligado el bendito San Isidoro, por lo mucho que trabajó para restaurar el culto en su iglesia, y por la parte que tomó en la traslación de los canónigos a San Isidoro, y a ésta la correspondió el Santo de la siguiente manera; que transcribimos a la letra del Tudense: «Como la dicha Reina Doña Sancha, hermana del dicho Emperador Don Alfonso, morase en el palacio Real, que estaba pegado a la iglesia de San Isidoro, continuamente se ponía a orar a una ventana, que está en lo más alto de la pared de la nave mayor de la dicha iglesia de San Isidoro, en derecho del altar mayor, que se mandaba entonces por cierto aposento del dicho palacio; y por allí miraba y veía el santo cuerpo del glorioso confesor San Isidoro, o al menos el Arca en que yace dicho cuerpo Santo, y le rezaba sus devociones, y asimismo veía y oía por allí muchas veces los Oficios divinos que los canónigos hacían y cantaban en el coro y en el altar: y teniendo esto así de costumbre, acaeció que un día fué arrebatada en éxtasis y elevada sobre su natural sentido, y vió los cielos abiertos, y al gran Doctor San Isidoro, esposo suyo, muy resplandeciente con una claridad maravillosa, y sentado en un tálamo muy rico, guarnecido de oro y de piedras preciosas muy resplandecientes, entre muchos coros de Angeles y grandes compañías de vírgenes muy blancas, el cual, con voz muy clara y suave, le dijo estas palabras: Hermana mía mucho amada y esposa mía muy dulce: este es el tálamo que el Señor tiene aparejado para tí si procurases guardar la virginidad que me has prometido, sin corromperla en tu voluntad; y ahora, porque este lugar en que estás es consagrado al Señor y muy junto con la iglesia, pártete de este palacio, y edifica otro para tí, y da este a los mis canónigos, porque no conviene a persona seglar morar en él corporalmente o con osadía, y aunque tú te has ofrecido a Dios por el voto de la virginidad, y yo amé siempre las mujeres devotas, más nunca tuve por bien

que ellas, corporalmente, residieran cerca de mí por mucho tiempo.»

«Dichas y oídas estas palabras, cesó la visión y tornó la Reina en sí e hizo llamar al Santo varón Pedro Arias, Prior de San Isidoro, con sus canónigos, y dióles luego el sobredicho palacio, y con alegre lloro y piadosa devoción, les contó la visión susodicha, y fuése luego con ellos el santo cuerpo de su sacratísimo esposo, dando al Señor, con las entrañas de su corazón, infinitas gracias y loores, y haciendo muchos sacrificios por los bienes celestiales que así la eran prometidos; y era tanta su devoción y el derramar de sus lágrimas, que hacía llorar a todos cuantos estaban presentes. Hecho aquello pasóse a otra casa, que estaba en la plaza de la dicha iglesia de San Isidoro, y cualquier persona seglar, mayormente mujer, que de allí adelante quiso quedar en el dicho palacio para morar en él, o ejercitar allí los actos carnales, sintió bien la ira e indignación de Dios sobre sí y sobre sus cosas, y después de recibir muchos daños se partió de allí por fuerza. Y la dicha Infanta Doña Sancha, por mandado de su hermano, era acatada y tenida por todo el pueblo como Reina... y nunca se quiso casar, ni conoció varón; antes permaneció siempre en el propósito de la virginidad, y confesaba tener por su esposo espiritual a nuestro glorioso confesor San Isidoro.»

Para que los devotos que frecuentan la iglesia de San Isidoro puedan darse cuenta de lo narrado en el anterior prodigio, han de tener presente que la iglesia entonces no tenía el actual coro de piedra, obra del siglo xv, sino que siempre que se menciona el coro, se entiende el sitio que ocupaba el clero en los Oficios divinos, cerca del altar mayor, y casi seguramente dentro de la verja del mismo, y cuando no, en el crucero, ante la misma verja. La ventana donde oraba la Reina Doña Sancha se ve bien desde la capilla mayor, y es la que está encima del órgano, casi tocando con la bóveda de la nave mayor.



Magníficos tejidos de Oriente, árabes, siglo XI.

El palacio estaba donde está la biblioteca, al mediodía del Panteón de Reyes.

* * *

La piadosa Reina D.^a Sancha, siempre solícita por ennoblecér la iglesia de San Isidoro, procuró con mucha solicitud poseer alguna reliquia del sagrado leño de la Cruz en que expiró Nuestro Señor Jesucristo, y para alcanzar el logro de este deseo, se valió de los religiosos templarios y hospitalarios, a los cuales hacía muchas y grandes limosnas, en recompensa del favor que ellos la hacían, trayéndola muchas reliquias de Santos de diversos puntos de la cristiandad, los cuales, principalmente, depositaba en la iglesia de San Isidoro; cuando logró ver realizado este deseo, mandó hacer cuatro cruces de oro y de plata e hizo partir en cuatro partes aquella gran reliquia del madero del Señor, y asentar cada parte en cada una de las dichas cruces; y tenía en tanta estima estas reliquias, que no las cambiara por todos los tesoros del mundo. Una duda, sin embargo, martirizaba su alma y anhelaba cerciorarse si aquellas reliquias eran realmente de la santa Cruz, y para disipar esta duda suplicaba constantemente a San Isidoro que la alcanzara de la bondad y misericordia infinitas de Dios, la gracia de quedar cierta de la realidad o mentira en aquel negocio que tanto la interesaba.

Cierta noche, después de terminadas las últimas oraciones con que ponía su alma en manos de Dios, antes de abandonar su cuerpo al descanso necesario del sueño, acostada ya en el lecho, y en una especie de sopor, que ni era el sueño, ni tampoco la vigilia, tuvo la siguiente visión: «Se le apareció un joven de inestimable hermosura, en hábito de caballero, y muy ricamente vestido con una ropa de carmesí guarnecida de oro y piedras preciosas, y la dijo estas palabras: Sancha, esposa muy amada del Doctor San Isidoro: el Señor ha oído tus ruegos por amor de tu esposo; sabe que tú tienes parte de aquel

madero del Señor, en el cual estuvo colgada la salud del mundo, y por el cual trastornó las pompas del demonio, y por el cual, asimismo, los Santos que estaban cautivos fueron librados y volaron a los gozos del cielo; y para que más ciertamente puedas conocer que es verdad lo que te digo, manda encender fuego dentro de la reja de nuestro altar y capilla, y echa en aquel fuego el precioso madero que tienes de *ligno Domini*, y verás muy claramente su virtud. Díjole la Reina: ¿Quién eres tú, Señor, que tales cosas me dices? Respondió él: Yo soy Vicente, mártir, hermano de Santa Sabina y Santa Cristeta, mártires de Jesucristo, que reposo con tu esposo San Isidoro en el su altar, por compañera caridad; y dichas estas cosas desapareció aquel Santo que las decía».

Fácil es de suponer qué consolada quedaría la devota Infanta con esta visita celestial, y así no se cansaba de dar gracias a Dios por tan inefables beneficios como se dignaba otorgarla, y levantándose del lecho mandó al punto llamar al angelical varón Pedro Arias, Prior de San Isidoro, y a sus canónigos, y en presencia de las muchas personas nobles que para servirla y agasajarla vivían en su compañía, les contó, con toda clase de detalles, la visita recibida del glorioso San Vicente, mártir.

Los caballeros adelantaron luego su parecer, esperando contemplar maravillas, de que se probase por el fuego si era verdad la revelación, y accediendo la Reina, se encendió un gran fuego dentro de la reja, y ante el altar de San Isidoro, y luego se pusieron en oración, pidiendo a Dios que por los méritos de San Isidoro y San Vicente se dignara hacerles patente la novedad de aquel milagro, y la Reina con más fervor y devoción que los demás. Acabada la oración, ordenó la Reina a un canónigo de vida ejemplar y santa, llamado D. Martino, que arrojase al fuego la menor de aquellas cuatro cruces que ella tenía, y en las que estaban engastados los dichos pedazos del *ligno Domini*, y antes hizo en voz clara una súplica

al Señor, a fin de que mostrara la maravilla, no para satisfacer la curiosidad de los presentes, sino para acrecentar la fe de su pueblo, y que no la imputara a osadía semejante petición, antes bien, se dignara oírla benigno por los merecimientos de San Isidoro y de San Vicente, mártir.

Así como la cruz fué arrojada al fuego, luego «fué vista ser encendida y arder toda, y de allí a un poco resplandeció en ella tan grande claridad, que no había ojo de persona humana que pudiese sufrir la fuerza de la luz y resplandor que salía de ella: dábanse todos los presentes muy grandes golpes en sus pechos, y estaban espantados y pasmados de ver cosa tan admirable, pero luego después de esto sucedió otra cosa de mayor maravilla: saltó del fuego la dicha cruz, y fué por las manos de los Angeles tomada y colocada en el altar de San Isidoro, y estando allí fué vista arder hasta la hora de vísperas, y ninguno osaba llegar al altar».

«Otro día siguiente fué la Reina con el reverendo padre Pedro Arias, Prior, y aquel presbítero Martino susodicho, y llegaron al altar, y tomaron la cruz, y mostráronla a las gentes infinitas, que allí vinieron a adorarla, y salía de ella un olor tan grande y tan suavísimo, que todos, a una voz, clamaban y decían, que no era posible sino que aquella bendita cruz había venido del paraíso del Señor: y se maravillaban mucho todos de ver que la dicha cruz, y el oro y la plata de ella en que estaba metido el *ligno Domini*, y los manteles que estaban sobre el altar, todo parecía antes que ardía y se quemaba, y después no pareció señal ninguna de fuego en todo ello. De allí adelante resplandeció la victoria celestial en la dicha cruz, de tal manera, que daba salud a los enfermos y lanzaba los espíritus malignos, y mayormente se ve en ella una virtud muy señalada, y es que cuando una casa se enciende, si ponen la dicha cruz hacia el fuego donde la casa se quema, luego la llama se vuelve para la otra parte, de modo

que el fuego dañoso huye de la cruz del Señor: y yo, por mis propios ojos, he visto ya la experiencia de esto por dos veces, y lo vieron asimismo otros muchos hombres y mujeres, que serían más de mil personas; de aquí se muestra, claramente, ser la dicha cruz del mismo madero santísimo de nuestro Señor Jesucristo, en la cual su divina bondad fabricó la salud del linaje humano.»

La Reina Doña Sancha dió la mayor de las cuatro cruces a la iglesia de San Isidoro, la segunda a la Catedral de León, y la tercera a los monjes de Sahagún, y una partecita al Monasterio cisterciense de Carracedo, fundado por ella, más la del milagro del fuego la guardó para sí y no se separó de ella mientras vivió, y después de su muerte ordenó que se diera a la iglesia de San Isidoro, juntamente con otras reliquias que poseía, y con todos los ornamentos y joyas de su capilla, como así se cumplió; los canónigos de San Isidoro llevaron a su Casa de Nuestra Señora de la Vega de Salamanca la primera reliquia de la Cruz, y en León se quedaron con la del milagro, la cual está dividida en dos crucecitas, y estas crucecitas se juntaron, en el siglo XV, en un común relicario, que es una cruz de altar, con cuatro brazos, como las arzobispales, y superpuestas, en medio de los brazos de la grande, las dos pequeñas de oro con las reliquias: es la cruz grande, de plata sobredorada, como de unos cuarenta centímetros de alto, y de una filigrana tan fina, que parece la hicieron como los encajes de seda; en el pie tiene una inscripción gótica, en grandes y hermosos caracteres, que dice: «Esta es la Cruz del milagro».

Como se ve, por la cita del Prior Pedro Arias, estas finezas de San Isidoro hacia su amada Infanta D.^a Sancha, tuvieron lugar el mismo año de su venida a San Isidoro, por que Pedro Arias falleció el año 1150, el 5 de mayo, y su sepulcro aún se conserva intacto, por una providencia especial; aún parece pudiera afirmarse que fué a fines del año anterior o principios de 1150, por que

la Infanta D.^a Sancha quiso demostrar su reconocimiento a San Isidoro y San Vicente de Avila con un privilegio, que dió el mismo año de 1150, en el cual dona al Prior Martino y sus canónigos y sucesores, la iglesia de San Pedro de Vilecha, para que con las rentas y diezmos de la misma contribuya al alumbrado perenne de las lámparas de San Isidoro; tiene la data de «VI^o Kal. Novembris», 27 de octubre; al año siguiente de 1151, el mismo día 27 de octubre, vuelve a otorgar otro privilegio a favor del Prior Martino Muñoz y de sus canónigos y sucesores, donando a la iglesia de San Isidoro la presa que sale del río Torío en término de San Feliz, para que la guíen y traigan por el convento para su limpieza, y la gobiernen y manden desde que sale de dicho río hasta que vuelva a entrar en el Bernesga, sin que en toda la presa persona alguna pueda edificar molino, ni hacer represa, ni dividir arroyo de agua, sin licencia del Cabildo de San Isidoro. Hasta hoy conserva esta presa el nombre de «Presa de San Isidoro», y aún no hace un siglo que el Abad era el Señor de esta presa y el encargado de su conservación.

El día 27 de octubre, data de ambos privilegios, es el día en que se celebra la festividad de San Vicente, mártir de Avila, cuya aparición a la Infanta parece tener relación íntima con ellos, aunque debemos consignar que entonces, en San Isidoro, según hemos visto en el Martirologio usado aquellos años, la fiesta de San Vicente se celebraba el día 26 de octubre, aunque esto nada resta de su valor al testimonio que queremos deducir de tales privilegios dados por la Infanta para corresponder al favor del Santo, no el mismo día de su fiesta, para mostrar más respeto a su santidad, sino al siguiente.

El Tudense pone a continuación de los milagros anteriores, narrados, como prometió, en orden riguroso de tiempo y antigüedad, el del clérigo resucitado en Orzonga, y luego salta a otros anteriores al mismo, y para que

no se acuse de informalidad a nuestro autor, notaremos que al final de la narración del suceso del clérigo resucitado, da por cerrada la narración de los Milagros y anuncia que, omitiendo otros muchos, pasa a referir la vida de Santo Martino, cuando le sea posible, por que entonces no podía morar «en nuestra tierra, a causa que los enemigos de la fe cocean contra nosotros»; de donde se deduce que, acosado por los albigenes, tuvo que partir de León y suspendió la obra de los Milagros, que luego volvió a continuar con más milagros de San Isidoro; dejaremos, por tanto, para su lugar correspondiente el milagro del clérigo resucitado, y ahora continuaremos siguiendo el orden cronológico de los mismos.

* * *

El último milagro de San Isidoro, en vida de la Infanta D.^a Sancha, fué el siguiente, ya en el reinado de Fernando II, hijo de Alfonso VII, murió en 21 de agosto de 1157, y como D.^a Sancha, su hermana, falleció el último día de febrero de 1159, el portento que vamos a referir hay que fijarle en el verano de 1158.

Una gran sequía tenía agostados ese año los campos de toda la comarca leonesa, y los pueblos, siguiendo la costumbre que entonces había en el país, no sólo hacían procesiones y rogativas como al presente, sino que sacaban, donde las había, las reliquias de los Santos para alcanzar del cielo, por su intercesión, el beneficio de la lluvia u otro que pidiesen; los de León tomaron el Arca con el cuerpo santo del bendito San Isidoro, y también le sacaron en procesión muy devota, yendo muchos con los pies descalzos y todos cantando himnos y dulces salmos, hasta un sitio, cerca del pueblo de Trobajo del Camino, donde el cuerpo santo se hizo tan pesado que los presbíteros que lo llevaban sobre sus hombros se vieron forzados a dejarle, y acudiendo otros a reemplazarles, encontraron que no había fuerzas humanas capa-

ces a mover carga tan preciosa; se hizo un gran revuelo entre la multitud de los vecinos de León, y empezaron a murmurar de los sacerdotes, como si fuera un milagro fingido por ellos la pesadez de las sagradas reliquias, y en grupos desfilaron ante el Arca santa, intentando levantarla y proseguir la procesión, aunque todo fué inútil; asombrados todos y llenos de pesadumbre ante tal contrariedad, no sabían qué determinación tomar en aquel caso, y aunque se hallaban en pleno estío y el sol radiante sobre un cielo límpido y despejado, derramaba lumbres sobre el concurso de fieles que rodeaban el Arca del Santo, ninguno osaba desampararla; Dios premió su devoción muy prontamente, por que a poco de hacerse inmobiles las reliquias, toda la diafanidad del aire se trocó en una lluvia copiosísima, que tampoco les auyentó del lado del dulcísimo Patrono, y mandaron a la ciudad a pedir con qué defenderse de la lluvia, que tanto les regocijaba, pero que no bastaba a templarles el dolor de no poder volver a León el cuerpo santo.

La noticia del prodigio llegó a conocimiento del Rey D. Fernando II, que se hallaba en Benavente en aquella coyuntura, y así como lo supo se indignó en gran manera contra los vecinos de León, y les escribió recriminando su loca osadía de sacar el cuerpo santo del bendito Patrono y ordenando, que allí donde las sagradas reliquias se habían hecho inmobiles, erigieran un Monasterio para albergarlas. Esta reprensión del Rey acabó de colmar su corazón de amargura, y acudieron como a su paño de lágrimas, a la Infanta D.^a Sancha en súplica de remedio, la cual también se hallaba ausente de León, y así como supo lo que pasaba con el Santo bendito de sus amores, «llorando y velando se fué a gran prisa para aquel lugar».

«Y así como la Reina llegó, la Comunidad y vecinos de León hicieron juramento solemne de nunca más sacar el cuerpo santo de su iglesia si él quisiera ser tornado a

ella; y asimismo la dicha Universidad y los pueblos allí representados hicieron voto de pagar, para siempre, cada año, cierto censo a San Isidoro, si tuviese a bien ser tornado a su iglesia, y todos se obligaron a observar allí mismo un ayuno de tres días», para obtener la gracia tan anhelada, y la Reina les pasó sin dormir, y en perpetuo llanto al lado del Arca, bañando con sus lágrimas el suelo en que reposaba, y pasados los tres días hizo esta oración: «Ay! de mí, esposo mío muy amado. ¿cómo te has enojado tanto contra mí, y no oyes a la tu mezquina esposa? Yo, por tu amor, menosprecié las bodas y dejé de casarme con Rey, y ahora, menospreciada de tí, soy desconsolada y desamparada de todos los bienes. ¡Oh muy amado esposo, óyeme ahora y duelete del pueblo de León, que llora por verse desamparado de tu ayuda y compañía! Tórnate, bendito confesor, tórnate al monasterio de León, que mis padres y antepasados edificaron para tí muy devotamente». Y diciendo la Reina estas cosas y otras expresiones semejantes que la sugería su amor, lloraban todos cuantos la oían, y se levantó un gran clamor entre la multitud, y D.^a Sancha se acercó a las andas y, al tocarlas, notó que se movían como una pluma las dichas andas y el Arca sagrada que sobre ellas reposaba, y entre el espanto y reverente temor de cuantos presenciaban la escena, cuatro niños pequeños levantaron las andas y echaron a andar con ellas hacia León con suma facilidad, cuando aún sin el prodigio, cuatro hombres robustos, con dificultad, podrían hacer otro tanto.

Como la Reina y el pueblo vieron este nuevo prodigio, a una voz, animaban a los niños para que no pararan hasta llegar a León y colocarle de nuevo en su iglesia. «porque este Santo glorioso no quiere ser llevado sino de los niños vírgenes, y así los cuatro muchachos trajeron el cuerpo santo para su iglesia, viniendo en pos de ellos los pueblos, con mucho gozo y grandísima devo-

ción, alabando a Dios que tan maravilloso se muestra en este su santo confesor».

En el mismo sitio en que las sagradas reliquias obraron estos prodigios, dice el Tudense, «hicieron los pueblos una devota ermita, a honor del glorioso confesor, que se llama San Isidoro del Monte, donde muchas veces suelen ir las gentes en sus necesidades a pedir la misericordia de Dios por los méritos e intercesión de San Isidoro, y consiguen lo que solicitan en sus peticiones». El Doctor Aller, Códice 94, dice, en la primera mitad del siglo xvii, que todavía en su tiempo seguía la devoción a esta ermita, donde concurrían el día de San Isidoro con procesiones, y desde San Isidoro del Monte pasaban con sus procesiones al Santuario de Nuestra Señora del Camino, «siendo admirable, dice, el concurso y devoción de este día por juntarse en concertadas procesiones los lugares del Bernesga Sobarrriba, Valduncinas y Páramos. El Obispo actual, D. Bartolomé Santos de Riso- ba—de 1633 a 1649—ha mandado que no se hagan procesiones de más de media legua, y así cesa esta memoria con desconsuelo de los devotos del Santo Patrono».

Aún no ha desaparecido totalmente esta memoria, como temía el Doctor Aller, pues los Ayuntamientos, por él citados, ese día de San Isidoro continuaron visitando la ermita, mientras duró en pie, y aún hoy día continúan presentándose en el Santuario de la Virgen del Camino, en la persona de sus alcaldes y concejales y en algunos Ayuntamientos del Juzgado, y allí hacen a la Virgen del Camino la ofrenda que antes hacían a San Isidoro en la ermita de Trobajo; y ese mismo día de San Isidoro el pueblo de León, a pesar de que hace cerca de un siglo que se arruinó la ermita, continúa concurrendo a Trobajo del Camino, donde se hace fiesta profana en la pradera, al occidente del pueblo, cerca del sitio donde estuvo la ermita, testimonio perenne y secular del prodigio. Aún se descubren, entre zarzas y maleza, los cimientos de

esta histórica y memorable ermita, al lado del antiguo camino francés a Compostela, fuera del pueblo y en dirección a la Virgen del Camino. Los autores del siglo XVIII, como el P. Manzano, etc., aún la mencionan existente. ¡Así continúa aún la «Universidad de los pueblos representados» en la procesión milagrosa, cumpliendo el voto hecho al bendito Patrono el año 1158!

¿Y la ciudad de León? Esta cumplió el voto y juramento de jamás volver a sacar de su iglesia al dulcísimo Doctor, y como los pueblos hacían su ofrenda al Santo en Trobajo, el Ayuntamiento de León la hacía al mismo tiempo en su iglesia de León, e igual sigue haciéndola hasta el presente, siendo la más clásica y popular de todas las fiestas religiosas de León; el pueblo, que acude a presenciar la entrada y salida de los Señores del Ayuntamiento, la llama la fiesta de las «cabezadas», por el ceremonial de la misma, heredado de nuestros abuelos, y ya sólo en ella usado; asiste el Sr. Alcalde, con los concejales, maceros, etc., y traen a ofrecer un cirio grande a San Isidoro, protestando que lo hacen por devoción, con la contraprotesta del canónigo fabriquero, que dice aceptarlo como foro. He aquí cómo describe al Sr. Obispo Trujillo esta fiesta el año 1586, D. Antonio Ortiz, canónigo de San Isidoro, en su obra dirigida al citado Prelado y titulada «Del origen, antigüedad y desarrollo del Orden canónico, y en espscial de los canónigos de San Isidoro»; código 91: «Por cierta concordia antigua entre el Obispo de León y su Cabildo y el Abad y su Cabildo de San Isidoro, ha de venir el Obispo de León y sus canónigos, en procesión solemne, a esta iglesia y decir el Obispo Misa de Pontifical... y por ser la fiesta de mayor solemnidad la del día de San Isidoro, vienen siempre ese día el Obispo y Cabildo, y también el Regimiento de la ciudad con las Justicias que traen a ofrecer un cirio grande a San Isidoro en nombre de la Ciudad, por voto antiguo, y este cirio sirve cada año de cirio Pascual, y dice

la Misa el Obispo con gran solemnidad y mayor auditorio de Cabildo, Religiones, Ciudad y pueblo, que nunca se junta en León». Algo de solemnidad va perdiendo la típica fiesta de las «*cabezadas*», siempre honrada con la asistencia del Sr. Obispo de León, pero aún se celebra y sigue cumpliéndose el voto a San Isidoro. Todo esto, ¿no es una profesión secular, milenaria, de la existencia del milagro? Después del prodigio murió la Infanta Doña Sancha, la mística esposa de San Isidoro, y su cuerpo, incorrupto, yace en el primitivo sepulcro de piedra dentro del Panteón de Reyes. Las aventuras de este cuerpo venerable con los invasores franceses y con los revolucionarios de la *gloriosa* del año de 1868 llenarían varias cuartillas. (Véase nuestro trabajo sobre esto en la «Crónica de León», año 1925). Los canónigos de San Isidoro, haciendo justicia a sus extraordinarias virtudes y excelente santidad, incluyeron su nombre en el Martirologio apenas falleció, con esta memoria, puesta al fin del mes de febrero: «Obiit famula dei infans dona Sancia soror Adefonsi impatoris. Era M.C.LXXXX.VII». Fernando I, Doña Urraca y su hija Doña Sancha, fueron las únicas personas Reales que alcanzaron este póstumo honor.

Advertimos que, en los Milagros sucesivos, el Tudense ya no guarda orden de tiempo ni lugar, ni marca fechas, por lo que será más difícil precisar la fecha de cada cual, y nosotros les iremos ordenando por el orden cronológico, como hemos hecho hasta aquí.

CAPITULO XII

Portentos y maravillas del bendito San Isidoro, a favor del Rey de León, D. Fernando II, y de las grandes mercedes con que correspondió el Rey a su celestial Patrono

Los canónigos, sólo mercedes, gracias y honores habían recibido desde su entrada en San Isidoro de León; pero su dueño y Señor quiso enviarles la prueba de la persecución, para que acabaran de conocer su gran poder delante de Dios y la providencia singularísima que vela sobre ellos; como tiernos infantes, sólo caricias reciben al principio; mas cuando aparecen varones robustos, Dios les encomienda trabajos rudos, para que les den cima con el auxilio de su divina gracia. Cuando la tempestad descarga sobre las hondonadas, quedan éstas convertidas en charcas pestilentes; mas si los rayos y turbonadas se desencadenan en las cresterías de la sierra, al pasar las nubes las dejan más puras, hermosas y brillantes; veamos cómo salieron de la prueba los siervos de San Isidoro.

Después de muerta la Infanta D.^a Sancha, su sobrino, el Rey D. Fernando II, se casó con una dama llamada D.^a Teresa, la cual, sin que se sepa la causa—¡Dios, que así lo permitía!—empezó a perseguir a los canónigos de San Isidoro y hacerles todo el daño que podía por diversos caminos, y solicitaba al Rey, de continuo, para que les quitara de la iglesia de San Isidoro y se la diera a monjas, y, cuando no, que la convirtiera en Catedral y trajera a ella a los canónigos de Santa María de Regla, ayudándola mucho en esto último el Obispo D. Juan, consiguiendo, al fin, que el Rey accediera a trasladar la Catedral a San Isidoro; con muchas recomendaciones de la

familia Real y del Obispo, fué a Roma un Arcediano llamado Veremundo, a implorar del Papa el permiso para trasladar la Catedral a San Isidoro, y sin gran dificultad alcanzó una Bula con el beneplácito y consentimiento Apostólico.

Llegó a León el Arcediano, de vuelta de Roma un miércoles, día de mercado, y, como tal, de mucha concurrencia de los aldeanos a León, y aconteció que, al pasar por la plaza el Arcediano Veremundo, Dios permitió que en ella se le cayera la Bula alcanzada en Roma de Su Santidad contra los canónigos de San Isidoro, a la sazón que por allí pasaba un aldeano, vecino de Villaseca, y, como tal, vasallo de San Isidoro, quien al ver el pergamino en el suelo le recogió y llevó a su aldea, ignorante de lo que contenía, y llegado a su casa cortó el plomo de la Bula y se le dió a un niño suyo pequeñito para que jugase con él; y Dios, que todo lo va disponiendo suavemente para obtener los fines que intenta, llevó aquel mismo día a casa del aldeano de Villaseca, al Prior de San Isidoro, que se llamaba D. Pelayo, y como vió al niño jugando con aquel plomo, le examinó, y viéndole nuevo y reciente, preguntó a la madre quien había dado aquel plomo a su hijo; ella le mostró la Bula encontrada por su marido en la plaza de León, con sus cuerdas de seda, de las cuales pendió el plomo antes, y como empezase a leerla, se asombró de su contenido y la trajo consigo para León, mostrándosela a los canónigos, que no se espantaron menos de aquel golpe inesperado, y por consejo del Prior acudieron a su bendito Patrono pidiéndole les alcanzase la misericordia divina para aconsejarse y acabar con el partido que les convenia tomar.

Había entonces un venerable canónigo en San Isidoro, llamado D. Martín, el cual, apenas oyó la relación del Prior D. Pelayo, sin poder contenerse dijo que aquello era milagro manifiesto de San Isidoro, y así que le imitaran a él y sólo se preocuparan de dar gracias al ben-

dito Patrono, tan solícito en defenderles, que antes de que ellos sospecharan la existencia del peligro que les amenazaba, ya él le había vencido, no consintiendo que sus siervos fueran arrollados. ¡Como dirían con el salmista!: «Oh, Dios, tú nos desechaste... pero te apiadaste de nosotros. Danos tu socorro en la tribulación, porque vana es la salud que viene de parte del hombre. Con Dios haremos proezas, y El aniquilará a nuestros enemigos».

El Arcediano Veremundo, apenas llegó a su casa; deseoso de participar al Obispo el feliz éxito de su embajada, abrió la maleta donde había guardado la Bula del Papa, y como no la halló revolió cuidadosamente todo su equipaje, creyendo volverse loco con aquella extraña novedad que hacía inútiles todas las fatigas y diligencias de su viaje. Cuando supo cómo se había perdido la Bula, y cómo y quién la había hallado, no vaciló un instante en atribuirlo todo a manifiesto milagro de San Isidoro, y desde aquel momento se trocó en su más ferviente y devoto admirador, pasando el resto de sus días ocupado en «escribir muchos metros y alabanzas a Dios y a su glorioso confesor San Isidoro».

«Y el Reverendo Padre Don Juan, Obispo de León, conociendo y confesando lo mismo, loaba a Dios cuanto le era posible, y propuso firmemente nunca más molestar a los siervos de Dios, los canónigos reglares del dicho Monasterio».

* * *

No acaeció lo mismo a la Reina D.^a Teresa, que se encontró más con el fracaso del viaje a Roma, y aunque se vió abandonada del Obispo, continuó poniendo lazos y asechanzas a los canónigos, bien resuelta a que abandonaran a San Isidoro; llegó a ponerles en tanto aprieto, que el Abad de San Isidoro, llamado D. Menendo, juntó a consejo secreto al Prior y otros más ancianos y graves de la Casa, para buscar un medio de aplacar el enojo de

la Reina; no se les ocurrió que su bendito Patrono era la columna de hierro y el muro de bronce contra el cual se estrellarían todos sus enemigos, antes pensando hallar remedio en los dictámenes de la prudencia humana, acordaron hacer a la Reina un obsequio de gran valor, que la tornara propicia, y así fundieron una cruz y unos candelabros de plata de la iglesia «en que habría hasta unos cincuenta marcos de plata», y a esto agregaron otros objetos de valor, y el Abad D. Menendo se lo dió a la Reina. ¡Qué ceguedad no continuar confiando en el patrocinio del bendito San Isidoro, y hasta disipar así las joyas y tesoros del mismo Santo! Dios permitió esta flaqueza de sus siervos para hacer resplandecer más y más su admirable providencia; estaba la Reina próxima a dar a luz, cuando recibió el regalo, y apenas salieron de su Cámara aquellos que se lo entregaron, cuando se sintió acometida de dolores semejantes a los del parto, pero mezclados con tales angustias y paroxismos, que luego conoció no ser aquello natural, y como el dolor iba en aumento, llamó a un capellán suyo y le ordenó que devolviese aquellas joyas y dinero a San Isidoro, «mas aquellos que tenían el dinero en guarda, como vieron que la Reina estaba para morir se no la obedecieron», y luego perdió el sentido y daba grandes voces, como loca, diciendo: «Oh San Isidoro, ¿por qué me atormentas así?», y al cabo de tres días, en los cuales fué creciendo el dolor y la fatiga, «reventó por mitad del vientre, y dió el ánima ella y la criatura que tenía dentro», y luego se la dió sepultura en la capilla de los reyes.

La noche siguiente, estando durmiendo los canónigos, uno de ellos «que era presbítero y persona de cuyas costumbres y religión todos daban buen testimonio, el cual se llamaba D. Marco», vió ante su lecho un varón muy majestuoso que le despertaba y decía: «Levántate y sígueme». Obedeció y le siguió hasta el Panteón de los Reyes, y ya en el, vió el claustro lleno de bienaventurados que

alababan a Dios y decían: «La gloria del Señor es bendita en este lugar», y estando él gozándose mucho en esta visión «vió como la Reina del cielo y Madre de Dios, Virgen María, estaba en la dicha Capilla de los Reyes, y vió, así mismo, al glorioso confesor San Isidoro cerca de ella, y que la decía: Oh Señora, mira cuántos males hizo la Reina D.^a Teresa a este tu Monasterio, que aún las insignias de plata y ornamentos que D.^a Sancha, mi esposa, dió y consagró a tu Hijo precioso en esta iglesia, fundidos los tomó y recibió de los tus siervos. Estaban también presentes los Reyes que yacen sepultados en la dicha Capilla, los cuales, asimismo, se querellaban de la dicha Reina. A esta sazón llamó San Isidoro al dicho canónigo D. Marco, y le dijo: Dirás al Prior y los canónigos todas estas cosas que estás viendo y que no ensucien este santo lugar, donde la Madre de Dios y el colegio de los Santos vienen muchas veces y a menudo, y porque mejor te crean, delante de todos dirás al Abad D. Menendo y a los otros más viejos que fueron con él en el consejo, como ellos, sin saberlo los otros canónigos, fundieron la cruz y los candeleros de plata, y diles que no sean negligentes en las cosas debidas al servio de Dios, porque aquí estamos presentes para premiar a los diligentes y castigar a los perezosos».

Dicho esto, la Reina del cielo ordenó que presentaran allí a la Reina Doña Teresa, «y luego asomaron dos espíritus malos, muy feos, que salían del caracol, por donde se sube a la torre de las campanas, el cual está hacia un rincón de la dicha Capilla, y traían a la Reina Doña Teresa, vestida de una camisa de pez muy corta y estrecha, y venían azotándola con látigos de fuego, de modo que venía toda encendida y quemándose. Dijo entonces San Isidoro a Don Marco: Dirás a tus conca-nónigos que esta Reina nunca será purgada hasta que todos ellos en común ofrezcan por ella el sacrificio saludable; y debéis saber que la Reina Doña Teresa tuvo

contrición antes de la muerte, y con los grandes dolores que sufrió quedó pagada parte de la pena merecida por su culpa, y también porque se mandó sepultar en esta iglesia»; y dicho esto, desapareció la visión.

Al día siguiente contó D. Marco en el Capítulo su visión, y el Abad y los ancianos reconocieron su falta, y todos, unánimes, hicieron tocar las campanas y cantaron una solemne Misa de Requiem por el alma de la finada Reina, y luego fueron con responso a su sepultura, haciendo este Oficio con toda la devoción que es de suponer. Sus almas devotas cantarían el salmo de David: «El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida; ¿quién me hará temblar? Una sola cosa he pedido al Señor; esta solicitaré: que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gustar las delicias del Señor, frecuentando su templo».

* * *

En el mismo tiempo de los anteriores milagros, el citado canónigo, tesorero, D. Martino, tenía la devota costumbre de quedarse en la iglesia después de terminados los Maitines, que siempre se decían a la media noche, y llegándose al altar mayor allí se estaba en oración hasta la mañana. Acaeció cierta noche que hallándose en oración a estas horas, se le apareció San Isidoro, y le dijo: «Martino, vete luego al Rey D. Fernando y salúdalo de mi parte, y dile que digo yo que se vaya luego a gran prisa para Ciudad Rodrigo, porque viene gran multitud de moros a tomar aquella ciudad; y yo seré con él, y el bienaventurado Apóstol Santiago, y los moros serán quebrantados y desbaratados, y huirán de la faz del Rey. Yo soy Isidoro, Patrono tuyo; no tardes en ir, porque el Rey hará luego, con voluntad agradable, lo que de mi parte le dijeres».

Dichas estas palabras desapareció el Santo, y D. Mar-

fino, tomada licencia del Prior, se partió al instante para Benavente, donde estaba el Rey, y cuando llegó y fué introducido a su presencia, le halló sentado a la mesa, comiendo, y allí mismo le informó de cuanto San Isidoro le había mandado y revelado; así como el Rey le oyó, dejó la comida y dió infinitas gracias a Dios por la insigne merced que le hacía, y mandó que le aderezasen al punto un caballo, y en alta voz dijo a cuantos le rodeaban: Si alguno es mi amigo o mi vasallo, sígame luego, «y esto hacía así el Rey, porque conocía la santidad de Don Martino, que ya había experimentado muchas veces».

Cuando D. Fernando II se presentó, con el pequeño ejército de socorro que había allegado, ante Ciudad Rodrigo, los moros estaban derribando las puertas de la plaza y dispuestos a dar el último asalto, de cuyo éxito no dudaban confiados en la inmensa multitud agrupada bajo sus banderas. Al ver al reducido cuerpo que ante ellos se aparecía arrogante y dispuesto a salvar la ciudad, les creyeron unos locos; mas Dios, que para que el hombre no se engría atribuyéndose la gloria que a él sólo pertenece, acostumbra a emplear instrumentos humildes y a la prudencia humana despreciables, para lograr el triunfo en las más empeñadas empresas, hizo que los moros conocieran las armas y persona del Rey de León, y enviando sobre ellos ese terror pánico con que aventan los más formidables ejércitos, al dar Fernando II la orden de acometer, recordando a los suyos que tenían a su lado el auxilio divino y el brazo invencible de sus Santos Santiago e Isidoro, no hallaron ya quien les hiciera frente, por que los moros, turbados y llenos de espanto, se dieron a una fuga desordenada; los de la plaza salieron también en su persecución hasta las mujeres, y fué tan atroz la matanza que tres meses continuos tuvieron que emplear en abrir grandes fosas para enterrar a los moros muertos en el campo de batalla.

«Lo que más esfuerzo puso a los cristianos y terror en los moros, fué que vieron todos bajar del cielo una cosa como paloma muy blanca, la cual se asentó y estuvo puesta sobre el capacete del católico Rey D. Fernando mientras peleaba». ¡Qué bien podía apropiarse Ciudad Rodrigo el cántico: «Alcé mis ojos hacia los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro viene del Señor que crió el cielo y la tierra...!»

Como el buen Rey palpó tan visiblemente sobre sí la milagrosa providencia de Dios, y se dió cuenta del gran favor otorgado por San Isidoro, concibió aún mayor estima de la santidad de la Iglesia del bendito Patrono, y se dolió profundamente por haber antes prestado su consentimiento para expulsar de ella los canónigos reglares, tan favorecidos del cielo, y habiendo regresado a León, y bien informado de cómo se inutilizó la Bula Apostólica de expulsión, quiso reparar todo el daño que había causado en este particular, y para ello envió a Roma al sobredicho Prior de San Isidoro, D. Pelayo, para que narrara al Papa Alejandro III, entonces reinante, los milagros que el glorioso San Isidoro había hecho, y para que, en nombre de su Rey, suplicara a Su Santidad tuviera a bien hacer libre de los Obispos la iglesia y monasterio de San Isidoro, y con privilegios Apostólicos confirmara en su perpetua posesión a los canónigos reglares que ya le habitaban.

«El Sumo Pontífice, oída la embajada, con grande gozo dió gracias a Dios, y benignamente accedió a todas las peticiones del Rey, y convirtió en exenta la iglesia de San Isidoro y a sus canónigos, estando sólo sujetos al Romano Pontífice. y la iglesia de San Isidoro que fuera para siempre iglesia especial del derecho y patrimonio de la iglesia de San Pedro, y otorgando la Dignidad de Mitrado al Abad de San Isidoro para siempre». (La

Dignidad Abacial aparece de nuevo en San Isidoro el año 1156, probablemente restaurada por Adriano IV, a instancias de la Infanta D.^a Sancha.)

* * *

Estos episodios históricos aún no han sido estudiados, y lo más que se ha hecho por los historiadores que les citan, es el creer que la Reina en ellos mencionada fué D.^a Teresa de Lara, que murió el año 1180; debemos suponer al Tudense bien informado en esta materia, pues se trata de las efemérides más gloriosas de su Real Casa de San Isidoro, y cuando él escribe aún alcanza supervivientes de esta época; vamos, pues, a examinarlos despacio para fijar la fecha de los mismos.

Ante todo diremos que de Fernando II, Rey de León, se sabe que estuvo casado la primera vez con D.^a Urraca, hija del Rey de Portugal, de la cual tuvo un hijo que nació el año 1171 y se llamó Alfonso, sucediendo a su padre en el reino de León, y este matrimonio fué disuelto por mediar parentesco entre los esposos; contrajo segundas nupcias el año 1175, con D.^a Teresa, hija del Conde D. Nuño de Lara, la cual falleció y se enterró en San Isidoro el año 1180, haciendo el epitafio un elogio acabado de sus virtudes, lo cual se opone rotundamente a que la confundamos con la que figura en los anteriores milagros; contrajo terceras nupcias el Rey de León con una hija del Señor de Vizcaya, llamada D.^a Urraca López, de la cual tuvo dos hijos, y ésta le sobrevivió.

Con estos antecedentes a la vista, fácil es demostrar que ninguna de ellas es la Reina D.^a Teresa que quiso echar los canónigos reglares de San Isidoro y hacer esta iglesia Catedral de León; esta Reina, como hemos visto, murió siendo D. Menendo Abad de San Isidoro, el cual murió el año 1167, según consta de escrituras y de su

memoria en el Necrologio de la Colegiata del mismo siglo XII; el Prior D. Pelayo, que encontró la Bula Apostólica para la traslación de los canónigos, en Villaseca, y luego fué a Roma de Prior, como embajador de Fernando II, firma las escrituras, como Prior de San Isidoro, el año 1167, en una publicada por el P. Risco, tomo 36 de la «España Sagrada», y en otra que tenemos á la vista de la Era MCC — año 1162 — firma el primero después del Abad Menendo y de los Priores D. Martino y D. Pedro, siendo, por tanto, el más antiguo del Cabildo en ese año. El Tudense dice que trajo de Roma, cuando fué allá como embajador del Rey, la Bula de exención y demás privilegios, y tal Bula se conserva y lleva la data del año 1163 de la Encarnación del Señor y octavo de los Idus de abril.

Conste que el nombre de todos los canónigos mencionados en los milagros de San Isidoro aparecen también en las escrituras de la época que se conservan en San Isidoro, aunque para fijar fechas no podemos apoyarnos mucho en las escrituras, porque en cada una varía el cargo que desempeñan, debido a ser éste renovado cada año o trienio, con la sola excepción de la Abadía que siempre fué perpetua. La única dificultad que aquí nos sale al paso es la persona de esa Reina, desconocida en absoluto de los historiadores. ¿Es posible su existencia?

Escribe el P. Risco,—Historia de León:—«Acerca del año en que D. Fernando se casó con D.^a Urraca, hija del primer Rey de Portugal, D. Alfonso Enriquez, andan muy discordes los autores, como se nota en los diversos dictámenes que refiere el Maestro Flórez en su tomo I de las Reinas católicas. Nuestro erudito se inclina a creer que estaba ya casado el 1165, y cree que no pudo estarlo en el de 1160, por no tener D.^a Urraca edad matrimonial. Pero yo he hallado un instrumento, que se conserva en el archivo de la Colegiata de Santa María de Arvás, por el cual D. Fernando hizo una donación junto con su mujer

la Reina D.^a Urraca... 20 de noviembre de 1159.» No creemos que esta escritura fuera auténtica, sino viciada por impericia al sacar una copia, porque se opone a otras en las cuales firma solo el Rey de León, o mejor dicho acompañado de las personas Reales, sin figurar Reina alguna a su lado, no apareciendo la firma de D.^a Urraca al lado del Rey, hasta el final de 1167.

El P. Risco cita una escritura, publicada por el P. Escalona en la Historia de Sahagún, por la cual consta que la batalla dada a los moros y ganada milagrosamente con el auxilio de San Isidoro, fué anterior al año 1165 en cuyo mes de julio está fechada tal escritura, y en ella se dice que Fernando II, después de la milagrosa victoria de Ciudad-Rodrigo, estableció en esta ciudad Sede Episcopal, con lo cual también conviene el Sr. Lafuente —Historia eclesiástica de España, tomo IV,—que opina fué la erección de dicha Catedral sobre el 1164.

Con lo dicho, ya se ve que no repugna la existencia de esta Reina D.^a Teresa, a la cual acaso haya que referir algunas escrituras de la otra Teresa, esposa de Fernando II, y acaso algún afortunado historiador dé detalles de ella algún día, pues hoy sólo conocemos los referidos del Tudense. Supongamos que D. Marco —personaje real que firma en las escrituras de aquel tiempo,—padeció una alucinación y que sólo fué un sueño lo que él creyó, e hizo creer a todos un milagro; ¿quita esto nada a la realidad de los protagonistas que figuran en estos hechos portentosos? ¿Tan tonto vamos a suponer al Tudense, que finja la existencia de una Reina, a la cual conocieron o debieron alcanzar muchos de los que leyeron los milagros? ¿Y por qué había de fingir la existencia de esta Reina, única que se ignoraba hubiese existido, si todos los demás personajes y hechos consta de su existencia con irrefragables documentos? ¿Cómo iba él a pensar en la Reina D.^a Teresa de Lara, si veía todos los días su epítafio del año 1180, y sabía que todos los hechos que na-

rraba eran de la fecha anterior al 6 de marzo de 1163 en que la Bula de exención del Papa Alejandro III cierra esa serie de sucesos? ¿Cómo iba la familia Real leonesa a tolerar esa fábula, tan poco honrosa para ella? ¿No será ese mismo silencio que sobre la Reina guardan todos los demás historiadores una prueba de su existencia, y el silencio el anatema con que condenaron su memoria? Que las escrituras callen de ella puede también contribuir a ello que viviera como Reina menos de un año; y en ese poco tiempo tuvo la virtud de que su muerte desastrada se pegara a D.^a Urraca, la gran Reina calumniada por los apasionados, que dicen murió reventada en el umbral del templo de San Isidoro, cuando salía de él con los tesoros que le robaba el año 1124.

Falta por soltar el nudo de la última dificultad: ¿dónde se pudo enterrar esa Reina, anterior al 1163, si en la Capilla de los Reyes de San Isidoro nunca figuró más Teresa que la fallecida el año 1180? Se enterró, según el Tudense, con prontitud, en la Capilla de los Reyes o Panteón de San Isidoro, tal vez en el suelo por no existir caja de piedra labrada, o bien en sepulcro de piedra, como los demás, sin ponerla el epitafio, al pronto, por la prisa con que se la sepultó, y luego no se puso nunca. En Ambrosio Morales puede verse la descripción del Panteón, y la letra de los epitafios de los sepulcros, y cómo había alguno grande sin epitafio y varios lucillos.

* * *

Antes de pasar a referir las grandes muestras de reconocimiento que el Rey D. Fernando dió a San Isidoro, narraremos el último prodigio obrado por el Santo en beneficio del Rey. Tenía éste un sólo hijo de su matrimonio con la princesa de Portugal, llamado D. Alfonso, el cual dice el Tudense: «ahora, después de su padre, rige bienaventuradamente el reino de León». Acometióle, siendo niño, una enfermedad tan grave a la cabeza, que vino

a quedar completamente ciego; cuando su padre vió en semejante estado al unigénito, lleno de congoja y de sentimiento, tomó a su hijo y llevándole a la iglesia del Santo Patrono de su reino, se postró juntamente con él ante las reliquias del bendito Doctor, y con muchas lágrimas le suplicó el remedio a tanto mal: «¡Oh, San Isidoro, dadme sano a mi hijo, y no consientas que el que ha de reinar después de mí, quede así deforme de ceguedad!». Vino entonces el tesorero de la iglesia de San Isidoro, que se llamaba D. Martino, y tomó del agua que había manado del pavimento o piedras del altar mayor, según arriba queda dicho, y con ella lavó los ojos del Infantito, que instantáneamente recobró la vista y primitiva claridad de sus ojos. ¡Con cuánto gozo se apropiaría el Rey de León las palabras del ciego de nacimiento, enviado por el divino Jesús a lavarse a la piscina de Siloé: «¡Yo fuí, me lavé y veo!» A vista de este milagro, «el Rey D. Fernando tuvo grandísimo gozo, y a grandes voces comenzó a alabar a Dios y a San Isidoro y dió muchas heredades y dones a la iglesia del santo confesor». El tesorero D. Martino, de este milagro, no es el mismo don Martino, tesorero, de los anteriores.

. Veamos ahora las donaciones de Fernando I a San Isidoro: el 24 de marzo de 1159, expide un privilegio dando al convento, Abad Menendo y sus canónigos y sucesores, el Monasterio de San Julián de Ruiforco, ya antes donado por Fernando I y su esposa, junto con otras posesiones y monasterios, aunque especifica que este Monasterio de San Julián le retuvo en su vida la Infanta doña Sancha, su tía, la que podía hacer como Patrona de San Isidoro y Señora del Infantado, y que antes de morir ordenó se restituyera a San Isidoro; dice también el Rey que en San Isidoro hizo enterrar el cuerpo de su tía; el Monasterio es devuelto a San Isidoro con sus entradas y salidas, tierras cultivadas e incultas, predios, campos, pastos, montes, aguas, arroyos y posesiones, con prados

y términos antiguos, villas, heredades y todas sus pertenencias, donde quiera que se puedan hallar, «de modo que, a partir de este día, queda exento de la jurisdicción Real». Cobra por extender esta donación de la Infanta, «CCC morabitanos aureo,» y confirman los Obispos y Condes del Reino.

En el mes de abril del año 1162 donó D. Fernando II, por un privilegio, a San Isidoro, al Abad Menendo, sus canónigos y sucesores, la villa llamada «caprarios de la taraza», hoy Cabrerros del Monte, en el territorio de «arnales», con términos y pertenencias, etc., según la limitó y acrecentó su tía, la Infanta D.^a Sancha; les da, asimismo, las iglesias de dicha villa con facultad de poner y quitar en ellas los clérigos a su voluntad; y esto lo hace para que le tengan presente en sus oraciones, «y desde este día quede exenta de la jurisdicción Real, y sea de la vuestra para siempre». Cobra por la escritura «CCC morabitanos aureos», imponiendo al que defraude algo de lo por él donado en Cabrerros, la multa de «mille libras auri purissimi». Confirman las Reinas D.^a Beatriz y D.^a Urraca y la Infanta D.^a Estefanía, las tres hermanas del Rey, los Obispos, los Condes y once hombres del Concejo de Cabrerros.

En diciembre de 1167 expidió en León otro privilegio, en el que se titula Rey de España, y por él libra al Monasterio de San Isidoro, «gobernado por *nuestro amadísimo* Abad D. Martino» — ¿no será este Abad el tesorero del mismo nombre que le llevó el aviso de San Isidoro para salvar a Ciudad Rodrigo?—, de que sus sirvientes y criados de León contribuyan a levantar cargas públicas, y enumera dichos sirvientes con estas palabras: «pedreiros, carpenteiros, cozeiros, ferreiros, alfaiates, azameles, uzeiros, forneiros, ortolanos, molneiros, sagnador, scudeiros», y también nombra luego al «vinatario». Confirma con el Rey la Reina D.^a Urraca, su mujer, y luego los Obispos y Condes. Ya no cobra por

la escritura, y pena al que quebrante el privilegio a indemnizar a San Isidoro el cuádruplo del daño causado.

En octubre de 1168 expidió otro privilegio en Salamanca, por el cual dona a San Isidoro, al Abad D. Martino «y a *nuestro amado* Prior Pelayo», y a todos los canónigos y sucesores, la iglesia de Valdemora, «valle de maura», titulada de Santa María, para que la posean plenamente desde aquel día para siempre, «con sus prados, pastos, montes, fuentes, presas y molinos, árboles, viñas, décimas, etc.», y todas sus pertenencias. Dona, asimismo, la iglesia de San Juan de Castilfalé, «castrello de fale»; dona también todo lo que tiene de Realengo en León, dentro y fuera de los muros, y que puedan comprar bienes de Realengo en todo el reino, e impone la pena de mil libras de oro a los contraventores y la restitución a San Isidoro del cuádruplo del daño que se le ocasione. Confirman los de costumbre.

Es muy de notar la mención cariñosa que tiene para el Prior D. Pelayo, caso único en todos los privilegios Reales de San Isidoro, donde sólo se hace mención del Abad, y con el testimonio de cariño hacia él, sólo se ve el caso anterior del Abad D. Martino, nombrado ese mismo año por muerte de Menendo, y de ahí que nos inclinemos a creerles, al uno, el antiguo tesorero que llevó el recado al Rey para Ciudad Rodrigo, y el otro, al Prior Pelayo, que fué a Roma, y ambos figuran tanto en los sucesos anteriores. Nótese también que Fernando II, en diez años de reinado, no hace donación alguna a San Isidoro, pues la citada del año 1159 es de su tía, y la de 1162 también es de bienes pertenecientes a su finada tía, por cuya trasmisión a San Isidoro cobra gruesas sumas; en cambio, después de palmar visiblemente los milagros del bendito San Isidoro, ya historiados arriba, y tan ligados con su Real persona, ya vemos cómo empieza a dar pruebas de cariño a los canónigos y de esplendidez para la iglesia y convento; y veremos mucho más ahora.

En diciembre de ese mismo año de 1168 volvió a expedir otro privilegio a favor de San Isidoro, cuyo tenor es el siguiente: «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Amén. Entre las cosas que hermosean la Majestad Real, la mayor y más principal virtud es amar y venerar los lugares sagrados y las personas religiosas, enriquecerlas con largos dones y aumentar sus posesiones y heredades. Por esta razón, yo, D. Fernando, Rey de las Españas por la gracia de Dios, deseando mirar por la utilidad de la iglesia de San Isidoro, que se reconoce ennoblecida con su gloriosísimo cuerpo, traslado la *estrada* pública, que vulgarmente llaman camino, y solía ir por delante de la iglesia de San Marcelo, y mando que vaya por la puerta Cauriense, y de allí por delante de la iglesia de San Isidoro, y de allí por la puerta que mandé abrir en el muro, y de allí por aquella serna del dicho Monasterio hasta el puente del Bernesga. Esto hago por amor de Dios todopoderoso y del bienaventurado San Isidoro, por remedio de mi alma, y de la de mis padres que allí descansan, por mano de D. Martín, Abad del dicho lugar, y de todos sus canónigos. Mando, además, que todas las casas que los dichos Abad y canónigos tienen, o tendrán de aquí adelante, desde la puerta de la dicha iglesia de San Isidoro, que mira al mediodía, hasta el dicho puente sean libres y absueltas de todo fisco y foro Real, así en pedidos como en portazgos. Los habitantes de estas casas no comparezcan ante juez alguno, sino delante del Abad de San Isidoro y de sus sucesores. El merino del Rey o el de la Infanta no tenga licencia de entrar en aquellas casas por crimen alguno, sino sólo el merino del Abad, y si entrare sea condenado a muerte. Esta estrada pública, que como hemos dicho, trasladamos para gloria, adorno y hermosura de esta Casa de San Isidoro, a nadie sea lícito mudarla. Doy, además de esto, a la iglesia de San Isidoro, muchas veces referida, el dominio de todas las iglesias que están fundadas en Castromonte, o

que en adelante se fundaren, con sus tercias...» Siguen las maldiciones acostumbradas y penas contra los contraventores. En León «con la aprobación de los Condes, Barones, Grandes del Consejo Real y todo el Concejo de León».

Cuatro días después del anterior privilegio, el día 18 de diciembre de 1168, D. Fernando expidió otro privilegio haciendo donación a San Isidoro y al Abad D. Martino, de la villa de Cañizal «con todos sus términos y posesiones, y con agrado traspaso a la iglesia de San Isidoro, el dominio de la misma. Agregó, además, para trabajar en la iglesia de San Isidoro, a Cipriano, carpintero de Fenal, haciéndole libre con toda su familia, para que, en lo sucesivo todo su trabajo y su misma persona ofrezca sumiso a la iglesia de San Isidoro y a ningún otro vuelva a servir». En 6 de junio de 1170 vuelve a dar otro privilegio, en unión de su esposa la Reina D.^a Urraca, por el que dona a San Isidoro, Abad Martino y canónigos, todo el Realengo que les pertenecía en Noceda y en Cañazira, Ordiales y Espinamaherma, lugares del Bierzo.

El 28 de noviembre del mismo año 1170, hallándose en Alcántara con la Reina D.^a Urraca, expidió otro privilegio concediendo a San Isidoro la jurisdicción plena de toda la calle y barrio de Renueva, que a expensas de San Isidoro se iba poblando muy aprisa, gracias a la puerta que el Rey mandó abrir en el muro y daba mayor facilidad para comunicarse con la ciudad a la nueva población, y también al cariño e interés que el mismo Rey puso en ello. Dice en este privilegio: «Doy a Dios, y a San Isidoro, y a vosotros, *nuestro fidelísimo* Abad D. Martino, y a todos los canónigos de esa iglesia, así presentes como futuros, concedo que podáis nombrar Merino y Alcaldes en esa vuestra población que poseéis en León, y que la poseáis como las otras heredades que tenéis en mi reino. Añado, además, que vosotros cobréis los impuestos que yo creare allí, totalmente, e igualmente que po-

seáis todo el «zovagozado». El portazgo y demás, todo sea vuestro».

En octubre de 1171, hallándose en Astorga, otorga un privilegio, en unión de su esposa y de su hijo «el Rey don Alfonso» donando a la iglesia de San Isidoro, *al venerable* Abad D. Martino y a todos los canónigos presentes y futuros, «la décima parte de la mitad de todos los réditos de la ciudad de León que pertenecen a la Corona, a excepción de los impuestos sobre puertas».

En marzo de 1172, en unión de su esposa D.^a Urraca, dona a San Isidoro, Abad D. Martino, etc., para siempre, la iglesia de San Román, que era de lo Realengo en el territorio de León, y estaba en la villa de Valle, «que est setta circa castrum», para que vivan con sus rentas. Confirman seis testigos.

En agosto de 1174, en unión de la Reina Urraca y su hijo «el Rey D. Alfonso», confirma la donación hecha a San Isidoro por sus antepasados de las villas de San Román de los Oteros del Rey y Sobradillo, «las cuales mis abuelos habían donado a la iglesia de San Juan, existente dentro de la iglesia de San Isidoro, y a la iglesia de San Pelayo». Es notable esta cláusula de las tres iglesias.

En octubre de 1175, en unión de su hijo, dona a San Isidoro, Abad D. Martino, etc., para siempre la mitad de los pechos Reales que echara en el honor de San Isidoro, dándoles facultad para nombrar recaudador propio, que junto al del Rey cobre los impuestos y luego los dividan en paz. Dado en León.

En Ledesma, el mes de julio de 1176, expidió otro privilegio, en unión de su hijo, concediendo al *venerable* Abad D. Martino, etc, para siempre, la décima parte del pan, viro y de todos los réditos de la mesa real en León y en toda su jurisdicción. Advierte en el privilegio, que les hace este regio donativo «por el buen servicio que me hicísteis». ¿Será este servicio el milagro de San Isidoro, curando la ceguera del Príncipe heredero?

En 21 de junio de 1181, dona a San Isidoro. Abad D. Martino, etc., para siempre (como todas las donaciones) en las Babias los lugares de Pinos y de Santo Millano, y de Puerto de la Cubilla, y Lago, cerca de Quintanilla. Confirmó asimismo la donación del Concejo de Cervera, hecha por Alfonso VI. Donó y confirmó los lugares de Milleras, La Frecha. Fontanos y Lagos, en Torío. Donó, asimismo, tres pescadores en Asturias con toda su descendencia. A cambio de esto se quedó con las villas de Cabreros, Cendrinos, San Román y Sobradillo, que había tomado a la iglesia de San Isidoro para las poblaciones de Mansilla y Villalpando. Dado en León, y entre los Obispos confirma D. Manrique de León; también confirma el hijo del Rey.

En diciembre de ese mismo año 1181 dió en Benavente otro privilegio, en unión de su hijo, donando a San Isidoro, a D. Martino, «Prior de dicho lugar», sus canónigos, etc., para siempre, las dos partes del diezmo pertenecientes al Rey en la villa de Mayorga y todo su término, a excepción de la comida del Rey y del pedido; nota que hace esta donación «por consejo y ruego de su Corte, en vista del culto continuo que dais al Señor».

En enero de 1183 dió en Salamanca, en unión de su hijo D. Alfonso, otro privilegio por el cual dona a San Isidoro, al Abad D. Facundo, al Prior y canónigos, etcétera, para siempre, la iglesia de Santa María «de arbolio», hoy Barrio y Golpejar, con todas sus décimas, primicias, heredades, pertenencias, etc., y todos sus términos nuevos y antiguos, lo que hace por el remedio de su alma y «por el buen servicio que perennemente ofrecéis al Señor, y del cual deseo participar por esta y otras donaciones».

El 16 de abril de 1185, dió en Coria otro privilegio, en unión de su hijo D. Alfonso, donando a San Isidoro, Abad D. Facundo, etc., para siempre, las dos partes del diezmo de Mayorga en todos los derechos Reales y ade-

más concede también el yantar suyo, ei de su hijo y el de aquel que tuviere el Señorío de la villa; y además que nombre el Abad recaudador propio para estos tributos, con la misma autoridad que tenía el del Rey.

El día 17 de marzo de 1186, dió otro privilegio en el que les acotó y demarcó el lugar de Lagos, que le donó a San Isidoro el 1181, y dice en una cláusula al Abad Facundo y canónigos, que lo hace «por el bueno y fiel servicio que me hicísteis y cada día hacéis». ¿Volverá a recordar el beneficio de la curación del Príncipe, que él atribuía a las oraciones de los canónigos?

El día 7 de enero de 1187, en otro privilegio que dió, en unión de su hijo, en León, acota y demarca a San Isidoro la villa de Orzonaga.

El 21 de enero de 1188, San Isidoro saldría a recibir el alma de este buen Rey, su devoto, desprendida del cuerpo para volar a la mansión de la gloria.

CAPITULO XIII

Grandes milagros de San Isidoro en el reinado de Alfonso IX, y de las grandes mercedes que le hizo este Rey

Aunque propiamente pertenece el siguiente milagro al reinado de Fernando II, le hemos dejado para este capítulo a fin de no mezclar otros asuntos con los interesantísimos y propios de este monarca leonés.

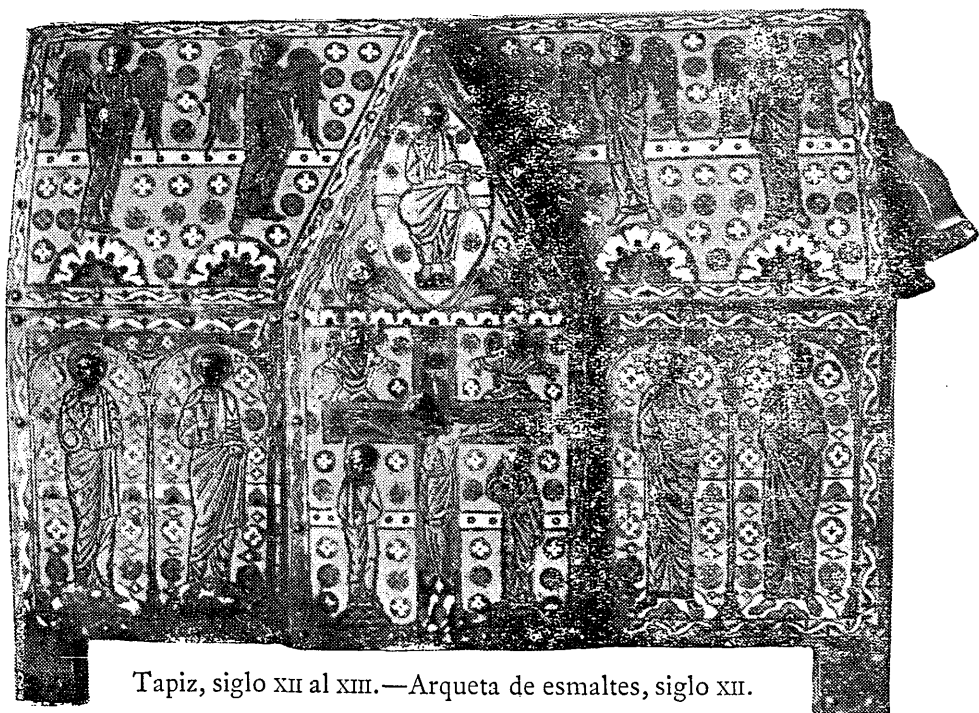
Refiere el Tudense que «tiempo andando», después de la visión del canónigo D. Marco, relativa a la Reina doña Teresa, de que hemos hablado, el mismo D. Marco volvió a tener otra visión, la cual sirvió de mayor confirmación a la primera. Se hallaba una noche el presbítero D. Marco reposando en su cama, cuando vió un anciano venerable, lleno de majestad y esplendor, quien luego

de despertarle, le dijo: «Ven conmigo y te mostraré una gran maravilla de Dios».

Se levantó al instante el dicho canónigo, y fué en pos del misterioso personaje, y llegaron al claustro de la iglesia, y el devoto D. Marco quedó arrobado al verlo rebosante de bienaventurados, tocados con blancas vestiduras, y entonando cánticos e himnos al Señor, que llena los cielos y la tierra con los resplandores de su gloria, y era tal la dulzura de su voz, y tan suave y armoniosa la melodía de aquellos cánticos, que no dudó un punto ser aquello un trasunto del cielo, y que podía muy bien exclamar con el Patriarca Jacob: «Verdaderamente el Señor habita en este lugar... ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente es la casa de Dios y la puerta del cielo».

Cuando llegó al principal sitio del claustro, frente al Panteón de los Reyes, su admiración se trocó en un éxtasis de adoración al aparecerse ante sus atónitos ojos la dulce y gloriosísima madre de Dios, rodeada de todos los Apóstoles del dulcísimo Jesús; en medio de su arrobamiento contemplando la imagen, hermosa sobre toda ponderación, de la Virgen adorable. el dichoso D. Marco oía preguntarse unos a otros a la muchedumbre de aquellos espíritus bienaventurados: «¿Dónde están los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y los dos famosos confesores San Gregorio Magno y San Isidoro, a los cuales no se ve aquí, en nuestra reunión?»

Y otros Santos de aquella compañía celestial les anunciaban que aquel mismo día había fallecido en Roma el Papa Alejandro III, y que los cuatro Santos, ausentes de aquella asamblea, se hallaban en Roma ayudando al sobredicho Papa en el trance supremo de la muerte; y poco después aparecieron los cuatro bienaventurados, y con ellos venía el alma del finado Pontífice y una infinita multitud de espíritus malignos, armando grande estruendo y reclamando a grandes voces contra la fuerza que se hacía a su derecho, pues el Papa, decían, ha cometido



Tapiz, siglo XII al XIII. — Arqueta de esmaltes, siglo XII.

tantos y tales pecados y es necesario que les purgue en el fuego del purgatorio.

Como los dos Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y los bienaventurados Gregorio e Isidoro, llegaron con aquella ánima pusiéronse en la presencia de la Virgen Santísima, y los tres hicieron seña a San Isidoro que tomase la palabra en nombre de todos, el cual luego comenzó a rogar por el alma del Papa difunto, diciendo así:

«Señora y Madre de Dios, honra de las vírgenes y Reina de todos los siglos. imploramos la bondad de tu misericordia por el Papa Alejandro, el cual, entre otros bienes que hizo, honró también esta tu iglesia con sus privilegios Apostólicos, por solo respeto y amor de Dios, Nuestro Señor; por tanto, oh Señora, dignese vuestra virginidad, por los ruegos de tus Santos, librar a este Pontífice del fuego del purgatorio, y luego sea hecho compañero nuestro en los coros celestiales pues esto y cuanto quieres puedes hacer, porque engendraste en tus virginales entrañas al Señor del cielo y de la tierra.»

A esta oración contestó la dulcísima Virgen María con estas palabras: «No es cosa digna que a vosotros, Santos tan principales del paraíso, haya de negar cosa alguna; por eso yo, confiando de la misericordia de mi Hijo, os otorgo lo que pedís». Al terminar de hablar Nuestra Señora, se oyó una gran voz, como venida del cielo, que decía: «Hágase la voluntad de mi Madre y de los mis Santos, y Alejandro sea agregado al coro de los Apóstoles».

Oidas estas palabras, toda aquella compañía de almas bienaventuradas, imitando a los veinticuatro ancianos y los cuatro animales del Apocalipsis, se inclinaron profundamente hasta el suelo con sus frentes, y adoraron a Aquel que les hablaba desde lo excelso de su trono, diciendo: Aleluya; y envueltos en resplandores de gloria se elevaron hacia el cielo en compañía de la Madre de Dios y llevando el alma gozosa y bienaventurada del

Pontífice Alejandro III, que bendecía a su Criador por haberla libertado de las garras del dragón, y ensayaba «un cántico nuevo, una oración en loor de nuestro Dios».

Cuando la jauría de lobos infernales, que habían venido persiguiendo el alma del buen Pontífice, oyeron la sentencia pronunciada por el Redentor, lanzaron furiosos aullidos, hundiéndose en las profundidades de la tierra para esconder la vergüenza de su derrota.

Al día siguiente, el piadoso canónigo D. Marco contó a sus hermanos, reunidos en Capítulo, con todos sus pormenores, la maravillosa visión, y éstos anotaron el día, y pasado algún tiempo llegó la nueva a León de haber fallecido el Vicario de Cristo en la tierra, y precisamente el mismo día de la revelación hecha al canónigo D. Marco, lo cual les confirmó en la realidad de la misma, y encendió más y más en el amor de su celestial Patrono, el bendito San Isidoro, tan solícito del bien de sus devotos y servidores, que no les abandona en ningún trance de la vida, y les defiende, aun a costa de las mayores maravillas, en la hora de la muerte, como veremos con más evidencia en el milagro siguiente. Murió el Papa Alejandro III el año 1181.

* * *

En el lugar de Orzonaga, de la jurisdicción de San Isidoro, por ser uno de los que formaban el Concejo de Vega de Cervera, residía un sacerdote de vida y costumbres tan relajadas, que no tenía el diablo por dónde desecharle; había entronizado en su corazón el monstruo «de siete cabezas y diez cuernos», visto por San Juan en el Apocalipsis, e imitaba a aquellos hombres que nos pinta el libro de los Proverbios. los cuales «abandonan la senda recta y andan por veredas tenebrosas, se gozan en el mal que han hecho y hacen gala de su maldad»; dejándose guiar por el demonio, que se había adueñado de su corazón, fué resbalando por la pendiente de todos

los vicios, hasta lo más profundo de la perversión, y finalmente vino a quitarse el traje de sacerdote y hacer vida completa de bandolero; fué adúltero e incestuoso, ladrón y homicida, escandaloso y cruel perseguidor de los pobres, terminando por ponerse al servicio de un gran señor, que le hizo el primero de sus mayordomos; engreído con esta autoridad, comunicada del amo, esquil-maba a los infelices vasallos y por pequeñas faltas se complacía en ahorcarlos por su propia mano. ¡Triste ejemplo de lo que podemos llegar a ser todos si por un solo momento Dios aparta sus ojos de nosotros! ¡Lección elocuente del paradero que espera a los que uno y otro día resisten al llamamiento de la gracia divina, y se acostumbra a vivir habitualmente en pecado mortal! Como los verdaderos endemoniados, este sacerdote desgraciado sentía un horror profundo a la vista de las cosas sagradas, y cuando veía que iba hacia él otro sacerdote piadoso, o algún religioso de vida honesta y cristiana, daba un largo rodeo por no tropezar con él; sólo una chispa de fe cristiana parecía descubrirse en él y que llenaba de admiración a todos los que le conocían: tenía una devoción profunda y sincera al bendito Doctor San Isidoro de Sevilla, encomendándose a él todos los días y venerándole como a su Patrono, en quien confiaba todas sus cosas; a medida que fué creciendo su iniquidad, la devoción al Santo se entibió algo, pero no decayó del todo; ni dejó de encomendarse a él, y aunque huía de todo lo que olía a religión, cuando veía a alguno de los canónigos de San Isidoro, y aun a los mismos criados y familiares del Monasterio del Santo Doctor, corría a saludarles y les daba toda la honra y señales de respeto que cualquiera pudiera hacerles, tanto, que todos aquellos que conocían su vida desastrada, y su crueldad y apostasía, no salían de su admiración ante estas señales de humildad y sumisión, prodigadas en público a los canónigos y sirvientes del Santo. ¿Cuál fué la causa de esta

devoción tan acendrada al Santo Doctor, que se reflejaba en el respeto y sumisión a todo cuanto con él estaba relacionado? El Tudense nos da la respuesta al decirnos que antes de ser sacerdote vivió con los canónigos de San Isidoro, bajo cuya dirección estudió las ciencias eclesiásticas — *«Alumnus extiterit monasterii»* —. Vivió en San Isidoro varios años, y al resplandor de aquellas insignes maravillas, obradas de continuo por el bendito San Isidoro, se encendió el fuego de su devoción al Santo, y éste, que le había escogido para obrar en él uno de los portentos mayores de la misericordia infinita de Dios, veló por él y no le abandonó en los tristes años en que fué esclavo de Satanás.

Antes de pasar adelante, bueno será llamar la atención sobre un aspecto interesantísimo, y hasta el presente ignorado, de las canónicas agustinianas; ya hemos visto las escuelas episcopales de la España Visigoda, las cuales alcanzaron su grado máximo y perfección con las reformas que San Isidoro introdujo en la suya de Sevilla; pues bien, el espíritu de San Isidoro, su obra providencial que sobrevivió al desastre nacional e invasión sarracena, siendo el lazo de unión entre las dispersas regiones del derruido imperio visigodo en todos aquellos siglos de la Reconquista, también sobrevivió en esta parte de las escuelas episcopales, al menos en la Catedral de León, como nos lo prueba el ejemplo de este sacerdote, cuya vida estamos delineando; ya hemos indicado que Pedro Arias, el Deán de la Catedral y los canónigos que con él se fueron a Carbajal, y a los cinco años se trasladaron a San Isidoro, no tuvieron intención de fundar ninguna orden o instituto religioso, sino sólo perpetuar el método de vida que habían practicado en la canónica agustiniana de Santa María de Regla — Catedral de León — y éste ya según se practicaba al tiempo de la secularización, mitigado y sin la primitiva rigidez; en ellos, pues, hemos de buscar el espíritu, las tradiciones, etc., de lo que era

la canónica agustiniana de León antes del año 1144, porque luego de secularizarse experimentó un cambio profundo.

El clérigo de Orzonaga se crió y educó con los canónigos de San Isidoro, y fué alumno del Monasterio, con lo que se prueba que, al venir a San Isidoro los compañeros de Pedro Arias, trajeron consigo la escuela episcopal de la suprimida canónica, la cual tuvo, por esta razón, que perseverar en los tiempos de la invasión musulmana, y en otra forma después de su secularización. Los canónigos, apenas venidos a San Isidoro, no sólo empezaron a educar jóvenes para el estado eclesiástico, sino también para otras carreras, de lo cual no permite dudar el mismo Tudense en el libro de los Milagros de San Isidoro, donde se habla de jóvenes de la nobleza que aprendían a leer juntamente con los novicios del hábito, y haciendo vida de internos, lo mismo que hacían los jóvenes que ya habían profesado en San Isidoro, y se preparaban en el cultivo de las ciencias eclesiásticas para ascender al sacerdocio; al lado de estos canónigos estudiantes se formaban muchos para el estado eclesiástico y otros para figurar en el mundo, pero todos bajo el mismo techo, la misma disciplina y la misma clausura. Después de creada la Universidad de Salamanca, los canónigos estudiantes de San Isidoro pasaban al Colegio de su propiedad, llamado de Nuestra Señora de la Vega de Salamanca, donde hacían su carrera, asistiendo a las clases de la famosa Universidad; queda, pues, asentado que en aquel tiempo, en que hasta señores de vasallos no sabían firmar, los canónigos de San Isidoro, desde el primer día, establecieron en su Monasterio un Seminario, idéntico al episcopal de Santa María, antes de secularizarse ésta, si no fué el mismo extinguido y por ellos resucitado, y que en este Seminario se daba la carrera eclesiástica a los que admitían por canónigos en la juventud, y a los cuales llamaban *infantes*, y con éstos

a otros muchos, no sólo de los pueblos del Señorío Abacial, ya mencionados, y otros muchos más que no hemos mencionado, sino de toda la tierra de León, y en especial los hijos de los principales Señores de la Corte, algunos de los cuales abrazaban la vida de canónigos, otros el estado eclesiástico, y los más se ponían al frente de sus mesnadas, una vez terminados los estudios, e iban a hacer la guerra a los moros; aún en el siglo xvi se daban reglamentos de vida para los jóvenes de la nobleza, alumnos de San Isidoro.

Volviendo al clérigo pecador, y tal que parecía dejado de la mano de Dios, diremos que no fué inútil su devoción y respeto al bendito San Isidoro y sus cosas, pues por esta devoción y respeto el Santo alcanzó de Dios que le visitara con la vara de su justicia en esta vida, y Dios misericordioso, que nos dice por Ezequiel: «No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva», que nos llama por San Mateo «Venid a mí todos los que andais agobiados con trabajos y *carga de pecados*, que yo os aliviaré», que arguye a los obstinados por el proto-mártir San Esteban: «Hombres de dura cerviz, y de corazón y oído incircuncisos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo», que nos instruye en el libro de la Sabiduría: «Tú tienes misericordia de todos, porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que hagan penitencia. Tú amas todo cuanto tiene ser, y nada aborreces de cuanto has hecho. Tú eres indulgente para con todos, porque tuyas son todas las cosas, oh Señor, amador de las almas»; este Dios, tan bueno, envió al pecador endurecido una recia enfermedad, que le postró en el lecho del dolor, y abrió sus ojos para descubrir la vanidad de los placeres y glorias del mundo, y columbrar la negra sima del infierno, abierta ante él.

La vara del castigo le dió la salud, porque viendo que la vida se le escapaba, envió mensajeros al Prior de San Isidoro, prometiendo un sincero arrepentimiento y supli-

cándole se dignase concederle el hábito de canónigo reglar de San Isidoro, pues protestaba de vivir santamente en lo sucesivo y bajo su obediencia, según prescribían las Reglas de la Casa. Cuando el Prior tuvo noticia del cambio que la diestra del Altísimo había operado en el corazón de aquel obstinado pecador, se alegró sobremanera, mediando como mediaba, la circunstancia de ser antiguo discípulo del Monasterio, y su vida un bochorno para sus antiguos maestros; envió a visitarle al Prior segundo del convento, acompañado de otro canónigo, ambos varones de discreción y santa vida, con el encargo de que ante todo le hicieran confesar sus pecados y recibir la sagrada comunión del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y luego, si conocieran que se le acababa la vida, le recibiesen «por obedienciarío y hermano de la orden», y le impusieran el santo hábito del roquete.

Se hallaba a la sazón el clérigo enfermo en el lugar de Orzonaga, a unas cinco leguas de León, y cuando allí llegaron los dos canónigos enviados del Prior, le administraron los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión, aunque, por parecerles que el peligro de muerte no era inminente, dilataron el vestirle el hábito de canónigo—para los novicios sólo consistente en el roquete sobre la sotana, y los profesos muceta sobre el roquete—, no estando tampoco muy seguros de la constancia de un hombre como él; pero habiéndole recibido por hermano, conforme a las órdenes del Prior, le advirtieron que a la cabecera del lecho le dejaban el santo roquete, y que, pues ya era suyo, si la enfermedad se agravaba se le vistiera, pero que si sanaba era más propio que él mismo bajara a León, y entrara en San Isidoro, y pidiera al Prior el beneficio del santo hábito, y allí se consagrara para siempre al servicio de Dios; convenidos en esto, los dos canónigos se volvieron a León.

Luego que el nuevo canónigo se quedó solo, se agravó

tanto la enfermedad que perdió el uso de la palabra y de todos los sentidos, y al cabo de tres días de encontrarse en este estado espiró; el cura de Orzonaga, llamado Martino, hombre de vida edificante y tierna piedad, arreglado todo lo necesario, se encaminó a casa del difunto sacerdote para conducirlo a la sepultura, acompañado del vecindario en devota procesión, y apenas había entrado en la casa mortuoria, precedido de la Cruz, empezó el responso y las preces de costumbre por el alma del difunto, y tomando el hisopo con el agua bendita roció el cuerpo muerto y la casa con ella, y al punto que esto hacía, un cántaro que, lleno de agua, allí había, viéndolo todos se volcó y derramó el agua sin que nadie le hubiera tocado, y al mismo tiempo el finado sacerdote resucitó y se tiró del lecho con gran prisa y turbación, y tomando el roquete, que los canónigos le habían dejado a la cabecera, se le vistió, y luego comenzó a decir a grandes voces: «Echad luego del agua bendita en aquel cántaro porque el demonio, que siempre me engañó desde mi mocedad, vertió el agua del cántaro y se escondió en él; por eso, echad del agua bendita sobre el cántaro.»

Como aquello vieron los que allí estaban presentes con el sacerdote se llenaron de terror y, volviendo las espaldas, emprendieron una huída veloz; pero el cura resucitado corrió tras de ellos, dando voces y aconsejándoles que no tuvieran miedo, que allí estaba la dulcísima Virgen María, madre de misericordia, y el bendito San Isidoro y multitud de Angeles; cuando aquello oyeron los fugitivos, fueron acercándose con precaución al resucitado, y con diligencia le interrogaron qué era lo que había acontecido, a lo cual respondió así: Ante todas cosas, os ruego que hagáis aparejar todo lo necesario para conducirme al Monasterio de mi Señor San Isidoro de León, y luego, apartándose con el cura Martino a un lado, hizo una nueva confesión de todos sus pecados con grandes

gemidos y dolor de su alma, y terminada su confesión dijo a los circunstantes: Sabed que antes de que mi alma se apartara del cuerpo vi delante de mí tanta multitud de demonios, que me parecía que las casas, campos y árboles, todo estaba plagado con un enjambre innumerable de aquellos malditos espíritus, los cuales mostraban, alborozados, una muy grande escritura con todos los muchos y grandes pecados, que yo había cometido en el discurso de mi tormentosa vida, y yo veía muy bien ser aquellos pecados realmente míos, y no los podía negar, y estando así temblando, al ver a los demonios que preparaban lazos de fuego para llevarme al infierno, vi venir al bendito San Isidoro, escoltado por muchas compañías de Angeles, y luego, con voz atronadora, increpó así a los demonios:

«Oh ladrones, esclavos fugitivos y malaventurados ¿cómo os atrevéis a venir aquí, y por qué queréis llevar a este hombre que es mi encomendado? Respondieron los demonios: Apártate de nosotros, oh Isidoro, apártate de nosotros, porque este hombre nuestro es, pues toda su vida empleó en nuestro servicio, y muchas veces negó a Dios con sus malas obras e infame vida. Tu siempre fuiste limpio y casto, y amaste los hombres limpios y honestos, ¿cómo, pues, te atreves a reclamar a este hombre, liado con tantas maldades, y reo de tantos y tan abominables crímenes y pecados? Y le mostraban la escritura donde aparecía, claramente, toda mi mala vida. Arguyóles San Isidoro: Es tan misericordioso Nuestro Señor Jesucristo que al llegar el alma ante su tribunal, no tanto mira a como ha vivido el hombre, como al modo que acabó su vida. Este hombre toda su vida se encomendó a mí, y a la hora de la muerte, como broche de oro, se vistió el hábito de mis canónigos, para completar su penitencia. Replicaban los demonios que era aquello falso, pues tal hombre nunca se había vestido el hábito

y aún después de muerto estaba sin él, pues le tenía a la cabecera del lecho.

Respondió San Isidoro: El hábito de la verdadera Religión más verdaderamente se viste en el alma que en el cuerpo, y éste, aunque tarde, al fin de su vida le pidió como prenda de su sincera conversión, y si no le tiene vestido en el cuerpo, culpa es de los que le asistieron en su enfermedad, pero no suya, pues vestido le tiene en su alma.

En esta lucha de San Isidoro con las potestades infernales para arrancarme de sus garras, vino a terciar la dulcísima Virgen María, refugio de los pecadores, que se apareció allí con muchas almas bienaventuradas, y al verlas los espíritus del mal la preguntaron: «Oh Virgen María, por qué vienes tan presto en auxilio de este mal hombre, homicida, lujurioso, pecador?» Respondió la celestial Señora: «Mezquinos y malaventurados, quitáos de la porfía, porque el mi amado San Isidoro mereció alcanzar de Dios la gracia de que yo sea su auxiliar en todas las cosas, por haber él predicado y guardado los mandamientos de mi Hijo, y porque alabó y ensalzó dignamente mi virginidad, y la guardó, loablemente, por obra en su persona.»

Los diablos se alborotaron al oír esto, y apelaron al juicio del Redentor. La Virgen misericordiosa contestó: «Tórnese el alma al cuerpo, e id vosotros al juicio del Redentor.»

Al ver San Isidoro esta gracia que le hacía la Virgen, «gloriosa ayudadora suya, la dió muchas gracias por la gran merced que le hacía en esto, y luego, vuelto a mí, siervo suyo, me habló así: Estas cosas que has visto y oído dilas a los siervos de Dios, que moran en el mi Monasterio, porque pongan su confianza en Dios y en la Santísima Virgen María, su madre, y procuren servirles

fielmente, y que no se turben por las asechanzas y tentaciones de los demonios, porque yo estoy siempre dispuesto para socorrerles a ellos y a todos los que por mi intercesión quisieren implorar la misericordia de Dios, así como tú has visto por experiencia. Y díjome más: Sabe que el Señor te otorga el espacio de tres días de vida, en los cuales, si yo alcanzo victoria en tu favor en el tribunal del alto Juez, no ceses de hacer frutos de penitencia, más si los diablos alcanzaran victoria contra tí, no te dejarían en paz un solo momento. Como yo espero alcanzar delante de Dios, mediante su misericordia, el remedio de tu alma, doy esto por señal cierta a todos aquellos que a mí se encomendaren; después del tercer día, a la hora de nona, saldrá tu alma del cuerpo, y la sepultura en que has de ser enterrado se hallará llena de resina y pez, porque aquello que los espíritus malos habían allegado para darte perpetuos tormentos sea a los siervos de Dios causa de alabar la clemencia divina y darle muchas gracias; tórnate ahora a tu cuerpo.» «Así como el mi Señor San Isidoro me hubo dicho aquello, yo le di gracias infinitas, y aunque en manera alguna me quería partir de él, me volví a esta vida presente, al punto que fué echada sobre mi cuerpo el agua bendita, la cual tiene tanta virtud, que cuando la echan por el aire, o por cualquier parte, los espíritus malos huyen de ella y no la pueden esperar. También os hago saber, que nuestro cura Martino es muy amado de San Isidoro, y los demonios tienen gran temor de él.»

Oidas estas revelaciones de ultratumba, todos daban gracias y loores a la Santísima Virgen María y al bendito San Isidoro por las maravillas que habían obrado en aquel pecador, sacándole de entre las garras de los leones infernales y muchos bajaron a León acompañando al muerto resucitado, quien apenas llegó a San Isidoro imploró con lágrimas el beneficio del santo hábito, el cual le dieron, y aún fué admitido a la profesión solemne,

en gracia a la brevedad del tiempo que le quedaba de vida, y haciéndola él con un fervor y sinceridad que envidiarían los más perfectos, pasó los tres días viviendo como un ángel, con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus potencias puestas en el amor de Dios y en darle gracias infinitas por la merced recibida, y pasados los tres días, a la hora que el glorioso Doctor la había anunciado, presentes todos los canónigos que le encomendaban el alma según costumbre, dió el espíritu de nuevo a su Criador.

Como se supo en la ciudad que había muerto a la misma hora que había predicho San Isidoro, creyeron todos que eran verdaderas sus revelaciones, pero creció la curiosidad por saber si se cumpliría lo anunciado de la pez y resina que se encontraría en su sepultura, y sobre esto se discutía entre los canónigos y los muchos que de la ciudad se habían congregado al rumor de aquel milagro, no faltando de éstos algún malicioso que dijera a los canónigos que ellos iban a adobar una sepultura en esa guisa y luego saldrían pregonando un milagro, y de la contienda salió el acuerdo de llamar algún muchacho extranjero, de los que iban en peregrinación a Santiago de Compostela y pasaban por el camino francés, que estaba tocando con la iglesia de San Isidoro, y había de ser extranjero el muchacho para que nadie pudiera hablarle y de poca edad para que no comprendiera luego de qué se trataba, y una vez hallado el muchacho le introducirían en el claustro procesional de la iglesia de San Isidoro, y dándole una piedra le mandarían que la tirase con fuerza hacia cualquiera parte y allí donde la piedra parara, se abriría la sepultura, y así nadie tendría dudas ni escrúpulos.

Esto acordado, salieron al atrio del templo y acertaba entonces a pasar un grupo de romeros alemanes y, entre ellos, un muchacho de su misma nación, al cual tomaron e introdujeron en la iglesia y le mandaron que tirase una

piedra pequeña por el claustro; hízolo así, tirando la piedra hacia donde quiso, y cuando ésta después de andar por el aire, rodó algún tiempo por el suelo, en el mismo sitio que se detuvo, todos presentes, empezaron su faena los sepultureros, y hallaron, en efecto, la pez y resina, ocupando el lugar que ocuparía un cadáver, y con tal industria y diligencia puestas que bien a las claras aparecía no estar allí al acaso. Sacaron la pez y resina de la sepultura, y en aquel sitio depositaron el cuerpo muerto del pecador que «esperó en el Señor y le sacó del lago de la miseria y del inmundo cieno» y todos, llenos de admiración y de religioso temor, fueron a sus casas, repitiendo el cántico de David: «Muchas son las maravillas que has obrado, oh Señor Dios mío; no hay quien pueda compararse a tí en tus designios. Púseme yo a anunciarlos y referirlos: exceden todo guarismo».

Al ver tan grande milagro el cura de Orzonaga, llamado Martino, aumentó en gran manera su devoción a San Isidoro y abandonó luego el mundo, pidiendo el hábito de canónigo reglar en San Isidoro de León, y en el dicho convento profesó «y vivió muchos años, y murió santamente, y fué testigo muy verdadero de este tan excelente milagro, *con otras muchas personas que hoy viven y así mismo lo vieron y hoy día dan testimonio de ello*: y así aquél, que antes se llamaba Martino, después se llamó Don Martino, por razón del hábito y profesión en el dicho Monasterio, en el cual cada canónigo se ha de llamar *Don*».

Las palabras subrayadas del Tudense dicen a favor del hecho prodigioso mucho más que todos los discursos; escribía él la historia de este milagro cuando vivían la mayor parte de los testigos presenciales, que eran todos los canónigos de San Isidoro y vecinos de León. ¿Se concibe locura semejante en ningún escritor, si el hecho de la resurrección del clérigo no hubiera acaecido? Nos consta, por documentos oficiales y de valor irrecu-

sable, que San Isidoro obraba prodigios infinitos, ¿a qué omitir las verdades palmarias y fingir consejas? Además, recuérdese que D. Lucas de Tuy no escribió estos milagros por propia iniciativa, sino a requerimientos de un hombre tan eminente como Fray Suero, a quien dedicó la obra, y que de referencias ya conocía todos los milagros siendo esa la razón de que le exhortara a ponerlos por escrito, ¿cómo creer que se atreviera a fingir lo que Fray Suero vería al punto ser una falsedad? Por otra parte, apoyó los ruegos de Fray Suero con su mandato el Abad de San Isidoro, testigo presencial del hecho, y que no había de tolerar ficciones semejantes; decimos que testigo presencial porque es de suponer llevara veinticinco años en San Isidoro, o muchos más, siendo como era un anciano en el fin de sus días, y el suceso del clérigo de Orzonaga no pudo acaecer antes del año 1180, o aún mucho más adelante, como es fácil deducir si atendemos a que hizo su carrera con los canónigos de San Isidoro y que de todo el contexto se deduce claramente ser el clérigo resucitado hombre de bastante edad; por lo menos tenemos la fecha de 1168 en que se cambió el camino francés, llevándole por ante la iglesia de San Isidoro, y la resurrección fué posterior a esa fecha. ¿Qué puede oponer a estas razones una crítica severa e imparcial?

Uno de los canónigos más venerables que ha habido en San Isidoro fué D. Juan Durón, varias veces Prior, y el cual, en el año 1562, escribió una historia sobre el Monasterio de San Isidoro que, junto con la del Doctor Aller, sirvió para tejer la de la *Vida de San Isidoro*, que el Padre Manzano, abusando de la confianza que en él depositaron los canónigos de San Isidoro para dirigir la obra en Salamanca—único que hizo!, según consta en las protestas de las Actas capitulares de San Isidoro—sacó a la luz bajo su nombre propio; el Prior Durón no tuvo otras pretensiones que ilustrar en este punto a los

novicios de San Isidoro, y al fin del cap. 11, al mencionar el milagro que nos ocupa, escribió: «De este solemnisimo milagro una cosa certifico de pasada, y es que hoy día, preguntando en Orzonaga cuál es la casa donde resucitó el clérigo por intercesión de San Isidoro, luego la muestran, y yo lo he preguntado varias y muchas veces, de industria, y me la han mostrado». Códices números 91, 92 y 93.

No terminaron las maravillas de este acontecimiento con el sepelio del resucitado, después de vuelto a morir, porque, pasado algún tiempo y hallándose ya de novicio el cura de Orzonaga, D. Martino, la noche de un domingo, al pasar éste por el claustro de la iglesia para ir a ésta desde el convento—era paso forzoso, y el claustro no tenía más que la planta baja—, se encontró con el sacerdote que San Isidoro libró del poder de los demonios resucitándole, de lo que tuvo tal espanto y temor que quiso huir rápidamente, aunque el aparecido no se lo consintió, deteniéndole con palabras blandas y amorosas; tenía idéntica figura que cuando vivía en Orzonaga, sin otra diferencia que ahora vestía sotana y sobre ella el roquete, hábito canonical, y la cabeza tonsurada y con corona, como los canónigos de San Isidoro,

Temeroso de semejante visión en aquel lugar, entierro de tantos, y a tal hora, que era la de la media noche, cuando se dirigía al templo para cantar los cotidianos Maitines, hizo a toda prisa la señal de la cruz y la conjuró para que le dijera si venía de parte de Dios o del diablo. La aparición contestó: «Doy gracias a Dios y a la gloriosísima Virgen María, Reina del Cielo y a nuestro gran príncipe San Isidoro, que pertenezco a la parte de Dios, más estoy en el fuego del purgatorio, donde es tan grande la crueldad y aspereza de las penas, que no hay lengua humana capaz de contarlos, y a los que allí están cada día les parece un año... y yo, porque no tuve tiempo en el siglo de acabar mi penitencia, soy ahora

apremiado a cumplirla y acabarla en el fuego del purgatorio».

Después de contarle varias cosas en esta primera aparición, le mandó que fuese al Oficio de Maitines que iba a empezar y que rogara por él, y que si al día siguiente volvía a aquel lugar en compañía de otros dos canónigos ancianos, mientras dormían los demás canónigos, antes de la hora de la Nona, se les volvería a aparecer a los tres. El novicio contó esto a su Maestro, un venerable canónigo, llamado D. Domingo, y éste al segundo Prior del Monasterio, y ofreciendo aquel día todos tres la misa por el eterno descanso del alma en pena, fueron luego ante su sepultura con responso; y luego de comer, mientras los demás reposaban antes del rezo de Nona,—a las tres de la tarde,—el Maestro y el novicio y el Prior segundo, llamado D. Félix, hombre muy prudente, fueron a la sepultura del mencionado difunto, y al instante se les apareció el espíritu, bajo la apariencia humana, con su hábito de canónigo novicio de San Isidoro, y dióles las gracias por los sufragios que aquel día le habían aplicado; luego le hicieron muchas preguntas de la otra vida, a las que respondió con todo detalle, y que aquí omitimos por su mucha extensión; al terminar la entrevista les advirtió que la aparición la había hecho por orden de San Isidoro y por misión divina para adoctrinarles y avivar su devoción y fervor.

Al punto de desvanecerse la aparición les dijo: Ahora, padres míos, serán abiertos vuestros ojos, y veréis a todos aquellos Santos, que son especiales Patronos de este santo lugar, con todos los que aquí descansan en el Señor, esperando el día de la resurrección de la carne y del juicio universal. Atónitos los tres canónigos con las revelaciones hechas por aquella alma, que acababa de desvanecerse ante sus ojos, daban gracias a Dios e iban a retirarse, cuando súbitamente les envolvió una gran claridad y vieron ante ellos a la gloriosísima Virgen María,

Madre de Dios, y a los dos príncipes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo, y al bendito Doctor de España, San Isidoro, y al bienaventurado mártir San Vicente, y por todo el claustro, que les parecía mucho más grande de lo que era, había una inmensa multitud de Santos muy hermosos y con blancas vestiduras.

Embelesados con tan dulce aparición, vieron los tres canónigos llegarse a ellos al du'císimo San Isidoro, quien les habló así: «No temáis. ¿Véis cuánta reverencia merece este santo lugar? Grande es, en verdad, porque la muy bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, tiene por bien venir a él, y ennoblecerlo muchas veces con su santísima presencia, y con los principales Santos del cielo; así, pues, amonestad a los otros canónigos, hermanos vuestros, que vivan en este lugar honestamente, y que en la tierra de los Santos no hagan maldades, porque no sean con razón apartados de la compañía de estos Santos, ni pierdan de ver la gloria de Dios, sino que se esmeren en servir a Dios y a estos Santos Patronos, y cada día doblen las alabanzas a la Virgen María, para que en la necesidad merezcan tenerla por auxiliar, así como a nosotros.» Dichas estas palabras se desvaneció toda la celestial visión, que estaban contemplando arrobados. Al día siguiente en el Capítulo contaron los tres a los demás canónigos todo el proceso del aparecido, y la gloriosa visión tenida el día antes, juntamente con el encargo de San Isidoro, y es de creer que la consignaran en las Actas capitulares u otro documento del cual la tomó el Tudense.

Los canónigos, D. Félix y D. Domingo, lo mismo que todos los mencionados en los Milagros de San Isidoro, fueron personajes reales, y sus nombres figuran subscribiendo las escrituras, aún existentes, de aquel tiempo. Los Santos Patronos de la iglesia de San Isidoro, aquí mencionados, tienen relación íntima con la historia de la misma, aunque no es este el lugar de tratar de ello, sien-

do de notar que para nada figura San Pelayo, Patrono de la iglesia de las monjäs, ni tampoco San Agustín, cuya era la canónica que servía el culto en el templo.

* * *

En tiempo del Rey Alfonso IX de León, vino a esta ciudad un caballero de Portugal, caído en desgracia de su Rey D. Sancho quien no sólo le desterró del reino, sinó que le despojó de todas sus posesiones y caudales parando en tal extremo de pobreza, que para llevar un pedazo de pan a la boca, tuvo que ponerse a trabajar como un simple jornalero. Era este caballero de creencias religiosas, profundamente arraigadas en su alma, y así sufrió este golpe de la adversidad teniendo presentes los consejos del Eclesiástico: «Estréchate con Dios y ten paciencia, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida. Acepta *gustoso* todo cuanto te enviare y en medio de los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento; pues al modo que el oro se prueba en el fuego, así los hombres adeptos a Dios se prueban en la fragua de la tribulación. Confía en Dios y él te sacará a salvo».

Vino cierto día a hacer su oración en el templo de San Isidoro, y se colocó tocando con la reja de la capilla mayor, arrodillado en el punto donde ésta se abría para pasar al altar mayor, y allí, precisamente, estaba colocado un riquísimo Crucifijo de marfil con unas enaguillas de oro y cuajadas de pedrería, y la cruz, muy grande, asimismo chapeada de oro, joya que vió Morales y admiró el P. Risco, y ambos describen con encarecimiento; se estaba a la sazón celebrando la misa mayor y el caballero, con lágrimas silenciosas, pedía, humilde y confiado, el remedio a su extrema e insufrible pobreza y, cuando, resignado con la voluntad de Dios, se iba a levantar para salir del templo, vió una piedra preciosa, de las que adornaban el rico crucifijo, caída dentro de

la gorra con que cubría su cabeza, y que tenía en la mano; él no se dió cuenta ni de que existía semejante crucifijo, y así, ignorando la procedencia de la hermosa gema, como conoció que era fina, se la guardó y con ella se fué a su casa.

La noche de aquel mismo día, hallándose dormido en el lecho, vió en sueños un personaje que le dijo: «Sabe que Dios oyó tu oración, por ruego de San Isidoro, e hizo caer esta piedra de la imagen del crucifijo; así, pues, tráela contigo, limpiamente, mientras vivieres, y gozarás de los bienes temporales; y después de tu muerte haz que esta piedra vuelva a la iglesia de San Isidoro», y dichas estas palabras, desapareció el que las decía.

El caballero se tiró del lecho y toda la noche empleó en dar gracias a Dios y a San Isidoro por tan insigne beneficio, y cuando llegó el nuevo día, mandó a buscar al desterrado caballero el Rey de León D. Alfonso IX, quien, informado de su infortunio y de sus virtudes, le hizo uno de sus favoritos y le engrandeció, nombrándole de los vocales del Real Consejo, y el mismo Rey de Portugal, vuelto de su primer acuerdo, le levantó el destierro y devolvió todas sus antiguas posesiones, y aun otras tantas, junto con su amistad; y así, por favor de San Isidoro, el que antes no tenía sobre qué caerse muerto, luego vino a ser uno de los más principales y favorecidos caballeros de ambos reinos; agradecido a la bondad de Dios, conservó en su poder la piedra preciosa hasta el fin de su vida, cuidadoso de no empañar su brillo con el vaho impuro del pecado mortal, y después de su muerte fué devuelta a San Isidoro; la gema tuvo después de esto tanta virtud, que muchos curaron los dolores de diferentes miembros sólo con aplicarla a ellos, previa la invocación del dulcísimo nombre de Jesús y el auxilio del bendito San Isidoro, e igualmente se comprobó que con sólo presentar la gema maravillosa ante alguna cosa ardiendo, luego el fuego se extinguía, «lo

cual, dice D. Lucas de Tuy, fué visto por experiencia muchas veces».

* * *

Un gran Señor del Reino de León, tanto que no había otro más poderoso después del Rey, y de nombre Nuño Meléndez, sin que sepamos la causa, llegó a concebir tal odio y rencor contra los canónigos de San Isidoro, que dió orden a sus criados y vasallos les hicieran todo el daño y molestias que pudieran por la vía que les fuera posible.

La misma noche del día que dió semejante orden, estando el poderoso magnate en su cama, vió que se presentaba ante él un personaje, todo bañado en celestiales resplandores y con ornamentos Pontificales, el cual, con ceño adusto, le dirigió una áspera reprensión y comenzó a maltratarlo de obra, muy terriblemente; después de castigarle le dijo: ¿Por qué te ensañas tú contra Dios? ¿Por qué mandaste hacer daño, injustamente, a los siervos suyos? Pues apártate de esto, y cuándo no, sabe que luego morirás?»

Al sentir sobre sí tan recio azote de la justicia de Dios, el caballero despertó aterrorizado y presa de violento temblor; y como se diera cuenta de que el vientre se le había hinchado en gran manera, llamó pronto a sus criados, bien seguro de que por momentos se le iba la vida, y les ordenó que corrieran a buscar al Prior de San Isidoro, y rogarle que tuviera la bondad de ir a visitarle.

Luego que los criados de D. Nuño Meléndez dieron este encargo al Prior, éste se apresuró a cumplirle, y apenas el gran Señor le vió entrar en su cámara se arrojó a sus pies, y delante de todos le dijo: «Con justicia padezco el mal que sufro, pues pequé contra el glorioso San Isidoro; por tanto os suplico que roguéis por mí y mandéis a vuestros canónigos que se levanten y hagan tañer las campanas y rueguen a Dios que se digne librarme de esta enfermedad».

Aunque aquella hora era la del primer sueño para los canónigos, el Prior les hizo levantar, y tocaron todas las campanas del Monasterio y, juntos en la iglesia, ante el arca de las reliquias del bendito San Isidoro, se pusieron a orar por la salud de aquel caballero, tan fatigado, que se creía al borde de la sepultura, dándose el nuevo prodigio de quedar repentinamente sano, cuando empezaron su oración los canónigos.

Llegado el nuevo día, muy de mañana, el avisado don Nuño reconocido a Dios, a quien podía decir como David: «Señor, tú sacaste mi alma del infierno o sepulcro; tú me salvaste, para que no cayera con los que descenden al profundo», se puso en camisa, y con los pies descalzos se encaminó a la iglesia de San Isidoro, llevando en las manos unas disciplinas, y admitido al Capítulo que celebraron a aquella hora todos los canónigos, les pidió perdón, con mucha humildad y lágrimas, refiriéndoles minuciosamente la espantable amenaza y castigo que le había dado San Isidoro, y suplicando le azotaran todos con aquellas disciplinas; perdonado por el Prior y canónigos, a cuyas oraciones reconoció haber recuperado la salud, hizo juramento solemne, en manos del Prior y presencia de todo el Cabildo, de nunca jamás volver a molestar a los siervos de San Isidoro; antes, por el contrario, prometió ser siempre su más constante y decidido defensor, como así lo cumplió. Luego fiel y lealmente, recibéndole los canónigos, desde aquella hora, por hermano y socio de su Monasterio.

* * *

Por el mismo tiempo del prodigio anterior tuvo lugar otra persecución muy grave de los canónigos de San Isidoro, siendo su mortal enemigo el obispo de León D. Manrique, quien celoso de su exención, privilegios y grandes riquezas, quiso reducirles de nuevo a su obediencia, y a este fin se interponía, a cada paso, en su ca-

mino, causándoles molestias y vejámenes, e intentando que a lo menos, sino de grado, por evitar tantos trabajos, disgustos y pleitos, ellos mismos se le sometieran a su jurisdicción por pura necesidad.

Ayudaba mucho al Obispo en este intento un Arcediano de su iglesia, llamado Tomás, a quien, finalmente, envió a Roma con la misión de exponer cargos graves contra los canónigos de San Isidoro, y obtener la revocación de sus privilegios, en especial el de exención del Prelado ordinario de León, y como el Arcediano parecía hombre honesto y letrado, y además llevaba comendaticias del Obispo, alcanzó en Roma cuanto solicitó contra los canónigos de San Isidoro.

Estos, cansados ya y fatigados de tantas luchas y persecuciones, acordaron, por consejo del Abad, no poner más diligencias humanas, y dejar el negocio en manos de su Patrono y defensor San Isidoro, rogándole con devoción y perseverancia les alcanzara del cielo el remedio de tales males si les convenía a ellos y a la gloria de Dios; y como permaneciesen cada día firmes en su oración y súplicas, cierto día un canónigo de San Isidoro, llamado D. Martino,—hoy Santo Martino,—cuya santidad todos veneraban y reconocían, dijo a otros canónigos de los más ancianos: «Esforzaos en el Señor, que San Isidoro está con nosotros; vuestros adversarios caerán ante vosotros.»

Al oír aquello le preguntaron, con mucha insistencia, les dijera cómo sabía él aquello, porque era mucho el interés que tenían en asegurarse de ello; y el santo hermano les contestó: «Esta noche se me apareció San Isidoro, y me dijo que él había arrojado de cabeza en el mar, tirándole del barco en que venía navegando para León, al Arcediano Tomás, y que asimismo había alcanzado de Dios, que el Obispo D. Manrique quedara privado de la vista corporal».

Esperaban, confiados, los canónigos la confirmación,

la cual no tardó en traer un mensajero, digno de todo crédito, quien dió la nueva de que el Arcediano Tomás, navegando hacia Venecia, había caído en poder de unos corsarios, que le llevaron cautivo para Alejandría. Cuando el Obispo oyó tales noticias, se turbó mucho, y esperaba que también a él llegaría la venganza de San Isidoro, como acaeció muy pronto, viéndose privado de la vista corporal, aunque esta desgracia le abrió los ojos del alma, y se apresuró a componer las diferencias que mediaban entre él y los canónigos de San Isidoro «por medio de una Concordia, para que así se extinguieran las discordias y debates por vía de amigable composición, y no pareciera que él se apartaba de lo que torpe e injustamente había comenzado; y después de así hecha la dicha Concordia, el dicho Obispo D. Manrique, conociendo haber pecado contra San Isidoro, vino a la dicha iglesia de San Isidoro, y entró en el Capítulo, y allí, hincadas las rodillas en tierra, con muchas lágrimas y suspiros, les pidió perdón de los muchos males y daños que les había hecho y procurado, y ellos le perdonaron y le recibieron por canónigo del dicho Monasterio; mas no dejó por eso la Dignidad Episcopal, ni la Silla Catedral; y desde aquel día fué tan diligente amigo, y tan provechoso para los canónigos del dicho Monasterio de San Isidoro, que no parecía sino uno de los oblatos y familiares de la Casa.»

«Después que así se reconcilió con los religiosos del dicho Monasterio, recobró algo de la vista que había perdido; más no la recobró del todo, y esto fué, según creemos, porque de los daños que había hecho al dicho Monasterio, no le satisfizo enteramente, como pudiera y debiera.»

Acerca de esta Concordia dice el Padre Risco, tomo XXXV de la España Sagrada: «Al año 1192 pertenece la concordia que, después de algunas diferencias, se hizo entre la Iglesia de León y los canónigos de San

Isidoro, conviniéndose en que el Abad y este convento habían de ofrecer a la Catedral de Santa María, en el día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, cierta cantidad de manteca y miel; la cual y otras circunstancias del concierto, se refieren en una escritura, en el libro que llaman *grande*, y se guarda en la Catedral de León; el cual instrumento está firmado por D. Manrique en la Era 1130 a 24 de abril. En memoria de esta Concordia, dice el Sr. Truxillo, se puso en el Claustro de la Catedral, en una piedra encajada en la pared, la Imagen de Nuestra Señora y un canónigo de San Isidoro, que está ofreciendo la manteca, en figura de castillo, según se acordó por dicho instrumento de composición».

La ofrenda de la manteca, según el arriba mencionado D. Antonio Ortiz en su obra dirigida al Sr. Trujillo, Obispo de León, Códice núm. 91, año 1586, se practicaba de esta manera: «Por la dicha Concordia está obligado el Abad de San Isidoro a enviar al Obispo y Cabildo *unam quartellam butyri cum bona parte mellis* (que es antigüedad bien graciosa), y de muy antiguo se usa que cada año, el día de Navidad se envía esto, y se ofrece en la procesión al Obispo y Cabildo; pero la manteca, que siempre es fresca, va reducida a forma de un castillo bien hecho, de vara y media de alto, o cuasi; y la miel va en unas fuentes de plata; y después que anda en la procesión con la dicha miel, por ser pieza para ver, comunmente la envían a presentar a un gran señor o señora, en el pueblo, pero las más veces va fuera».

En correspondencia a este envío del día de Navidad, los Sres. Obispo y Cabildo tenían que venir a San Isidoro dos veces al año; una, que ya hemos dicho más arriba, estaba señalada en el mismo día del Santo, y otra uno de los días de letanías, en que, junto con el Ayuntamiento de León, debían asistir el Obispo y Cabildo con procesión solemne, diciendo la misa el Prior de San Isidoro y sirviéndole de Ministros—Díacono y

Subdiácono—dos canónigos de la Catedral. Aún se conserva en el Claustro de la Catedral la imagen de la Virgen, recibiendo el homenaje del castillo que la tributaba el Cabildo de San Isidoro, en conmemoración de aquellos tiempos en que ambos Cabildos formaron uno solo, al amparo y bajo la protección de Nuestra Señora de Regla.

* * *

Ya hemos dicho que D.^a Sancha, hermana del Emperador Alfonso VII, había otorgado un privilegio, concediendo permiso para sacar una presa de agua del río Tórrío, la cual todavía se llama *presa de San Isidro*, a los canónigos, que tenían gran necesidad de agua para los muchos menesteres del convento. La obra era costosa, y la misma Infanta quiso hacerla a su costa, pero murió luego y la obra quedó poco menos que en los principios; la continuaron los canónigos de San Isidoro, y llegaron a aproximar el agua a León con un cauce de cerca de dos leguas de largo; y cuando ya la tenían a la puerta de casa y creían próxima la realización de sus deseos, se les acabó el dinero y hubieron de suspender las obras.

Era entonces Mayordomo en San Isidoro, el canónigo D. Félix, que figuró ya en los milagros y apariciones del clérigo de Orzonaga, con el cargo de Prior Claustral o Sub-Prior, pues el primero se titulaba Conventual, el cual, viendo que no podía proseguir la obra por falta de recursos, una noche dejó a los demás Canónigos cantando Maitines en el coro, y él fué a postrarse de hinojos ante el altar mayor y Arca de las reliquias del bendito San Isidoro, y allí, rememorando la providencial solicitud de San Isidoro por todo lo que se relacionaba con las personas de su Real Casa e iglesia, y el cariño paternal que había mostrado siempre para con sus canónigos, rompiendo las redes que les tendían sus enemigos y sacándoles a puerto seguro en las más deshechas borrascas y tempestades, expuso al celestial Patrono la necesi-

dad en que al presente se hallaban para proseguir la obra de la presa por falta de recursos, y dejando el asunto encomendado al mismo San Isidoro, se levantó lleno de confianza en su oración, y al día siguiente, muy de mañana, llamó a un criado y le ordenó que buscara cuantos obreros pudiera encontrar, y los llevara a trabajar en la obra de la presa, «y que San Isidoro provea de dineros para pagar el jornal a sus obreros».

El criado reunió más de cien obreros, que trabajaron todo el día en la obra de la presa, y cuando iba ya cayendo la tarde y habían de dejar el trabajo, era preciso darles el jornal del día, lo que tenía muy preocupado al canónigo D. Félix, puesto que S. Isidoro no le había proporcionado dineros, y él no sabía de dónde sacarlos; y sin perder la confianza en su bendito Patrono, se fué a la obra para dar una satisfacción a los obreros, y con palabras blándas y corteses se disculpó de no poderles pagar aquel día, pero les rogaba que no dejaran de volver al siguiente, y recibirían junto el estipendio de los dos días. ¡San Isidoro quiere probar su fe y confianza, abandonándole por un día, y el piadoso canónigo fuerza a su bendito Patrono con este rasgo de absoluta seguridad en su intervención milagrosa! No se amilana, ni grita con San Pedro, cuando caminaba sobre las olas: «Señor, sálvame», sino que deja a la voluntad de Dios la hora en que le ha de enviar el socorro.

Al día siguiente, próxima ya la puesta del sol, volvió a la obra sin un cuarto y dispuesto a pedir nueva prórroga a los jornaleros, pues el cielo parecía sordo a sus ruegos, y cuando llegó al lugar donde trabajaban los obreros, uno de ellos, al dar un golpe con el azadón, hizo visible una gran suma de monedas, de las que llamaban entonces «turones», tanta que hubo suficiente para pagar a todos y aún sobró.

Cuando D. Félix vió aquella maravilla, con lágrimas de ternura y reconocimiento hacia su benditísimo Patrono

dijo al obrero, de quien San Isidoro se había valido como instrumento para el milagro: «Toma para tí estas doce monedas que han sobrado después de pagar a todos, y si te place, sabe que te recibiremos en el número de nuestros hermanos. El obrero respondió que le placía, y luego, a la hora, se fué con él, y fué recibido por religioso del dicho Monasterio, y allí *vive y conversa*, loablemente, por la divina clemencia. Y de aquel día en adelante acrecentó Dios tanto el dinero en la dicha iglesia de San Isidoro, por las limosnas de los fieles, que ninguna cosa falta a los que quieren obrar cualquier cosa en las oficinas de la dicha iglesia y Monasterio».

Al que haya visto las grandes posesiones, heredades, señoríos de villas y lugares, etc., que los Reyes habían hecho a los canónigos de San Isidoro, le llamará mucho la atención la pobreza y falta de recursos que en este prodigio de la presa nos pone de manifiesto el Tudense, y la admiración subiría de punto si se tiene en cuenta que las donaciones de los particulares a San Isidoro en aldeas, villas, lugares, iglesias, heredades, cotos redondos, casas, etc., y fundaciones para aniversarios, misas, etc., aún superaron a los de todos los Reyes juntos. ¿En qué consumían las copiosísimas rentas de sus vastos dominios y posesiones, tantas limosnas y donaciones de los fieles?

La contestación es edificante e instructiva: el Abad, el Prior y Sub-Prior y los canónigos, así como los oblatos, especie de legos, que se ofrecían a sí y todas sus cosas para el servicio de la iglesia y convento, hacían votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia; vestían humildemente; vivían alejados del mundo; estudiaban mucho y escribían obras notabilísimas, como las de Santo Martino y D. Lucas de Tuy, citando sólo las que han llegado hasta nosotros; ayunaban varios días a la semana, absteniéndose en ellos del uso de carnes; oraban mucho en el templo, con el Oficio solemne de noche y de

día; en una palabra, sus grandes riquezas no servían en lo más mínimo para el regalo de sus cuerpos y ostentación de sus personas.

¿Para qué, entonces, querían sus riquezas? En primer lugar para dar culto a Dios, obligación primaria del hombre: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente». ¿Para qué otro fin nos crió, y nos conserva Dios, sino para amarle y servirle? ¿Qué dinero mejor empleado que el gastado en dar culto a un Dios tan bueno, tan misericordioso, tan humilde, que se vistió de nuestra pobre naturaleza para redimirnos, y se pasa los días y las noches prisionero en el augusto Sacramento de nuestros altares, brindándonos las inefables delicias de su amor? Esta doctrina solivianta los ánimos de los filántropos modernos, émulos de Judas, abogados aparentes de los derechos del pobre contra Dios, y que guardan para sí lo que debían ofrendar a su Criador, y si pueden, hasta lo que otros ceden para los pobres.

No se crea, por lo expuesto, que los canónigos de San Isidoro consagraban al culto todo cuanto poseían; fomentaban las Bellas Artes, pagando a pintores, escultores, orfebres, miniaturistas, etc., etc., el precio de esas bellezas arqueológicas que hoy admira con fruición el turista inteligente, y de esas joyas únicas, orgullo legítimo de León; difundían la cultura, consagrándose a la enseñanza de nobles y de plebeyos, a los que además tenían que vestir y alimentar y dar albergue; fomentaban la agricultura y el bien público, acometiendo empresas como la de la presa de San Isidoro, que convirtió en verjel feracísimo una gran extensión de terrenos, antes estériles y pobres, e igual la otra presa que abrieron en el puente de «Rodrigo Iustes», desde el Bernesga a Villadesoto, llamada la presa de Lunilla, de «ripa luniella», ambas del Señorío Abacial de San Isidoro; sostenían un albergue para que los mendigos, por la noche, tuvieran cama,

lumbre, cena, y a la mañana, almuerzo, y en él atendían a los que enfermaban, por lo que también se llamó hospital, y hospitalero se llama al canónigo que tenía la administración del mismo, estando este hospital unido al Palacio de los Abades, y bajo la advocación de San Froilán hasta el siglo xvii, en que se le cedieron, para fundar, a los Frailes descalzos de San Francisco; otros hospitales sostenían además, fuera de León, de los cuales no es esta la ocasión de hablar; practicaban la caridad con todos los necesitados, y tenían muy presente el precepto de la limosna, dando no sólo «lo que les sobraba», sino lo mismo que ellos necesitaban; fundaban poblaciones a las mismas puertas de León, como la de Renueva, exclusiva obra suya, y a la cual dan fuero y carta puebla, para los que quieran habitarla, el Prior Martín Muñoz y canónigos, en la Era 1203 — año 1166 —, dando por límites a la nueva población «desde el camino de Santa Engracia hasta las puertas de la ciudad, y de la otra parte desde la iglesia de San Esteban hasta la era de los moros».

Sólo mencionamos lo que aún tenemos a nuestra vista en León, y ocuparía mucho espacio reseñar todo eso mismo hecho en las villas y lugares del Señorío, los edificios e iglesias que erigieron, los caminos y canales que trazaron, las joyas de arte que adquirieron, las lágrimas que enjugaron, los cuitados que socorrieron... todo eso, y mucho más, los Angeles buenos lo asentaron en los registros del libro de la vida, y nos lo leerán el día del juicio; y que esta práctica rigió siempre, lo prueba el que con tanta opulencia jamás pudieron hacer frente a necesidades imprevistas, y éstas se remediaban con las limosnas espontáneas de los fieles.

Los liberales del siglo xix apodaron a los que tal uso hacían de los bienes terrenos *manos muertas*, y les despojaron del patrimonio sagrado, destinado al culto de Dios y remedio de los pobres, con las leyes de desamor-

tización, poniendo el capital en *manos vivas*, que saben lucirlo con lujos fastuosos y banquetes opíparos, en fiestas mundanas y playas de moda, y lo aumentan a costa del sudor y sangre del pobre obrero, para quien no tienen ni un átomo de cristiana caridad, ni un corazón de hermanos; ellos han desencadenado el pavoroso problema social, y sueñan resolverlo con animadas verbenas y bailes benéficos, en los cuales se sacrifica el pudor y ofende a Dios a cambio de unas monedas para remediar el hambre del prójimo. ¡Cuánto se puede escribir de las *manos vivas*; pero y qué monstruosamente malo!

Prueba palmaria del valer y sabiduría de los reglares en esta época son los muchos Obispos que salieron del Cabildo de San Isidoro, en aquellos primeros años del siglo xiii y últimos del xii, entre los cuales figuran, autorizando las escrituras y privilegios, los siguientes: *San Nono*, Obispo de Astorga; D. Juan, Obispo de Tarazona; D. Martín, Obispo de Ciudad-Rodrigo; D. Pedro, Obispo de Ciudad-Rodrigo; D. Lucas, Obispo de Tuy; don Juan, Obispo de Oviedo; D. Lope, Obispo de Astorga; D. Rodrigo, Obispo de León, y otros cuya memoria se habrá perdido; además los Obispos, que regían las Diócesis, como D. Manrique de León, se honraban siendo admitidos como canónigos honorarios de San Isidoro, y los más altos Señores solicitaban el honor de ser tenidos por *hermanos* del Cabildo, y la clase media y de behetría que habitaba fuera de los lugares del Señorío Abacial, se apresuraban a poner sus personas y haciendas bajo la jurisdicción y autoridad paternal de los canónigos de San Isidoro y sus Abades. ¡Qué diferencia entre aquellos tiempos de *oscurantismo* y los dichosos del siglo xx!

No se mostró Alfonso IX ingrato a los beneficios recibidos de San Isidoro, pues apenas ocupó el trono, vacante por muerte de su padre en 21 de enero de 1188, y el

28 de abril de ese mismo año ya expidió en Toro un privilegio, en unión de su madre D.^a Urraca, confirmando a Dios, a San Isidoro, al Abad D. Facundo, convento y sucesores, para siempre, «todas las heredades, encartaciones o donaciones de cualquier especie. Junto con esto os concedo y confirmo para siempre cuanto teníais a la muerte de mi padre en la villa de Santa Engracia... Esto hago por remedio de mi alma, y la de mi padre y abuelos, y porque quiero tener parte en las oraciones y obsequios divinos, que en la dicha iglesia y sus filiaciones se hacen a Dios».

En la Era 1230, el día IV de los idus de octubre, otorgó en León un privilegio, donando a San Isidoro, al Abad D. Facundo, canónigos y sucesores, para siempre el monte de Sistredo, junto a Noceda, en el Bierzo, con todos sus términos antiguos, para que en él puedan *poblar*, edificar y hacer lo que quisieren, lo mismo que en las demás posesiones que tenían, y lo hace porque desea tener parte en las oraciones y obsequios divinos, que a Dios se hacen en San Isidoro «*iugiter*».

Al día siguiente del anterior privilegio, dió otro donando a San Isidoro la mitad de Villafeliz, pues la otra mitad ya lo era. Hizose el privilegio en San Miguel de Escalada y confirman en él, D. Lope, obispo de Astorga, y D. Juan, obispo de Oviedo, ambos canónigos de San Isidoro.

Otro privilegio expidió en la Era 1232, el día V.^o de las Kal. de mayo, en León, y por él confirma a San Isidoro la posesión de la iglesia de San Pedro de Vilecha, cuyas rentas se destinaban a alimentar «*iugiter*» las lámparas de San Isidoro; confirma también todas las encartaciones hechas por su padre a la misma iglesia porque desea participar de las oraciones y obsequios que en tal iglesia se tributan a Dios «*isgiter*».

En Astorga expidió otro privilegio «IV nonas Sept.», Era 1239—año 1201—juntamente con su esposa doña

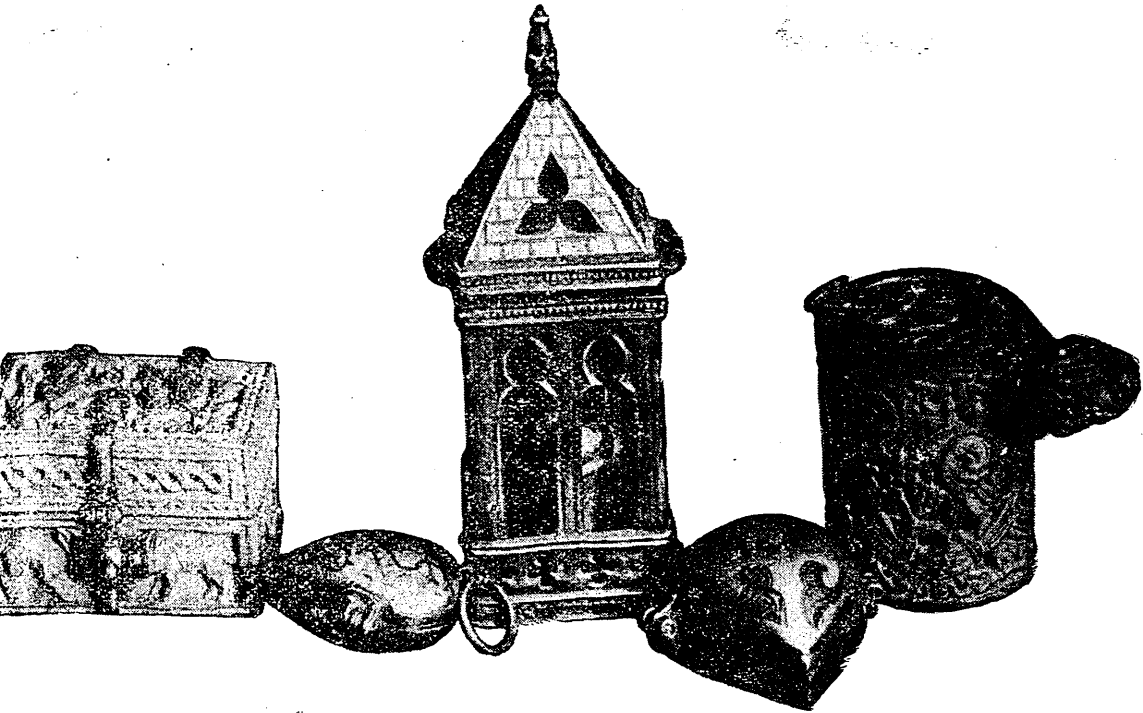
Berenguela y su hijo D. Fernando, donando a San Isidoro el valle de Rengalengos, del lugar de Campo, y acotando dicho valle, cuyos límites señala. «Añado, además, que libro y hago exentos de pechos, pedidos y de todo otro foro y hacendera a seis hombres que vayan a poblar en el mismo hospital de Campo, y que tampoco pagen foro por la heredad que allí en el hospital posean, si habitan en ella, pero con la obligación de que en el dicho hospital sirvan a los pasajeros».

En León, a 25 de Nobre. del mismo año 1201, por otro privilegio, que dió en unión de su esposa e hijo D. Fernando, hace libres de todo pecho y tributo a seis vasallos que San Isidoro tenía en Castrovol, junto a Mayorga, y asimismo libertó a los colectores que San Isidoro tenía para cobrar el portazgo de Mayorga y lo mismo al que les cobraba el portazgo en Puente del Castro de León, y esto para siempre.

El 31 de enero de la Era 1243—año 1205—dió en León otro privilegio, concediendo a San Isidoro, al Abad Facundo, Prior D. Rodrigo y canónigos, para siempre, el valle de Ponxos—Valdeponxos—por sus términos y divisiones, por las cuales se distingue de otros alfores y montes, y lo hace porque desea participar de las oraciones y obsequios que en San Isidoro se tributan a Dios «*iugiter*». Confirma entre los obispos, D. Pedro, de León.

El 24 de agosto del mismo año dió otro privilegio a los vecinos de Valsemana, librándoles de todo pecho y facendera, porque tal vecindad, creada en una heredad donada a San Isidoro por Nazareno Martín, se reconocía como del Señorío y jurisdicción del mismo San Isidoro, por cuyo respeto quiere el Rey hacerles esta merced, y además para tener parte en las oraciones de los canónigos.

En la Era 1249, «III.º Kal. Aprilis», dió en Astorga un privilegio haciéndose por él este «concambium» con la iglesia de San Isidoro: la tomó los lugares de Castrovol



Portapaz de marfil y oro, siglo XII; cajita árabe de marfil, siglo X; corazonces de plata, pavonados, árabes, siglo X al XI; botecito de marfil, siglo XI; relicario de plata, siglo VIII al XIV.

y Villalva, junto a Mayorga, para ampliar la población de esta villa, y la da a la iglesia de San Isidoro y la confirma los privilegios que ya tenía de los lugares de Pinos, en Babia, y de Noceda, en el Bierzo, y además la dona, por primera vez y para siempre, la villa de Espinosa, con jurisdicción civil y criminal, en la ribera de Orbigo, que hasta entonces era del Rey, con todo, en Castrovol y Villalva continúan siendo de San Isidoro las iglesias, casas, viñas y el portazgo y demás derechos que le pertenecían en Mayorga y su territorio, y todos los demás derechos que pueda poseer y adquirir allí y en todo su reino, en lo futuro, lo cual otorga a San Isidoro «*privilegio speciali*». Llama en este privilegio a San Isidoro Patrono suyo, «*patroni mei*», y le cede todo el Realengo que tiene, o debe tener en León, dentro y fuera de los muros; y en todo este Realengo de León, y en las villas de Pinos, Noceda y Espinosa, no osará entrar ningún merino Real u otro cualquier ministro de justicia, ni para perseguir por robo, por homicidio, por «foros», por hacenderas, por pedidos del Rey, ni por pechos, ni por límites, ni por bagajes. Confirman los obispos de León, Oviedo y Astorga, en cuyos territorios se hallan las villas de que se trata e impónese pena de excomunión, con autoridad del Papa, y en la que incurrirá el mismo Rey, si osa atentar contra el privilegio, e igual sus sucesores, y además el reino quedará «entre dicho, hasta que satisfaga condignamente» el que violare la carta. Si otro que el Rey, o su sucesor, atentase contra este privilegio, pagará a San Isidoro cien libras de oro purísimo; y el merino, sayón, alguacil, etc., si presumiese hacer lo que aquí se les prohíbe «quien le dé una buena paliza, no tenga temor alguno de ser por ello castigado». Confirman los obispos y nobles de costumbre. Para formarse idea de los privilegios y donaciones de los Reyes y particulares a San Isidoro, véase nuestro *Catálogo de los Códices y documentos de la Real Colegiata de San Isidoro*.

CAPITULO XIV

**Continúan los milagros de San Isidoro, en el reinado
de Alfonso IX y de Fernando III el Santo**

Los siguientes milagros están en el libro de la *Traslación de San Isidoro*, en el *Chronicon mundi* y en la obra *De Altera vita*, todas de D. Lucas de Tuy, testigo muy abonado de lo que vamos a referir, por ser de algunos milagros testigo presencial, y de otros contemporáneo, pues casi todos acaecieron estando ya él de canónigo en San Isidoro. Muchos de los milagros que expuso en la Traslación, les refiere con más amplitud en el libro de los Milagros, y ya están aquí narrados; los demás los expondremos a continuación, advirtiendo que el milagro de quedar inmóvil el cuerpo sagrado de San Isidoro, cuando le sacaron en procesión hasta Trobajo, le fija en la Traslación, viviendo Pedro Arias, o sea antes de 1150, y agrega los detalles de que antes habían sacado en procesión los cuerpos de San Vicente, San Froilán y Santos Claudio, Lupercio y Victorico, asistiendo a las procesiones el Obispo de León, D. Juan; el Abad de San Claudio y los Priors de San Isidoro y de San Marcos, aunque este último no tenía reliquia alguna que llevar; y, por último, que no habiendo obtenido el beneficio esperado de la lluvia, sacaron con los anteriores cuerpos santos el de San Isidoro; en el libro de los Milagros, posterior, ya hemos visto que fija el milagro en tiempo de Fernando II, discrepancia que se explica por escribir fiado en la memoria de los testigos presenciales o mediatos al suceso y la cual les fué infiel en ese detalle, que él rectifica en su segunda obra, siendo en todo lo demás conformes los detalles del suceso. Quedan dos puntos histó-

ricos, interesantes para la historia de León, oscuros con esta rectificación del Tudense: la existencia en 1149 de Prior y Convento de San Marcos en León y la existencia del cuerpo de San Froilán en la Catedral de León; como el Tudense no rectifica ninguno de estos extremos, consignados en la Traslación de San Isidoro, y si sólo la fecha de la última procesión en que figuró el cuerpo de San Isidoro, nos inclinamos por la afirmativa, máxime que es absurdo suponer en una persona culta, natural de León y vecina en la misma ciudad, que ignorara si ese año había convento de San Marcos o si estaba en León el cuerpo de San Froilán, y aún más absurdo en la hipótesis, sustentada hasta hace poco, de que San Froilán fué trasladado a León el 1192, y que San Marcos se fundó el año 1176, pues ambas fechas alcanzó personalmente el Tudense, y es imposible que hubiera caído en tamaño deslíz. También es cierto que los Santos mártires Claudio, Lupercio y Victorico, fueron elevados por el Cardenal Jacinto en 1173 colocándoles en lugar más honorífico, pero esto no quita que antes se las diera culto y sacara en procesiones. En los «Anales del Instituto de León» explanamos estos puntos el año 1919.

* * *

El primer milagro de la Traslación es el siguiente: Una mujer, en el día de las santas vírgenes Justa y Rufina, que era entonces fiesta de doble precepto, se atrevió a quebrantar la fiesta, haciendo labores que muy bien podía dejar para otro día, y Dios, que quiso darla a conocer a ella, y por ella a otros muchos, cuánto le ofenden aquellos que profanan las fiestas, trabajando en desprecio del día santo del Señor, la castigó, dejándola tullida y como muerta la mano que estaba empleando en ofenderle, de manera que ni la podía mover ni menear. Al ver el azote de la divina justicia sobre sí, luego pensó en San Isidoro, por cuyos méritos creyó firmemente que podría verse

libre de aquel castigo, y así, dando voces y grandes alaridos, se fué corriendo a su iglesia, y apenas llegó y la permitieron tocar en el Arca del cuerpo santo con el brazo tullido, al punto y súbitamente recobró su entera y prística salud, hallándose presentes a este prodigio muchos eclesiásticos y seglares, hombres y mujeres, a quienes embargó un sentimiento de intensa admiración al ver tan claro milagro. ¡Qué bien podía cantar aquí esa mujer con el Real profeta David: «¡Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo!»

Había un hombre de partes de Saldaña, el cual tenía un niño de corta edad, cruelmente atormentado del demonio por permisión divina; el padre, que sufría con los tormentos del niño más que si fueran propios, se propuso poner todos los medios para alcanzarle la salud, y con este objeto salió de su casa para presentar al niño en una iglesia dedicada a San Bartolomé, y sita en la Cepeda, y practicar varias devociones, y hacer cuantos votos le sugería el amor que profesaba a su hijo, vió, con desconsuelo, que éste no curaba, y se volvió para su país de Saldaña con el sentimiento natural al ver tantos trabajos inútiles.

Al pasar por León, las gentes preguntaron a aquel padre dolorido, cuya era la causa de semejante desconsuelo y dolor que manifestaba, a lo que respondió haciendo patente la causa de su sufrimiento. y como las gentes que se hallaban en la puerta de la ciudad le hubieron escuchado, dijéronle luego: No te apures, buen hombre, porque tu desgracia tiene remedio seguro; vete luego a la iglesia de San Isidoro, que este Santo, con los demás cuyas reliquias se guardan allí, suele dar remedio muy cierto, y sin duda, en estas enfermedades ocasionadas por la presencia del domonio.

El náufrago, que siente por momentos hundirse en los

abismos, no se agarra a la tabla salvadora con más alegría que el pobre aldeano se asió a esta última esperanza de ver sano a su hijo, y así corrió con él al sepulcro sagrado del bendito San Isidoro, derramando lágrimas de ternura y devoción, y con una fe semejante a la de la mujer cananea del Evangelio, que alcanzó del Salvador la salud de su hija, en fuerza de súplicas y de su confianza, y que mereció esta alabanza del dulcísimo Jesús: «¡Oh mujer! grande es tu fe».

Postrado ante el altar sagrado y Arca de las reliquias, con voz humilde, reconociéndose indigno del bien que solicitaba para aquel hijo que sostenía entre sus brazos, apoyado sólo en los méritos de Jesucristo y patrocinio del bendito San Isidoro, suplicó al Señor de lo más íntimo de su corazón se dignara conceder a su hijo la gracia de verse libre del espíritu infernal. El estado lastimoso del niño y la congoja profunda del padre inspiraban a todos sincera compasión, y así todos los circunstantes se asociaron a su oración, y llegando luego los canónigos con el madero o reliquia sagrada del *Lignum Crucis*, ya mencionada, se la aplicaron a los labios del niño, y, ¡oh maravilla del poder de Dios!, en el mismo punto que la reliquia de la Cruz del Señor tocó los labios del niño, luego, en aquel mismo momento, le abandonó para siempre el espíritu maligno y cruel que le atormentaba, saliendo del cuerpo del niño por las partes más sucias y bajas.

La poca edad de la criatura apenas la permitía pronunciar alguna palabra, más luego que se vió libre del demonio, obró en ella la omnipotencia divina y con claras y grandes voces pronunció estas palabras: «Gracias a Dios y a San Isidoro, sano, sano soy». ¡Qué bien se cumplió en este caso el canto de David que el divino Jesús recordó a los sacerdotes y escribas en el templo de Jerusalén! «De la boca de los niños y de los que aún están pendientes del pecho de sus madres, hiciste tú salir perfecta alabanza, por razón de tus enemigos, para destruir al enemigo y al vengativo.»

Dieron al niño una manzana que había colocada sobre el Arca del dulcísimo San Isidoro, para que los que la comieran luego recobraran la salud, sea cual fuera la enfermedad que les aquejara, y el niño empezó a reir y jugar con ella, lo que llenó de admiración a los circunstantes, que vieron en ello a la criatura inocente recreando a su Criador y alabándolo, no tanto puerilmente, cuanto movida por impulso superior, que de esta manera le hacía burlarse del demonio con una manzana, a él que con otra burló al género humano en el paraíso.

* * *

Una mujer moza, de un lugar llamado Negrillos, fué invadida del espíritu maligno, el cual la atormentaba cruel y ferozmente, hasta que fué traída al templo de San Isidoro, donde aplicándola los exorcismos, el demonio se vió forzado a abandonarla, dando antes palabra de jamás volver a ella, y en señal de que se veía forzado a cumplir lo que prometía arrojó por la boca de la mujer una moneda, «y nosotros, dice el Tudense, tenemos a buen recado esa moneda para confusión del demonio, porque todos los que la vieren glorifiquen a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo, el cual, siendo maravilloso en los sus Santos, obra en ellos prodigios y maravillas; ni debo callar lo que oímos de boca de la misma moza librada del demonio».

Muchas veces el demonio intentó arrancarla la vida, arrojándola en el agua de los ríos o lagunas, y a veces en el fuego, pero nunca conseguía su objeto, pero siempre San Isidoro, lleno de bondad y misericordia hacia su devota, se oponía a tan dañados intentos e impedía que el espíritu del mal los realizase, y al ver éste que la moza era llevada ante el cuerpo santo de su contrario, cuando pasaba el puente de «Rodrigo Iustes», el demonio homicida que la martirizaba, quiso arrojarla al río, pero no lo pudo lograr porque San Isidoro, visible a la

posesa, la sujetó fuertemente de la mano; cuantas veces aplicaron los exorcismos a la desventurada, en diversas iglesias, siempre el espíritu infernal daba grandes voces, protestando que no abandonaría su presa a manos que a ello le obligara San Isidoro, voces que parece el mismo Santo le obligaba a dar, para mostrar a la familia de la enferma dónde se hallaba la fuente de la salud.

Preguntado el mal espíritu ante el altar sagrado del dulcísimo San Isidoro, cómo había tenido osadía y poder para invadir el cuerpo de una mujer cristiana, modelo de buenas costumbres y muy dada a las prácticas de piedad y devoción, respondió estas palabras: «Una vecina suya fué causa de esto, porque la denostó e impuso falso testimonio de que tenía un amante, con lo cual puso su alma en tanta amargura, y la hizo paladear tan intensamente el dolor de esta deshonra, que su propia tristeza y consternación, ese continuo pensar en la calumnia que la habían escupido en el rostro, fueron quienes me abrieron la puerta para que entrara en ella, aunque en vano, pues mi enemigo, San Isidoro, me obliga, contra toda mi voluntad, a salir de ella».

Verdad grande predicó el padre de la mentira, al decir que la tristeza y sentimiento prolongado de esta mujer fueron las llaves con que franqueó la fortaleza de su cuerpo; nada se aconseja con más insistencia por los maestros de la vida espiritual que la alegría del corazón y del espíritu en aquellos que se consagran al servicio de Dios, ni nada alarmaba más a los Santos que la vista de los mismos con el semblante melancólico y acongojado. ¿Por qué se ha de contristar el siervo de Dios, no siendo por las ofensas que contra él comete? «Bienaventurado el pueblo que sabe alegrarse en tí; oh, Señor, a la luz de tu rostro caminarán... Nada podrá adelantar contra él el enemigo; no podrá ofenderle más el hijo de la iniquidad». Con la alegría bailando en el rostro, y el resplandor del regocijo bañándonos el alma y el corazón,

hemos de seguir la senda de los divinos Mandamientos: «Moradores de la tierra, cantad con júbilo las alabanzas de Dios; servid al Señor con alegría. Comparecer en su presencia llenos de alborozo... porque es un Señor lleno de bondad, es eterna su misericordia».

* * *

No mucho después del suceso anterior acaeció que una mujer, natural de un lugar llamado Olleros, se vió, por permisión divina, reciamente atormentada por tres demonios que muy a menudo la ponían a las puertas de la muerte; compadecidos sus parientes de tan acerbo sufrimiento, determinaron llevarla a la iglesia de San Vicente de la Gotera, en la cual Dios concedía el alivio de semejantes dolencias a muchos enfermos, aunque con esta sucedió lo contrario, porque la maltrataron más crudamente y la derribaban por tierra, gritando que nada les obligaría a salir de aquella infeliz, como no fuera el poder de su enemigo San Isidoro; a San Isidoro rendía culto fervoroso la mujer, y a él se encomendaba con toda su alma, cuando no turbaban el resplandor de su inteligencia aquellos espíritus de las tinieblas, lo cual, más que las palabras de los demonios, les movió a traerla a la iglesia de San Isidoro de León, empleando muchas precauciones por el camino para evitar que la precipitasen en algún pozo o abismo y la privaran de la vida, según habían intentado tantas veces.

Llegaron a León un jueves, y para ponerla en seguro contra las asechanzas de los malignos, la introdujeron luego en el templo del bendito Doctor; en donde confiaban en que, al menos, no peligraría su vida, y como estaba extenuada de los tormentos y de la fatiga del viaje, la dieron los canónigos de comer, bendiciendo antes el alimento, lo que causó tal furor a los demonios, que la arrebataron a la vista de todos y la herían y atormentaban horriblemente; a las voces y desgarradores

lamentos de la endemoniada acudió un canónigo con la reliquia del *Lignum Crucis*, y comenzó a conjurar a aquellos demonios, invocando el favor de Dios y la virtud de aquella reliquia, para que luego al instante abandonaran el cuerpo de aquella sierva de Dios, redimida con la sangre del Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo.

Estuvieronse quedos los malignos mientras el sacerdote les conjuraba de esa manera, y cuando acabó le hablaron así: «En vano trabajas, porque no dejaremos la posesión de este cuerpo hasta el próximo domingo, porque ese día vendrá San Isidoro, el cual está ahora con Santo Domingo de Silos en las partes de Africa, ayudando a unos cristianos que allí están cautivos, y también porque ahora San Isidoro está abogando contra nosotros en la causa de una mujer de vida prostituida, que ahora agoniza en Arévalo. Pero antes que vengan San Isidoro y Santo Domingo vendrá San Vicente, que es nuestro enemigo en todo y por todo».

Llegada la noche del próximo domingo, estando durmiendo en su cama el tesorero del templo, fué despertado por un llamamiento sobrenatural, para que al instante fuese a la iglesia e hiciera el toque de campana, llamando a todos los canónigos para concurrir al Oficio de Maitines, y apenas sonó la primera campanada de Maitines, cuando en presencia del dicho tesorero y otros varios canónigos que se habían adelantado para saber en qué pararía la mujer espiritada, ésta se vió arrebatada por los demonios que la atormentaban, y como corriera a postrarse ante el altar de San Isidoro, los demonios, con grandes y lastimeras voces, se lamentaban de que ya no podían permanecer más en el cuerpo de aquella mujer y suplicaban con mucha humildad, se les señalase la parte del cuerpo por donde habían de abandonarla; y después de estar allí un gran rato, muy cuitados y afligidos, suplicando los antiguos verdugos, salieron al cabo, dando

por señal de que jamás volverían a molestarla, uno de ellos una moneda, que arrojó por la boca de la mujer-cilla, el otro una pedrezuela, que dijo acababa de sacar, en aquel momento, de un lago de Salamanca, y el tercero un pedazo de plomo que la mujer tenía para sujetar el tocado de su cabeza.

«Como vimos el milagro, todos los que estábamos presentes comenzamos a alabar a Dios, hacedor de todas las cosas; e hicimos tañer las campanas, cantando, con alta y suave voz, el *Te Deum laudamus*... porque según el salmista dice: Sea alabado Dios con voces de alegría y regocijo, con instrumentos músicos de cuerda y de viento, con sonoros címbalos». Aquí y en otros milagros de la Traslación se confiesa canónigo de San Isidoro el Tudense, y testigo presencial de los sucesos que narra.

Los precedentes milagros son del libro de la Traslación de San Isidoro; ahora vamos a examinar y referir otros, tomados del *Chronicon mundi* del mismo Tudense.

* * *

El Rey moro Aben-Hud había prevalecido en las guerras civiles de los musulmanes, y había terminado por alzarse con el señorío de la España musulmana en su mayor parte, después de arrojar de España a los almohades; a este monarca hizo la guerra el Rey de León Don Alfonso IX, arrancándole los dominios de Extremadura, y de ellos principalmente las ciudades de Cáceres y Mérida; fué tan rudo para los moros el golpe que recibieron con la conquista de Mérida por los leoneses, que en una exaltación de su fe, ultrajada por los audaces cristianos, y de su amor patrio, profundamente herido por las conquistas del Rey de León, formaron rápidamente un ejército innumerable y corrieron a reparar el ultraje del desastre cuando aún no había salido de Mérida Alfonso IX.

Al tener éste conocimiento del nublado que se le echaba encima, aunque no tenía fuerzas suficientes para

hacer frente a tan temible adversario, dando muestras de un ánimo varonil y esforzado, no quiso que el enemigo le acorralara dentro de Mérida, y así ordenó sus huestes, secretamente, y de noche las hizo vadear el río Guadiana, llenando de estupor a los contrarios con este arranque de audacia; los primeros rayos del sol fulguraron en las armas de ambos ejércitos, que se acometieron con toda la saña y encarnizamiento, privativas del ser humano, y aunque, atendiendo al número, los moros debieran haber dado luego cuenta de sus atrevidos adversarios, fallaron los cálculos de la prudencia humana ante el brillo cegador de la intervención divina.

En lo más recio de la pelea se hizo visible el Apóstol Santiago, rodeado de una muchedumbre de soldados vestidos de blanco, los cuales barrían los escuadrones y haces musulmanas y las destrozaban como un deshecho huracán abate y descuaja los añosos robles del bosque; la mortandad fué tan espantosa para los desventurados sectarios de Mahoma, que, según el Tudense, quedaron desiertas muchas poblaciones, porque todos sus habitantes perecieron en el campo de batalla, y el mismo Rey moro buscó su salvación en una rápida fuga, aunque salió gravemente herido.

Al regresar del campo de batalla ocuparon los leoneses a Badajoz que no se atrevió a resistirles, y otras muchas plazas y villas las encontraron desiertas, habiendo huído los moros, borrachos del pánico enviado milagrosamente por Dios, y en ellas habitaron, quedando así por suya toda Extremadura. Pocos días antes de la toma de Mérida, hazaña la más gloriosa del Rey de León, dice el Tudense en su *Chronicon mundi*: «El bienaventurado San Isidoro se apareció a varias personas en la ciudad de Zamora, antes de que se tomara a Mérida y se empezara la guerra, y las anunció que él se iba a prestar ayuda al Rey Alfonso, y que le entregaría la ciudad de Mérida sobredicha, y además le daría un gran triunfo cam-

pal, ayudado por un ejército de bienaventurados». El testimonio no puede ser más autorizado, por que todos estos prodigios, obrados a favor de los leoneses contra los moros, acaecieron el año 1230, y el Tudense se hallaba ya hacía muchos años de canónigo de San Isidoro, en el esplendor de su fama, y en relación con los mayores Señores de la Corte y del Reino, por quienes se pudo informar muy bien de estos prodigios, así como también de los Obispos y sacerdotes, que en tan gran número acompañaban a las tropas en la guerra, si es que no anduvo por allí él mismo y otros canónigos de San Isidoro. Ya queda patente, con lo dicho, quiénes eran los milagrosos campeones de albas vestiduras que acompañaban al Apóstol Santiago en la batalla famosa librada en las márgenes del río Guadiana, a la vera del castillo de Alange. San Isidoro y los Santos que anunció en Zamora formaban su invencible ejército.

Cuando el victorioso Rey de León regresaba a descansar de aquella gloriosa campaña, que había puesto en sus manos toda Extremadura y parte de Andalucía, cayó enfermo y murió, a los pocos días, en Villanueva de Sarriá — de Lemos, dice el *Chronicon mundi* — el día 24 de setiembre de 1230. Con su muerte se acabó el reino de León, incorporado con el de Castilla, y antes de que tal acaeciese, San Isidoro quiso escribir milagrosamente en sus anales esa página de luz inmortal, de la toma de Mérida y batalla de Alange, famosas entre las más famosas hazañas de León.

* * *

El amor de San Isidoro a los leoneses se manifestó, más claramente que en todos los prodigios hasta aquí narrados, en la solicitud Pastoral que puso para librarla de la abominable herejía de los Albigenses, error pestífero, importado de Francia, y que aquí hechó profundas raíces, hundiendo a León en el cieno inmundo de un

culto repugnante e idolátrico, apartándole del culto de los Santos, y manchándole con necias supersticiones; a San Isidoro se debe el primer milagro contra la herejía; a los canónigos de San Isidoro la debelación de los herejes; a un canónigo de San Isidoro, hombre el más sabio y célebre de su tiempo, el conocimiento que de estos sucesos gravísimos llegó a nosotros, y él fué quien aplacó la justicia de Dios, justísimamente enfurecida contra la prevaricadora ciudad de León, y con prodigios estupendos abrió los ojos de los leoneses, llevándoles a la reconciliación con Dios y su esposa la Iglesia católica, empresa que no pudieron llevar a cabo los frailes de Santo Domingo y San Francisco, recién llegados a León con todas las ansias de la salvación del mundo que abrasaban a sus seráficos Patriarcas, ni los Obispos comarcanos y clero de León; sólo D. Lucas de Tuy, exponiendo su vida por la salvación de su amado León, logró salvar a éste de la inmunda y abominable impiedad albigense, pagándole así San Isidoro lo mucho que trabajó por su gloria, compilando parte de los muchos milagros que había operado.

Vengamos al asunto de esta obra. Uno de los primeros herejes que vino a León se llamó Arnaldo, y como con la presencia de la Corte, tan católica y piadosa, en León no les era posible dar la cara, abiertamente, sin correr grave riesgo, se valieron, hasta después de 1230 en que murió el último Rey de León, de añagazas y falsías para corromper la fe pura de los leoneses e inclinarles a sus perversas doctrinas; el corifeo de la secta, Arnaldo, se valía de la pluma para la difusión del error maldito, y como era un gran pendolista y escritor velocísimo, se dedicaba a copiar opúsculos de los Santos Padres, en especial de San Agustín, San Gerónimo, San Isidoro y San Bernardo, los cuales corrompía, introduciendo en ellos el veneno de su secta, y así corrompidos, les vendía a los católicos, o bien se les regalaba (lo mismo que los protestantes hacen en el día con las gentes sencillas!).

Sucedió, por desgracia suya, que hallándose empleado en este pesilencial trabajo el día en que León guardaba y solemnizaba la fiesta de la *Traslación* de San Isidoro desde Sevilla a León, se imaginó que del techo de la habitación en que estaba escribiendo y adulterando el libro de los Sinónimos, de San Isidoro, caía agua caliente sobre su cabeza; levantó la mano, con que estaba escribiendo aquellas blasfemias heréticas, para limpiarse y defenderse de aquella lluvia abrasadora, y le dieron en el brazo un golpe tan recio, que se le hicieron pedazos, y al mismo punto se le apagó la lumbré de sus ojos, quedando sumido en una completa ceguera. Enloquecido por el dolor y la desesperación, al verse maltratado de aquella manera por manos misteriosas e invisibles, comenzó a dar grandes voces, pidiendo socorro en aquel apretado e inopinado lance.

Acudieron muchos de la vecindad al estruendo de las voces, católicos, cual cumplía a los hijos de León, los cuales le preguntaron cuál era la causa de sus lamentos, y como les explicara lo raro del mal que padecía, ellos, unánimes, le advirtieron que aquella adversidad le había sido enviada por San Isidoro en castigo de no guardar su fiesta como la guardaban los demás cristianos, absteniéndose de obras y trabajos. Furioso el corifeo de los albigenses, al verse reprendido y amonestado por los católicos, prorrumpió en soeces blasfemias contra el bendito Doctor de España, y con palabras abominables empezó a blasfemar de la fe católica y hacer la apología de su infidelidad y de la doctrina de los herejes albigenses.

Dios que sufre al pecador con una paciencia inefable, dándole gracias para que conozca lo abominable de su vida, tiene un momento en que represa el torrente de su bondad y misericordia infinitas; para dar libre curso al río impetuoso de su furor y justicia inexorable; ese momento llegó, en aquella sazón, para el desventurado

hereje, tan habituado a burlarse de la paciencia de Dios y a despreciar sus grácias y paternales avisos, porque así como empezó de nuevo sus blasfemias contra Dios y San Isidoro, sin hacer caso de aquel milagroso castigo ceguera corporal que el bendito San Isidoro le había enviado para abrir los ojos de su alma y librarla de los tormentos del infierno, se apoderó de él un demonio que, a vista de todos, le retorció las entrañas y atormentaba cruelísimamente, hasta arrancarle la vida, y dando grandes voces el espíritu infernal, protestaba que hacía aquello obligado por San Isidoro, pues él no quería quitar tan pronto la vida a aquél su tan fidelísimo servidor, de quien esperaba le ayudaría a condenar muchas almas.

La pública y lamentable tragedia de este Arnaldo fué hacia el año 1216, y tan conocida de todos los leoneses que le dieron sepultura en un lugar inmundo, ocupado por muladares, y años después, cuando el demonio les cegó por algún tiempo con las falsías y embelecos de los herejes sacaron a este hereje del lugar inmundo, e hicieron una iglesia, y en ella le dieron culto demoniaco y fingieron que hacía muchos milagros, hasta que San Isidoro, por su canónigo D. Lucas de Tuy, con prodigios admirables, barrió de la haz de la tierra el templo maldito, arrojó de nuevo a los muladares los huesos del hereje endiosado, y aventó para siempre las reliquias de la herejía de esta su amada ciudad de León. Duraron estos acontecimientos de los Albigenses desde 1216, aproximadamente, en que murió el dicho Arnaldo hasta el 1239, con intervalos larguísimos en que la serpiente tenía oculta la cabeza, y de todos esos acontecimientos y de las impiedades y maldades de los herejes, nos informó el tantas veces citado D. Lucas en su obra «De altera vita...», figurando él como actor principal en tan lamentables y trágicos acontecimientos, por cuya razón su autoridad es indiscutible.

Apenas se depositaron en el sepulcro los restos mor-

tales del Rey D. Alfonso IX de León, cuando una angustia y turbación grandes se derramaron por todo el reino; había el Rey dispuesto en su testamento que la corona de León, pasara a sus hijas D.^a Sancha y D.^a Dulce, habida en su primer matrimonio con D.^a Teresa de Portugal, — hoy Santa Teresa —, y gran parte de sus vasallos estaban dispuestos a sostener esta decisión del difunto monarca, no queriendo que León perdiera su personalidad unido a Castilla; mientras otros procuraban colocar en el trono vacante a D. Fernando, hijo del difunto Rey de León y de su segunda esposa D.^a Berenguela de Castilla; el testamento de Alfonso IX se explica fuera a favor de las hijas, por que el hijo del segundo matrimonio era ya Rey de Castilla, a cuyo trono había ascendido por cesión de su madre D.^a Berenguela, y el rey de León como muchos de sus vasallos querían la independencia y no la unión con Castilla.

En León, dice D. Lucas de Tuy, testigo presencial, en su *Chronicon*, que el obispo D. Rodrigo, cuando vió que un caballero poderosísimo, llamado D. Diego, valiéndose de una estratagema, había pasado desde el palacio del rey a la iglesia y torre de San Isidoro, fortificándolas con sus parciales a favor de las princesas y contra D. Fernando, él a su vez se apresuró a fortificar la Catedral con hombres, armas y máquinas de guerra, a favor del Rey de Castilla y contra las Infantas, y ocuparon otros las forres de otras iglesias y los palacios y las torres de la ciudad; «reinando entonces en toda la ciudad, día y noche, una continua voz de guerra y gran angustia y tribulación».

La misericordia de Dios también ahora vino en socorro de León por la intervención milagrosa del bendito San Isidoro, el cual hirió al atrevido militar, que se había propasado a ocupar su templo y la torre del mismo, con una recia enfermedad cuyo origen conoció al punto, y con grandes voces de rabia y desesperación decía «que

San Isidoro quería matarle a él para ayudar y favorecer al Rey D. Fernando» y para castigar la audacia de haber invadido su casa.

Además de esto sentía el noble D. Diego, y veían los que le asistían, «que le arrancaban los ojos de la cabeza, y se le salían ya de las órbitas, con un dolor tan intenso que le enloquecía, lo que le movió a seguir el consejo de su venerable madre, la Condesa D.^a Sancha, y así hizo llamar al Abad y Cabildo de San Isidoro y les restituyó la iglesia y la torre, y les indemnizó los daños causados, jurando sobre los Santos Evangelios que en lo sucesivo sería soldado y vasallo de San Isidoro; hecho esto, al instante recobró la salud y salió de León con su mesnada».

Luego de ocupar Fernando III el trono de León confirmó todos los privilegios y donaciones de sus antepasados a San Isidoro, y él otorgó otros nuevos que pueden verse en el *Catálogo de los Códices y documentos...*, como los de los Reyes sus sucesores, y que ya omitimos desde aquí.

Hizo una visita oficial al cuerpo de San Isidoro, a quien, en alta voz, oró así: «Ayúdame, Confesor bienaventurado, en la guerra contra los sarracenos, y de todo cuanto adquiriere daré a esta tu iglesia una porción honorable, y lo confirmó poniendo a Dios por testigo». El Tudense en *Chronicon...*

Acerca de la conquista de Sevilla dicen los Antuerpienses: «Tenemos un sumario del proceso sobre las virtudes, santidad y milagros, del gloriosísimo, invictísimo y Santísimo Fernando III, Rey de Castilla y León, hecho en Roma el año 1638, en el cual, núm. 8, pág. 81, se halla esto, tomado de las Lecciones que se rezan en el Oficio de la Dedicación de la Iglesia de Sevilla: Como el Rey de Castilla y León, Fernando que por sus grandes virtudes se ganó el nombre de Santo, hubiera conquistado gran parte de la Bética, sitió a Sevilla, principal ciudad

de esta provincia, con la nobleza y ejércitos de España, siendo tradición que acometió esta empresa incitado por San Isidoro, que se le apareció. Porque el Santísimo Prelado, deseaba volver a Cristo su Iglesia, ya por tantos siglos profanada de los infieles. Fué conquistada Sevilla el 23 de noviembre del año 1248, y en la división que se hizo luego de los campos de Sevilla, se dice que se dió su parte a San Isidoro».

Es cierto que el Santo Rey dió a San Isidoro una parte de los campos de Sevilla, como al principal conquistador de la misma, y es de creer que igual hiciera al conquistar Córdoba y demás ciudades, en cumplimiento del público juramento hecho ante el altar del bendito Doctor, pero se han perdido los privilegios; por lo que atañe a Sevilla, no pudo acabarse el repartimiento de los campos en los días de San Fernando, muerto el 30 de mayo de 1252, pero su hijo D. Alfonso el Sabio, que le sucedió en el reino, también le sucedió en el cumplimiento de sus promesas, y dió a San Isidoro la parte de los campos destinada por el Santo Rey; así consta de los mismos Repartimientos, impresos por D. Pablo de Espinosa en su historia de Sevilla; y más en particular consta del mismo privilegio Real, expedido por Alfonso el Sabio en la Era de 1291—año 1263—cuyo tenor es el siguiente:

«Conocida cosa sea a todos los hombres que esta carta vieren, como yo, D. Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén doy y otorgo a vos, D. Domingo, Abad de San Isidoro de León, y a vuestro Monasterio y a todos vuestros sucesores que después de vos vinieren: en la aldea que decían en tiempo de moros Barvarena, y a la que yo puse nombre de San Clemente, cien aranzadas de olivar y de higueral, de heredamiento que era, y que poseáis nuestra parte de todo lo que hubiere, así de viña, como de huertas, como de molinos, como de casas, como de heredad de pan, a

la razón de este heredamiento, que vos dí, y que os he dado de los otros que heredé en esta aldea sobredicha. Y os doy diez yugadas de bueyes de heredad para pan en Villanueva, que es en término de Fazalcazar. Y este heredamiento sobredicho os doy y otorgo que le hagais libre y quietamente, por juro de heredad para siempre jamás, para dar, para vender, para empeñar, para cambiar, para enajenar, y para hacer de ello todo lo que vos quisiéreis, como de lo vuestro mismo...» (Se conserva la copia de este privilegio en varios Códices de San Isidoro, entre otros en el último folio del 94, y el original en pergamino con los hilos de seda pendientes).

La misma ciudad de Sevilla mostró su reconocimiento al dulcísimo San Isidoro, su libertador, colocando su imagen en el escudo de armas, junto con las de San Fernando y San Leandro.

CAPÍTULO XV

Milagros de San Isidoro en la ciudad de Sevilla

Don Lucas de Tuy atribuye la conversión de Zaida, hija del Rey de Sevilla Benahabet, a los milagros que había visto obrar a San Isidoro, los que hicieron tal impresión en su alma, que detestó las abominaciones de Mahoma y entró en gran deseo de abrazar la Religión de aquel Santo de obras tan admirables; su padre, tan enamorado de San Isidoro como hemos podido ver en la traslación del bendito Doctor, no opuso la menor dificultad a esta inclinación de su hija y aún él mismo hiciera otro tanto si no temiera perder la corona, no faltando quien sospechara que era católico en su corazón, y afirmándose que el mismo San Isidoro quiso pagarle la devoción que le profesaba, con una aparición que le hizo cierta noche, y en la que le enseñó los misterios de la doctrina católica.

Deseoso el Rey moro de proporcionar a su hija la dicha, a que él renunciaba por codicia de reinar, envió embajada secreta al Rey de León D. Alfonso VI, con grandes dones, regalos y riquezas, suplicándole enviase caballeros de su confianza para traer la princesa a tierra de cristianos, como en efecto lo hizo el Rey de León, fingiendo sus caballeros en Sevilla, de acuerdo con el Rey moro, que la robaban, para no comprometer al padre, que perdería el crédito entre los suyos si supieran que entregaba su hija a los cristianos.

La hermosa Zaida, después de esta huida romancesca, se bautizó en León, tomando el nombre de Isabel, «y como era muy sabia y hermosa, contentose mucho della el dicho Rey D. Alfonso, y tomola por mujer», teniendo un hijo que se llamó D. Sancho, y murió en el desastre de Uclés. Zaida está enterrada en San Isidoro. Ni fué sólo Zaida la única que se convirtió con los milagros de San Isidoro, pues, según el Tudense, «muchos infieles creyeron en Nuestro Señor Jesucristo a causa de tales milagros».

* * *

Aunque los fieles de Sevilla se vieron despojados del sagrado tesoro del cuerpo de San Isidoro, no por eso se entibió la gran devoción que le profesaban; antes parece que la ausencia avivó la llama de su amor, y el bendito Doctor atendía tan solícito a cuantos invocaban su patrocinio en la iglesia donde apareció su sepulcro, que los mismos judíos y moros competían con los cristianos en visitarle e invocar el remedio de sus cuitas, que todos aleanzaban, lo cual les movió a decir «que los jeoneses se habían llevado el cuerpo santo del bienaventurado confesor, pero que el espíritu de él no había abandonado a Sevilla».

Estaba el sepulcro hecho a modo de cripta, con una gran cavidad en su interior, y bóveda muy fuerte de

piedra, cal y ladrillo, y sin que nadie la plantara, de pronto echaron de ver los fieles que de la cavidad vacía del sepulcro salían los ramos de una higuera, que todos tuvieron por milagrosa; esta higuera brotó en tiempos del Tudense, quien dice de ella: «En la cual los milagros que cada día *se hacen* por honra del glorioso confesor San Isidoro, no hay persona que los pueda contar, sino Tú solo, Jesucristo Señor nuestro, que los haces continuamente para loor de tu nombre, porque es notorio que muchos enfermos de todas clases, y de innumerables enfermedades, yendo, o enviando allí, y haciendo sus oraciones y sacrificios a Dios, e implorando la ayuda de San Isidoro, cojiendo las hojas de la dicha higuera o arrancando de la corteza de ella, y moliéndolo y echándolo en agua o vino, y bebiendo de ello, en el nombre de Dios y a gloria de San Isidoro, luego en el punto *son* sanos de cualquier enfermedad que tengan».

Este milagro debiera ser el último en el orden cronológico de los que refiere de Sevilla, pero hemos respetado el puesto que ocupa en el libro de los Milagros, donde se consigna, lo mismo que todos los demás del este capítulo.

* * *

Un nobilísimo caballero, prócer el más poderoso de reino, primo carnal del Rey de León, el famoso D. Pedro Fernández *el Castellano*, cuya biografía y hazañas romancescas se publicaron por primera vez en nuestra obra los «Benjamines de San Isidoro», por ciertas diferencias que mediaron entre el Rey de León y él, incurrió en el desagrado del monarca y tuvo que salir desterrado del reino, acogándose, como todos los descontentos y perseguidos de aquella época, a la protección de los moros. Cuando estaba próximo a llegar a Sevilla, le acometió una enfermedad tan grave que «ni los médicos ni los encantadores la pudieron curar», y así le llevaron

a Sevilla, donde pasó mucho tiempo sin experimentar alivio alguno, hasta que llegó el día de Pascua, en el cual tenían costumbre los cristianos de Sevilla de ir a oír misa y recibir la Sagrada Comunión en la iglesia donde estaba el sepulcro de San Isidoro, y como lo supo el príncipe leonés, ordenó a sus criados que a él también le llevaran en el mismo lecho en que yacía, a la dicha iglesia de San Isidoro «que no está muy lejos de la ciudad y moran allí ciertos vecinos», y como le llevaron e introdujeron en la dicha iglesia; como él no podía moverse, ordenó que le sacasen del lecho y le pusieran en el pavimento del templo, y así tendido en tierra, comenzó a suplicar, con gran copia de lágrimas, a todos los circunstantes que tuvieran la caridad de rogar al Señor San Isidoro tuviera a bien alcanzarle el remedio de aquella tan larga e insoportable enfermedad, y si no le convenía, que rogara a Nuestro Señor Jesucristo le llevara luego de este mundo.

Dios misericordioso, que le había enviado aquella enfermedad para despegar su corazón de las vanidades del mundo y traerle hacia sí, oyó con semblante apacible la súplica de aquellos cristianos, congregados en su nombre, y al instante el príncipe leonés «comenzó a convalecer y esforzarse poco a poco, y el color amarillo que tenía se le convirtió en su color natural propio, y así convaleciendo en aquella hora, él mismo por sus pies, sin que ninguno le ayudase, se fué al altar y recibió la comunión del sacratísimo Sacramento, con los otros, dando él y todos infinitas gracias y loores a Dios y a su santo confesor Isidoro».

Ya no necesitó el príncipe que le volvieran para Sevilla en el lecho, sino que él mismo montó en un arrogante corcel, y paseó las calles de Sevilla, causando enorme sensación entre todos los moros, que sabían muy bien la grave enfermedad que hasta entonces le afligía. Venida la noche se fué para la iglesia de su dulcísimo y celestial

médico, y allí cumplió con los deberes que la gratitud le imponía, dando gracias a Dios y a San Isidoro por espacio de ocho días con sus noches, en los cuales no se apartó del sepulcro venerando, fuente de salud y alegría para todos los desventurados.

* * *

La simpática imagen de este príncipe, postrado de hinojos a la vera del sepulcro de San Isidoro, despierta en nuestra imaginación las escenas y personajes maravillosos que brillan en las narraciones de «Las mil y una noches»; cuando se cansaba de orar y entonar himnos y cánticos de acción de gracias, requería a los fieles que iban a orar ante el sepulcro, para que le refiriesen los milagros que su bándito bienhechor había obrado con otros desgraciados, y hablando cierto día de esto con varias personas de calidad, una de ellas la más digna de todas, le refirió el siguiente prodigio de San Isidoro: Hubo en este país de Sevilla un moro «Abencasí», de posición muy brillante y poseedor de cuantiosas riquezas, el cual tenía un solo hijo a quien amaba con entrañable afecto, no sólo porque era único, sino por las excelentes prendas que le adornaban y le hacían amable en extremo a cuantos le trataban, aunque, como en este mundo no suele haber dicha completa, este joven sentía el contrapeso a tantas gracias personales y bienes de fortuna, con la terrible desgracia de verse poseído del demonio, que le atormentaba con saña cruel.

Oyeron padre e hijo los milagros que San Isidoro hacía en el lugar de su sepulcro, y aunque ellos profesaban el error de Mahoma, no desesperaron de que alcanzarían el remedio como tantos otros de su misma religión, y así se fueron a la iglesia y por espacio de varios días perseveraron a la vera del sepulcro, rogando a San Isidoro que librara al mozo de su tormento y como el padre viera que pasaban los días y su hijo no experi-

mentaba mejoría alguna, ni cesaban sus sufrimientos, tuvo, en un arranque de dolor, la audacia de orar así: «Oh Isidoro, a todos los cristianos curas de gracia, ¿quieres de mí, por ventura, algún precio por salvar a mi hijo?; pues yo tengo un caballo muy precioso, que es mi mejor joya y la que más amo; yo te lo daré si alcanzas de tu Dios la salud para mi hijo». Acabada esta oración, el demonio arrebató al mozo y comenzó a decir a grandes voces: «Oh Isidoro, ¿por que me apremias a salir de mi casa? Tú, que siempre guardaste la ley de Jesucristo, ¿qué te importa de éstos que guardan la ley de Mahoma? Déjame ahora matar al padre y al hijo, y así te vengaré de tus enemigos.» Y diciendo estas cosas el demonio, de allí a poco volvió a vocear y decir: «Ay! que me echan de mi casa; Isidoro me hace fuerza», y en ese momento le vieron salir por la boca del joven, envuelto en sangre.

Con la alegría que es de suponer, se volvieron para su lugar el padre y el hijo, aunque luego que se vió en casa, movido de avaricia, no quiso enviar el caballo que había ofrecido a cambio de la salud del mozo; pasaron varios días y el demonio vino a recordarle el voto que había hecho, pues de nuevo se apoderó del joven y le dió fatiga y tormentos, mucho más crueles que les daba antes; ante este aviso padre e hijo reconocieron su culpa y vieron de donde les venía el castigo, que sin duda era por no haber cumplido su promesa y, apresuradamente, llevando el caballo consigo, se volvieron al sepulcro del Santo, y le rogaron devolviese otra vez la salud al mancebo; luego les oyó, y así, le abandonó otra vez el demonio con grande estrépito y con ruidosos clamores, y padre e hijo, con suma alegría, dieron gracias por la nueva merced que se les hacía, y luego el padre, en presencia de muchos cristianos que allí había, ofreció el caballo, levantando los ojos y las manos al cielo, y diciendo a grandes voces: «Oh Isidoro, verda-

deramente tú usas de muy buena medicina y sabes muy bien curar; con todo, me parece que de los paganos quieres ser muy bien pagado, y con gran precio, si les ha de curar», y dicho esto se volvió para su tierra, muy alegre y contento, en compañía de su hijo.

Dios que todo lo ordena suavemente para lograr el bien de sus criaturas a los que tanto ama, permitió que después de algún tiempo otros moros, conocidos por los «mayorguinos», entraran en las tierras y heredades de nuestro moro «abencasí», y se las talaran y le cautivaran sus esclavos y vasallos, lo cual le forzó a reunir toda su gente y salir a batalla contra los invasores; al principio ambas huestes lucharon con igual ímpetu y fogosidad; más luego empezaron a prevalecer los «mayorguinos», y viendo el moro que los suyos empezaban a ser desbaratados, y que su misma persona corría grave riesgo, se acordó de aquel hermoso caballo, donado a San Isidoro, y que tan útil podía serle entonces para la huida, y puesta en esta imaginación toda su alma, habló así al Santo, en alta voz: «Oh Isidoro, tú me diste mi hijo sano mas guardaste para tí mi caballo, por causa de lo cual me tomaste mi propio cuerpo, que está para perecer; ayúdame ahora en esta necesidad y yo y mi hijo creeremos en Jesucristo, que es tu Dios».

¡Oh benignidad inefable del dulcísimo San Isidoro! al instante mismo en que el apurado moro terminó su singular oración, vió, con lágrimas de placer, a su lado, ensillado y enfrenado, el tan ponderado caballo, y del que tanta cuenta hacía; montó en él a toda prisa, y los suyos, reanimados con el prodigio, acometieron de nuevo a su enemigos con tanto coraje, que les desbarataron y pusieron en huida, cogiéndoles un copioso botín, y así los que antes estaban ya vencidos volvieron para sus casas vencedores, ricos y alegres.

El moro «Abencasí», como vió resplandecer tanta virtud de Dios en San Isidoro, se dispuso a cumplir su últi-

ma promesa, y saliendo de su país y de entre su parentela, se fué a Marruecos a vivir entre unos cristianos que llamaban «arromes», y allí afirmó creer todo cuanto cree y enseña la Iglesia católica, recibiendo las aguas saludables del santo Bautismo.

* * *

«Contaba, asimismo, aquel caballero D. Pedro Fernández otro milagro, el cual no es razón que por pereza se deje de decir»: Llegó a oídos del Miramamolín, que no sólo los cristianos, sino muchos moros acudían al sepulcro de San Isidoro para implorar el remedio de sus cuitas y necesidades, lo que pareció al Rey moro que era una grave ofensa a la religión y doctrina de Mahoma, y, muy airado, ordenó confiscar aquel santo lugar e iglesia, donde estaba el milagroso sepulcro, y que allí se hiciese un huerto, y si algún moro parecía por allí, para encomendarse a San Isidoro, se le quitase la vida; y mandó también derribar el templo para que pereciese del todo la memoria de aquellos prodigios, y la piedra del mismo la empleó en las murallas de la ciudad, y en hacer una torre muy alta para una mezquita.

Cuando estuvo terminada la torre, un sacerdote de Mahoma, de los llamados alfaquís, subió a lo más alto de ella para convocar al pueblo a la oración, y apenas empezó a dar las voces que acostumbra, le vieron todos caer de la torre y hacerse pedazos sobre el pavimento de la calle; subió otro, para acabar lo que aquél había comenzado, y sin hablar palabra cayó también y murió de la misma manera; un temor grande se apoderó de la multitud, y empezó a decirse que aquellas muertes venían de Dios para vengar la ofensa que se había hecho a San Isidoro y como esto oyese un alfaquí anciano, que era tenido por el más sabio y venerable de todos los alfaquís, se encendió en cólera y prorrumpió en blasfemias injuriosas contra San Isidoro, y con gran aceleramiento se

subió a la torre y empezó a cantar las palabras que los anteriores habían querido vocear, pero pronto se aturdió y fué acometido de extraño temblor y, a vista de todos, sacado de la torre, y levantado en el aire por encima de la torre, y luego, abandonado, vino a caer en la calle haciéndose pedazos; y como los moros experimentaron tan sangriento castigo, muy expantados, no volvió a acercarse ninguno a la susodicha torre.

Los prodigios narrados hasta aquí de la ciudad de Sevilla, el de la curación del príncipe leonés y los siguientes que él narró a D. Lucas de Tuy, éste les oyó también a «otros muchos que con él se hallaron»; el de la higuera no dice a quien le oyó, pero era una realidad cuando él escribía, pues habla en presente, y es de creer, que dado el mucho comercio y comunicación que había entre moros y cristianos le oyera a varios testigos, oculares y de crédito; lo mismo decimos del siguiente, aunque creemos que lo referente a Miramamolín lo oyó al caballero leonés y a los de su escolta, pero advertimos que del siguiente milagro no dice por quién lo supo.

* * *

«Lo que en aquellos días acaeció en el sagrado sepulcro de San Isidoro, a mí no se me hará perezoso haberlo de escribir, y a los que vendrán después de mí pienso que será provechoso y aún necesario saberlo». Suceso que ocurrió cuando el anterior de la torre, presenciado por el príncipe leonés, justo es suponer que por él lo supo; mas vengamos al asunto. Luego que el Miramamolín derribó la iglesia, y colocó los materiales en las murallas de la ciudad, y en la torre susodicha, ordenó a sus jardineros que arreglaran el solar del antiguo templo, y lo allanaran para convertirlo en huerto, y plantar en él árboles y hortalizas, y ocupados en esta faena, encontraron enterradas cuatro espadas y dos lorigas de malla, las cuales llevaron luego al dicho Miramamolín, Rey

moro, «que entonces moraba en Sevilla», y le contaron cómo las habían hallado.

Oído esto por el Rey moro, llamó a dos nobles, camareros suyos en quien mucho confiaba, y les dijo que fueran con los obreros a explorar aquel lugar, pues, sin duda, los cristianos habían enterrado allí grandes tesoros con el cuerpo de San Isidoro. Obedecieron, gustosos, los caballeros la orden de su soberano, y con copia de trabajadores se dispusieron a cavar muy hondo por aquellos lugares, y hasta deshacer la cripta del sepulcro del Santo, más apenas habían los obreros comenzado a mover los azadones, cuando les acometió una parálisis repentina de los brazos que les privó de todo movimiento, y aún a algunos se les quebraron los mismos huesos; espantados los caballeros con esta novedad, corrieron a comunicársela al Miramamolín, quien muy irritado por ello, les ordenó que tomaran otros obreros y a fuerza de palos les obligaran a ejecutar la obra.

Ahora la saña y venganza de San Isidoro no descargó sobre los obreros, forzados a trabajar a palos y latigazos, sino contra sus crueles verdugos; a los primeros azotes que dieron a los atemorizados obreros, que no osaban profanar aquel venerando sepulcro, acometió a los dos favoritos del Rey un dolor agudísimo de «torcón», tan grande que atronaban aquel lugar con sus voces y alaridos, y al poco tiempo de este tormento, arrojaron «por sus partes bajas las entrañas de todo punto, con grande sonido, y así murieron malaventuradamente».

Cuando el Miramamolín supo esta nueva desgracia la sintió mucho, y viendo que sus industrias eran inútiles triunfar contra Dios, dispuso que cesaran las obras, pues no sería cosa buena la que descubrirían cuando tanta resistencia hallaban, y parecía ser voluntad del cielo se respetara el sepulcro de San Isidoro; acababa de dar esta última orden cuando descargó también sobre él el palo de la justicia divina, «tomándole una fiebre incurable».

ble que le martirizó mucho tiempo, hasta que murió de ella».

«Y así el bienaventurado confesor San Isidoro, guardó el lugar de su sepulcro, para que no fuese corrompido de infieles; y después, tiempo andando, permitió a los fieles cristianos que volvieran a visitarlo» al rey Miramamolín.

A los milagros referidos hasta aquí, según la crítica más severa, nada puede restarles veracidad; el Tudense les oyó a testigos presenciales, dignos de todo crédito, tanto que el principal, D. Pedro Fernández de Castro *El Castellano*, abandonó el mundo y se hizo canónigo en San Isidoro, donde murió el año 1215, a 21 de agosto y fué concanónigo del mismo Tudense; del milagro siguiente, o mejor, de la narración siguiente, ya tendremos que hablar.

* * *

Derribada ya la iglesia del Santo, y admitidos de nuevo los cristianos por el Miramamolín a visitar el lugar donde antes estuvo la iglesia y se conservaba todavía el sepulcro de San Isidoro, fueron a visitar éste e implorar la misericordia de Dios por los méritos del bendito Doctor de España unos cristianos de la ciudad de Sevilla, y estando en oración hacia los pies del sepulcro sagrado, por las junturas de la bóveda del mismo vieron dentro una candela ardiendo, de lo cual muy admirados, se atrevieron a quitar ciertas piedras de la bóveda y, penetrando en el interior, se apoderaron de la candela y la llevaron secretamente para Sevilla.

Por entonces envió a Sevilla el Rey de León un caballero suyo, llamado Silvestre, con el objeto de cobrar el tributo que le debían los moros, y como allí oyera hablar de la candela la compró «por cien piezas de oro», e igualmente compró otras joyas y cosas de gran valor todo lo cual trajo para León. Continúa el Tudense: «Co-

mo yo lo supe, fuí a verlo; era cosa muy dulce ver las piedras preciosas y los paños de seda y carmesí, y las cortinas de brocado y de seda que llaman alcalías, tejidas de oro muy fino y de labores y obras maravillosas, y otros atavíos y joyas muy ricas que aquel caballero traía; mas, cuando me mostró la candela de San Isidoro, todo lo otro que había visto se me hizo nada; dile mil besos, tocando con ella en mis ojos y en mi pecho y, si posible fuera, la quisiera tocar con el ánimo; lloraba de placer, y era tanta mi alegría que no sabía de mí».

«Era aquella candela asaz hermosa, poco más larga que un palmo; palpándola parecía de hierro, y una vez encendida no se podía apagar sino con vinagre muy fuerte y viento, y mientras ardía manaba de ella un olor muy suave y nunca se menguaba ni gastaba. Y porque yo había leído que mi Señor San Isidoro, por su ciencia y arte natural, había hecho aquella y otra candela, encendíase mucho mas mi deseo de ella. Preguntóme el caballero susodicho si la quería comprar; respondí simplemente y dije: toma cuanto tengo y dala a cuyo es, conviene a saber, a San Isidoro. Tornó a preguntarme cuánto valdría todo lo mío; dijele así: Toma quinientos florines de oro, o todas mis cosas, lo que más quisieres. Creo que él pensó que yo tenía dinero infinito, y como me vió con tan grandísimo deseo de poseerla, creyó que por ella alcanzaría cuanto yo poseía, y menospreció lo que yo le daba por ella, y fuese.»

«Mas, como estaba ya mi corazón alterado y movido con tanta gana y codicia de poseer aquella candela, fuíme a la casa de aquel caballero y le aparté a un lugar secreto, y le dije: Mira, que no traigas contigo esta santísima candela, porque no incurras en la indignación e ira de Dios y del bienaventurado San Isidoro, y venga a carecer de la gloria y placer que ahora tienes, porque yo te hago saber que las cosas santas no conviene sean tratadas por las manos de los legos. Mas no curó de mirar a

mis palabras, antes, como enojado de mí, se fué y yo me torné sin esperanza de lo que así deseaba. Y luego acaeció que, de allí a pocos días, el Rey concibió muy grande enojo de aquel caballero, y le hizo prender y echar en la cárcel, y apretarlo con grandes prisiones de hierro en los pies y en las manos, y así, afligido de muchas miserias, se murió en la cárcel, y después nunca pudimos hallar aquella sacratísima candela, ni haber nueva de ella.»

«Esto he dicho y contado a vuestra caridad—a Fray Suero, a quien dedicó la obra—, porque a un varón religioso le fué revelado por la gracia de Dios, que el dicho caballero Silvestre fué así castigado por la ira e indignación divina, porque siendo, como era, soberbio y lujurioso, presumía locamente de traer consigo aquella candela y otras ciertas reliquias de Santos, ca no ayuda ni aprovecha la fe a aquel que está sujeto a la lujuria y soberbia.»

De esta candorosa relación, consta claramente que la *invención* de las candelas en el sepulcro es muy anterior al Tudense; y como esto se halla únicamente en las dos vidas del Santo, que hemos mencionado, éstas, o una al menos, también son anteriores a los primeros años del siglo XIII. La cantidad que el Tudense llegó a ofrecer por la candela, prueba que estaba en una posición brillante y desahogada, y que aún no era canónigo en San Isidoro, pues él mismo escribe, de Santo Martino, que nada poseían, en particular los canónigos de San Isidoro, ni aun recibir cosa alguna de limosna sin permiso de los superiores, y mucho menos darla podían. Si, como creemos, es una fábula la existencia de tales candelas en el sepulcro del Santo, y que no hubieran dejada allí los leoneses, y antes de ir el caballero Silvestre a Sevilla, debieron ver los obreros que tiraron la iglesia de orden del Miramamolín, y los cristianos que iban por reliquias de la higuera y después de tirado el templo, ¿quién fabricó esa tan rara que engañó al Tudense? Parece verosímil que a Silvestre le engañaran en Sevilla con tal candela algunos foraste-

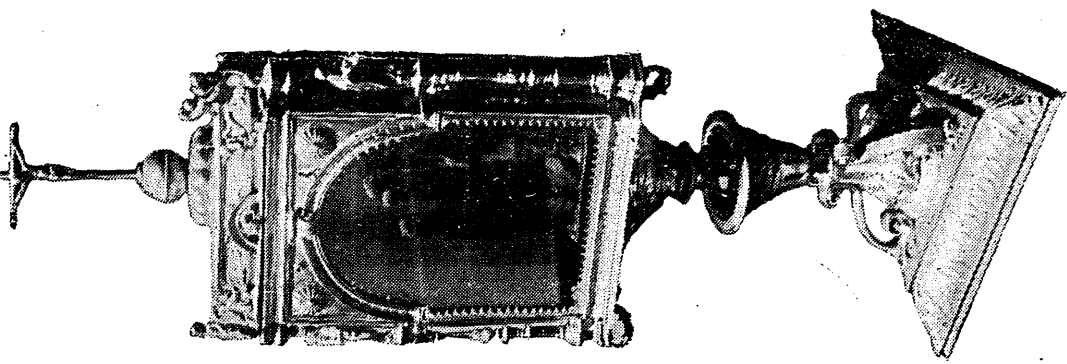
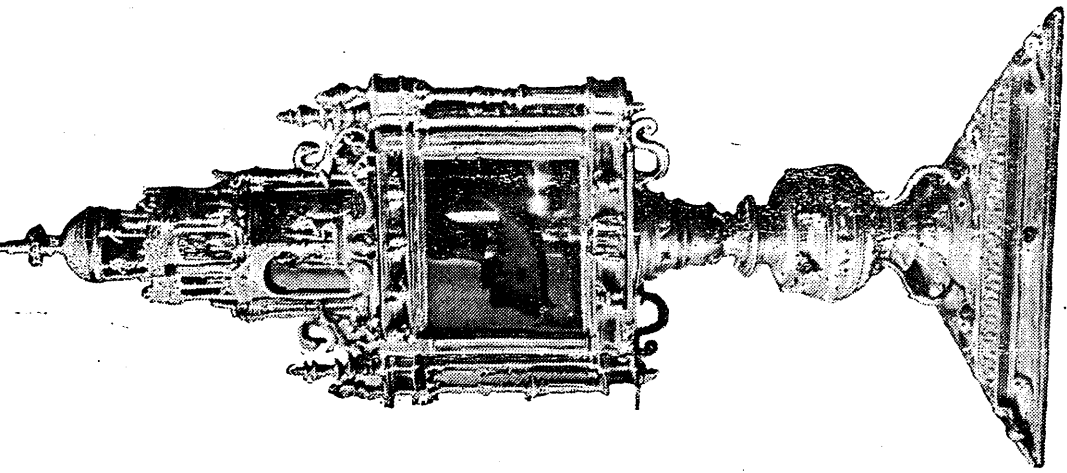
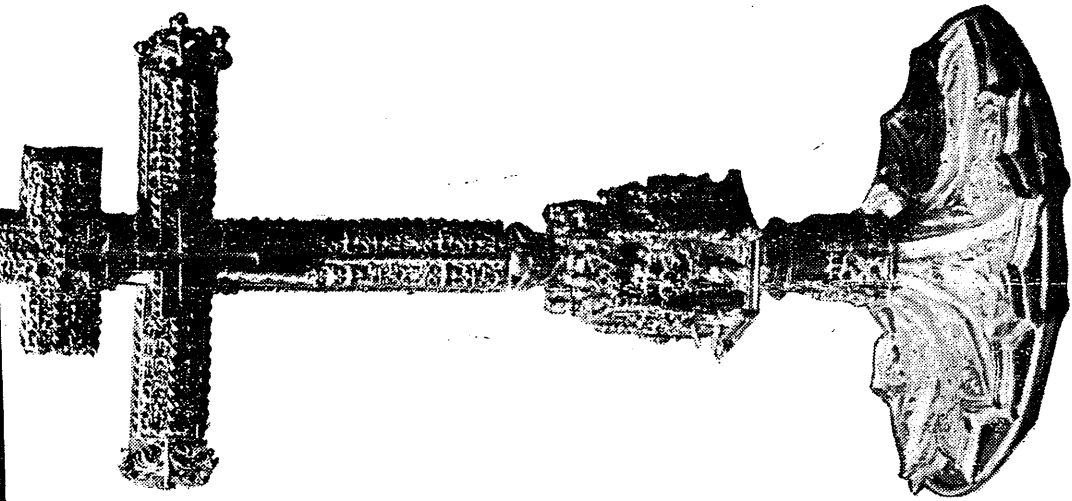
ros que quisieran explotar la tradición que entonces corría por Sevilla y por León, oralmente y por escrito, de que en el sepulcro de San Isidoro se habían puesto dos candeleros inextinguibles, juntamente con su cuerpo, y tal candela maravillosa, si no era obra de algún químico aventajado, pudiera ser, dado lo reducido de su tamaño, alguna de esas piedras que San Isidoro, en el libro XVI de las Etimologías, cap. IV y otros, menciona, pues es de suponer que el Tudense la vió arder y aspiró el aroma que exhalaba, aunque no lo dice, y si tal no hubo, también pudiera ser todo una burla de ese Silvestre que quiso embromar la devoción de D. Lucas.

¿Y la revelación de ese que llama varón religioso? Tal revelación pudo ser hecha a él mismo, y no destruye la hipótesis de la broma por la cual pudo ser castigado el caballero, lo mismo que en la suposición de haberla comprado como verdadera, no siéndolo, pues para él en tal caso por reliquia verdadera la poseía, y subjetivamente lo era.

* * *

«Por testimonio de muchos supe esto, que a vuestra caridad procuré de escribir»; tal es el prefacio que don Lucas pone al siguiente milagro para satisfacer a Fray Suero, y por ello se ve cómo se esmeraba en buscar testimonios de autoridad en qué apoyarse, antes de escribir.

Cerca de la iglesia, donde estaba el sepulcro de San Isidoro, vivía un moro, blasfemo y sin educación, hombre vilísimo, cuyo oficio era fabricar papel de trapos viejos, y de esto solo se mantenía; cuando tenía que poner a secar el papel, recién elaborado, lo pegaba en las paredes de la próxima iglesia de San Isidoro, y como los cristianos, doloridos de aquella profanación, la advirtiesen, caritativamente, que hacía mal en profanar con aquellas cosas sucias un lugar tan venerado, él se enfurecía, y con blasfemias contra San Isidoro y palabras soeces



Relicario del siglo xv con el «Lignum Crucis» del milagro; custodia del siglo xvi, primera mitad, con las reliquias del Santo Bautista y de Santo Martino.

contra ellos, continuaba sus profanaciones, muy ufano de poder burlarse, impunemente, de quienes él consideraba enemigos de Dios y de la ley que los moros profesaban. Los cristianos le advertían que mirase por su salud, porque con San Isidoro no se podía andar en bromas, y cuando menos lo pensara descargaría sobre él la mano del ofendido Santo; todo esto hacía reir mucho a aquel salvaje, y para deshacerse de los cristianos, repetía su sarta de blasfemias y frases gruesas.

Viendo los cristianos que la corrección fraterna era inútil, y que a su alcance no había medios humanos de hacer entrar en razón al desventurado moro, acudieron a la oración, y suplicaron al Santo hiciera en él un escarmiento, que impusiera a todos los groseros y desvergonzados.

Cierto domingo, después de misa, se hallaban junto a la iglesia varios cristianos, solazándose, cuando el moro salió de su tugurio con gran cantidad de papel, y sin respeto alguno a los fieles allí presentes, se acercó al templo y pegó los papeles, como solía, en la pared, añadiendo a esta acción muchos donaires y cuchufletas, y haciendo visajes y muecas de desprecio con el rostro, que luego se trocaron en ayes de dolor al quedársele pegada la mano en la pared, la cual no pudo despegar por más esfuerzos y contorsiones que hacía; comenzó a dar grandes alaridos de angustia, y cuando los cristianos y moros acudieron a {socorrerle, vieron que la mano que tenía pegada a la pared se le cortó del todo, como si con un cuchillo se la separara alguno del brazo, y revolcándose por el suelo con el muñón ensangrentado, y lleno de furor al ver la mano, que le habían arrancado, pegada aún en la pared, le tapó la boca para que no blasfemara un demonio que se apoderó de él, y allí, a vista de todos, le arrancó la vida, después de darle por un rato cruel tormento.

Los cristianos, ante una manifestación tan clara de jus-

ticia vengadora de Dios, se humillaron en su presencia, y le tributaron fervorosas gracias y testimonios de su reconocimiento, no siendo pocos los moros que con el prodigio abrieron sus ojos a la verdad católica, y los más obstinados sectarios de Mahoma quedaron corridos y rabiosos de ver cosa tan señalada y deshonrosa para su falso profeta Mahoma, y se apoderó tal pánico de los que vivían en las inmediaciones de aquel milagroso templo, que todos huyeron despavoridos, buscando habitación en otros parajes, y abandonando aquellas inmediaciones a solos los cristianos, únicos que en lo sucesivo habitaron allí.

Este milagro, último de los que narra el Tudense en el libro de los Milagros de San Isidoro, debe ser el primero en el orden cronológico, y debió acaecer al tiempo en que el aventurero príncipe leonés D. Pedro Fernández de Castro *El Castellano*, recobró allí milagrosamente la salud, pues después de esa fecha, que no sería muy distante del año 1190, el Miramamolín destruyó el templo del Santo, como hemos visto, y tuvieron lugar los demás prodigios narrados; el templo destruido dice el Tudense que era el mismo que ya existía al tiempo en que vivía San Isidoro, aunque el sepulcro abovedado opina que le hicieron los cristianos cuando la invasión musulmana, para en él esconder el cuerpo del Santo y evitar que le profanaran los infieles, lo cual parece indicar que no fué aquel el primitivo sepulcro ni acaso tampoco la iglesia en que se inhumó el cuerpo de San Isidoro al tiempo de su tránsito glorioso.

No fueron estos los únicos milagros que el Santo obró en Sevilla, pues lo mismo que en León, el Tudense sólo refiere algunos, y termina el catálogo de los transcritos con estas palabras: «Dejados ahora otros muchos y grandes milagros que Dios, por los méritos y ruegos del su bendito confesor San Isidoro, ha hecho y hace en aquel lugar donde está su sepulcro sagrado, porque son

tantos, que si quisiésemos escribirlos todos y comprenderlos todos, no bastarían para ello todos los pergaminos que se pudiesen haber, ni todo el tiempo de nuestra vida...»

CAPÍTULO XVI

Santo Martino de la Santa Cruz

En el territorio de la ciudad de León había un matrimonio de posición brillante y cuantiosas riquezas, y avaloraban la nobleza de su linaje con el resplandor edificante de una virtud y santidad heróicas; el cielo hizo descender sus bendiciones sobre este modelo de matrimonios cristianos, alegrando su hogar con el nacimiento de un hijo, a quien pusieron ante la pila bautismal el nombre de Martino.

Llamábase el padre Juan y Eugenia la madre, quienes, conscientes de la augusta y delicada misión encomendada por Dios a los padres, desde los primeros albores de la inteligencia, manifestados en la infancia del niño, se esmeraron en dirigirlos a Dios; cuando tuvo edad conveniente le entregaron a la dirección de maestros sobresalientes, de un modo especial en la virtud, pues no querían para su hijo ventajas temporales en detrimento de la vida sobrenatural y pérdida, aún insignificante, de la gracia divina. Aún era muy niño Santo Martino, cuando Dios llamó a sí a su santa madre, y su padre, cumpliendo el voto que ambos habían hecho de guardar castidad y entrar en religión el superviviente cuando el otro desapareciera de este mundo, repartió gran parte de sus bienes a los pobres y con los restantes y el pequeño Martino se encerró en el Monasterio de San Marcelo, entonces habitado por canónigos reglares de San Agustín.

En el retiro del Claustro, donde su padre hizo votos sollemnes, se deslizó la infancia y adolescencia de Santo Martino, quien, aunque en hábito seglar, porque su edad no permitía otra cosa, era modelo a todos los religiosos por su asiduidad en la oración, constancia en el estudio, dulzura engelical y mansedumbre alegre; aunque su fruto de los estudios no era grande, era tanto el brillo de su virtud que, el obispo de León, apenas tuvo edad para ello, le inscribió entre el clero y le confirió el Orden del Subdiaconado. Ya había muerto también su padre por entonces y así tomó la determinación de distribuir su rico patrimonio entre los pobres, y para domar sus pasiones, que levantaban la cabeza bramando con todo el ímpetu de sus años juveniles, acordó emprender una penosa peregrinación por los lugares más venerados de la cristiandad.

Del Monasterio de San Marcelo de León salió el siervo de Dios hecho un verdadero pobre de Jesucristo, y encaminando sus pasos, primeramente a Oviedo, para allí visitar la iglesia del Salvador, y luego a Santiago de Compostela, para venerar las reliquias del Apóstol; no sabemos qué otros santuarios visitó antes de llegar a Roma, sólo que se detenía en aquellas iglesias donde se guardaban las reliquias de los Santos, a quienes se encomendaba muy de veras; en Roma se detuvo toda una cuaresma, siendo la admiración de todos su peregrina virtud y prodigiosa abstinencia, de la cual llegó a tener conocimiento el Papa, a quien tuvo el honor de besar los pies el día de Resurrección, y recibir de Su Santidad una bendición especial entre todos los peregrinos que al acto asistieron, favor singularísimo que jamás olvidó el siervo de Dios.

El Tudense afirma rotundamente que el Papa a quien besó el pie en Roma Santo Martino, fué el Papa Urbano; y este nombre no solo se halla en la copia latina sacada del original a principios del siglo xvi, y en la versión de

esa copia al romance hecha por D. Juan de Robles del libro de los Milagros, en el que está la vida de Santo Martino, sino que se halla también en un código de la Colegiata que contiene las lecciones del Oficio del Santo en letra francesa del siglo XIII, probablemente en su primera mitad. Por el contrario, la obra de Jaffé, titulada *Regesta Pontificum Romanorum ab condita Ecclesia ad annum post Christum natum MCXCVIII* (segunda edición, tomo II, Leipuck, 1888), desde las págs. 492 a 598, nota día por día la fecha y la estancia de este Pontífice, sin que haya lugar a su ausencia de Ferrara y Verona, habiendo celebrado en esta última las Pascuas de Resurrección (13 de abril y 29 de mayo de 1186 y 1187. ¿Cómo se explica esta contradicción? Seguramente que si el texto primitivo de D. Lucas de Tuy no se alteró, sufrió una distracción. ¡*Humanum passus!*

De Roma pasó el siervo de Dios a visitar el santuario del Arcángel San Miguel, en el monte Gárgano, y luego al de San Nicolás de Bari, embarcando de este puerto para Palestina y visitando todos los lugares santificados con la presencia del celeste Samaritano, en medio de milagrosas austeridades y dulces lágrimas de devoción, empleando en estos piadosos ejercicios mucho tiempo, y luego de satisfecha su piedad y devoción, se consagró, por espacio de dos años, al servicio de los enfermos y pobres de Jesucristo en el hospital de Jerusalén, donde su gracia y humildad hacían que siempre le acompañara un coro de bendiciones.

Al abandonar a Jerusalén se encaminó a las montañas de Antioquía, para admirar y aprovecharse viendo la vida admirable de los eremitas que en ellos moraban; de aquí ya emprendió el regreso para España, deteniéndose unos días en Constantinopla para visitar las iglesias y adorar las muchas reliquias de Santos que allí había, y en esta ciudad compró, para traer como recuerdo a San Marcelo de León, una casulla de seda. Ya sobre la marcha, visitó

los cuerpos de San Dionisio y de San Martín, Obispo, en Francia, embarcó para Inglaterra para visitar a Santo Tomás, y luego pasó a Irlanda para adorar a San Patriocio. Deseaba visitar también los cuerpos de San Egidio, San Saturnino y otros Santos; mas al entrar en una ciudad—«*civitate Veterensi*»—los guardas sospecharon que la casulla que llevaba era robada, y le pusieron en prisiones.

En el calabozo entró una mujer hereje, incitándole a que abandonara la fe de Cristo, y como él rechazara indignado tan infame proposición, la mala hembra le descargó una bofetada en el rostro, que vino a colmar su alegría, al merecer sufrir por la gloria de Jesucristo. No tardó la mala mujer en recibir el castigo de su vil acción, porque Dios permitió que se apoderase de ella el demonio, quien la atormentó cruelmente y la hizo dar tales gritos y alaridos, que atrajo hacia la cárcel a todos los vagos y desocupados de la ciudad; y enterados de lo ocurrido, unos aclamaban por Santo al siervo de Dios, en tanto que otros le tenían por un brujo y hechicero.

Mientras esta escena se desarrollaba en la cárcel, entraba por las puertas de la ciudad un joven de hermosura maravillosa y aire majestuoso, el cual pidió noticias del peregrino, y daba las señas de Santo Martino, por lo que luego se informó de cuanto le ocurría, y presentándose al Gobernador de la ciudad, se quejó amargamente porque así le habían tratado, y preguntado si le conocía, respondió: «Desde la niñez le he conocido y ha sido justo y temeroso de Dios, y asimismo lo fueron su padre y su madre; con el fin de correr romerías, distribuidos sus bienes a los pobres, fué a Jerusalén; luego con el mismo piadoso objeto fué a Constantinopla, y allí, presente yo, compró la casulla, causa de su prisión. Sé mas, y es, que este varón es justo y santo».

Cautivo el juez de súbita reverencia y extraña humildad hacia el joven defensor del peregrino, fué con él a la

cárcel y allí presenciaron las disputas de la chusma alborotada, y discutiendo ante la mujer atormentada del demonio, y esto acabó de abrir los ojos al juez, quien prostrado a los pies del Santo le pidió perdón por el error que había cometido, y al instante le puso en libertad; le tomó de la mano, entonces, el joven su defensor, y después de sacarle de la ciudad, le dijo: «Vuelve a la tierra de tu nacimiento, y, en reposo de cuerpo y espíritu, recibe las sagradas Ordenes del Diaconado y Presbiterado, procurando luego agradar a Dios con el sacrificio agradable». Atónito el siervo de Dios le preguntó si podía saber a quién debía tantos favores: «Soy, contestó el desconocido, el Angel que el Señor ha diputado para tu guarda, y has merecido de Dios que en todo lo que haces sea coadjutor tuyo». Desapareció el Angel, y el siervo de Dios, dando infinitas gracias a Dios, apresuróse a volver a León.

Causó suma alegría la vuelta a la patria del siervo de Dios, quien procuró cumplir prontamente el encargo del Angel, recibiendo de mano del Obispo D. Manrique las Ordenes de Diaconado y Presbiterado, y recibiendo también el hábito de canónigo reglar de San Agustín en la dicha iglesia de San Marcelo; entonces tuvo lugar el prodigio de que cerradas las puertas del templo por la noche, siempre que los canónigos iban a la media noche a cantar los Maitines hallaban de hinojosante el altar mayor al siervo de Dios, lo que les hizo creer que su Angel le franqueaba las cerradas puertas. Por entonces expulsó D. Manrique de San Marcelo a los canónigos reglares y puso allí clérigos seculares, y como Santo Martino continuó viviendo allí después de marchar sus hermanos de hábito, es prueba de que no había hecho su profesión; ahora que no creyéndose seguro con aquella vida, deseó vivir en compañía de varones tan espirituales, como él sabía que eran los canónigos de San Isidoro, quienes le recibieron con sumo agrado; ocurrió que el Santo, afe-

rrado a su austeridad y abstinencia no quiso comer carne ni beber vino como los otros canónigos, cuando esto les era permitido, conducta que no todos miraron con buenos ojos y que fué causa de murmuraciones. El Santo no quiso ser piedra de escándalo para nadie y volvió a San Marcelo.

Aquella noche se apareció San Isidoro a varios de sus canónigos, con semblante ceñudo, y díjoles airado: «¿Por qué arrojásteis al siervo de Dios, Martino? Procuran el Prior y Convento traerle luego, y sino sepan que correrán grandes peligros. No deben escandalizarse los hermanos, antes deben alegrarse, viendo a su fiel compañero hacer vida más perfecta». Envió luego el Cabildo, conocedor de esta amenaza, una comisión, formada por los más ancianos de la Casa, para suplicar al siervo de Dios que volviera a San Isidoro e hiciera la vida que más le agradara, pero se negó a volver, y ante esta negativa, volvió otra comisión, presidida por el Abad D Facunde, y todos, con los pies descalzos y abundantes lágrimas, le suplicaron tuviere misericordia de ellos, y movido a piedad accedió el siervo de Dios y volvió a San Isidoro, retirándose a vivir en el lugar más solitario, donde erigió un altar a honra de la Santa Cruz, ante el cual pasaba los días y las noches en oración.

No es nuestro intento hacer ahora la biografía del siervo de Dios, ni referir las prodigiosas penitencias, milagros, virtudes heroicas, etc., pues todo esto está minuciosamente relatado en la vida del Santo, publicada últimamente en «Los Benjamines de San Isidoro», año 1914; hemos referido los anteriores detalles de su vida, como preliminar necesario para historiar el siguiente prodigio de San Isidoro:

Aunque de familia noble y educado con esmero desde la infancia, no tenía Santo Martino gran copia de conocimientos escriturarios, y lamentaba mucho no poder saborear todo el fruto que pudiera en la lección de las Sa-

gradas Escrituras, como aquellos que habían frecuentado más en la juventud los estudios; y del Tudense se deduce que su ignorancia era debida a que no había cursado los estudios en las escuelas del clero, bien la episcopal, o la de San Isidoro; «este bienaventurado religioso, aunque era bien enseñado en los oficios eclesiásticos, no comprendía ni alcanzaba el sentido interior de las Escrituras Sagradas, como quien nunca había frecuentado las escuelas de la gramática; mas tenía grandísimo deseo de comprenderlas, e insistía continuamente en oraciones y ayunos, sirviendo a Dios en espíritu de verdad, de día y de noche; y como una noche estuviera velando y orando, se le apareció el muy glorioso San Isidoro, el cual traía un librito pequeño en las manos, y dijo al Santo religioso estas palabras: Oh, amadísimo mío, toma este libro y cómelo, y te dará el Señor la sabiduría de las Sagradas Escrituras, por cuanto has sido hallado fiel y justo en su Casa; asimismo he alcanzado de Dios Nuestro Señor Jesucristo, que te sea otorgado todo lo que pidieres a Dios, y serás mi compañero y participante de todos los milagros que el Señor obra por mí en esta iglesia. Yo soy Isidoro, Patrono de este lugar, y aquellas cosas que el Espíritu Santo te enseñare, procura, con mucho estudio, darlas a conocer a los otros para gloria del nombre de Jesucristo. Dichas así estas palabras, como el Santo Martino era hombre sin malicia y tuviese en sí la simpleza y pureza de la paloma, temía comer el libro que le daba San Isidoro, por no quebrar, por ventura, con aquel manjar, el ayuno regular, y como San Isidoro le vió que estaba dudando de comer el libro, llegóse a él y tomóle por la barba y le hizo comer el libro por fuerza; y luego fué el santo religioso todo encendido de tal manera, que a él mismo le parecía que estaba como está el hierro blanquecino en el fuego, y hecho esto desapareció San Isidoro. Desde aquel día el bienaventurado Santo Martino floreció en el entendimiento de las Sagradas Escrituras, tanto

y de tal manera, que platicando con cualquier maestro en la Sagrada Teología, a todos los vencía y sobrepujaba; asimismo los judíos y herejes no podían resistir su sabiduría y al espíritu que en él hablaba. Maravillábanse todos de su doctrina **cu**an lo le veían predicar entre los sabios la palabra de Dios y hablar en latín tan elegante y copioso, y espantábanse de que un hombre tan viejo como él era, y al cabo de tanta edad, fuese así dada tanta sabiduría y conocimiento de las Sagradas Escrituras. Asimismo le dió Dios gracia de curar las enfermedades y de saber y conocer sutilmente las cosas venideras por espíritu profético. Hizo también este devoto Padre Santo Martino dos volúmenes de libros muy grandes, que se llaman Concordia, porque en ellos se concuerdan las autoridades del nuevo y viejo Testamento, y se recopilan las sentencias de los Santos Padres; en esos mismos libros son abiertas y declaradas las cosas oscuras de la Sagrada Escritura, es fortalecida la fe católica, es confundida la porfía de los judíos, son impugnadas y destruídas todas las herejías, cada una por sí separadamente; todo lo que es honesto y bueno nos lo declara por testimonios de la Santa Escritura, por razones suaves y benignas nos induce a ello, en tanto grado y de tal manera, que este bienaventurado Santo Martino, con mucha razón, debe ser contado entre los Doctores de la Santa Madre Iglesia».

Apesar de ser tanta su flaqueza y debilidad, que para escribir tenía que sostenerse con unos cordeles, sujetos a una viga del techo, por debajo de los sobacos, empezó a escribir sus obras en ciertas tablas enceradas, y esto lo daba a ciertos escribanos que tenía en su compañía, los cuales lo trasladaban en pergamino; mas como para todos estos trabajos hacía falta dinero, y el siervo de Dios vivía bajo la Regla de San Agustín «la cual tiene por precepto substancial, que los canónigos reglares no sólo no puedan tener nada propio, sino que tampoco puedan dar

ni recibir cosa alguna sin licencia de sus Prelados, y como este pobre de Jesucristo ninguna de las cosas del mundo poseyere, ni pudiere componer los libros susodichos sin ayuda de otros, rogaba al Abad de San Isidoro, D. Facundo, que a la razón era, que le diese licencia de recibir limosnas... y el Abad, en presencia de ciertos canónigos, le mandó, en virtud de santa obediencia, que declarara dónde había adquirido su sabiduría, lo que obligó al Santo a descubrir el milagro obrado por San Isidoro, y el Abad dió luego licencia... y como la Reina D.^a Berenguela supo el propósito, y deseo del santo varón mandó darle todo lo necesario para hacer y acabar sus libros, y con las dichas limosnas los hizo y acabó, y así mismo hizo edificar una capilla, a honor de la Santísima Trinidad, en el claustro del Monasterio, y en ella hizo juntar y poner muchas reliquias, y luego la hizo consagrar por mano del muy Rvdo. D. Juan, Obispo de Oviedo».

Aún se conservan en San Isidoro los códices de Santo Martino, con la ciencia milagrosa que le infundió San Isidoro, y forman dos volúmenes en pergamino, encuadernación moderna en tabla y cuero, (0 49 × 0,34); están escritos a dos columnas de unas 43 líneas, y el primer volumen tiene 292 folios y el segundo 212 y a continuación otra foliación con 196 mas; en el prólogo campea la fecha del códice: «Tuvo principio esta obra en la Era mil ciento veintitres», que es el año 1185. Está dividida en varios tratados, cuyas iniciales son bellísimas figuras humanas, o de simple capricho. descollando entre las primeras una imagen de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, vestido de Pontifical, y a continuación otra del mismo Santo Martino de Santa Cruz, ambas interesantísimas para el estudio de la indumentaria litúrgica, pues en San Isidoro están manifestas todas las prendas del Pontifical, y Santo Martino está revestido para celebrar la Misa, y también se pueden estudiar en él esas prendas

litúrgicas, incluso las sandalias, o calzado especial sólo al santo Sacrificio destinado; esta última viñeta tiene el nombre y apellido del Santo, pero sin el título de tal, lo que prueba que se hizo en su vida y a su presencia, y está colocada en el *Sermo* de la Santa Cruz, y viene a ser un retrato auténtico y original del siervo de Dios, que representa unos cincuenta años, y es rubio y colorado. (Véase el fotograbado.)

La fecha del prólogo resulta incompatible con la vida del Santo, pues según el Tudense escribió en tiempo de D.^a Berenguela, la cual no vino a León hasta fines de 1197; las obras de Santo Martino las imprimió, en edición de lujo, el año 1782 un leonés insigne, D. Francisco Antonio Lorenzana, Cardenal y Arzobispo de Toledo.

El culto de Santo Martino, muerto el día 12 de enero de 1203, empezó a poco de su muerte, pues D. Lucas de Tuy, autor de su vida, veinte años después ya le llama Santo, y un breviario existente en San Isidoro, del siglo XIII, tiene ya la oración de Santo Martino; y en otro código se conservan las lecciones y oración del mismo, en letra francesa del siglo XIII; la oración vertida al romance, es esta: «Dios, que te dignaste conceder al beato Martino, tu confesor, tanta gracia que, por divina inspiración, gozase la inteligencia de las Sagradas Escrituras, te suplicamos, nos concedas, que seamos socorridos en el cielo con sus méritos y oraciones».

Se conservan en San Isidoro dos privilegios Reales, expedidos a favor de Santo Martino; el uno es de Alfonso IX, Rey de León, por el cual hace libres «de todo pecho, facendera, y fisco regio» las heredades de la capilla «de la Santísima Trinidad y Caridad de San Isidoro», donde quiera que las posea dentro del reino. «Esto lo hago por remedio de mi alma y consideración a D. Martino, que me lo pidió». En León, X.^o Kal. de julio de la Era 1237,—año 1199.

El mismo día y año otorgó otro privilegio idéntico la

Reina D.^a Berenguela, con asentimiento de su esposo el Rey D. Alfonso, en el cual además de librarlas de las cargas que las libró el Rey, prohíbe que en tales heredades «pueda entrar el merino u otro ministro cualquiera para molestar o hacer daño a alguno», y esto lo hace a instancias de D. Martino, y para participar en las oraciones y culto que a Dios se da, perennemente, en el Monasterio de San Isidoro.

El cuerpo de Santo Martino, que continúa en el arca que se halla en el Altar de su capilla desde el año 1513, y la mano derecha continúa momificada, y en la preciosa custodia de plata que antes del año 1576 sirvió para la Exposición perenne del Santísimo.

CAPÍTULO XVII

Ultimos prodigios del glorioso San Isidoro

Los milagros narrados hasta aquí son los coleccionados por el erudito y piadoso D. Lucas, canónigo de San Isidoro y luego Obispo de Tuy, el cual murió el año 1250 sin haber tenido sucesor en esta nobilísima tarea, aunque no por esto se vaya a creer que la estela maravillosa de lo sobrenatural dejó de alumbrar a la devota ciudad de León desde el sepulcro glorioso del bendito San Isidoro.

El año 1267 al Arcediano de Oviedo en Gordón concede que se pida en su territorio para reparar el templo de San Isidoro y exhorta a sus súbditos para que aporten a la obra copiosas limosnas, y les hace saber «que la Eglissia de san Esidro de León en que Dios mostro et muestra cada dia muchos miragles por el cuerpo de sant Esidro que y iaz...». Documento original, existente en San Isidoro, núm. 99 del Catálogo.

El año 1331 el Abad de San Isidoro, D. Martino, dirige a los fieles de toda condición un memorial—destinado a

ser colocado en las puertas del templo, donde estuvo mucho tiempo según puede verse en el pergamino original—y en él les recuerda las glorias de su iglesia, las reliquias que atesora, sepulcros reales, etc., y les pide que contribuyan con donativos para reparar el templo en el que San Isidoro «*fasía y fase*» grandes milagros. Documento orig., núm. 103. Lo mismo consigna, en documento análogo, el Abad D. Fernando, el año 1393, documento núm. 104; el Abad D. Juan, el 1463, documentos 107, 108, 109 y 110.

Mas ¿a qué continuar citando documentos oficiales que nos hablen de los milagros de San Isidoro en aquella época medioeval, si la estela maravillosa de sus prodigios, a partir del decreto de Fernando I para que el *Libro-Juzgo* se aplicara en San Isidoro, cabe la misma urna que encerraba las reliquias del principal autor de ese admirable *Fuero-Juzgo*, San Isidoro, llena toda la historia de esta heroica y nobilísima región? Era tanta la fe, tan ilimitada la confianza de los leoneses en la providencia maravillosa del bendito San Isidoro, que el juramento prestado ante su sagrado cuerpo era de más garantía, así en las causas civiles como en las criminales, que las pruebas corrientes en los juicios ordinarios, y cuando el Abad D. Juan de León quiso abolir esta práctica milenaria, el pueblo se alzó contra él ante la Real Audiencia, la cual, estimando muy justa la demanda, impuso, bajo severas penas, que se facilitara la práctica de tal juramento, teniendo todos la absoluta certidumbre de que si alguna de las partes juraba en falso, no se podía burlar impunemente del Santo Doctor y había de experimentar sobre sí el castigo riguroso de su crimen muriendo dentro del año desastradamente. Al fin triunfó el Abad con la Real Cédula de los Reyes Católicos, expedida en Ocaña el 24 de noviembre de 1498, y publicada por el Padre Risco en la *España Sagrada*. Privados los leoneses de hacer tales juramentos a la vera del Arca sagrada de las

reliquias, prestan tales juramentos con la misma *intención antigua* y juran «por el cuerpo de San Isidoro, como si sobre su cuerpo pusieran las manos, y si jurasen en falso... Señor San Isidro mostrase miraglo sobre ellos como suele fazer contra los que juran falso sobre su santo cuerpo». Esta fórmula se halla en un documento público del año 1515, original núm. 731 del Catálogo de la Colegiata.

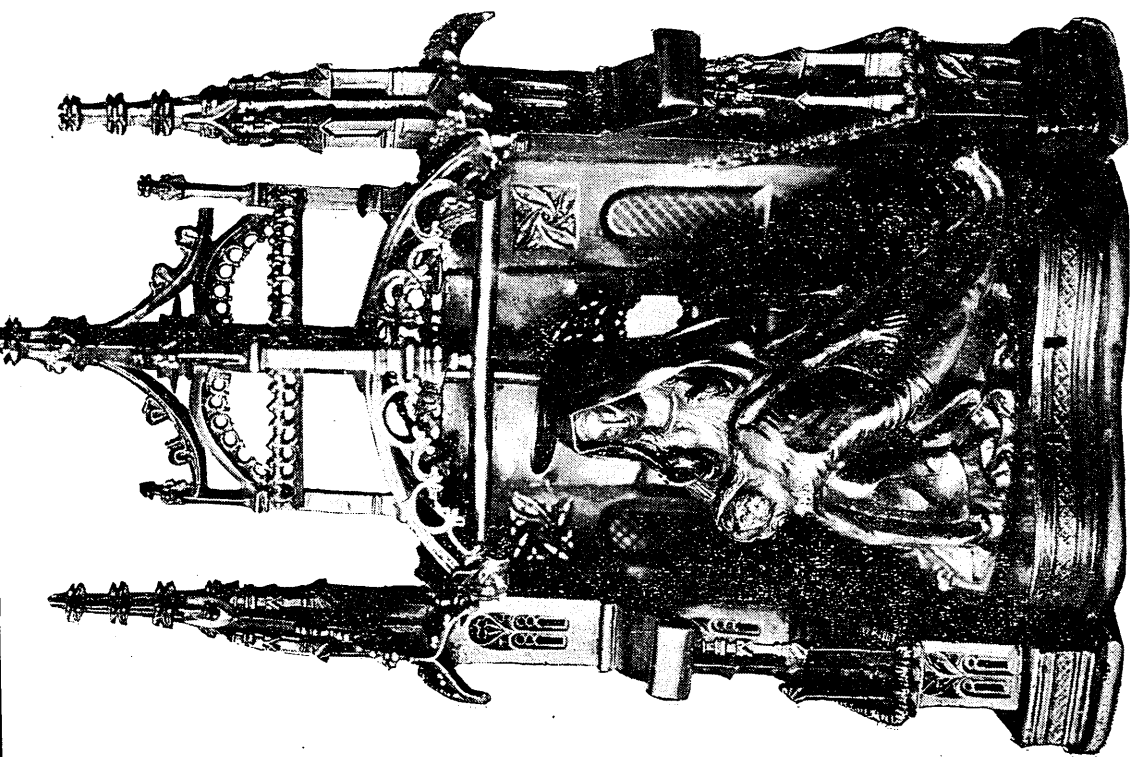
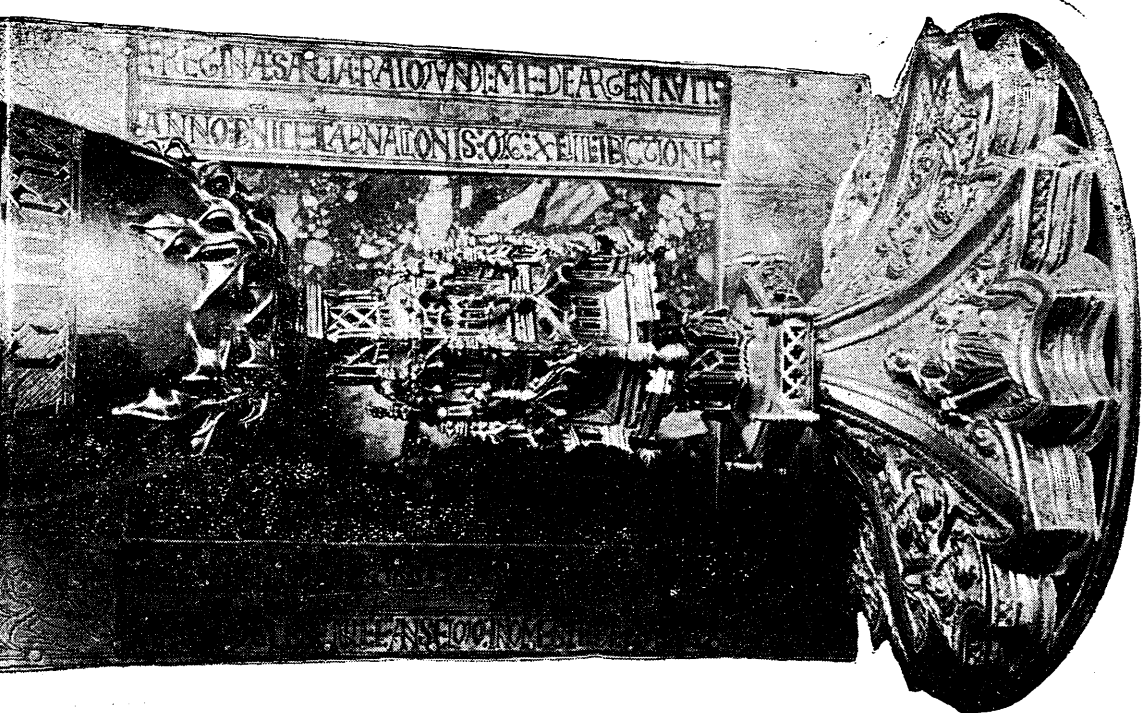
El año 1525 hizo una versión al romance del libro de los Milagros de San Isidoro del Tudense el célebre canónigo D. Juan de Robles, y en el prólogo de esta versión, impresa en Salamanca dicho año 1525, consigna expresamente que aún resplandecía la estela maravillosa y sobrenatural, la serie no interrumpida de los Milagros de San Isidoro.

Años más adelante, Felipe II ordena la venta de los lugares, vasallos y jurisdicciones de los Señoríos eclesiásticos de España, cosa que se llevó a debida ejecución, exceptuando el Señorío temporal de la Colegiata de León — ¡heredera del Infantado y del más glorioso y rancio Señorío de España! —, merced a la viva oposición que a la Real orden hizo la ciudad de León, la cual obligó a sus Regidores y Procuradores de Cortes a pedir al Monarca esta gracia; se conserva dicho proceso, y en él consta que los procuradores de León hicieron ver al Rey que si quitaba el Señorío temporal y los numerosos vasallos a San Isidoro, «se quitaba mucha calidad y autoridad a la Abadía» del mismo y que todos preferían el bien particular de la Iglesia de este Santo al general de la ciudad, y que por intercesión del glorioso Santo ha recibido esta ciudad y su tierra muy grandes y particulares mercedes y beneficios y se han visto muchos milagros en los tiempos de necesidades y en faltas de agua y enfermedades... Estos párrafos, tomados de la exposición que el 1584 elevaron al Rey los procuradores de León, son elocuentes y pregonan la devoción de los leoneses a

San Isidoro y la milagrosa correspondencia del Santo con sus devotos; no trasladamos aquí todo el documento por su extensión, siendo tan elocuentes como él los muchos más que forman dicho expediente.

En el siglo xvii refiere el Doctor Aller—Códice 94—, el prodigio que sucedió en aquel tiempo, año 1626, en que las lluvias y deshechos temporales tenían atemorizados a los leoneses, quienes pidieron se expusiera a la adoración el arca interior del Santo Doctor, «y ví que habiendo llovido muchos días antes, el día que se pregonó la fiesta y convocó la ciudad para que asistiese a pedirle mercedes, estaba turbado como los demás días antecedentes, y en descubriendo el arca pararon las corrientes de las nubes .. en brevísimo se serenó el cielo y salió el sol, de modo que, cuando salió la procesión, estaban ya bañados de sol los claustros...» El mismo dice que se conservaba en su tiempo el agua que brotaron las piedras del altar de San Isidoro, la cual «dase a los enfermos que están desahuciados, y cada día se ven raras maravillas...» En el folio 89 del dicho códice, que tenía una cara en blanco, se aprovechó para consignar en ella el milagro de San Isidoro con un religioso de San Francisco llamado Fray Andrés García, Predicador del Convento de San Francisco, el cual testificó y escribió de su mano el suceso siguiente:

«Resultado de unas calenturas malignas, se halló tan al cabo, que el médico ordenó le administraran los últimos sacramentos, y la misma noche en que todos esperaban había de morir, él se encomendó a San Isidoro, el cual se apareció en sueños a su calenturienta imaginación, mirándole amorosamente y revestido de Pontifical, encontrándose el religioso completamente sano a la mañana, y sin que las calenturas le volviesen a acometer; en reconocimiento de este prodigio que todos reconocían, vino a decir misa en acción de gracias a la iglesia del Santo Doctor, y confesando, bajo su firma, el milagro. Febrero de 1695.»



En el Códice 99, al folio 63 y siguientes, se consignan varios milagros de San Isidoro, entre ellos el ya citado de 1626 por Aller y el siguiente a favor de la ciudad de Sevilla, ya impreso en la obra varias veces citada del Padre Manzano; una gran pestilencia despoblaba a Sevilla, no habiendo familia que no llorase la muerte de alguno de sus miembros; era esto el año 1649, y el Arzobispo, viendo cerradas las puertas al remedio en lo humano, escribió al cabildo de San Isidoro de León para que abriera la urna del Santo e hicieran rogativas en favor de aquella desventurada ciudad, tan amada de San Isidoro; cumplieron el encargo los canónigos, y luego se supo que el mismo día que en León se abrió el arca del Santo y empezaron las rogativas, en Sevilla cesó la peste que tantos estragos estaba haciendo.

En el mismo Códice se consigna, asimismo, que hallándose el Rey Felipe IV enfermo de gravedad, pidió a los canónigos que abriesen el Arca de San Isidoro e hiciesen rogativas por su salud «y la consiguió, como le sucedió viniendo de Portugal, que se halló sin esperanza de vida en Casa Rubios del Monte, y por intercesión del Santo mejoró milagrosamente». Se dice en dicho Códice «que así consta de las cartas del Rey, existentes en el archivo de este Convento» y «por Luis de Cepeda, lib. 4, folio 143». Ya no existen esas cartas.

Allí, asimismo, se dice que el triunfo de Felipe V, nuestro Señor, en la batalla de Viznaga, año 1710, sobre los enemigos que por tantos años le habían afligido, fué debido a un milagro de San Isidoro». Aunque tan próximos al suceso no dicen en qué se fundan para consignar semejante milagro en el Códice, y es lástima, aunque algo debió suceder, por cuanto en el Códice CII, hecho en mayo de 1617, figuran entre los cuadros de la Capilla de Santo Martino, de esta Colegiata, «dos retratos de los Reyes D. Felipe V y su esposa la Reina María Luisa Gabriela de Saboya», los cuales aún existen y son los úni-

cos que había y hay de Reyes en San Isidoro. ¿Les enviaron en reconocimiento por el *milagro* de Viznega? Además, el 1728 le exponen los canónigos, en un memorial, que la Colegiata se hallaba ruinosa, y con una celebridad que entonces se tuvo por milagrosa, concedió los créditos necesarios para hacerla de nuevo, de piedra de sillería como al presente existe. A continuación de los anteriores se refieren otros varios de lluvias prodigiosas, acaecidas el 1753, por intercesión de San Isidoro, cuya urna fué abierta para hacer rogativas, por encargo del Ayuntamiento y la ciudad de León.

En la Vida de San Isidoro, publicada bajo el nombre del P. Manzano injustamente, se refieren los últimos milagros obrados por el Santo cerca del 1732 en que salió a la luz pública, y aquí mencionaremos en breves palabras. El año 1690 se incendió el carbón almacenado para el consumo del Convento, y cuando un criado al amanecer dió cuenta del peligro, por la densa humareda que salía de la carbonera, y a las voces de alarma corrieron todos a conjurar el peligro, vieron con espanto que todo el carbón estaba ya hecho una sola ascua y hoguera imponente a la que era imposible atacar; pero luego se trocó el espanto en admiración al observar que aquel fuego era inofensivo para el resto de la casa, y que hasta las mismas vigas de la carbonera, viejísimas como todas las del edificio, se hallaban intactas, y no sufrieron daño alguno, extinguiéndose poco a poco aquella hoguera sin dejar lesión en parte alguna, y todos, a una voz, se vieron impelidos a proclamar aquel inaudito milagro de San Isidoro.

El 1719 de una de las velas que ardían ante el Santísimo cayó una pavesa sobre una cazoleta o caja que tenían con velas para ir renovando el alumbrado, y que al parecer dejaban colocada entre la mesa del altar y el trono del Santísimo; había en la caja una arroba de cera en velas, en las cuales prendió la pavesa, y cuando dieron

cuenta ya estaba liquidada toda la cera de la caja, y de ella salía una llamarada que lamía el trono del Santísimo y el mismo viril de la Exposición, y siendo el trono exterior de madera de pino ya antigua y secular, ni se prendió en más de media hora que duró el fuego, ni el cristal del viril se empañó ni saltó en pedazos con el calor y la llama; todos aclamaron al bendito Patrono como autor de las maravillas que se desarrollaban ante sus ojos, y a éstas vino a poner remate otra mayor: Un canónigo, llamado D. Luis de Sosa, y que el 1732, cuando se puso a la venta en León la Vida de San Isidoro, con este milagro, era Prior de San Isidoro, al saber que se había declarado un incendio en el altar mayor, corrió, como todos, a la iglesia para combatir el terrible elemento, llevando un cántaro lleno de agua. y al llegar a la escalera, con la precipitación y azoramiento, dió un traspié y bajó rodando de un golpe hasta el último escalón, donde se levantó ileso, y como si nada hubiera ocurrido, y sin derramarse ni una gota de agua del cántaro que llevaba en la mano, suceso que todos tuvieron por nuevo milagro, no inferior al que se estaba realizando ante el Arca del bendito Doctor. Y los mismos arquitectos que reconocieron la Casa cuando se estaba imprimiendo la Vida de San Isidoro, y que dirigían el derribo y obra de la nueva edificación cuando se puso a la venta, declararon que estaban tan endebles los cimientos de la obra vieja que según las reglas de la Arquitectura era imposible pudieran sustentar la fábrica, llegando en su piadosa devoción a afirmar que San Isidoro milagrosamente, y por un continuado y silencioso prodigio, había sostenido en pie toda la obra de su Casa, que sólo así pudo librarse de venir a tierra; y los canónigos consignaron en el libro que iba a salir a luz este postrer y estupendo milagro. No hemos visto más milagros consignados por escrito, pero tenemos una fe inquebrantable de que éstos se han multiplicado desde aquella fecha, a pesar del silencio e ingratitud de los hombres.



San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, ayudando a los ejércitos leoneses en la batalla de Baeza y demás guerras contra los moros.

EPÍLOGO

La noche del día 30 de diciembre de 1808 llegó a León el mariscal francés Soult con un ejército, camino de Galicia, y parece ser que en la Colegiata se albergaron unos dos mil franceses, los cuales, violentando por la mañana las puertas del templo que dan al Claustro, arrebataron el viril que servía para la Exposición, y arrojando la forma sagrada, juntamente con las del sagrario, por el suelo, se lo llevaron, arrancando asimismo todo el oro y plata de las urnas de San Isidoro y San Vicente de Avila, cuyos huesos esparcieron por el pavimento de la Capilla mayor, y con idénticas profanaciones en el relicario de Santo Martino, desaparecieron aquellos abortos del infierno para seguir su ruta de Galicia aquella misma mañana, con los primeros rayos del sol.

¡Cómo se resiste la pluma a estampar tales horrores! ¡Qué angustia nos oprime el corazón, cuando leemos los documentos de aquella época y no vemos por parte alguna el estallido de la indignación popular, ni lamentos de dolor, ni la más insignificante función religiosa en desagravio de tan satánicos sacrilegios! El Cabildo, sin proveer el Priorato, y sin que el Rey, cautivo, presentara a nadie para la Abadía, también vacante, a pesar de tener la iglesia en su poder hasta el 22 de junio de 1810, fecha en que les arrojó de la misma el general francés, que ya les tenía ocupada la Colegiata desde el 5 de enero de 1809, no volvió a vestir el traje coral ni a cantar las alabanzas divinas en el templo augusto del bendito San Isidoro

El templo pasó a poder del gobernador francés, que le convirtió en pajar y almacén, y profanó el Panteón de Reyes y Capillas del Claustro, convirtiéndolas en establos de su caballería, arrojando los huesos de reyes, nobles y sacerdotes por los rincones, cumpliéndose aquí la terrible profecía de Jeremías sobre la prevaricadora Jerusalén: «En aquel tiempo, dice el Señor, arrojarán fuera de los sepulcros los huesos de los Reyes de Judá, y los huesos de los príncipes, y los huesos de los sacerdotes,

y los huesos de los profetas... y los dejarán expuestos al sol, a la luna y a todas las estrellas del cielo».

No paró aquí la indignación de Dios contra León; al año de estar destinado a pajar el templo venerando, cae sobre él una centella—12 setiembre de 1811—que prende en la paja, y se apodera de los retablos, de la ponderada sillería del coro, de cuanto hay combustible, y lo reduce a pavesas, calcinando los mismos muros al interior, e inutilizando el arranque de los nervios en la bóveda de la Capilla mayor; el peligro de que esta se hunda obliga a los invasores a abandonarla. ¡En qué ha venido a parar la gloria del templo, embalsamado con las oraciones y veneración de tantos siglos! Bien podemos exclamar con el Profeta de las lamentaciones: «El Señor ha desechado su altar, ha maldecido a su santuario; ha entregado sus murallas y torres en poder de los enemigos, los cuales han dado voces en la Casa del Señor». El Cabildo y León ponen todos sus esfuerzos en habilitar de nuevo el templo, y la restauración, deficiente por falta de recursos, suple la piedra de los nervios delanteros de la bóveda de la Capilla mayor con vigas, que recubre de yeso, como todos los muros del templo con el objeto de tapar las huellas del incendio en los calcinados sillares del interior; al altar de piedra reemplaza otro de tierra, forrado de tabla; al retablo del siglo xvii un pabellón de hermoso terciopelo; a la Arca lujosísima y suntuosa, donde estaba el cuerpo de San Isidoro, la armadura interior de esa misma arca, con algunas pinturas en dorado y el resto bañado de plata; a las rejas de plata que cerraban las hornacinas, donde estaban las Arcas de los cuerpos santos, reemplazaron otras de madera sobredorada; y por fin, el día 29 mayo de 1816 se reconcilió el templo, ya restaurado, y celebró la primera misa solemnísimas, y por la tarde, desde la iglesia de las Recoletas donde se habían depositado el cuerpo de San Isidoro y todas las demás reliquias de la Colegiata el 22 de junio de 1810, se hizo una procesión solemnísimas para llevar de nuevo a su templo al Doctor benditísimo y todas las demás reliquias, «siendo una de las procesiones más regias y solemnes que jamás se han visto en esta ciudad»; ¡los leoneses, derramando lágrimas de ternura, desagraviaron al milagroso Patrono y le tributaron una apoteosis triunfal e indescriptible!

El año 1849 el platero leonés D. Manuel Rebollo, por encargo de un caballero leonés, *reconocido al Santo*, terminó la actual Arca exterior de San Isidoro, joya hermosísima del arte moderno en forma de naveta y con bellísimos ramos de plata superpuestos en el frente y flores de gusto exquisito y depurado; la armadura de la primitiva se retiró entonces del altar mayor. Dentro del arca exterior está la interior, en que Fernando I colocó el cuerpo santo, y como es joya desconocida haremos aquí una breve descripción de la misma. (Véase la identidad de las sagradas reliquias de San Isidoro en nuestra obra «El tesoro de la Real Colegiata de San Isidoro»).

Es de plata repujada, con mil variados relieves en todo el espacio que no llenan las imágenes e inscripciones; tienen de frente 80 centímetros, 33 de alto y 38 de lado; los frentes están divididos en tres compartimientos cada uno, o sea hornacinas profundas, y los costados tienen una cada uno; las hornacinas tienen 20 cms. de alto y 16 de ancho en los frentes, y las de los costados 20 por 18; no tienen arco, pues las cierra el encaje de la tapa o cubierta del arca, y las sirve de dintel; las jambas tienen columnitas con basas y capiteles, siendo algunas de medio relieve; las figuras son las siguientes: en la hornacina del costado derecho, un personaje con nimbo crucífero, barba y larga cabellera, túnica talar y manto, y ante él otro desnudo y esta letra: «*Hic formatur Adam et inspiratur a Domino*»; las figuras todas tienen de alto 18 cms., y están con sobredorados, y el *Verbo* tiene el traje y figura anterior en todas las demás; siguen las hornacinas del frente, despojadas de las figuras por los franceses en 1808, y que hoy tienen el hueco cubierto de planchas de esmaltes árabes, de fondo oscuro y figuras geométricas, entre las que sobresalen círculos de 4 cms. de diámetro y casetones irregulares del mismo tamaño y otros dibujos más menudos; los esmaltes de una hornacina están en dos piezas, y el de la otra en tres, y debieron tomarse de alguna arquita de reliquias para reemplazar las figuras arrancadas; la tercera hornacina aún conserva las figuras, que hoy están en el compartimiento del medio, pero que antes de la restauración de Rebollo estuvieron en el tercero, y son Adán y Eva al lado del árbol del Paraíso, desnudos; todos los compartimientos conservan la letra; por ella vemos qué figuras faltan, y dicen así: «*Do-*

minus aedificat costam Aae in mulierem», «Adduxit Dominus ad Adam omnem creaturam», «De ligno dat mulier viro»; al otro costado, el Verbo, con Adán y Eva, cubiertos con la hoja de parra, ante él, y esta letra: «Dixit Dominus ad Adam ubi est»; en el otro frente, el Verbo vistiendo una túnica a Adán, y a Eva ya vestida, y no tiene letra; el segundo compartimiento, también sin letra, encierra un personaje, de algo más abultado relieve que las figuras anteriores, con túnica manto abrochado sobre el hombro derecho, descubierta la cabeza y con barba y larga cabellera, que probablemente representaría a Fernando I. Adán en todas las figuras tiene barba y larga cabellera, y las imágenes todas están con sobredorados.

La cubierta es tumbada y algo chaflanada en los costados, y ya entra con la caja en la altura que hemos dado; en los chaflanes tiene en uno el símbolo del toro alado, y en el otro el del águila, ambos en relieve y con sobredorados; en la cima de la cubierta hay cinco personajes en fila, de 11 cms. de altura, estando el de enmedio con túnica hasta la rodilla, manto abrochado al pecho, barba y larga cabellera, y corona en forma de globo rematada con una cruz; los cuatro, que están dos a cada lado del primero, tienen el cabello rapado y la barba, descubierta la cabeza, y visten sólo túnica hasta la rodilla, todos en relieve; los frentes de la cubierta están forrados con planchas de plata nueva, puesta por Rebollo, habiendo colocado en el delantero un busto de San Isidoro, vestido de Pontifical, y otros relieves dorados. El suelo del arca forrado de plata repujada, formando cuadritos, y en los ángulos, ocupados antes por cuatro leones de plata maciza, cubren el hueco de éstos unas chapitas de plata antigua, probablemente tomadas de otra arca de reliquias, muy labradas y coetáneas del arca.

El fondo interior del arca es estuperdo y único; el de la cubierta es de seda finísima, con cuadros de unos siete cms. de alto y seis de ancho, y dentro de estas casillas animales fantásticos, uno en cada una, de colores bellísimos, ostentando todos los del Iris, aunque predominan el rojo y el amarillo, y en el fondo de la tela el azul. El forro de la caja es de una sola pieza, de seda finísima, con dibujos muy bellos y caprichosos de todos los colores, predominando también el rojo amarillento, y las fran-

jas que le adorna son de color más oscuro; carece de figuras de animales e inscripciones, y de éstas también carece el de la tapa; están tan conservados que parece increíble tengan tantos siglos.

Dentro de esta joya románica se guardan los restos del Doctor benditísimo, reducidos en la actualidad a doce huesos grandes forrados en seda azul, y otro envuelto en una gasa blanca; hay, además, una bolsita de tafetán azul con algunos huesecitos, y cuatro envoltorios de papel basto con huesecitos, y algunas sartas de pasta, y un paquetito de seda con la letra «*sci Jacobi Apostoli*».

León continuó todo el siglo xix trabajando por la conservación de la Colegiata, que logró ver conservada en el Concordato, y cuando la *dichosa* revolución del 68, la Diputación provincial ocupó el edificio, con el fin de tomar la delantera a los políticos de Madrid, y así volverle luego al Cabildo, como lo hizo; sólo veneración y amor han tenido los leoneses para su templo predilecto, y los desmanes y robos en él perpetrados, lo fueron por extraños a esta noble ciudad. San Isidoro se dió por desagraviado, y en señal de su completa reconciliación con la tierra de sus amores, aparecieron en las bóvedas del templo hiendas y agrietados, que hicieron temer una próxima ruina; a la voz de alarma del insigne arquitecto D. Juan Bautista Lázaro, que había heredado de sus padres un amor sin límites a San Isidoro, se conmovió el alma de todos los leoneses, que sin distinción de ideas políticas, de clases, edad o estado, contribuyeron con donativos cuantiosos, que se elevaron a muchísimos miles de pesetas, a la suscripción abierta por el Cabildo para empezar la restauración, que empezó el citado Sr. Lázaro, el año 1905, pasando a dirigirlas luego, por enfermedad de éste, el Sr. D. Juan Crisóstomo Torbado, desde 1908, aunque al lado del Sr. Lázaro trabajó en la dirección de la obra desde el primer día.

La restauración, costosísima, agotó todos los fondos de la suscripción popular, y sólo quedó restaurado el templo hasta el crucero, en 1909; se trasladó el culto a la parte restaurada, y el diputado a Cortes por León consiguió que el Ministro le declarara Monumento nacional, desde cuyo momento corría ya por cuenta del Estado la restauración, aunque pasaron cuatro años sin que consignara cantidad alguna para tal fin; al cabo las gestio-

nes del nuevo Sr. Obispo y del diputado por León, tuvieron un éxito feliz, y repetidas consignaciones de veinticinco mil pesetas anuales, del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, obraron el milagro de una renovación total en el interior del templo, arrancándole la espesa capa de cal y yeso con que se ocultaban las lacras del incendio, y reemplazando los sillares calcinados con otros nuevos, quedó tal como hoy le admiramos. Pero no bastaba limpiar y aderezar los muros y bóvedas; el Obispo Sr. Alvarez Miranda, que tanto interés tomó en obtener del Ministro los recursos para purificar y habilitar el templo, una vez restaurado éste, supo resistir los gritos de impaciencia que daba el pueblo, ansioso de ver abierta al culto toda la iglesia, y cual otro Judas Macabeo «estuvo pensando qué debía hacerse del altar de los holocaustos, que había sido profanado, y les dió un buen consejo, que fué el de destruirlo...», y así se hizo, deshaciéndose el erigido de tierra en 1816; y acudió el entusiasta Prelado, amante fervoroso del Doctor benditísimo con un proyecto especial de doce mil pesetas para la mesa del altar y accesorios, proyecto que despachó al punto al ministro, remitiendo la cantidad solicitada, y como los Macabeos, vió «tomar piedras enteras, conforme a la Ley, y construir un altar nuevo semejante a aquel que había habido antes». Aún no vió cumplidos sus deseos; estaba ya levantado un altar nuevo de hermosos mármoles, y credencias de lo mismo; había traído para este altar un retablo gótico, suntuoso, artístico, de veinticuatro tablas, de la parroquia de Pozuelo de Campos; se había tallado un rico zócalo de roble adaptado al estilo del retablo, y que ceñía todo el presbiterio; pero entonces se hechó de menos el trono que había de recibir el Arca de San Isidoro, y el trono de plata para la Exposición perenne del Santísimo.

¿Cómo arbitrar recursos para este último *detalle*? León, qué León, la ciudad únicamente, dé lo que para esto hace falta; y manda al arquitecto que haga el modelo de la obra, y llama al corazón de sus amados hijos de León, y éstos, en pocos días, llevan a la suscripción abierta por el Prelado la cantidad de doce mil pesetas, y la obra aún está a la mitad cuando esa suma ya se había agotado. ¿Quién pagó lo restante? Aquél que en el templo de Jerusalén «estaba sentado frente al arca de las

ofrendas, mirando cómo la gente echaba dinero en ella... y vió a la viuda pobre que echaba dos monedas», lo tiene presente y nos lo manifestará en el día de las cuentas.

¡Al fin!, después de quince años de obra, el día 26 de octubre de 1920 vió el Prelado satisfechas sus aspiraciones, y tuvo la dicha incomparable de consagrar el nuevo altar con una solemnidad extraordinaria, asistiendo al acto, los gobernadores civil y militar, Ayuntamiento, en corporación, con los maceros, la Diputación provincial, Audiencia provincial, Delegado de Hacienda, comisiones de los cuerpos de la guarnición, centros de enseñanza, etc., etc., etc., y a continuación se cantó una misa solemne a gran orquesta a la que todos asistieron y el Prelado de medio Pontifical; por la tarde una grandiosa procesión eucarística por las calles, con asistencia de todo el Cabildo Catedral, con capas pluviales, e igual el de la Colegiata, y todo el clero de la ciudad de sobrepelliz, y autoridades y corporaciones ya nombradas, escoltadas por todas las fuerzas del glorioso regimiento de Burgos, presidiendo el insigne leonés D. Ramiro Fernández Balbuena, obispo auxiliar de Santiago, y llevando el viril en sus manos el obispo de León, que, al final de la fiesta, bendijo con el Santísimo a la inmensa multitud apiñada en el templo, colocando a continuación en su trono secular ¡milenario! al augusto Sacramento.

¡Cómo se ensanchaba el corazón ante la grandiosidad de esta fiesta! ¡Cómo se nos venía a la imaginación la promesa del profeta Aggeo a los judíos del tiempo de Zorobabel, promesa que admirábamos cristalizada en dulce y risueña realidad: «Henchiré de gloria este templo; la gloria de este último templo será mucho mayor que la del primero»! San Isidoro obró un gran milagro al transformar en tan poco tiempo su Casa; en ella está prisionero de amor de los leoneses, que le colocaron en el trono de ricos mármoles, esmaltados con las joyas más preciosas de la creación, con sus propios corazones, rebozantes de amor y ternura.

Los leoneses del siglo xix no escribieron las maravillas que en ellos obró San Isidoro, pero ¡cuántas obraría! Así como el dulcísimo Jesús pasaba por todas partes *haciendo bien*, el bendito San Isidoro ve desfilar ante su sepulcro y cuerpo benditísimo la riada de mil generaciones,

y perennemente las colma de bendiciones y maravillas; y si algún infeliz osara dudarlo, que acuda a él, y estamos seguros que de sus labios brotará la exclamación de los de Siquém, dirigiéndose a la Samaritana: *«Ya no creemos por lo que tú has dicho: pues nosotros mismos le hemos oído, y hemos conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo»*.



INDICE

	<u>Págs.</u>
Estudio crítico de las fuentes históricas primitivas acerca de la Vida y Traslación de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y de sus Milagros	5
Patria, familia, educación y vida de San Isidoro hasta que sucedió a San Leandro en la Silla Episcopal de Sevilla	21
Semblanza del inmortal San Isidoro después de ser sublimado a la Dignidad Episcopal de Sevilla.....	39
Expónense brevemente otros sucesos de su vida; tránsito glorioso de San Isidoro y elogios tributados a su eminente sabiduría y santidad.....	63
Traslación del cuerpo de San Isidoro desde Sevilla a León, ilustrada con insignes milagros y señales maravillosas.....	73
La ruta del cuerpo santo del Doctor de España, en su maravillosa Traslación.....	83
Finezas de Fernando I con San Isidoro y recompensa que le da el Santo Doctor	99
Algunos de los milagros obrados por San Isidoro en el reinado de Alfonso VI, hijo y sucesor de Fernando I, y de las grandes mercedes que los hijos de éste hicieron a San Isidoro	120
Pasa sobre León el huracán de la justicia divina y León se salva por los méritos de San Isidoro; D. ^a Urraca hace grandes mercedes al Santo.....	152
A la canónica seglar de San Isidoro la reemplaza la canónica regular de la Catedral de León, a su vez secularizada; la Santa Sede ennoblece a la iglesia de San Isidoro con el título de «Hija especial de la Iglesia Romana»; el Emperador hace grandes mercedes a San Isidoro	167

Continúa la relación de las maravillas y milagros de San Isidoro en tiempo de Alfonso VII, y se refieren las mercedes que hizo al Santo la Infanta D. ^a Sancha	183
Portentos y maravillas del bendito San Isidoro a favor del Rey de León, D. Fernando II, y de las grandes mercedes con que correspondió el Rey a su celestial Patrono	204
Grandes milagros de San Isidoro en el reinado de Alfonso IX, y de las grandes mercedes que le hizo este Rey	223
Continúan los milagros de San Isidoro en el reinado de Alfonso IX y de Fernando III el Santo.....	258
Milagros de San Isidoro en la ciudad de Sevilla.....	275
Santo Martino de la Santa Cruz	291
Ultimos prodigios del glorioso San Isidoro.....	301
Epílogo	309



A P R O B A C I Ó N

NIHIL OBSTAT:
DR. VICENTE DEL AMO
 CENSOR.

IMPRIMATUR:
 † **JOSÉ, OBISPO DE LEÓN.**

Legione, die XX augusti 1925.

OBRAS DE D. JULIO PÉREZ LLAMAZARES

- Los Benjamines de San Isidoro.* (Estudios históricos).
La Exposición perenne del Santísimo. (Estudio histórico).
Catálogo de los Códices y Documentos de la Real Colegiata de San Isidoro.
Iconografía de la Real Colegiata de San Isidoro.
El Tesoro de la Real Colegiata de San Isidoro. (Reliquias, relicarios y joyas artísticas).
Vida y milagros del glorioso San Isidoro, Arzobispo de Sevilla y Patrono del Reino de León.
Estudio crítico y literario de las Obras de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, e influencia de las mismas en la reforma de la Disciplina y formación del clero.

INÉDITAS

- Historia de la Real Colegiata de San Isidoro.*
El Infantado de León.
Catálogo de los Incunables y libros antiguos de la Real Colegiata de San Isidoro.
El milagroso Pendón de San Isidoro y su Muy Ilustre, Imperial y Real Cofradía.
-

ESTA OBRA
SE PUBLICÓ, EN SU MAYOR PARTE,
EN EL DIARIO CATÓLICO REGIONAL
EL DIARIO DE LEÓN,
Y SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CATÓLICA
EL DÍA XX DE AGOSTO DE
MCMXXV

PRECIO: 10 PT

UNIVERSITY OF CHICAGO



57 882 598